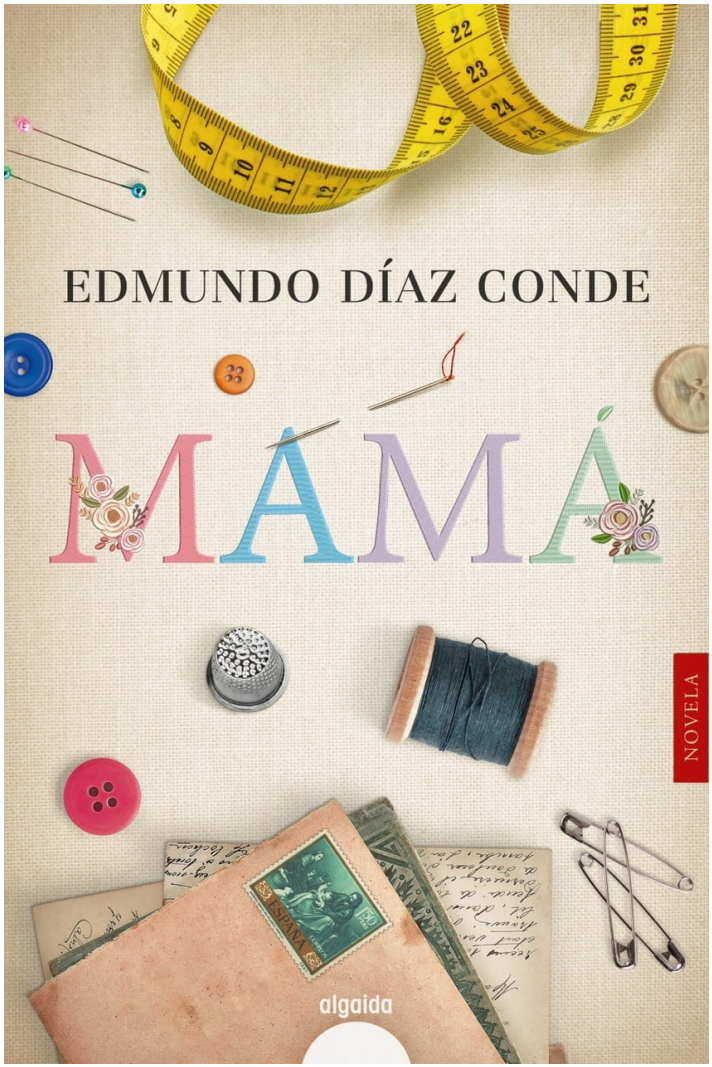

EDMUNDO DÍAZ CONDE
MAMÁ
NOVELA
algaida

EDMUNDO DÍAZ CONDE

algaida

Índice

Nota confidencial
Prólogo

Primera parte
Los sueños…
Las ventajas de maquillarse
El negativo de mi madre
Invitados en casa
El aburrimiento
La abuela protestante
Brazo de gitano o tarta de fresas
La coral de ruada
La discusión
El baile
Años de aprendizaje
El probador
Un cofre misterioso
Las cartas
Indicios y pruebas
Sospecha
Dinero
Plan de acción
Un viaje decisivo
Barcelona
La búsqueda
El impostor
La presentación

SEGUNDA PARTE
El ataque
Clienta de Mary
El armonio
El padrino
Hacia el infinito y más allá
Un corazón cansado
Un *dandy* en compostela
¡Imbécil, es el amor!
Los años buenos
Una novia singular
Inesperado
Cerca de ti, Señor
El disfraz
La cumbre y el declive
La camelia
Preparativos
En el salón de actos
Una conversación seria
Redención
Companhia de Arte
Fiona
Despedida

Tercera parte
¿De Madrid al cielo?
Luna de miel
El premio
Llegiu, Maleïts, Llegiu
Panamá
Carta a una desconocida

Un coloquio indeseable
Última llamada
Regreso al pasado
El Señor Negro
Cosme
El ángel de los Cárpatos
… Siempre los sueños

Epílogo
Agradecimientos
Créditos

Para mi madre

Para Camino

NOTA CONFIDENCIAL

Nunca, hasta entonces, había pensado en escribir sobre mi madre.

Y nunca, jamás, deseó mi madre que airease nada suyo en mis libros.

Escribir sobre ella, apasionada y pudorosa como fue, con un profundo sentido del drama escénico, me parecía una traición.

Me la imaginaba llevándose la mano al pecho, abatida por mi ingratitud, mientras me preguntaba, entre suspiro y suspiro: «¿Cómo pudiste, Caifás?». Para mi madre, Caifás era lo peor. Estaba al nivel de Judas. Y, en resumidas cuentas, a mí se me caería el alma a los pies.

Y, claro, el hecho de que su amante hubiera sido un novelista, reconocido y respetado, añadía más leña al fuego: así pensé durante años.

Hasta que, después de lo ocurrido en los últimos meses, me decidí.

Lo contaría todo, todo, cuidándome de no mencionar el nombre del novelista.

Solo desvelaría lo que algunos recuerdan: que aquel hombre, en sus inicios, antes de publicar su primer libro, se valió de un pseudónimo que tuvo su importancia en esta historia de ilusiones y desencantos.

Con relación a mi madre, lo que me proponía contar era, vamos a llamar a las cosas por su nombre, INVEROSÍMIL, fastidioso rasgo que distingue a la realidad. Por eso yo solo escribía ficciones.

Pero, si quería comprender a fondo lo ocurrido, librarme del sentimiento de culpa y sentirme perdonado, en esta ocasión no podía escurrir el bulto; no podía eludir la realidad.

Decidí que, antes de ir al meollo de la historia, hablaría del talento para la costura, la ambición, el éxito y la caída de mi madre; y por supuesto, hablaría de nosotros, como si nuestra vida

en común hubiera consistido en una sucesión de viñetas. Al fin y al cabo, como una sucesión de viñetas la recordaba; no como una película. Por lo menos, hasta el fatal hallazgo de las cartas de mi madre.

También decidí que el texto se dejaría leer como una novela; pero contaría la verdad y solo la verdad de lo ocurrido.

Es decir; sería rigurosamente fiel a los hechos, como lo era en mi primera juventud, antes de que leyera sus cartas y me convirtiera en un adulto. Antes de que empezase a apreciar el valor de las mentiras.

No saldría sin rasguños, quizá nadie saldría indemne. Pero nadie podría acusarme tampoco de embustero o de cobarde.

Y aunque tenía la certeza de que este sería mi último libro; qué más daba si con él removía las entrañas de algunos lectores y lectoras. Qué más daba si con él quedaba todo perdonado y su autor en paz con su conciencia.

Y así, JUSTIFICÁNDOME, empecé por el final; o casi.

PRÓLOGO

–1–

El 3 de noviembre de 2020, en plena ofensiva del COVID-19, recibí el wasap que siempre había estado temiendo:

«Debe usted venirr, Eddmundo. Maddrre suya no está bien. Interrnada. No se prreocupe. No se prreocupe, Eddmundo».

Era Fiona, la vecina rumana. La misma que yo había contratado años antes, cuando me hizo saber que mi madre requería asistencia pero rechazaba cualquier intromisión.

Fiona era viuda, como mi madre. Y vivía sola, como ella. Y residía en el edificio de enfrente. Creía en el pecado y trataba a todo el mundo con deferencia, que yo recordase. De usted para arriba. De don.

Según planeamos, empezó a visitarla alguna vez. Luego más. Le hablaba con dulzura transilvana, por lo visto. Anécdota va, anécdota viene. Con erre doble. Con de doble.

Bromeaban. Imagino risas como susurros. Tardes que se convirtieron en hábito.

Entonces, un buen día, mi madre descubrió que Fiona era imprescindible.

La rumana me mantenía al tanto. Yo la había conocido poco antes de irme de Orense. Unos días antes de que mi madre me dijera: «Vete de casa. Es lo mejor. No quiero volver a verte en la vida».

Cristiana ortodoxa, Fiona venía de un pueblo en la frontera con Moldavia. De ahí la mezcla entre el acento de los Cárpatos y el ruso. Me hacía pensar en la oveja negra de los Drácula, en el buen sentido. Un ser de luz cuya misión entre los humanos consistía en expiar las culpas de su diabólico pariente.

Una mujer valerosa, llena de miedos, con cruces de toda índole colgadas del cuello que besaba en memoria de su amado esposo.

—Tenga cuidado, Eddmundo —decía.

Me reconfortaba oírla por teléfono, o mensajearme con ella por WhatsApp. Qué hijo responsable, sacrificado y agradecido era yo, pensaba nada más colgarle. Y me gustaba alimentar esa fantasía, que apenas duraba nada.

«No se prreocupe. No se prreocupe, Eddmundo».

¿Por qué debía no preocuparme? Lástima que, en ese entonces, yo andaba preocupado siempre.

Por la pandemia. Por mi matrimonio. Por mi oficio. Por los vecinos de arriba. Porque tenía cincuenta y cuatro tacos y dos gemelos, Leo y Sira. Porque mis ingresos de escritor menguaban y menguaban, y porque cada transferencia a la cuenta de Fiona me costaba una disputa con mi mujer y el llanto espantoso de Leo.

Y ahora, como remate de todas mis desdichas, aquel temido wasap.

–2–

—Iré contigo. Te pongas como te pongas —me informó Ada, en cuclillas mientras ataba los cordones de Leo—. Dejaremos a los niños con su abuela.

—Ni pensarlo. Tengo que enfrentarme solo.

Estábamos en nuestro dormitorio. Eran las ocho y cuarto de la mañana. Había recibido el wasap de Fiona a las ocho y estaba en ropa interior, vistiéndome. Me disponía a reservar un billete de AVE hasta Madrid, en donde tomaría el ALVIA con dirección a Orense.

—Compra dos billetes —me advirtió—. Te has vuelto una amenaza para ti mismo. Así no podemos seguir.

Leo arrugó la frente y tomó carrerilla. Como su padre, y antes su abuela, era un maestro consumado en el arte del llanto. Yo comprendía hasta cierto punto a los vecinos, aunque me cayesen gordos.

Su hermana se abrazó las piernas en el sillón. El mismo en el que yo leía por las noches mientras mi mujer roncaba con el antifaz puesto en el tálamo conyugal. Tenían cuatro años. Sira, la mayor por siete minutos, en vez de llorar se encogía,

comprometida con la desgracia de Leo.

—Cariño, es muy temprano. Los vecinos protestan con razón. —Mi mujer, docente de matemáticas en un instituto de Sevilla, razonaba con Leo como si nuestra criatura fuese Pitágoras de Samos. Y ello a pesar de que, con cuarenta y tres primaveras, distaba mucho de ser una joven madre descerebrada.

—Me revientan los ultimátums —le contesté. Leo lloraba a grito pelado.

—Sé juicioso, Leo. Compórtate como es debido. —A mí, sin embargo, me retó con una mirada acusadora mientras decía—: ¿Te revientan los ultimátums? Muy bien. Pues búscate un trabajo.

—Ya tengo uno. Escribo novelas desde que soy independiente. Treinta años de independencia y satisfacciones.

—Escribe en tu tiempo libre, Edmundo. Tus satisfacciones son tan lucrativas como plantar perejil.

—Yo escupo al dinero.

—Hace falta valor.

—¡Plantar perejil! —La miré a los ojos—. ¿Cómo puedes hablar así de mi sueño, de mi vocación, de mi destino? ¡También yo mantengo a esta familia!

—Qué equivocado estás. Vives en el pretérito imperfecto.

Me puso incandescente.

—Tu conflicto no es conmigo, querida. Es entre las ciencias y las letras.

—No me llames querida. —Y se puso en pie—. Qué lástima cómo has cambiado.

—Te enamoraste de un escritor, a pesar de las matemáticas. Estabas llena de fe. —A medida que Leo lloraba con más ímpetu, yo elevaba más el tono. Me sentía inspirado—: ¡No pienso rendirme, Ada! ¡Tengo que pelear!

—Pues así no podemos seguir. Más vale que te vayas haciendo a la idea.

Yo pensaba más o menos lo mismo. Para disipar las dudas que quedasen, los vecinos de arriba empezaron con los golpes de escoba. Parecían animadores. Era lo único que faltaba.

Me fui a la cocina a medio vestir y, como en todas las crisis

vecinales en las que éramos parte, cogí la tabla de madera y el martillo. Volví al dormitorio, subí al colchón y aterricé en la cómoda. Sujeté la tabla al techo y, empleándome a fondo, me puse a martillearla boca arriba, en eslip y calcetines. Leo entró en razón *ipso facto*.

—No me enamoré del hombre que aporrea los techos con un martillo —prosiguió Ada—; sino del poeta que lloraba…

—¡¡Denunciarlos!! ¡Voy a denunciar a los de arriba! —vociferé subido a la cómoda, tabla de cocina y martillo en ristre.

—… recitando versos…

—¡Por insolidarios!

—… a la luz de la luna.

—¡Y por cabrones!

—Edmundo, vamos a dejar a los niños con mi madre.

—¡Por encima de mi cadáver! —contesté desde lo alto—. ¡Me voy a Orense solo!

Muy en serio lo dije. Y seguí con los martillazos.

–3–

Cuántos años. Ahora diré que pasaron como días; pero es la pura verdad.

Desde entonces no había vuelto a pisar Orense; no había vuelto a ver a mi madre. En los últimos treinta ni siquiera nos habíamos hablado.

Éramos como éramos. Cautivos del orgullo, dados a las más temibles reacciones y a los más furiosos remordimientos. Habríamos ardido en una pira antes de dar nuestro brazo a torcer.

En fin, que renegar el uno del otro era la única salida que nos quedaba para no desgarrarnos aún más.

Su rostro, su cara en forma de corazón. Ojos color avellana. Olía siempre a lirios.

¿Era realmente así, o había ido transformando a mi madre? ¿Tan escéptico me había vuelto que ya no creía ni en su cara?

Además, yo era hostil a la posibilidad de verla en fotografías. Y una leve insinuación de Fiona a propósito del

material fotográfico que podía enviarme, bastaba para ponerme en guardia.

Había despedazado las fotos suyas que tenía. También las de mi padre con ella, que mutilé. Mi padre quedó solo en un limbo fotográfico y, a excepción de los pedazos en los que aparecía la cara de mi madre, conservé el resto de ellos en un tibor de porcelana.

Así pues, cuando abría el tibor, lo que salía a la luz eran trozos de vestidos, empeines de zapatos, manos o brazos que habían sido suyos. Solo mi padre entero. Y ciertas noches, con mi mujer y los gemelos durmiendo, esparcía los trocitos sobre una mesa y los recolocaba en el orden correcto, como los pedazos de un puzle. Mientras, mi padre, intacto en las fotos, proyectaba una sonrisa desamparada hacia el vacío.

Éramos una familia de soñadores. ¿O de dónde me venía el carácter soñador sino de mis padres?

Mi madre persiguió un sueño, mi padre lo había perseguido y yo aún estaba en la carrera.

Nos desvivíamos por ellos con ardor obsesivo. Nos habían dominado, sí; pero también nos habían inspirado. Nos habían exigido idealismo y entrega; pero habían sido implacables con la gente que nos quiso. Sin ellos, el pasado y el futuro habrían perdido significación; pero habríamos hecho menos daño a los que amábamos. Éramos sus prisioneros; pero volábamos con sus alas.

«Lucha por tu sueño. Ten el valor de amarlo» decía mi madre. Y otras veces, con una expresión de ingenua y respetuosa confianza, lanzaba un clásico de la profecía: «¡Serás un titán! ¡Serás grande! ¡Un artista!».

La pobre.

En esas ocasiones me hablaba como si lo hiciera con otro.

Y, de hecho, ya fallecido mi padre, cuando veía naufragar sus aspiraciones, una de las últimas veces, en medio de la tempestad y las tinieblas, la sorprendí en su dormitorio de rodillas, las manos entrelazadas en ademán de oración, los codos apoyados en la cama.

Me quedé catatónico. La miraba y remiraba a través del quicio de la puerta mientras ella hablaba con Dios a la luz de

una lamparita:

«Señor, tú que todo lo puedes, bendice los sueños de mi hijo, si son nobles, y haz que se cumplan. Aunque sea uno solo, el que más le importe: concédeselo, Señor. Pagaré el precio que sea; pero no me falles esta vez. Porque si no le ayudas, no podré perdonártelo y te mataré en mi corazón».

Salí temblando de allí, y esa imagen nunca me abandonó.

Las doce y diez de la noche y el tren aminoraba la marcha. Afuera asomaba la estación de ferrocarril de Orense. No estaba en mi ánimo ir al hospital a esas horas; iría por la mañana.

Bajé la maleta, me abrí camino y esperé a que la puerta del vagón se deslizase.

Ya en el andén, me sumí en el frío y la oscuridad y el silencio de la noche, aturdido por la congoja.

Y al ver las calles despobladas, Orense como una ciudad fantasma, busqué las gafas negras, me las puse y me ajusté mejor la mascarilla como si la culpa y la vergüenza hubieran hecho de mí un prófugo.

Entonces gemí y súbitamente estallé en un llanto desolado.

Las lágrimas resbalaron por mi cara y humedecieron la mascarilla.

Porque, qué podía haber más desolador que volver a mi ciudad oculto, de incógnito. ¿Acaso el virus y los demás factores que rodeaban al COVID no me estaban castigando?

Acarreaba la maleta de ruedas con estrépito y seguía llorando mientras cruzaba el puente Romano, inconsolable, como llora Leo, sin bajar la cabeza.

Lloré y lloré enfilando la calle del Progreso toda oscura.

Y lloré mientras sobrepasaba la Alameda de mi infancia y descendía por el mercado de abastos hacia el humilde y pequeño piso de mi madre, en la avenida de Portugal.

Y, con las gafas empañadas, pensé también en mi padre, y en la noche y en la culpa y en el toque de queda. Me sentí como él debió de sentirse en las fotos rotas: como si me hubiera desvanecido.

Me adentré en el portal merced a la cuña de madera que Fiona había dejado introducida, subí en el ascensor y cogí las llaves bajo el felpudo.

Abrí, encendí la luz del vestíbulo y puse el pie en la casa de mi madre. El silencio retumbaba.

Nada más sentarme en el sofá del salón, noté que empezaba a menguar el oxígeno.

El mismo sofá de piel, la maleta a mi lado. Así permanecí, como si me doliese moverme, pues me enfermaba estar en un piso que era el símbolo de su caída, ahora con señales clamorosas de abandono.

Las paredes necesitaban una mano de pintura, había desconchones, huellas de humedad, moho en los rincones del techo.

Era un piso pequeño y sombrío; no lo recordaba tan pequeño, tan sombrío.

Deseé irme con todas mis fuerzas, largarme de donde había volado treinta años antes.

Y, a pesar de ello, ardía en deseos de releer las cartas del viejo cofre, las cartas que habían labrado nuestra perdición y nos habían hecho infelices. No diré que para eso había venido, porque sería dolorosamente inexacto; pero solo por eso, sin duda, habría merecido la pena venir.

Aquellas históricas cartas. Cartas que me traerían de vuelta aquellos suplicios. Cartas que ahora iba a leer con ojos muy diferentes a los de entonces.

La idea se apoderó de mi pensamiento desde que comencé a esperar el temido wasap de Fiona, desde que sabía que me tocaba volver a Orense.

Recordaba donde mi madre guardaba el cofre en este piso con poco espacio para guardar nada, con solo dos pequeños armarios y ningún trastero.

Fui directamente al suyo. Exploré la parte de abajo y allí seguía.

Un cofre de madera de cedro, con tapa abovedada y la llave en la cerradura.

La llave en la cerradura del cofre ya era una constante en los últimos años, antes de irme de casa, y mandaba un mensaje

de este tipo: «No tengo nada que ocultar». O bien: «No te queda nada por descubrir que no hayas descubierto».

Mientras giraba la llave me sobrevino el temor de que hubiese roto las cartas, de que hubiese acabado con ellas.

Dominado por el pánico, rebusqué entre las bobinas gigantes de hilo, las libretas de papel pautado, algunos de sus objetos personales (como una caja con fotos y cartas y postales antiguas). Hasta que vi el paquete. Bien preservado por una bolsa de plástico traslúcida, como el día en que lo descubrí.

Mi tesoro maldito. Allí estaba. Nuestra desdicha.

Me hice con él, cerré el cofre y volví al salón y al sofá como si tuviera fiebre.

Respiré hondo, saqué el montoncito de cartas de la bolsa, desaté el lazo de la cinta, y la misma impresión que nos remueve cuando, en los abismos del océano, a través del fundido de la cámara vemos cómo rejuvenece el Titanic, tuve yo cuando desdoblé la primera carta, muy suavemente, y releí la primera línea (*Estimada Mary: Tengo la audacia de escribirle esta misiva aunque usted no me conozca; precisamente, porque usted no me conoce*), tantos y tantos años después.

PRIMERA PARTE

Los sueños…

Dejadme que os cuente.

Al principio mi madre cosía. Su oficio era la costura y yo era *el niño de Mary*, la modista.

Con fonética castellana: MARI.

En cambio, en sus etiquetas se leía, con grafía anglosajona, parece que lo estoy viendo:

Alta Costura

MARY

Le gustaban los cuentos de hadas y los sueños, la música clásica, las cosas bonitas, ensayar con el coro los sábados por la tarde, tocar su viejo armonio con olor a barniz… Y, no obstante, mi madre no hacía más que coser todo el rato.

Muy seria, siempre estaba metida en la habitación de la costura; o entraba y salía. A menudo, encarnada, desbordante de trabajo, los ojos llenos de luz. Vivía en un frenesí de actividad. Como si llevara en su interior un fuego ardiendo, iluminándola, devorándola. De esas llamas procedo. De esas llamas me alimenté.

Hasta ahí, excelente; pero algo no me casaba. Y, en ese entonces, yo era un poco filósofo.

Con nueve o diez años, mi padre me llevaba en el 600 al domicilio de las clientas. Para mí, las clientas no eran personas como todas. Pertenecían a una especie de alto rango en la sistemática evolutiva. Ser clientas les confería una especie de superpoder. Me resultaban apasionantes. Me intimidaban.

Íbamos en el 600 por la noche y yo entraba en el portal y subía.

Les hacía entrega de aquellas soberbias ropas dobladas sobre mi antebrazo y recubiertas con un lienzo y un plástico.

Me sentía el portador de la sábana santa, un elegido (mi madre, dicho sea de paso, tenía puestas grandes esperanzas en mí: «Eres diferente. Serás alguien. Serás un genio. Un gran hombre. Yo te ayudaré»).

Por hache o por be, las clientas me daban unas propinas de miedo. Veinticinco pesetas. Cincuenta. Cien era una fortuna.

Qué trabajo fenómeno, *mi madriña*.

Adoptaba una expresión favorecedora y me quedaba ahí, en el felpudo, transformado en estatua. Esperaba que la clienta, por lo general una señora de corpulencia maciza, me dijese:

—No te vayas. Quiero darte una propina.

Y yo, sin moverme del sitio, respondía con sinceridad:

—No puedo aceptarla, señora. Gracias de todos modos.

E inspiraba con fuerza para lo que se avecinaba.

Mi madre me tenía aleccionado. Que no aceptara propina a menos que la clienta insistiera mucho, pero mucho. Que no era bueno ser codicioso. Que la codicia ensuciaba los sueños, las cosas bonitas.

Y yo creía en mi madre. Y ella en mí. La confianza definía nuestra relación.

Ella era mi capitana. «Puedo confiar en ti porque, pase lo que pase, sé que no vas a mentirme»: he aquí mi pensamiento guía. De modo que rechazaba las propinas tanto como me fascinaban.

Y, a renglón seguido, en el felpudo era donde yo me esforzaba al máximo.

La clienta quería engatusarme sin éxito; después me agarraba y yo me escurría. Iba a deslizarme dinero en el bolsillo y yo la driblaba. En ocasiones, llegábamos hasta la cabina del ascensor, dale que te pego, se convertía en un campo de batalla.

No es pan comido explicar la exacta naturaleza de lo que pasaba ahí dentro: me debatía por no recibir lo que, en el fondo, me pirraba por aceptar. Y caía siempre derrotado.

Al volver a casa mi madre solo me hacía esta pregunta: «¿Te dieron propina?». Y yo asentía sin palabras, triunfante. Y sus ojos resplandecían de orgullo, pues confiaba en mí. No hacía falta que me preguntara si la había rechazado. Tampoco me

preguntaba si la clienta había insistido. Ella sabía. Y yo, desde luego, sabía.

Una de esas noches, por variar, fui yo quien le preguntó a ella.

Le pregunté qué hacían las clientas con sus hermosas ropas.

—Se las ponen —me respondió.

—¿Y?

—Pues nada. Salen con sus maridos. Y luego vuelven.

—¿Ya está?

—Van de un lado para otro con ellas.

—¿A dónde?

—Cómo voy a saberlo. Por ahí.

—¿Por ahí, por dónde?

—Pues, por ahí… por ahí.

—¿Y ya está?

—¿Te parece poco?

Y poco, en efecto, me parecía para tantos afanes.

—¡No! —protesté con rabia y fervor, los ojos inesperadamente llorosos—. ¡No es así! ¡¡No lo es!!

—¿Ah, no? Pues qué es.

—Van a bailar —repuse, quizá porque tenía entendido que, de jóvenes, mis padres bailaban como zíngaros y que mi madre era una de las jóvenes más hermosas de aquel Orense.

—Bueno, pues también.

—¡Al castillo encantado!

—Ah, eso no. —Permaneció con los ojos bajos—. Ya me gustaría.

—Te digo que sí.

De repente se me quedó mirando con atención. Unos ojos centelleantes y ajenos. Una luminosidad que yo desconocía.

—¿Estás seguro?

—Estoy seguro. Van al castillo encantado. Van a bailar. Rodeadas de príncipes y duquesas. Rodeadas de velas y flores y risas.

—¡Vaya! —Sus ojos también empezaron a humedecerse y me envalentoné. Estaba lanzado.

—Y a medianoche tus vestidos resplandecen.

—¿Resplandecen? —preguntó ansiosa por conocer el final.

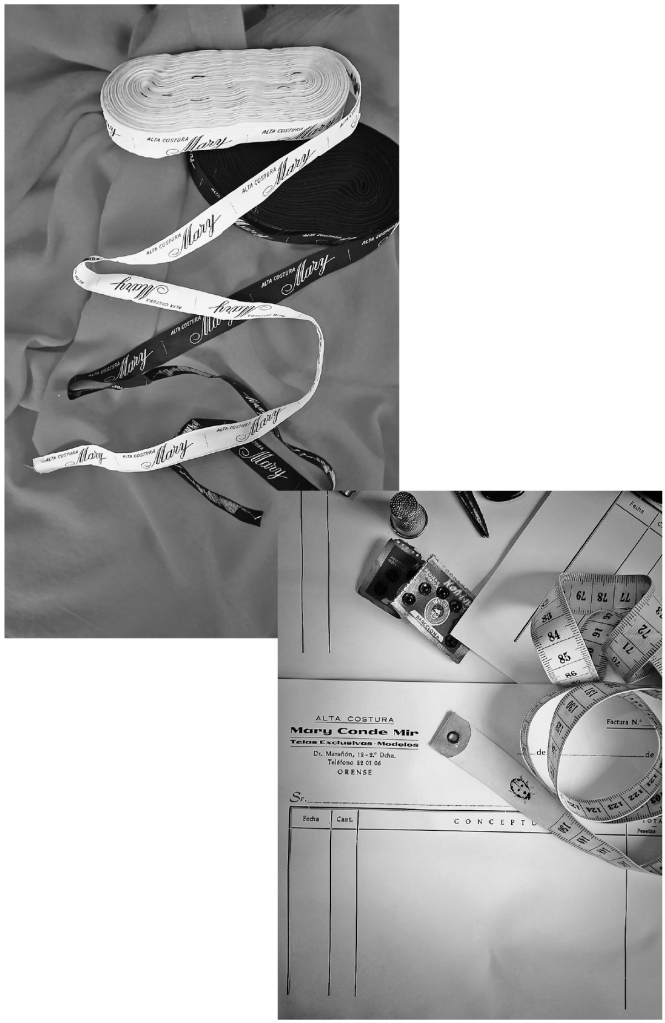
Yo jadeaba. No me hizo falta pensarlo mucho.

—Como en los sueños. Resplandecen como en los sueños.

Mi madre me estrechó contra ella, ahogándome casi. Y aún palpitaba su corazón desbocado mientras, con voz rota, me decía:

—¡¡Sí, eso hacen!! ¡¡Sí!!

Fue lo más cerca que estuvo nunca de mentirme, hasta entonces.


ALTA COSTURA
Mary Conde Mir
Telas Exclusivas Modelos
Dr. Marañón, 16-2º Dcha.
Teléfono 22 01 06
ORENSE
Sr.
Fecha
Cant.
CONCEPTO
Factura N.º

Las ventajas de maquillarse

Una vez semanal, a lo sumo, mi madre se iba a dormir maquillada. Los sábados por la noche, según recuerdo. Qué gustazo era verla.

Aunque la visión me intrigaba bastante.

¿Por qué se arreglaba? ¿Por qué se ponía tan requeteguapa?

Me quedaba tan confundido que no sabía cómo explicármelo. Y todas mis preguntas se quedaban sin respuesta.

Oh, misterio. Y lo más misterioso era verla tan excitada y dichosa.

Como no cerraba la puerta del cuarto de baño, yo empujaba la puerta y allí la veía. Frente al espejo, en plena transformación, embellecida así y asá, fragante como una sultana de cuento, una concubina. A su paso dejaría luego un perfume sin nombre. Un perfume que la verdad es que me asustaba un poco.

Me miraba sonriéndose. «¿Necesitas entrar?», me preguntaba. Yo negaba con la cabeza. Estaba hecho un lío, abismado en su contemplación.

Su piel era la de una madre de porcelana, tersa. Un cutis luminiscente; en cambio, esas noches lucía un maquillaje con un tenue color canela.

La miraba perfilarse la línea de los ojos. Se aplicaba sombras de un azul chillón como el de los tacos del billar. Se realzaba las pestañas con una navajita liliputiense. Se pintaba los labios de un grana encendido. Figuraos.

Al acabar, me alborotaba el pelo para que yo estuviera guapo. Me besaba en la punta de la nariz mientras reía y se abanicaba con los dedos, indeciblemente nerviosa, rejuvenecida. Se adornaba la melena con una lacito «color arrebol», decía.

Pues bueno, lo que yo no acertaba a entender es que llevase

encima un kimono, camisón con bordados y zapatillas de andar por casa. ¿A dónde pensaba ir con esa pinta? Me rompía la cabeza.

Al principio, me quedaba en mi dormitorio haciendo tiempo. Esperaba que, después de vestirse, mis padres salieran de fiesta. Tal vez a bailar; pero no pasaba nada. Mi padre no comparecía en el baño y, por más que mi madre se acicalase, de casa nadie salía.

Cavilando, cavilando, un día me lo expliqué todo.

Mi madre se vestía para soñar, no para salir a la calle. Sí. Para eso se arreglaba. Para soñar hacia delante, con eventos futuros.

Se iba a la cama dispuesta. Lo vi claro. Tenía sentido. Cuanto más y mejor soñaba era cuando más guapa y arreglada iba.

La explicación, es curioso, no abarcaba a mi padre; pero yo había aprendido, gracias a mi madre, que los sueños eran asuntos muy personales. Ahora pienso si no estaríamos equivocados.

Y aquí debería poner el punto y final si no fuera por una cosa: también yo deseaba lo mismo. Me iba volviendo soñador.

Así que una noche de invierno, discretamente, me puse unos calcetines de un blanco nupcial, mis manoplas nuevas y, encima del pijama, el anorak con capucha que no había estrenado.

Me abroché el anorak y, de puntillas, fui al váter, me mojé el pelo y me eché una buena ración de la gomina extra de mi padre. Me peiné con los dedos y, de la emoción, los temblores me sacudían.

Me acosté suspirando.

Y me hice el firme propósito de dormir sin cambiar de postura, para soñar mejor y no estropearme el peinado. Por lo demás, había oído que cuando se sueña hacia delante, también se crece deprisa.

Y necesitaba crecer muy deprisa, para cumplir los vaticinios de mi madre lo más pronto posible.

El negativo de mi madre

Mi padre era rácano, un marido fiel y un perfecto cabeza de familia, por abstención.

Tenía un nombre áspero y que abrumaba: Pegerto. Le sentaba mal a un carácter como el suyo, propenso a la melancolía.

«Con *JOTA*», decía siempre mi padre: «PEJERTO»; sin embargo, se equivocaba. Años después, en su partida de nacimiento verifiqué que era con GE, de PEGERTO. La fonética no variaba.

Las cenizas de san Pegerto mártir reposan en Buciños, una aldea de Lugo. De todo el santoral, hete aquí el nombre que más de punta ponía el vello a mi abuela, la protestante.

Como el protestantismo rechaza el culto de los santos, no por casualidad la abuela llamaba a mi padre, con quien compartía casa, Pegerto Mártir.

A mi madre tampoco el nombre le movía al entusiasmo. Conque, de un día para otro, rebautizó a su marido. Y ahora el autor de mis días, a regañadientes, atendía al nombre más académico de Ramón.

—¡¡Ramóooon!! ¡¡Ramóooon!! —voceaba ella por la casa, en ocasiones.

—Pero, por qué me llamará *Ramón* esta mujer… —se lamentaba él muy intrigado.

Duro de oído, lucía un colmillo de oro, la uña del meñique un poco larga. Usaba frases hechas, lugares comunes, fórmulas aprendidas, onomatopeyas. Y así.

Era guardia civil. Pertenecía al *Cuerpo*, se decía. Fruto de lo cual, vivíamos del *Cuerpo*; yo era hijo del *Cuerpo;* mi madre estaba casada con el *Cuerpo*. Era como un efecto dominó. La única que se mantenía firme, espiritual sin vacilaciones, era la abuela.

Miembro de la primera promoción de motoristas de Tráfico, de soltero estuvo destinado fuera de Galicia; pero de eso no hablábamos en casa. No ofrecía interés. A nadie interesaba rescatar ese episodio gris de su existencia denominado soltería. Era también un modo de negarle a Pegerto Mártir (él mismo se la negaba) su cuota de gloria, de aventura, de drama, de misterio, de autonomía.

Estilizado y pulcro como un pincel, tenía la frente de una amplitud engañosa, la cabeza alargada y algo de un Paul Newman rústico. Bigotito a lo David Niven, que se tocaba como si quisiera consolarlo. Ojos de un verde Duralex y mucha ceja. Cada año que pasaba se parecía más a su madre. Yo pensaba: «Cuando sea muy viejo será clavadito a la abuela de Los Peares». Lo imaginaba con unas faldas, melena al viento y ¡zas!: idénticos madre e hijo.

Le entraba la morriña y le daba un poco al clarete. Porque era de los que sueñan hacia atrás; no hacia delante.

A Dios le consagraba solo indiferencia. Se debía a su crónica timidez; o a la fe de su familia política, como reacción. Quién sabe. De niño rezaba avemarías. Incluso de joven, según creo. Hasta que se casó con mamá y la fe protestante lo enmudeció.

Que le costaba estrechar lazos con los superiores jerárquicos era un hecho; sin embargo, acompañaba a mi madre, que había abandonado la Iglesia evangélica de forma traumática, a misa. La hubiera acompañado al infierno; o a la iglesia evangélica, tanto le daba.

«Vamos a tu iglesia», le decía. «Vamos, mujer, vamos». Mi madre callaba y ponía la expresión de estar pensando que era un hombre con una carencia absoluta de genio; o de sentido común. Cómo sería la cosa, que un día hasta le escuché decir que se había casado con él porque era bueno, lo cual me pareció a mí el colmo del sinsentido.

No hacía vida social, mi padre; le daba la espalda a la sociedad de consumo. Cualquier precio estaba por encima de todo cálculo que hiciese. Era un hombre de río. Un hombre de quietudes. Un hombre que pescaba. Subalterno siempre; nunca al mando. Gozaba de pocos momentos civiles.

Tenía esas curiosidades de los sordos. Por ejemplo,

escuchaba el agua dulce del Miño como si fuera un poeta lakista.

El transcurso del tiempo le daba cien patadas: aniversarios, onomásticas, festividades. Para mi padre, galaico hasta la médula, el río que fluye era siempre el mismo río y el cielo tenía una sola estación y estaba siempre mojado. Puro Pegerto.

Era gallego de Los Peares. Un pueblo entre dos provincias, de un pintoresquismo bucólico, en plena *Ribeira Sacra*. Un pueblo minúsculo, delimitado por tres ríos: el Miño, el Sil y el Búbal. Pero vivíamos en Orense, claro. Como mi padre llevaba consigo esos amores, verlo allí, en la capital, carne de asfalto, era como ver una trucha en las arenas del Sáhara: desentonaba.

Barquero entre dos orillas, no paseaba, huía del prójimo. En tierra de nadie. Cambiaba de ruta o de acera. Hacía incursiones, como un furtivo, daba rodeos. Se desviaba a pasitos raudos, para no verse en la obligación, para él penosa, de saludar a unos y a otros.

Tenía fama de hosco, de soberbio; al revés, era amable a su manera. Y reservado. Se mostraba indeciso con la gente. Como las truchas, se escondía de los hombres. Siempre fuera de lugar.

Qué hacían juntas aquellas dos personas que eran mis padres constituye el más insondable misterio de mi infancia.

Invitados en casa

Se dio la circunstancia de que un domingo, de manera milagrosa, teníamos invitados y se organizó un buen revuelo.

Se trataba de unos colegas de juventud de mi madre. Feligreses de la capilla evangélica, testigos de la época en que mi madre la frecuentaba, iba tocada con una boina de terciopelo negra, fumaba y corrió la suerte de los amantes trágicos.

La visita se consideraba un auténtico acontecimiento. Hasta el punto de que, con gran antelación, mi madre no cesó de advertir a mi padre del suceso: que el domingo ese teníamos visitas. Que el domingo ese, marcado con un aspa roja en el almanaque que colgaba de la pared de la alacena, vendría gente a merendar té con pastelitos.

Ay, mi padre, que, ya de entrada, temía los almanaques, los calendarios, a quien ponían negro las fechas significativas, le daban asco los pastelitos y vértigo los años que pasaban.

Pero, fatalmente, llegó el domingo. Té había; pasteles aún no.

La abuela, bastión robusto de la fe doméstica, no cabía en sí de alborozo: por mi madre, y por ver angustiado de inquietud a Pegerto Mártir. Y este, que no podía concebir intrusos peores, o que lo sacaran más de sus casillas, y que, de haber sido un hombre distinto, se habría encasquetado el tricornio para asustarlos, le indicó a su mujer envuelto en sudores:

—Mary, no me encuentro.

—¿Qué quieres decir con «No me encuentro»?

—Pues que no me encuentro con ganas, mujer.

Mi madre pasó por alto la observación, como pasaba por alto montones de observaciones suyas, y salió con la abuela y conmigo a comprar los pasteles. Pues bien, mi padre, que no dotaba de significado a la expresión *vida social* (ni de sentido a

la sociedad de consumo), tomó una decisión sin pies ni cabeza: corrió a esconderse.

Fue inédito. Todavía me lo parece.

Por supuesto llegamos con los pasteles, y mi madre y la abuela empezaron a mosquearse. ¿Dónde estaba mi padre? ¿Y si le había ocurrido algo? ¿A dónde se había ido aquel vertebrado de Los Peares? ¿Llegaría a tiempo de saludar a los virtuosos evangélicos?

Se presentaron estos, y mi padre, el católico, seguía ausente.

La abuela resoplaba satisfecha, como si por fin viera confirmados los peores recelos que incubaba sobre su hijo político. Demasiado tarde para dar marcha atrás, supongo que papá debió de sentirse entre la espada y la pared, porque, ¿cómo iba a salir de su escondite después de una hora escondido?

Mi madre, disimulando su agitación como podía, tuvo la entereza de enseñar la vivienda a los amigos. Le faltaron años para arrepentirse:

Al entrar en el dormitorio, mi madre a la cabeza, lo vio, lo vimos, lo vieron. Una fatalidad. Mucho peor. El pie. Un pie metido en una pantufla con ribetes dorados, allí, bajo la cama. El pie de mi padre. La pantufla, obsequio de su esposa, reptó tímidamente por el suelo. Fue una visión fascinante. Todo el mundo se hizo el loco.

Un par de horas más tarde, ya lejos los feligreses, entreví a mi madre en el salón, montándole una escena:

—Qué apuros me haces pasar con la gente, Ramón. ¿Cómo se te ocurre esconderte debajo de una cama? ¡Qué paciencia la mía! ¡Por Dios! ¡Pero este no es mi carácter! ¿Lo sabes? ¿Sabes que este no es mi carácter?

Juzgaba el error inadmisible. Y nadie veía el menor aspecto jocoso al episodio. O casi nadie.

Porque la abuela, con las manos en su andador, miraba al suelo y a mi padre de reojo. Le daban como espasmos eléctricos y toses. Yo hubiera dicho que entraba en un estado de satisfacción reprimida.

Afrontémoslo, nuestra casa era la menos hospitalaria que recuerdo.

El aburrimiento

Yo quería hacer realidad los pronósticos de mi madre sobre mí; pero ignoraba en absoluto cómo concretarlos.

Si era un gigante en potencia, ¿qué cimas vertiginosas estaba destinado a coronar? ¿Qué triunfo me estaba prometido? ¿No sería mi talento caprichoso y errante? ¿Quizá tenía que morirme para que se me reconociera? Pero ¿y mientras tanto? ¿Tenía que esconderme para que los niños (jamás las niñas) dejasen de tomarme el pelo y reírse de los jerséis de cuello pico que me calcetaba la abuela, de mis pantalones de campana y, por lo general, de la *ropa de viejo* que vestía, de que los católicos me llamasen protestante, porque no era de su ramo, y los protestantes me llamasen católico?

Todo eso rebasaba mi imaginación.

Y ni siquiera mi madre me daba pistas. Eso sí, me mandaba a hacer recados; pero tampoco los recados presagiaban un destino heroico.

Me encargaba carretes de hilo. Me entregaba el retal de una tela y yo salía a comprar un carrete, si no igual, de un tono una pizca más suave. Así inicié mi aprendizaje de hombre mundano, pues debuté en el mundo real gracias a la costura.

La calle de las Tiendas desembocaba en la plaza Mayor. A pocas manzanas de nuestro piso, en la calle Doctor Marañón, muy cerca de las Burgas, las célebres fuentes termales de Orense.

Yo me lanzaba disparado hacia la mercería Dos Hermanas, abarrotada de señoras, y me deslizaba dentro.

Me quedaba al fondo, en plan de tener paciencia. Me sentía en la gloria entre mujeres.

De repente, en un exceso de fervor, alzaba el brazo. No pedía la vez, no entendía de turnos ni trataba de entenderlos.

Agitaba el retal por encima de las cabezas circundantes, como un pañuelo de urgencias, y gritaba:

—¡Por favor… por favor… por favor…! —y así diciendo me colaba entre la risa unánime de las mujeres.

¿Los tíos?: Gracias. Para otros. Toda la vida las he preferido a ellas.

Volvía a cien por hora de la calle de las Tiendas. Entraba en casa y les daba los carretes de hilo a las aprendizas; a mi madre la vuelta del dinero.

Las aprendizas eran dos o tres jóvenes que cosían para mi madre. Mi madre impartía instrucciones y ellas cooperaban y aprendían.

Lo primero, antes de admitir a nadie, las tanteaba.

Se empeñaba en desalentarlas. Me refiero a que pasaba de complacencias. Les decía que era un oficio sacrificado y sin futuro. Prendía alguna chispa entre tanta negrura; pero, en general, desinflaba sus expectativas.

Muchas daban media vuelta; otras se quedaban. Esas, las indesmayables o desesperadas, eran las que mi madre elegía.

Solían ser jóvenes llegadas del mundo rural que veían en la costura una salida. Mi madre, que conocía bien el paño; o sea, el régimen de aprendizaje, porque lo había sufrido cruelmente de chiquilla, las trataba como a ella le habría gustado ser tratada.

Se mostraba cordial, afectuosa. Tenía la paciencia con ellas que no tenía conmigo; algo que entendí muy tarde. Tarde para ella; tarde para mí. Su agitación, su permanente desasosiego, los comprendí después. Recuerdo, y no olvido, que las aprendizas cumplían su horario y mi madre empezaba el suyo, tenaz, concienzuda, laboriosamente, hasta altas horas de la madrugada.

Aún me parece estar viendo la mesa de roble ovoidal llena de tijeras, patrones, jaboncillos grises y azules, dedales, bobinas, agujas, alfileres, por todos lados hilos y más hilos de color blanco producto de los pespuntes. La máquina de coser Singer, de hierro negro, en un rincón.

Después de lo deberes escolares iba a sentarme con ellas, entre ellas. Enhebraba agujas durante horas. Veo a mi madre.

Me besaba la punta de la nariz. Me alborotaba el pelo. Veo su rostro. ¿Qué me ha llevado a considerar que lo había olvidado?

—¿No te aburres, Mundito? —Me quedó ese nombre durante años. Claro que me aburría. ¿Y qué? Yo estaba abocado al aburrimiento, en toda la expresión de la palabra.

Para mí los meses pasaban como años. Sietemesino, andaba siempre a la búsqueda de los dos años que me faltaban. Ahora se explica que corriese como corría: el ansia de escapar del tedio le prestaba alas a mis pies.

—Me estoy ejercitando —contestaba.

Por la misma razón empecé a leer. Porque los libros me daban dolor de cabeza.

Me quedaba con las aprendizas para socializarme, como ahora se dice, porque la gente no me distraía. Y aprendí a leer por las malas. Leía por la sencilla razón de que me resultaba un coñazo leer.

Nunca jugaba a nada. No me juntaba con nadie. Quería solo vencer el aburrimiento con sus mismas armas: esperando. Una tarea absorbente, ya de por sí.

Triste y soñador, como Heathcliff, me animé a tragarme cinco libros por semana para cualificarme. Había oído que los libros estimulaban las aptitudes, y habida cuenta de que la genialidad era mi destino, me lancé en caída libre con armas y bagajes.

Uno, dos, tres, cuatro… y al llegar al fin de semana empezaba el quinto.

—¿Lees la Biblia de vez en cuando? —me preguntaba mi madre.

—No. —Basta que insistiese para no leérsela ni a ella, aun cuando me lo rogaba.

—¿Por qué no me lees alguno de los salmos, hijo? Son tan hermosos…

Me entraba por un oído y me salía por el otro. Y me llamaba ingrato con toda la razón.

Resignado al ejercicio, no hacía más que leer páginas profanas y correr. Aquello no era vida. Más que vida era un asunto atlético, borrascoso.

Esto que voy a decir parecerá melodramático, pero no falto

a la verdad, que es lo que me propuse aquí desde el inicio: creo que no me importaba mucho morirme.

De ahí a la depravación romántica había solo un paso.

Como era natural, me inicié en los misterios de la poesía y empecé a soltarme. Emborronaba cuadernos con poemas de una trascendencia confusa. La inspiración aún no había reparado en la potencia de mis ímpetus. Escribiendo, aunque esté feo que yo lo diga, me sentía en mi salsa: deliciosa y exquisitamente aburrido.

Escribía como millones de adolescentes lo harán siempre, antes y después; pero no pensaba en convertirme en escritor. No todavía.

—¿Escritor…? —balbuceaba mi madre—. ¿Escritor…? ¿Escritor…? —Y su cara reflejaba la confusión de mis versos.

Continué con el impulso adquirido y me presenté a un certamen de poesía local.

Concurrieron trece poemas, de los cuales doce llevaban mi firma al pie. Como nunca he sido supersticioso, y como eran doce contra uno, triunfé sobre mi único opositor.

La presidenta del jurado en persona me lo dijo sin sutilezas, que ganaba por agotamiento. Me lo tomé como una promesa de futuro, y no escarmenté.

Fui entrevistado para *La Región*, el minúsculo periódico de Orense (si hasta los suscriptores lo llamaban «la hoja parroquial»). Un talento de naturaleza poética se revelaba por primera vez al mundo.

Mi padre, debidamente impresionado, me acompañaba. Cuando la periodista le preguntó qué opinaba de mi poesía, ni siquiera pestañeó y, con una sinceridad heroica, dijo:

—No la entiendo; pero los que sí entienden, nos dicen que es muy buena.

«Mierda», pensé. Ni mi padre la comprendía. Por lo demás, fue una ocurrencia muy celebrada e hizo pensar a algunos que papá era un ingenioso; lo cual me haría temer, desde entonces, que la vida es una fuente de equívocos.

Hice de tripas corazón y, con mi innato sentido de la gloria póstuma, me dije: «Ya se me entenderá». Y así desde entonces.

EDMUNDO DIAZ, A LA BUSQUEDA DE LA POESIA

Edmundo vive de modo especial la literatura. Su padre, que permanece atento, le anima constantemente a seguir, pese a reconocer que no le gusta la poesía.

A veces puede resultar extraña la poesía si un joven de catorce años se dedica y entrega a ella. El sentimiento lírico permanece, pero se aleja —por extraños resortes— entre las grandes ilusiones de cualquier adolescente. Así, Edmundo Díaz Conde lo reconoce cuando afirma: "Esta es una época de locos. Yo me considero un romántico. Soy un romántico. Aunque no es una época adecuada para ese sentir me encuentro como poeta lírico".

En sus versos se traduce una profunda seducción por los momentos sensibles, los que no se repiten:

Lloro lento,
lloro silencioso,
lloro que rompe el alma.
Es tan lejano este instante,
que me apeno,
y muero por última vez,
sin quererlo.

Fragmento de su obra (Poema por la muerte de mi abuelo).

Edmundo ha terminado EGB. Inmediatamente comenzará primero de BUP. Sigue sus estudios en un Colegio religioso de la capital y, al parecer, con buenas calificaciones. Al mismo tiempo compagina una intensa actividad poética plenamente asumida. Esto le ha llevado a que, ahora mismo, se abra una expectante posibilidad ante su futuro poético.

LA ORIENTACION DE UN PROFESOR

—"La literatura me gusta desde pequeño. Pero fundamentalmente desde hace un año, cuando un profesor me animó a esta faceta. Yo, al principio, me quedé un poco sorprendido. Ahora me encuentro muy satisfecho. Y ello, obviamente, lo debo a él".

Edmundo habla con precisa coordinación, haciendo un claro balance de su trayectoria.

—"Desde que este profesor comenzó a animarme, todo me movía hacia este campo. Antes no sentía, de modo total, el afán de la Literatura, si bien siempre tuve el afán de poder escribir".

—¿Y el inclinarse decisivamente hacia el campo poético a qué obedece?

—"La poesía es una inclinación personal. Comenzó con una simple lectura, e inmediatamente me sentí estimulado a hacer una poesía estilo, prosa, nada hecha, que poco a poco se fue acrecentando".

—¿Qué autores has leído dentro de la poesía para crearte un campo de referencias?

—"Mis lecturas todavía no están fundadas. He leído a Bécquer y García Lorca. Y ahora, justamente en las vacaciones no he podido leer porque cualquier poeta me influye mucho".

Edmundo confiesa su inclinación por la poesía moderna, sin rima, distinta a las tradicionales, siguiendo la línea de César Vallejo, Pablo Neruda o Lorca.

—"Pero esencialmente soy romántico. En esta época de locos no hay tacto. Hay una verdadera necesidad de reforma".

DOS PRIMEROS PREMIOS

En el año 78, cuando se celebraba el día del libro, Edmundo iniciaba su andadura literaria. De aquí partían y aquí se fundaban sus afanes. En certamen convocado por la conmemoración de Cervantes, hizo una redacción que se destacó con un primer premio. "Ahora bien —señala— la hice sin afán directo de ganar".

Posteriormente, en mayo último, obtendría un premio de poesía. "Le tengo un cariño especial porque estaba muy ilusionado con él. Y llegue a rezar con devoción inusitada por ganar. Era en Día das letras gallegas. Hice cinco poemas enormes y uno de ellos, "Casa Labrega" mereció el primer premio. Como quiera que era obligatorio su presentación en gallego, don Joaquín Lorenzo me hizo la traducción. Y se lo agradezco inmensamente, dado que es una persona extraordinaria".

—Pero ¿cómo un poeta ha de dar su obra a traducir. No pierde entonces la carga emotiva que le ha conferido su autor?

—"¿Y cómo vamos a escribir gallego si no nos lo enseñan en los colegios debidamente?

Edmundo ha saltado como un resorte. Su mitad justificación mitad extrañeza ofrece una seria argumentación. Y ¿qué es "casa labrega"?

—"Un poema intimista que expresa mis sentimientos a la casa labrega. En él la casa se personifica, y yo intentaba expresar sus sentimientos que eran muy melancólicos".

CONCURSO PARA NOVELES

Próximamente, este joven amante de la poesía, se presentará a una convocatoria del Ministerio de Cultura para noveles. Para cada especialidad literaria se ofrecen doce ayudas. En el caso de Edmundo es la poesía la elegida, y para ello está escribiendo un libro-temario que tendrá noventa páginas. "Voy ya por la 62, y los dos últimos poemas —que serán los cumbre— los presentaré a "O Facho" en La Coruña".

SU PADRE: "NO ENTIENDO SU POESIA"

El padre de Edmundo, que le acompaña, apoya totalmente a su hijo. Permanece atento a la conservación.

—¿Cómo es que se le ve tan ilusionado con la actividad poética de su hijo?

—"Es que le veo con tanta ilusión que me decido a apoyarlo totalmente. Además en los estudios va muy bien, y los profesores nos han dicho que sería una pena que no le ayudásemos".

—¿Pero le guste a usted la poesía, y más concretamente, la que hace su hijo?

—"No, no me gusta la poesía. Y la que escribe él no la entiendo. Pero lo que sí entienden nos dicen que es muy buena".

La abuela protestante

Mi abuela era una mujer centrada, una mujer orientada. Algo sólido; aunque fuese espiritual. Una categoría. Era una fuerza motriz.

Presbiteriana, combativa y diminuta. Con ojillos como canicas de mármol, de un turquesa como el de las olas de Punta Cana.

Suspiraba por el día de Juicio Final porque había puesto su confianza en lo que vive y no muere. En consecuencia, desconfiaba de los hombres; jamás condescendió a sus diversiones.

Como bebía las palabras de los primeros cristianos, estaba sedienta de lo mismo que estuvieron ellos: que la ira de Dios lo chamuscase todo y dejase la tierra seca y purificada antes de la última trompeta.

Joder.

Creía en la inminencia del fin absoluto, de lo cual quería dar testimonio en primera fila.

A su modo, otra soñadora.

Empecinada en resistir, cumplía años y esperaba y esperaba. Desde que era vieja las pasaba canutas; esta era la gran pena que tenía. Perdía agilidad, perdía vista, perdía el sentido del olfato y del gusto; pero, como para someter a todos los sentidos juntos, pulía su fe con esmero y un toque sádico.

Daba paseos con un andador que le había costado un huevo. Corredor arriba, corredor abajo. Causaba estragos en el ánimo de mi padre porque lo manejaba con negligencia, como si no hubiera costado nada.

Jugaba con él. Le daba golpes. Lo volteaba. Le importaba un pimiento y era hasta gracioso. Mi padre, tan rácano, sufría.

¡Catacroc! Al ser tan liviano, la abuela se agachaba y lo enderezaba con aires de triunfo terrenal. O permanecía

agazapada y, de pronto, alguien daba la señal de salida y ella brotaba de un recodo del pasillo, veloz como Aquiles, el de los pies ligeros. Otras veces, irrumpía en una habitación por las buenas y se desplazaba a lo fantasma de Canterville. Puesto que mi padre no la oía venir, le daba unos sustos de muerte.

El tacataca era un reproche a la autoridad de mi padre, una agresión contra su silencio, su filosofía pisciforme. Y la abuela que, en su condición ambulatoria, estaba siempre al acecho, lo guiaba con maligna majestad.

Con mi padre tenía el hábito de la guerra. Él era la demanda y el objetivo número uno de su ira.

Yo estaba seguro de que hostigar a los yernos pertenecía al orden natural de las cosas; hoy por hoy, supongo que veía en él un instrumento del demonio, católico y armado. Por eso lo mantenía bajo atenta observación. Porque, a sus ojos, mi padre era un agente enemigo, una herramienta corruptora que insuflaba en ella un ánimo belicoso.

Cuando se topaba con el tricornio, ponía el grito en el cielo y lo apartaba con mano firme; o lo escondía donde Dios le daba a entender. Y mi padre, aunque no estuviera de servicio, lo buscaba como loco.

Por la noche se acostaba antes de las once, redecilla en la cabeza para no malograr la permanente. Dormía escuchando Radio París y amanecía con los pájaros y el transistor bajo la almohada, con las pilas consumidas. Colgaba de una pared de su dormitorio un marco de madera ovalado con una foto color sepia de mi abuelo, el difunto. Un caballero sindicalista, que de vivo emanaba aromas de jazmín, y de muerto camuflaba la caja fuerte.

Su debilidad y su pasión era el milhojas; el merengue la perdía. En el resto era inatacable; pero, en lo tocante al milhojas, se zampaba uno de postre los domingos y, al verle un bigote blanco, mi padre enfilaba a su enemiga. Con gran instinto de combatividad y astucia, la abuela evaluaba fríamente al adversario y lanzaba una contraofensiva. Mi padre, con aquella forma tan suya de no hacer nada, todo lo dejaba correr.

Casi no se hablaban; ni siquiera de temas neutrales. Se las

apañaban con los silencios, a menos que apareciera el milhojas o el tricornio en escena.

Sin embargo, la abuela sí que tenía tratos con Dios. Dicho con propiedad, negociaba con él en voz alta. Era como para sacarse el sombrero. Yo la escuchaba sin querer desde mi habitación.

Pienso que mi madre heredó de ella la camaradería con el Todopoderoso y el don de aclarar con él sus inquietudes.

Tenía una Biblia que pesaba una arroba, y a los trece años me regaló un ejemplar que aún conservo, con funda de piel, cierre de cremallera, índice uñero y una dedicatoria edificante con su letra picuda, que rezaba:

Acuérdate de tu Creador en los días de tu juventud, antes de que vengan los días malos y lleguen los años de los cuales digas: no tengo en ellos contentamiento.

Eclesiastés 12-1

Para que me fuese enterando.

A partir de ahí, cada cierto tiempo, mi madre me preguntaba con un tono de sibilina anticipación:

—¿Lees la Biblia que te regaló la abuela?

—No.

—Léeme algún salmo, cariño. Son tan hermosos…

—No.

La abuela me hablaba de su hijo Dani, el tío Mir. El que había regalado un armonio a mi madre, el hijo con quien no se hablaba desde hacía lustros.

Decía que él mismo se proclamaba letrista, que sus himnos cristianos fascinaban como las hogueras de los mártires y que tenía una vena delirante y loca. Los detalles eran vagos.

La abuela me contaba historias del Antiguo Testamento. Y anécdotas de príncipes y princesas que se sacaba de la manga. Amores juveniles y románticos que, a su juicio, recogía la Biblia. Porque la religión, para ella, era misterio y maravilla; y en tal sentido, la suya salía perdiendo comparada con la católica, cuyo exterminio fulminante habría deseado.

Se le iba un poco la olla.

La única inconsecuencia de primera magnitud que le

recuerdo tuvo que ver con un himno católico al que rendía culto. Digo «inconsecuencia», pues no les concedía victorias a los papistas y quería superarlos en todo. En austeridad. En disciplina. En la magnitud de la culpa. En desazón espiritual…

Ahora bien, ese himno CA-TÓ-LI-CO era su mayor flaqueza, pues apelaba a sus impulsos más genuinos. Los de su naturaleza apocalíptica. Y el himno la hechizaba. Lo cantaba gravemente, con expresión de desafío. Como si la letra contradijese sus más profundos deseos:

Perdona a tu pueblo, Señor
Perdona a tu pueblo
Perdónale, Señor

No estés eternamente enojado
No estés eternamente enojado
Perdónale, Señor.

—¿Y Pegerto Mártir? —Era su pregunta predilecta. Con mi padre siempre usaba la técnica del desdén. Hablaba de él como de un chubasco.

—Abuela…

Y cambiaba de clima.

Por las noches se levantaba mucho a mear, con un camisón largo hasta los talones. Como mi padre estaba durmiendo, prescindía del tacataca. Rondaba por ahí como un fantasma con cistitis. Imperaba un silencio escalofriante a su paso; pero si veía una franja de luz bajo mi puerta (yo empezaba a cogerle gusto a la lectura después de haberme aburrido tanto con ella), llamaba suave y repetidamente, entraba llena de sueño y me decía:

—*Llegeixes*? —Para civilizarme, a menudo me hablaba en catalán.

—Sí, abuela. Leo.

—*Escrius*?

—Sí, abuela. Escribo.

—*Contes*?

—Y poemas.

—*Com el teu oncle*.

Yo me hacía el inocente:

—Pero ¿mi tío no era letrista, abuela?

—*També*.

Mitificaba un poco al hijo, o bien le patinaba la memoria. Las «pájaras», que decía mi padre.

En todo caso, con trece años, yo escribía poemas y cuentos.

—Léeme alguno, anda. Tu tío me leía siempre los suyos —me decía en castellano.

No hacía falta que leyese porque, según el test de la escuela, yo poseía memoria fotográfica, así que más bien recitaba mirando al suelo:

—Es una señora sin edad y que habla poco, como las montañas y los valles. Vive sola y, para salir a la calle, se ayuda de un andador.

»Se quedó viuda muy joven, por eso no habla de esos tiempos. Tal vez recuerde; quién sabe. Ella calla; pero tiene los ojos de alguien que aún sigue soñando y espera. Espera como un fantasma en un castillo. Espera a que llegue la hora de partir.

»Yo le paso las últimas páginas que escribo, y eso le gusta; o se las leo, y eso le encanta. Empieza a gustarme escribir, y ella, como sabe tanto de cuentos y leyendas, de príncipes y duquesas, de amores juveniles y románticos, me aconseja a veces, con picardía: “Sé lo que pasará con ese personaje. ¿Te lo digo?”. Y me lo dice. Y rejuvenece. Porque es mejor su idea y acaba de regalármela y lo sabemos. Cuando se marche, se olvidará del andador, se olvidará de la edad. Se irá como si un viento con aromas a jazmín hubiera venido solo para llevársela; y yo, que corro a tomar apuntes, no sabré por quién me alegro más, si por ella o por mí.

Y cuando levanto los ojos, mi abuela ya me da la espalda. Encogida sobre sí misma, sin mirarme, sin despedirse, abre la puerta y se va.

Brazo de gitano o tarta de fresas

Nos quedábamos en la cocina toda la tarde.

Otro se habría aburrido; yo no. Estaba acostumbrado. Para eso me ejercitaba. Para acostumbrarme al aburrimiento.

Acabábamos de comer y fregábamos la loza. Él preparaba la masa, encendía el horno y convertía la cocina en una gruta cálida.

Currusquiño, me decía.

Ay, papá.

Esto que contaré pasaba algunas tardes de fines de semana. Y todas las santas veces la misma historia, sin apenas variantes. Es lo que me hacía hervir de indignación: que la historia se repitiera sin que él aprendiese de los errores.

Me preguntaba:

—¿Qué prefieres, *currusquiño*: brazo de gitano o tarta de fresas?

Pero la pregunta no iba dirigida a mí, sino a su esposa, que seguía bregando en la habitación de la costura. Siempre estaba haciéndole brazo de gitano o tarta de fresas. Se le iba la vida en ello. Me quedaba con mi padre por lástima.

—Brazo de gitano —contestaba yo.

Mi padre quería un espectador. Y, de paso, se ahorraba lo que habría gastado en la confitería. No tenía arreglo.

Ni conversábamos, ni habríamos sabido qué decirnos, ni nada. Yo no lo comprendía ni mucho ni poco; él salía por peteneras. Encendíamos la radio y, de vez en cuando, se oía el andador de la abuela, desdeñoso. Pasillo arriba, pasillo abajo.

La masa iba madurando en el horno y la cocina olía a canela y a bizcocho, a vainilla y a maicena. A Flanín el niño.

Mientras, hacía café. Una vez hecho, nos servía. Merendábamos y seguíamos ahí tercamente, mudos.

Más tarde, ya tibio, extendía el bizcocho en la mesa, lo

embadurnaba de natillas, lo enrollaba sobre sí mismo, lo emborrachaba con una mezcla de agua de azúcar y Licor 43. Con la nata montada, escribía en la capa superior del pastel, de un extremo a otro, la palabra MARY y espolvoreaba la canela por encima.

—Voy a buscar a tu madre. Para que lo pruebe —decía como si inventase la pólvora.

Se leía en sus ojos verdes una chispita de orgullo, y también la fatiga de la concentración y el calorazo del horno.

Relucía su frente al salir de la cocina en busca de *Mary*.

Mi madre, quede claro, solía estar a dieta porque con su estatura, decía, los kilos pesaban siempre demasiado.

—¡Maryyyyy! ¡Maryyyyy!

No era tan buen cocinero como bailarín; pero sí tenaz, un pescador.

Después de un poco, volvía. Soltaba un comentario ininteligible.

—No viene, *currusquiño* —terminaba diciendo. Siempre le suponía un gran desencanto...

—Vaya.

—¿Eh? —Oía peor de año en año.

—¿Y por qué no viene?

—Ocupadísima. Tiene sesiones de prueba. Mañana. —Hablaba telegráficamente, para no liarse. Las clientas venían a elegir tejidos o a probarse ropas a medio confeccionar.

Entonces pasaba que nos sentábamos frente a frente. Cada uno a un lado de la mesa, con el brazo de gitano en medio, como si pendiera un hechizo sobre nosotros.

Mi padre espolvoreaba un poco más de canela por encima.

Me decía que cortase un buen trozo y le hiciera los honores. Era un hombre disminuido, caído en desgracia, de tan decepcionado como estaba. Y yo leía en su rostro un pensamiento secreto y que nunca formulaba: ¿Tanto le costaba a ella acercarse y probarlo?

Me guardaba muy mucho de hacer comentarios; pero ponía cualquier excusa, me levantaba y me retiraba de puntillas con una combinación de fastidio y desaliento.

Pensaba que, después de mí, no había nadie más solo que él.

¿Qué creía mi padre que estaba haciendo?

Encima, me daba rabia que la quisiera tanto que no le importase entenderla.

Me daba rabia que el resultado estuviera tan a la vista, y que fuera como él, inoportuno. Con el adorno de la nata montada en la superficie, para mayor escarnio.

Porque la nata ahí arriba, en la capa superior del bizcocho, era el contraste con el que yo medía los dos amores de mis padres, entre sí tan diferentes. Y, por una confusa razón, era yo quien se consideraba un infeliz, un calamidad y un incomprensivo de tomo y lomo.

La coral de Ruada

—Dime, ¿qué tal? —preguntaba mi padre sobresaltado. Qué pesadilla—. ¿Lo hace bien? ¿Cómo está hoy?

—Calma —susurraba yo. Al principio me lo tomaba con frialdad.

—¿Cómo dices?

—Papá, no la oigo. Es imposible.

—¿Tampoco oyes?

—Es un coro. No distingo su voz.

—¿Un cobro? —Era una tapia.

—¡Qué papeleta! —decía yo. Empezaba a estar agobiado.

—¿Nos van a cobrar? —volvía a preguntarme. Yo me encogía de hombros.

Al poco se le caían los párpados. Ya estaba fuera de combate. La música y los libros (cualquier música, cualquier libro) ejercían en él una influencia letárgica.

En la última fila de la sala de actos del Liceo Recreo Orensano, sociedad cultural por excelencia, asistíamos a una actuación de la Coral de Ruada. Y porque era gratuita. Miento. Por mi madre, habría llegado a lo que fuese.

La Coral de Ruada era una agrupación de raíces musicales gallegas. Mi abuelo materno, el difunto, el ausente, el que emanaba aromas de jazmín, había sido miembro destacado del coro. De ahí el gran amor a la música de mi madre.

Cuando podía, mi madre ensayaba con los de la coral. Los sábados a última hora de la tarde; pero no siempre. Se ausentaba un montón por la costura. Y luego, si tocaba actuar, lo raro es que estuviera preparada. Se la llevaban los demonios.

De jovencita había cantado en el coro de la capilla evangélica. Y también había tocado allí su armonio, acompañando los himnos de la liturgia. Pero entonces sucedió

esto:

El primer desamor le dolió tanto que abandonó la iglesia. Fruto de aquel desengaño dejó de frecuentar la capilla y, quizá en consonancia con ello, se avino a casarse con mi padre.

—Qué. ¿La oyes ahora? —me susurraba mi padre, medio noqueado.

—Déjame escuchar. —No es que me interesase aquella música de la tierra; pero mi padre me atosigaba. Después se quedaba prodigiosamente dormido.

Su primer novio, el que la traicionó, era un hombre de mundo.

Y con ello quiero decir leído, que viajaba en tren, con modales, de los que no estiran el meñique al levantar la copa, bien criado, zanquilargo (tenía que ser un atributo, ciertamente, pues le llamaban, con deferencia, el Piernaslargas). Aquel joven, del que había oído hablar un poco a mi abuela, podía haber sido mi padre.

A mi madre le había tocado en suerte una mala estrella. Nacida en Barcelona cuando Franco se sublevó, ya en Orense ingresó en un taller de costura a los diez años.

Confiaba en él, su primer novio. Ilusa hasta los huesos, se tragaba las bolas más inverosímiles. Imbuida de un ideal de nobleza y devoción, no había aprendido a mentir. Confiaba y confiaba. ¿Por qué iba a mentirle nadie? Y su novio, ¿por qué iba a traicionarla? ¿Por qué?

Por lo mismo, no logró imaginar que su futura suegra se opusiera a ese noviazgo. Que rechazase a una joven de clase humilde, como ella, que tenía fama de extravagante. Que juzgase que esa modistilla ¡fumadora!, y tocada con una boina ladeada, comprometía a su hijo sin remedio.

Un día un emisario le pidió a mi madre que le devolviese los obsequios de quien, *de facto*, ya no era su novio. Obsequios con tarjetas en las que el Piernaslargas siempre subrayaba tres palabras: SUERTE, RESPETO Y AMOR.

Pocas cosas en su vida tan imprevisibles. Mi madre, en un destello de clarividencia, comprendió y salió volando a la calle tirándose de los pelos. Horas después volvió para encerrarse con dos vueltas de llave en su habitación.

Fue su primer desengaño.

Cuando al día siguiente el abuelo forzó la puerta, encontró a su hija tumbada sobre la colcha, cara al techo y como Dios la trajo al mundo (como su nieto, en similares circunstancias, iba a fotografiarse muchos años después), con los brazos y las piernas en cruz, los ojos llenos de lágrimas.

El coro, y mi madre con él, se desgañitaban en el salón de actos del Liceo.

Mi padre, ajeno a toda realidad, dormía el sueño de los justos. De manera intermitente, yo lo sujetaba por el brazo para que no se derrumbara del lado indebido.

Y pensaba que ese primer novio, ese cobarde le había arrebatado a mi madre algo más que los obsequios de un noviazgo.

—¿Qué, hijo? ¿Ya acaba? —Mi padre calibrando la situación. Mi padre, el fortuito, el incierto. Mi padre era todos aquellos que pasaban sin pena ni gloria.

Iba a contestarle que no se enteraba de nada; pero, entre el rumor de los aplausos, le dije:

—Ya están acabando. Duerme. Duerme, papá.

Y, no vais a creerme, se dormía profundo. Despertaba con una ovación clamorosa, la mar de contento, en el último de los bises.

Era de una humildad sobrecogedora.

La discusión

Los oí discutiendo. No era la primera discusión, no sería la última; pero esta la recordaría por siempre. Lo que pasó tiempo después cobra sentido a la luz de ella.

Y, vamos a no sacar las cosas que quicio, tampoco fue una discusión lo que se dice agria.

Con mi padre las controversias no tenían razón de ser porque era como discutir con un buzo. Sacudía la cabeza con ojos asombrados y gestos a cámara lenta. Volvía de su elemento natural, el agua dulce. Respondía «¡Eh!, ¡Eh!», y se secaba la frente con los dedos mientras mi madre lo aturdía con argumentos cruzados.

Fue una mañana, a mediodía.

Estábamos solos en casa ellos y yo. La abuela había salido para ir a la iglesia evangélica y yo, suponían, estudiaba en mi cuarto.

—Vámonos a Barcelona —le oí decir a mi madre—. ¡Venga! ¡Vámonos!

—¿Ahora? —contestó mi padre.

—Es el momento. Nuestra oportunidad. Aún somos jóvenes. Después será tarde.

—Todo es juventud para ti.

—Solicitas destino. Mientras te lo conceden, Edmundo, mi madre y yo nos instalamos allí. El niño empezará el bachillerato en Barcelona.

—En Barcelona.

—¡Vámonos!

—*¡Mi madriña…!*

—Vendemos aquí, y compramos allí. Es el momento de ampliar horizontes.

—El horizonte es carísimo. No piensas lo que dices.

—Aquella es mi ciudad. Es mi tierra. La cuna de la alta

costura.

—¿Eh? —Me lo imaginaba secándose la frente, sordo y aturdido.

—Hay que abrirse a otro mundo, Ramón. Conocer a diseñadores y modistas catalanes. ¿Qué tengo yo que ver con los gallegos?

—Qué quieres que te diga.

—Tienes miedo. Te atenaza.

—Jesús.

—No seas cobarde.

—Pero, Mary; ¿qué hago yo allí?

—Puedo hacerme un nombre.

—Ya tienes un nombre. A mí me gusta.

—El niño tendrá más oportunidades.

—Qué desgracia —decía mi padre—. Qué desgracia.

—¡Señor! Pusiste en mi camino un pedazo de carne bautizada.

La frase me alcanzó como un puño en el rostro, y jamás de los jamases he podido desprenderme de ella: «Un pedazo de carne bautizada».

Lo que puedo deciros es que mi madre había perdido una guerra y, con ser esto malo, triste era la seguridad que tenía de que el país subestimaba los sueños, las ambiciones y los anhelos de superación. Pero salvaba de la quema a Cataluña. La consideraba su verdadera nación, un Shangri-La, un estadio intermedio entre el cielo y la tierra. Y Barcelona, una realidad mítica.

Hasta entonces, mi madre era una modista que no había descollado.

Conocida por un núcleo duro de clientas, pero reducido. Se pasaban su nombre de boca en boca como novicias de una hermandad secreta. Y su número no aumentaba de manera sustancial; parecían estar confabuladas. Ella decía en un tono amargo: «Quien tiene una buena modista, tiene un tesoro que no está dispuesta a compartir».

Ocurrió que, además, al filo de los ochenta el sector de la moda bullía.

Los grandes diseñadores gallegos, Adolfo Domínguez, Gene

Cabaleiro, Verino, Caramelo, Florentino, a punto estaban de salir a escena. Era el preludio de algo. La transición hacia una España más creativa, más emprendedora.

Mi madre siempre estaba a vueltas con el *prêt-à-porter*. Que si el *prêt-à-porter* esto; que si el *prêt-à-porter* lo otro. Que si el *prêt-à-porter* había ganado la partida a la alta costura desde los sesenta. Que si el hecho de que hubiera un *prêt-à-porter* de lujo producido por firmas de prestigio lo demostraba.

Ella misma simpatizaba con el *prêt*-à-*porter*.

Le hacía gracia esa moda *lista para vestir*. Comprendía su versatilidad y su encanto, la comodidad de la prenda hecha en serie, en función de la demanda; pero la prenda única, exclusiva, diferente, confeccionada a medida por grandes profesionales, era lo que daba forma a su entusiasmo. Y estaba dispuesta a convertirse en una modista de altos vuelos.

Presentía el momento del gran salto. Un salto de fe, en el vacío, lejos de la moda estandarizada, de confección.

Aunque sabía de corte y patronaje; aunque tenía manos de seda y el ojo educado para elegir tejidos, cortar, ajustar y confeccionar; aunque su gusto para los colores y acabados, para las formas y texturas, era innato, y sus nociones, desde el diseño hasta la conclusión de la prenda, eran amplias, había una cosa cierta: quería atreverse a más. Y, para ello, necesitaba saber más, *ver mundo*. Necesitaba contactos.

Aspiraba a dominar todas las fases del proceso, a crear prototipos que hicieran suspirar de satisfacción a las mujeres, y a los hombres de deseo y admiración. Conjuntos clásicos, sencillos a la par de elegantes y una pizca osados, que soportaran el embate del tiempo, que se opusieran a la tiranía de las modas más comerciales.

Pero también soñaba con innovar, hacer propuestas vanguardistas de líneas sobrias. Y para innovar, aspiraba, como en cualquier otro oficio, a adquirir un dominio incontestable de sus técnicas.

Decía que la prenda ya estaba en el tejido, esperando a la mujer que se atreviera a enamorarse. Decía que una mujer enamorada era especial, y merecía una prenda especial. Por lo visto, siempre el amor.

Le gustaba ver los rostros de sus clientas cuando se enamoraban de una muestra. En el cuarto-probador, frente a la luna, frente a mi luna. Rejuvenecían. Pude escuchárselo más de una vez.

Durante unos minutos, ante el muestrario, la clienta imaginaba la ropa que Mary empezaba a describirle, y entonces resplandecía y empezaba la aventura. Embargaba a la clienta la ilusión de los años jóvenes, de tiempos no tan remotos, emocionantes, cuando la aventura todavía era posible para ella. Y al citarla mi madre para una prueba de *toile*, en la que se definía el escote y el largo, la clienta viajaba a un país encantado. Y mi madre viajaba siempre con ella.

Por ese motivo elegía con cuidado las empresas textiles con las que trabajaba. Porque casas como Gratacós, o Santa Eulalia o Cadena no solo ofrecían tejidos de calidad inigualable y amorosa (el amor siempre), sino géneros que llevaban en su seno prendas exclusivas para mujeres exclusivas.

Decía que su misión, la de toda modista, era sacar la prenda del paño. Arrancarla. Liberarla. Solo eso. Que en eso consistía todo.

Sus referentes eran Carmen Mir, Pedro Rovira, Pertegaz y, más que nadie, Balenciaga, de quien había memorizado una frase homérica:

Un buen modisto debe ser: arquitecto para los patrones, escultor para la forma, pintor para los dibujos, músico para la armonía y filósofo para la medida.

O sea; que a los cuarenta años, mi madre advirtió a mi padre del sueño de su vida, y dio libre curso a la embriaguez de sus deseos. Por poco que se medite, qué puede haber más sagrado. Cómo no caí en la cuenta.

Vuelvo a aquella tarde. Ocurrió en un santiamén: mi madre cambió de táctica.

Lo hizo como si le hubieran encendido una bombilla, y antes no se hubiera aconsejado con la almohada y con la abuela.

—Pues voy yo.

—¿Cómo dices?

—A Barcelona. Voy yo.

—A Barcelona —remachó mi padre, muy superado por las circunstancias.

—Haré viajes cortos. En tren. Los indispensables. Pocos días. Para relacionarme. Aquello es Europa. Me formaré más. Me formaré mejor. Haré contactos. Seguiré algunos cursos de especialización. Conoceré las últimas tendencias. Mi madre nos ayudará con el dinero. ¡Te lo prometo! —Cuánto prometió mi madre aquel día—. Aprenderé de las mejores modistas de Barcelona. ¿Lo entiendes ahora?

Lo pilló. Y si no lo pilló, no le puso el menor reparo. Pagaba la abuela. Mi padre, ese hombre que no soñaba por las noches, decían en casa.

El baile

Fue por esa época, poco antes de que mi madre se lanzase a viajar. Poco antes de que todo cambiase. Poco antes de que las viñetas se convirtieran en fotogramas.

Bailaban. Una tarde. Solo eso.

Canciones lentas. Muy juntos. Durante horas. Qué extraña escena y qué extraña tarde para mí, a la vez que hipnótica.

Se me viene a la mente en ocasiones. Confinada en mi memoria, la rescato, la reviso, le agrego detalles que ya no sé si son detalles que me invento, o que afloran de algún rincón del pasado. Lo hago, supongo, para no perder esa imagen, esa viñeta. Para enriquecerla y explicarme y averiguar quiénes y cómo fueron mis padres.

Era la boda de un primo carnal de mi padre. En Verín, una villa de la provincia de Orense. Y allá nos habíamos ido los tres en el 131 (ahora teníamos un 131 Supermirafiori), pues mi abuela era inasequible a los festejos y no cambiaba su ritmo de vida por nada, ni por nadie.

El convite no tanto; solo el baile me hace evocar la imagen que merece ser preservada. Por eso el baile, *su* baile, es lo único que viene a mí, que permanece en mí, como salvado de un naufragio.

Hasta entonces, nunca los había visto bailando.

Había oído que, en su esplendor, verlos evolucionar juntos en la sala de baile de Auria, Orense, años sesenta, valía la pena; pero ese tipo de observaciones no despertaban mi interés.

Ahora, no obstante, lo que daría yo por volver a esa tarde nupcial. Así que cierro los ojos y los miro. No me queda otro recurso.

Bailan cogidos estrechamente, mejilla contra mejilla. Mi padre con una mueca embelesada; mi madre, acurrucada en su

pecho, dócil, remota, con una dulce expresión de entrega, frágil como un cisne tembloroso, la mirada vuelta hacia dentro. Se deslizan juntos. Bailan. Bailan alrededor de las sillas, las mesas y el resto de convidados y parejas de baile.

Giran sobre sí mismos y, en medio del aire, sonríen.

Mientras la orquesta toca, se me concede la gracia de verlos como si estuviera pasando… Y los miro… los miro como si ellos no fueran mis padres.

Años de aprendizaje

Durante unos años, mi madre viajó con regularidad a Barcelona, inició su despegue profesional y tomó vuelo. Coincidió con mi adolescencia, los años previos a mi ingreso en un colegio mayor de Santiago de Compostela e incluso después.

Ella misma se confeccionó una especie de dosier completo, un historial que resumía su trayectoria como modista de provincias. Lo llevaba en un cartapacio enorme de piel gris topo, siempre metido en la maleta, pues raro era el mes que no viajaba.

Ni el rigor de las estaciones, ni la inversión o el gasto que traían consigo periplos y estancias, ni la penosa ruta en tren hacían mella en su voluntad migratoria. Y su voluntad nos tenía en vilo. Condicionaba a la familia de tal modo que los veraneos se limitaban a expediciones de fin de semana, en el mejor de los casos.

Cada ausencia de las suyas duraba días. Cuatro, cinco días. Siete, a lo sumo. Y en todas se daban un par de circunstancias.

En primer lugar, viajaba siempre sola; mi padre nunca la acompañaba. Y en segundo lugar, regresaba llena de júbilo, con el ánimo dulcificado, relajada hasta el punto de que parecía otra madre.

Tanto viaje empecé a considerarlo normal; aunque normal del todo no era. De entre mis compañeros, nadie tenía una madre tan itinerante y trotamundos.

Visto al trasluz de los prejuicios de generación y de clase, solo ahora me doy cuenta de que fue una adelantada a su tiempo.

Iba y volvía. De oeste a este y viceversa. Le importaba un bledo lo que se rumorease. Hay que reconocer que era inaudito.

Y daba muchísimo que hablar. Imaginaos. La mujer del guardia civil. Mary *la protestante*, *la catalana*. La que seguía yendo y volviendo sola, a caballo entre la ciudad más rural del país y la más europea.

Se alojaba, decía, en un hostal de una calle próxima a paseo de Gracia, donde tenían su sede algunas de las empresas textiles a las que encargaba pedidos.

Qué hacía durante sus estancias. Sobre tal cosa, yo no abrigaba dudas. Cómo iba a poner en tela de juicio su palabra. Hubiera significado dudar de todo.

Asistía a cursos de especialización, le oí decir; pues bien, serían cursos de diseño o de dibujo o de patronaje, aunque no concebía que alguien pudiera enseñar algo a mi madre en tales disciplinas.

Creo yo, o eso decía, que se mezclaba con ciertas personas gracias a los agentes comerciales de las empresas textiles con las que trabajaba. A estos agentes, o *viajantes*, los trataba mucho porque, en Orense, le hacían visitas semestrales para darle a conocer los muestrarios de temporada. Muestrarios como libros gigantes, que exponían los tejidos en forma de retales: son parte inextricable de mi infancia.

Pues bien, por mediación de ellos, de los *viajantes*, llegó, al parecer, a modistas de referencia en Barcelona, y hasta a algunos diseñadores. Los contactos que pudo consolidar, o qué pensarían ellos de la modista de Orense, es algo que francamente ignoro.

La verdad es que la abuela contribuía sin quejarse.

Sin su ayuda, no solo económica, y la entereza un poco ausente de mi padre, la familia no habría podido salir adelante.

La abuela percibía su pensión de viudedad, que apenas tocaba; pero, encima, tenía ahorrado un buen pellizco, producto de la venta del inmueble del abuelo con aromas a jazmín.

Incauto de mí, con catorce años, pensaba yo que mi madre se había lanzado a la inversión de su vida; que aquellos trasiegos y aprendizajes eran un destino, y no un paso intermedio.

Lo último que podía figurarme es que, según ella, la

auténtica inversión estaba por llegar.

El hito decisivo, el proyecto que culminaba las aspiraciones de mi madre, después de lo que quiera que hiciese en Barcelona, consistía en afianzar el negocio en un pisazo de la principal avenida de Orense. Un taller con más aprendizas y un estilo más reconocible y más personal. Un negocio que haría célebre su firma:

Alta Costura

MARY

Este era el modo en que sus ambiciones empezarían a verse realizadas, y en esa idea descansaba todo nuestro porvenir.

Ocurrió poco antes de que la moda gallega hiciera su irrupción transgresora.

Pero ella aún se sentía joven e invencible, yo creo. Purificada por el trabajo.

«Me comería el mundo, Ramón», le decía a mi padre. Y «el tiempo estaba en sus manos», casi como rezaba el título en castellano de aquella deliciosa película de 1960, protagonizada por Rod Taylor.

EL PROBADOR

No siempre estaba atribulada o ansiosa por la faena.

¿He sugerido esa impresión?

Habría sido demasiado fácil. No habría tenido necesidad de escribir esto. Cuando estaba alegre o satisfecha parecía que entraba el sol en la casa: de esas visiones aún no me he repuesto.

Su frase en el cuarto-probador, uno de aquellos días, en plena etapa de formación itinerante, de idas y venidas entre Orense y Barcelona, retrata a la madre que había en ella:

«El día que naciste fue el más feliz de mi vida».

Pero me sabía mal oírle decir eso.

Me sabía mal que en una pared del salón exhibiera la foto de novia y, a su lado, una foto relamida de mi primera comunión, cirio entre las manos, de uniforme y perifollos, como un almirante listo para ser beatificado.

Y empezaba a no gustarme que la foto de novios, en la que mis padres posaban juntos y felices, se hubiera relegado a un *chiffonnier* que hacía esquina. ¿Qué extravagancia era esa? Años después, a raíz de una de tantas discusiones conmigo, mi madre cambió la foto de beato por la foto de novios, ciertamente más digna.

He dicho que seguía yendo y viniendo, de oeste a este. Y sé con certeza que yo tenía quince años entonces, pues lo que voy a contar sucedió poco antes de descubrir las cartas.

Aún no había dado el estirón y maduraba lento. Decían de mí que era monísimo; pero un retaco para mi edad. De modo que mi madre y yo aún éramos de la misma y corta estatura.

—Ven, que quiero enseñarte algo. —Me cogió de la mano como al niño que era y me llevó al cuarto-probador.

El cuarto-probador era la estancia que compartía con la clientela. Una combinación de dormitorio franciscano y

probador de modista. Estaba siempre impoluto, a costa de alguna incomodidad.

Había sábados, precisamente, en que una clienta era citada temprano. Entonces mi madre me despertaba aún más temprano. Yo, arrastrando los pies, desfilaba hacia el dormitorio de mis padres, en donde seguía durmiendo; y ella, con un pase a lo Mary Poppins, hacía mi cama, ordenaba, ventilaba y perfumaba un estudio que se transmutaba en probador.

Una luna rectangular de tres por dos metros ocupaba casi toda una pared. Frente a ella, un mueble cama abatible. Del otro lado, mi escritorio, una camilla redonda con dos sillas y un maniquí, que consistía en un busto femenino forrado en velur celeste y un pie de madera circular.

Yo me crie enfrentado a esa luna límpida y monstruosa, a su reflejo. Era lo primero que veía al levantarme y lo último que miraba antes de acostarme.

Pero volvamos atrás, a esa mañana de sábado.

Porque debía de ser un sábado. Estábamos a solas, sin aprendizas, sin mi abuela, sin mi padre.

Nos sentamos a la mesa camilla. En ella había tres muestrarios de las casas textiles predilectas de mi madre: Gratacós, Santa Eulalia y Cadena.

«¿Te gustaría que te hiciera un abrigo?».

Se me aceleró la sangre. La pregunta era turbadora y mi madre estaba en estado de gracia.

Me complacía vestir porque empezaban a gustarme las chicas. Pensaba más en ellas que en los cinco libros semanales que leía.

Empezó a enseñarme las muestras. Pasaba páginas. Me miraba. Se reía como si acabase de inventar la risa. Me hablaba entre susurros de las ventajas de unos tejidos sobre otros, me enseñaba a distinguir cuáles eran mejores para el abrigo y por qué. Luego, me animaba a elegir. Las dudas se deslizaban en mi interior, la ansiedad me reconcomía; ella aseguraba, entre más risas, que el gusto del cliente era sagrado.

Al final, elegí. Y ella, entusiasmada, se puso en pie de un salto y me echó los dos brazos al cuello. Salió a todo correr y

volvió con la cinta métrica, lápiz y un cuaderno escolar de papel pautado.

Fue la primera vez que me tomó las medidas.

La primera ropa que diseñó y cosió para mí.

Luego hubo más. Hermosas todas. Tan personales que concitaban la atención de las chicas, huelga decir, y, más tarde, de mis colegas de facultad. Pero el primer abrigo, la prenda más querida, se quedó en Orense. Nunca me lo llevé. Me quedaba pequeño.

Por lo que respecta a las demás, con los años me fui desprendiendo de ellas. Y lo hice del peor y más imperdonable de los modos: ni siquiera las doné a la caridad (devastadora palabra: *caridad*), o las regalé. Las fui tirando una tras otra, con el corazón dando brincos de remordimiento.

Ella, para quien tirar algo era indecoroso, pues siempre había personas necesitadas. Sé que me estoy adelantando.

Yo he fingido creer mis propias mentiras. No tengo perdón.

Para mis adentros, me decía que desechaba la ropa porque las guatas de las hombreras se habían deformado, o la tela había encogido sobre el forro, o los puños estaban ajados, o los bolsillos percudidos o lo que fuera.

Excusas y más excusas para hacerme trampas a mí mismo. Cuántas trolas me he contado para deshacerme de todo lo de ella.

Sus hermosas prendas, indeformables. Me casé y aún me servían, las pocas que me quedaban.

Mamá, como Hamlet, yo debería rogarte: «En tus plegarias, jamás olvides mis pecados».

Han tenido que pasar treinta años y el temido mensaje de WhatsApp de Fiona, la rumana. Media vida para volver a Orense y recuperar mi abrigo. La prenda que sobrevivió guardada en su armario, sin que yo tuviera noticia de ello.

Paso la mano por él, acaricio el género. Una tela de mezclilla, con fondo en color ciruela.

Es como si hubiera encogido varias tallas. Me impacta su anchura de hombros.

A quién podría decirle hasta qué punto me arrepiento. ¿Entenderán las madres cuán imperdonable considero lo que

hice?

UN COFRE MISTERIOSO

A los quince todo son conmociones. Todo es grave. Todo trascendente. Todo verdadero.

Yo era dos tercios de niño y un tercio de hombre.

No digo más; pero, si mi madre y yo no nos hubiéramos parecido… Lo peor es que yo tiraba más a ella que a mi padre. La adolescencia se encargó de darle veracidad a esto.

Éramos de sangre caliente. Éramos maniqueos. De humor impulsivo. Impacientes y porfiados. Soñábamos y nos arrepentíamos. Llorábamos con las cosas bellas porque contrastaban con la fealdad cotidiana. Amábamos las películas emotivas y las venganzas de ficción encarnizadas. Discutíamos cada vez más, con más acidez, por cualquier causa. Nos sacábamos de quicio.

A nuestro lado, mi padre era frío, sordo y mudo como un témpano.

Pero nada se ordena debidamente sin mencionar que el 7 de febrero de 1981, funesto día, funesta fecha, descubrí las cartas. Solo de pensar en eso me pongo malo.

Las viñetas que convirtieron en fotogramas. Fue el comienzo de un tiempo; fue el final de otro. Empezó la película. Se aceleró el movimiento. No fue nada; pero lo fue todo.

A saber por qué razones subí al trastero, en la última planta. La fatalidad. Y yo he apartado la fatalidad de mi memoria para buscarle sentido a aquello.

Me encaminé a nuestra puerta y abrí con la llave.

Apenas subía, era un lugar sin ángel. Nada del encanto de una buhardilla o desván. Una habitación desnuda, en la planta destinada a los trasteros del edificio, y en donde se arrumbaban juguetes viejos, muebles jubilados, adornos de Navidad, herramientas y, en el rincón con más telarañas, un cofre de madera, más o menos pequeño, con cerradura,

herrajes y tapa abovedada, entre cajas de cartón. Un cofre que no conocía. Un cofre que no despertaba en mí recuerdo alguno.

Movido por un simple impulso de curiosidad, intenté abrirlo. Estaba cerrado. En balde busqué la llave por todos los rincones de la estancia.

Voy a responder a una posible pregunta: en el fondo, el cofre no me concernía, no me interesaba; pero bastó que se resistiera para que yo me acalorase.

Ese era el calor arrebatado que compartíamos mi madre y yo.

De rigor habría sido preguntar a mis padres por la llave; pero como, con los años, le había cogido gusto al secretismo, inicié las pesquisas. Yo me inventaba historias de la nada, la voluptuosidad de lo clandestino me ponía. Se dirá lo que se quiera, pero un hijo único se afana en esquivar el aburrimiento, o se acostumbra.

Así transcurrieron días o semanas. Cuando me acordaba del cofre, volvía a la carga.

Mi padre tenía dos juegos de llaves. El de la vivienda y el de la casa de mis abuelos, en Los Peares. Probé con las llaves desconocidas de ambos juegos; pero nada. Para quedarme tranquilo, registré sus pertenencias. Fisgué con un sentimiento de culpabilidad agridulce. No me gustaba dejar a medias las tareas. El resultado siguió siendo muy frustrante.

La abuela usaba un juego de tres llaves: piso, portal y buzón. Estaban identificadas. Busqué en sus cajones y en su armario. No tenía más llaves.

Quedaba mi madre y el último recurso: forzar el cofre. Conforme pasaban los días, el cofre se volvía más intrigante. Ya no un cofre vulgar; sino el arca de la alianza.

Metí las narices en los cajones. Rebusqué en los bolsos de mi madre. Husmeé en los bolsillos de sus prendas y entre las sábanas dobladas del ropero, en donde sabía que guardaban las escrituras de la casa. En vano. Todo en vano.

Una tarde, cuando ya me conformaba, pues la idea de forzar la cerradura no me divertía ni mucho ni poco, me acordé de la caja de caudales de la abuela.

La tenía empotrada en una de las paredes de su dormitorio,

detrás de la foto del abuelo que, en vida, emanaba esencias de jazmín.

Yo había visto a la abuela hurgando detrás del cuadro. Con la caja abierta y a la vista, dando a entender, fiel a la tradición protestante, que no tenía nada en modo alguno que ocultar. Y, tanto o más que a ella, había visto a mi madre allí; incluso sola.

Le pregunté por su caja fuerte y me llevó a su dormitorio. Poco suspicaz, la abuela descolgó el cuadro de su esposo difunto, me desveló la contraseña y abrió la caja ante mí.

Muy ufana, me enseñó su contenido. Nada especial si no fuera porque, además de un libro de familia antiguo, documentos, cartillas bancarias y un puñado de fotos color sepia, había un juego de llaves.

—¿Y estas llaves? —preguntó.

—¿Qué llaves? —respondí, aunque ya les había echado el ojo.

La abuela las cogió y, examinándolas, dijo:

—Serán del piso de la calle Reina Victoria. —Se refería al piso del casco antiguo, propiedad del abuelo, el que se vendió después de su muerte—. No recordaba que hubiera tantas llaves.

—¿Me las regalas, abuela, como recuerdo?

Y me las regaló.

Las cartas

Esa misma noche subí al trastero con sigilo y una especie de emoción. Encendí la luz, me encerré y, abriéndome paso hasta el fondo, me arrodillé junto al cofre con un sudor helado.

A merced de una imaginación desaforada, ¿qué pensaba yo que iba a encontrar?

Saqué el juego de llaves del bolsillo y las inspeccioné una por una.

Según mi abuela, eran las llaves del piso de la calle Reina Victoria, vendido años atrás; pero hasta ella se había pasmado al ver tantas. Cuatro. Y de buen tamaño. Muchas llaves para un piso viejo.

Tanteé con la más grande; pero, en efecto, era excesiva para la cerradura. Parecía la llave de una despensa, o una bodega o de un viejo portal. Las dos siguientes, ya modelos más discretos, no encajaban tampoco.

Con decisión eché mano de la cuarta, respiré hondo, la introduje fácil y un estremecimiento me sacudió. La giré varias veces, alcé la tapa abovedada y la dejé abierta de par en par.

Lo gracioso es que, en realidad, no buscaba nada. ¿Comprendéis?

Dentro había varias cajas de costura, retales, botones, grandes carretes de hilo, libretas escolares pautadas y llenas de notas, facturas en blanco del negocio, dibujos de patrones, tijeras y enseres del oficio. Y, debajo de todo, un paquetito resguardado por una bolsa de plástico traslúcida, cerrada con un simple nudo.

Deshice el nudo, abrí la bolsa y cogí lo que pronto se reveló como un pequeño fajo de cartas, sin sobres y atadas con una cinta de seda color arrebol, como las cintas que usaba mi madre para su coleta rizada.

Un epistolario, nada menos. Un epistolario cuyo

encabezamiento, examinado más de cerca, estaba dirigido a una tal *Mary*.

Estimada Mary:

Tengo la audacia de escribirle esta misiva aunque usted no me conozca; precisamente, porque usted no me conoce.

La culpa es toda, lo diré, de un periódico de Orense, en cuya página 9 del suplemento dominical se publicaron dos fotografías de un coro, así denominado, Coral de Ruada. Una, de todos sus miembros vestidos con atuendos del país; y la otra, bueno, la segunda, estimada Mary, me traspasó el corazón.

Hasta aquí, hasta Barcelona, hasta mis manos llegó, como por casualidad, ese periódico. La Región *se llama. Como le digo, reparé en la segunda foto que ilustraba la noticia, una instantánea con dos de las cantantes del coro. Una de ellas era usted. Pero las palabras no le hacen justicia, Mary.*

Su rostro me hizo pensar en los comienzos de los cuentos de hadas.

Quién era usted. Me lo pregunté de inmediato y para siempre. Me lo pregunté antes, incluso, de echarle una ojeada al pie de foto y al contenido íntegro de la noticia.

Me enteré entonces de que era usted catalana, de Barcelona. Y su madre de Rubí. Me enteré de que sus padres se habían trasladado a Orense, con sus dos hijos, en donde usted vivía desde los tres años. Supe que es usted una amante de la música sinfónica, le gustaría viajar y toca el armonio. He vuelto una y cien veces a la foto. A su foto.

¿Querrá creerme si le digo que, al contrario que usted, yo soy gallego, que, por circunstancias profesionales, con tres años yo, mis padres se trasladaron a Rubí y desde hace poco resido en Barcelona? ¿Querrá creerme si le digo que adoro la música, escribo, estudié piano, me gusta viajar y he viajado; pero, sobre todo, no he visto mujer más hermosa que usted en los días de mi vida?

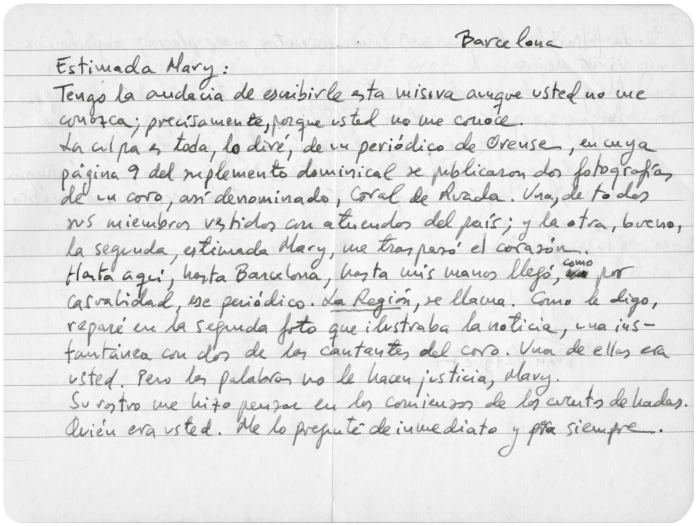
No tengo la grosería de rogarle que me responda; pero le rogaré que considere con humor el hecho de que nos hayamos conocido, sin conocernos.

A mí me parece un guiño de la providencia, pues de dónde sacaría yo fuerzas para escribirle si no creyese que el designio que la llevó a usted a Galicia fue el que me llevó a mí a Catalunya.

Suyo afectísimo

Su devoto admirador

Señor Negro



Barcelona

Estimada Mary:
Tengo la audacia de escribirle esta misiva aunque usted no me conozca; precisamente, porque usted no me conoce.
La culpa es toda, lo diré, de un periódico de Oreuse, en cuya página 9 del suplemento dominical se publicaron dos fotografías de un coro, así denominado, Coral de Ruada. Una, de todos sus miembros vestidos con atuendos del país; y la otra, bueno, la segunda, estimada Mary, me traspasó el corazón.
Hasta aquí, hasta Barcelona, hasta mis manos llegó, como por casualidad, ese periódico. La Región, se llama. Como le digo, reparé en la segunda foto que ilustraba la noticia, una instantánea con dos de los cantantes del coro. Una de ellas era usted. Pero las palabras no le hacen justicia, Mary.
Su rostro me hizo pensar en los comienzos de los cuentos de hadas. Quién era usted. Me lo pregunté de inmediato y para siempre.

INDICIOS Y PRUEBAS

¿Y ahora qué?

Porque, después de saberlo, ya no podía fingir que no existía.

Desde que salí del estado cataléptico y me puse manos a la obra, no fueron días sencillos. Y en verdad, cuando pasé a la acción y las cartas me obligaron a enfrentarme con el mundo real, tampoco.

No podía concentrarme en nada salvo en ellas. Y aunque en los últimos tiempos me había hecho un amigo, cómo iba a contarle al pobre mi desdicha y el hallazgo del cofre.

Descubrí, con angustia, la ferocidad de las pesadillas nocturnas y me preguntaba por qué había tenido que sucederme. Le buscaba el sentido a la catástrofe. Odiaba la palabra *azar*, y la palabra *absurdo,* y la palabra *sinsentido*. ¿Entonces, qué?

Pero me estoy precipitando, nuevamente.

Subí en más ocasiones al trastero. A horas intempestivas; o cuando mis padres salían; o mi madre estaba inmersa en su labor, dirigiendo a las aprendizas; o yo mismo buscaba algún pretexto para irme de casa.

La segunda inspección la hice porque no daba crédito, algo había entendido mal; pero, tan pronto me cercioré de que eran cartas dirigidas a mi madre (cartas no de cualquier tipo), y de que, por detrás de las líneas de esas cartas se deslizaban ríos de agua turbia, entonces me rendí a la evidencia y volví asiduamente al trastero. Es más, vayamos por orden:

A) Ni bajo tortura habría accedido a sacarlas de su guarida y suscitar las sospechas de mi madre. Y como ya conocía la contraseña de la caja fuerte de la abuela, al salir del trastero depositaba las llaves ahí dentro, en donde, cabía suponer, mi madre las buscaría.

B) Necesitaba releer las cartas, examinarlas, analizarlas, desmenuzarlas.

Su estudio era la única vía para filtrar los datos capitales, determinar las pistas incriminatorias y hacer una relación de sospechas.

Y ya de inicio había unos pocos datos, o deducciones, suficientes como para quitarme el sueño:

1.—En el fajo había ocho cartas.

2.—Desiguales en tamaño, ninguna superaba las tres cuartillas; máximo, por ambas caras.

3.—En el encabezamiento, arriba, a la derecha, solo figuraba el lugar: Barcelona. Nada más. Como si la intención fuese no dejar rastro de fechas.

4.—Todas pertenecían al mismo corresponsal, escritas con la misma letra. Una letra para mí desconocida, inclinada hacia delante, arremetiendo. Su nombre y primer apellido (el único apellido que constaba) no me eran conocidos tampoco; ni su firma.

5.—Por su contenido y la manera de dirigirse a mi madre, mi sensación era que estaban ordenadas por orden cronológico, aunque no estuvieran fechadas.

6.—Y, a propósito del contenido, parecía que faltaban cartas. Es decir; a veces, el *Señor Negro* (vamos a llamarle así) era inesperadamente directo, en comparación con misivas previas.

7.—De su lectura se desprendía que el Señor Negro y mi madre se habían visto entre unas cartas y otras. Los cambios abruptos entre cartas evidenciaban la intimidad que se estaba forjando entre ellos.

Acotación:

Digámoslo de una vez. Pasarán meses antes de que descubra que el nombre y único apellido del firmante se corresponde con un pseudónimo. Pseudónimo, desconocido para el gran público, del ahora eminente escritor cuyo nombre no puedo desvelar. Y como, por pura cautela; es decir, por si acaso, tampoco revelaré en estas páginas el pseudónimo, en adelante vamos a llamarlo Señor Negro, toda vez que el Señor Negro nunca dio a conocer estos hechos.

8.—La personalidad del Señor Negro poco tenía que ver con el modelo viril que me había educado.

9.—La lectura atenta del material cuando menos demostraba que había habido réplicas, que mi madre no se había contentado con recibir las cartas. Lo que yo tenía ante mis ojos eran más que unas simples cartas de rendida admiración, y mi madre (con seguridad) había ido más lejos, mucho más lejos que una simple y admirada receptora.

Me asombraba pensar lo vivas que estaban las frases en manos de un escritor enamorado. Con razón empecé a desear convertirme en eso; no solo en un escritor. Sería un titán de las letras, sí, pero enamorado. Y haría felices a las mujeres. Hablaría el lenguaje del alma.

La emoción que saltaba de aquellas letras a mis ojos, la alquimia que de allí se filtraba, su encanto. Supe, con deprimente certeza, que para escribir cartas como aquellas se requería alguna clase de reciprocidad. Y sabía que, entre mis padres, no existía nada semejante.

Y entonces me preguntaba, ¿cómo podía vivir mi madre con algo así dentro? Ese dulce pecado, esa traición, ¿no le quemaba?

Cuando se sulfuraba, pero contenía la ira con aquella fuerza de voluntad suya, decía que ese no era su carácter. Y, entonces, ¿cuál era su carácter?

¿Y si ese amor epistolar estuviese prosperando con sus continuos viajes a Barcelona? Para ser más lógicos, ¿y si mi madre viajaba con regularidad a Barcelona no solo por razones conocidas?

Todo la alejaba de mi padre; todo la acercaba a aquel hombre. Aquel marrano que le escribía como si de un amante se tratara.

«Este no es mi carácter», decía ella. Mi madre.

¿Debí entender sus palabras como una excusa para traicionar? ¿Lo es? ¿Justifica eso una traición inolvidable, sus mentiras, la ruptura de un pacto de fe entre una madre y un hijo? ¿Lo justifica? Porque, además, mi padre era inocente. ¿O era también culpable, en algún sentido? ¿Se lo merecía?

La traición me indispuso contra ambos. *Indisponer*: qué

verbo tan neutro para referirme a mis padres. Nuevas y duras emociones estaban en progreso: los odiaba.

A mi madre, por la mentira y la traición salvajes y alevosas; a mi padre, por no haber hecho lo suficiente, por ser como era.

Igual tuve que haberme parado ahí, no haber seguido. Dedicarme a mis estudios y lecturas, a mis cuentos y poemas, a las chicas, cultivar mis amistades; pero no lo hice. Me aburría. Me aburría imperialmente. Y esa fue la gran equivocación: aburrirme.

Y porque no me gustaba dejar a medias las tareas. También por eso.

SOSPECHA

Mi madre empezó a olerse que había gato encerrado.

Además, semanas después del hallazgo del cofre, yo veía a mi padre abatido. Ya no salía a pescar, no reía, los brazos de gitano eran leyenda, envejecía. Le habían brotado unas sombras incipientes bajo los ojos, y algunos días, insólito en él, no iba a trabajar. Ponía disculpas. Estaba enfermo.

La abuela dejó de hacer chistes a su costa.

Mi madre parecía ignorar el absentismo y los dolores de su esposo. El verano se nos echaba encima y, durante los últimos meses, había viajado a Barcelona con frecuencia implacable. *Inusual*, me atrevo a decir. No obstante, el número de cartas no crecía. Estaba estancado. Era evidente por qué, y voy a explicarlo.

Una noche, en el trastero, vi que el paquetito, atado con su cinta arrebol y bien envuelto con la bolsa de plástico traslúcida, no estaba donde lo había dejado. Estaba enterrado en el fondo del cofre, sí; pero en la esquina opuesta. Algo inquietante.

Otro día mi madre me sorprendió en el dormitorio de la abuela, depositando las llaves en la caja fuerte, el cuadro del abuelo fuera de sitio. Me escrutó como a un forajido.

—¿Qué estás haciendo? —me interrogó desde el corredor, pues tal era mi desenvoltura que me había saltado las precauciones más elementales.

—La abuela se dejó la caja de caudales abierta.

Y se evaporó sin decir nada.

La sacudida fue mucho mayor cuando, en el trastero, mientras yo revisaba las cartas una tarde, alguien quiso abrir la puerta cerrada a cal y canto. Guardé las cartas como una centella, el juego de llaves del cofre en un bolsillo y abrí. Mi madre, que ya bajaba las escaleras, desanduvo el trayecto

hasta el rellano.

—¿Se puede saber qué hacías ahí dentro? —me preguntó.

—Buscaba un *flipper*. —Un *flipper*, una de esas máquinas de bolas, luces y palancas que eran la debilidad de mi infancia—. Quizá lo tiramos.

—¿Por qué te encierras con llave?

—Ni me di cuenta.

Y se fue por donde había venido.

Me hice cargo de la situación y decidí ser más prudente. Me sentía observado y no tenía necesidad de volver al trastero a releer las misivas. No solo me las conocía de memoria; había tomado suficientes notas para prescindir de las cartas originales.

Era una atmósfera enrarecida la del piso, qué duda cabe. Los fines de semana yo pasaba cada vez más tiempo fuera. En la Biblioteca Pública, o en casa de mi amigo Cosme Seixalbo, o practicando deporte. Corría a más no poder, en solitario.

Mi madre vivía entregada a su oficio. Se acostaba de madrugada. Clientas y aprendizas entraban y salían de casa. Se percibía que el piso empezaba a hacerse pequeño para las necesidades y perspectivas del negocio.

Una noche yo me había quedado viendo la tele. Una película, supongo. A mis anchas, pues la abuela hacía horas que se había acostado y mi madre seguía cosiendo en la habitación de la costura, la radio encendida, como siempre.

¿Qué hora? ¿La una de la madrugada?

Me levanté del sofá y apagué la tele. Mi padre también se había acostado pronto; antes de medianoche. Comentó que estaba rendido.

Fui al baño, me cepillé los dientes y, en el momento en que me dirigía a la habitación de la costura para dar las buenas noches a mi madre, entreoí un murmullo que brotaba del dormitorio de ellos.

Pegué el oído a la puerta, incalificable gesto, y presté atención al murmullo. Era la voz de mi padre; pero no sus palabras.

Al principio no reconocí todas, solo algunas; luego frases. A medida que me fui serenando, las palabras fueron adquiriendo

sentido y, por mucho que me dolieran, por más que me consternasen, las entendí.

Dios te salve, María, llena eres de gracia, el Señor es contigo…

Titubeando, continuó. Recomenzó varias veces, con voz insegura. Él, que poco rezaba. Y avemarías, mucho menos.

… Bendita eres entre todas las mujeres, y bendito es el fruto de tu vientre, Jesús. Santa María, Madre de Dios, ruega por nosotros, pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte. Amén.

Y ahora, ¿tengo que explicar las razones de su inusitada conducta, de su miedo callado, si hasta un adolescente, un mocoso como yo, las conocía?

Dinero

Lo ahorrado en la hucha no me bastaba, y, por mucho que me rascase el bolsillo, me hacía falta dinero con urgencia. Para irme era obligatorio doblar, como mínimo, la suma de mis ahorros. Y había que apresurarse.

Se me ocurrió vender parte de mis libros para arreglármelas. De hecho, ¿qué propiedades tenía, excepto mi ropa y el botín de mis libros, pues muchos habían sido robados en librerías? Dado que no pensaba vender la ropa, aunque me hubiese dolido menos, la alternativa eran mis inseparables camaradas.

Fue una decisión sin precedentes. Me sentí un capataz de hombres ilustres, un explotador de espíritus insignes, un tratante de almas buenas.

Siempre llevaba un libro conmigo. Siempre. Ya no me aburría con ellos. Dulce, su consuelo en los días tediosos, su fidelidad a toda prueba.

Leía en cualquier lugar, a cualquier hora. Durante mis ratos de ocio y también si no estaba ocioso. En marcha o quieto. Por la calle. Apuntaba cada título que me tragaba en una agenda de anillas. Cada semana, caían cinco títulos con la regularidad de las campanadas de Fin de Año. Hacía el recuento, precisamente, el 31 de diciembre. Entre doscientos y trescientos anuales de promedio. Como Sartre.

En mi caso, la lectura se remontaba a una soledad espantosa; pero no solo. Venía del tío Mir, el hermano de mi madre, que no paraba de leer poemarios y novelas, en su juventud. Y venía del fervor protestante hacia los libros, la hermandad de los lectores y su libertad de conciencia inatacable.

Venía de todos esos sitios. Y desde que sabía que el Señor Negro era un escritor enamorado, leía con más voracidad.

Debía de tener unos mil quinientos o dos mil, entre

compras, sustracciones y obsequios. No es de extrañar, al ritmo insaciable que leía. Aquellos libros fueron mi orgullo y mi fiesta.

Por entonces, en Orense, las librerías de lance, o segunda mano (o *low cost*, como se dice ahora) eran leyendas urbanas; pero conocía, por mi madre, un tienda de reventa de artículos. Hermanos Téllez, se llamaba.

Hermanos Téllez estaba en la calle de La Paz, una calle antigua, de mucho tránsito (desde nuestra zona, la transitábamos a diario). Comunicaba la Catedral con la plaza del Hierro.

Mi madre era asidua de Hermanos Téllez porque le sobrecogía tirar cosas cuando otros pasaban penurias. Y eso que apenas sacaba algún beneficio de sus visitas a Hermanos Téllez.

En una bolsa de deportes fui llevando mis libros, de veinte en veinte, para disimular.

Pienso en aquellos viajes y sudo. Cada libro, es banal decir esto, tenía una historia que contar, y todas me resultaban familiares. Palabras, muchas de las cuales conocía de memoria. La tinta era sangre corriendo por sus páginas, y ahora yo los abandonaba a su estrella. Peor, hacía negocio con ellos. Peor, disimulaba.

Ocupé los huecos que dejaban con algunos libros de mis padres, y dispuse el resto de los míos para que las calvas no se detectasen.

En total, vendí a Hermanos Téllez unos doscientos o trescientos de mis libros.

En los días siguientes al crimen consumado, pasaba por allí, frente al escaparate, y permanecía mirándolos y pensaba en lo que yo era: un traidor, un Caifás. Como mi madre.

Un día vi cómo una señora compraba uno de mis pequeños amigos. Por el lugar de donde lo cogió el dependiente, lo supe con certeza. Era uno de ellos; pero cuál, no lo sabía.

Seguí a la señora por las calles. Lo llevaba en la mano. Atravesó la plaza Mayor, prosiguió el camino hacia la Alameda, tomó por la calle Doctor Fleming. Mediada la calle, sobrepasé a la señora y, atormentado, leí el título y reconocí la

cubierta: *El retrato de Dorian Gray*. Un obsequio de mi último profesor de Lengua y Literatura, cuya dedicatoria me había dejado sin palabras:

Para mi joven lord Henry, con la esperanza de que su sentido común sea tan extraordinario como el resto de sus dones.

Me alejé de la señora y me eché a llorar. Por los libros traicionados. Por ellos, por mi profesor y también por mí. Porque ya no podía echarme atrás y tenía que emprender el viaje.

Y ya solo volví a Hermanos Téllez en otra ocasión. Aquella vez. Años más tarde.

Plan de acción

—Estás pirado —eso repuso, que estaba loco; pero le bailaba la sonrisa en los labios—. Joder, tiene que ser una broma.

—No creas —insistí. Con mi amigo Cosme hablaba igual que los personajes de las novelas que leía—. No es ninguna broma.

—En serio. ¿Piensas ir?

—Vaya si lo haré.

—¿A buscar a un hombre que no conoces?

—Tengo pistas suficientes. Solo necesito tu ayuda.

—Arriesgado. ¿Y si nos pillan?

—El plan es impecable.

Estábamos en verano. Y, en efecto, había hecho planes. Ese verano mi madre no pensaba viajar a Barcelona, ni tampoco tomarse un descanso. Se lo había oído decir. Que no había comprado billetes con anticipación. Que tenía otros proyectos. Así que mi idea era sacar provecho de las vacaciones escolares y el parón de mi madre.

—¿Cuántos días? —preguntó Cosme.

—No sé yo. Tres, cuatro. Pon que cinco. Hay un tren directo a Barcelona, nocturno.

—Son muchos días. ¿Y si aparecen mis padres por Allariz?

Allariz era el pueblo de mi amigo. Una villa monumental a veinte kilómetros de Orense. Yo solía pasar fines de semana en su casa, incluso breves temporadas en verano. Un dúplex en pleno casco antiguo. Solía ocurrir que sus padres nos dejaran solos en el pueblo; o con su hermano mayor, el galleguista (se decía por entonces). De igual modo, yo iba a verle en autobús cuando la familia ya estaba instalada; o su padre me daba el gusto de llevarme.

—Les dices que tuve que irme y sanseacabó —declaré.

—Es fácil decirlo. ¿Y si hablan con tus padres?

—No hablarán. Nunca hablan.

—Pero… ¿Y si pasa? Menudo marrón.

—Me inventaré una coartada.

—Ves muchas películas.

—Leo muchos libros —dije.

Estaba determinado a ir a Barcelona y hacer algo. Me sentía en la obligación. La inquietud me torturaba. La inquietud y el deseo de actuar.

Porque ese hombre, ese corresponsal intangible, ese canalla repugnante, ese cerdo era todos los hombres que mi padre no era y no sería nunca.

Era el pasado y el presente. Y era (me obligaba a no pensarlo para no enfermar de rabia), tal vez era el futuro.

Era el prometido cautivador y cobarde, el novio de largas piernas que había traicionado a mi madre en su juventud; y al que, una parte de ella, no había dejado de amar.

Era también el hombre criado e instruido en Cataluña, la tierra natal de mi madre, el paraíso de promisión en los sueños que soñaba despierta, mientras trabajaba duro y caía vencida y gozosa por la dicha del cansancio, con las yemas de los dedos doloridas, los ojos enrojecidos de trabajar en telas negras y los músculos cervicales inflamados. El hombre resolutivo, con feroz determinación. Alguien que no se escondía bajo las camas.

Era la cultura, el refinamiento. La personificación del ocio provechoso. Representaba las posibilidades de leer y formarse, ocio que ella no tuvo, posibilidades que no se le concedieron. La sed por adquirir conocimientos y viajar a lugares imposibles y remotos, el hambre y las ganas de saber.

Era el cosmopolitismo y la clase, la música y las cosas bonitas. Todo eso que ella amaba con el fervor y la humildad del pueblo llano.

Era el misterio ennoblecido, la esperanza.

Y eso que perdura y se recuerda. El consuelo después de las frustraciones y humillaciones que trae consigo la edad.

Y yo lo sabía; lo intuía. Siempre lo supe. Por eso era preciso hacer algo; porque solo tenía un padre al que admirar, y no admiraba. Un padre al que quería tanto como odiaba.

Estimada Mary:

Si digo que su carta fue una sorpresa, pareceré un estúpido; pero si digo que la esperaba ilusionado, usted no me creerá. ¿Qué hago, entonces? Por favor, créame. Debe usted creerme. No soy un hombre sin fe.

Tampoco estoy casado, en respuesta a su pregunta; ni comprometido ni nada.

Y, hablando con propiedad, quiero que sepa cómo le agradezco el valor de responderme y cuánto significa su gesto para mí.

¿La música? Sí, sí. Es, junto con los libros y los viajes, mi amor. Estudié piano (los cinco hermanos estudiamos música). Va a parecerle una tonta pedantería esto que he dicho; pero ahí queda.

Sí, intento abrirme paso en el mundo literario; pero salir adelante es de lo más difícil. Al menos, para mí. Cuesta mucho más de lo que pensaba. Los tiempos nunca fueron propicios para la lírica; ahora aún son peores. Qué más da, mi estimada Mary. Insistiré. Es preciso. Los libros son hermosos. ¿No lo piensa usted?

Escribo novelas. Bueno, la actual es mi tercera; quiero decir, la que estoy escribiendo a trancas y barrancas. Las anteriores no fueron publicadas; pero hay que resistir. Y también colaboro con periódicos de Barcelona: Diario de Barcelona, El Noticiero Universal *y* La Vanguardia*; bueno, no es que sea un colaborador fijo todavía. Colaboro de forma esporádica, pero estoy en el buen sendero.*

Estudié Filosofía y Letras, y no tengo ni idea de por qué me convertí en eso que llaman de manera tan pomposa un «escritor».

Quizá porque soy de los que piensa que todos llevamos dentro un artista. Y, o lo hacemos salir o, de lo contrario, nos amarga la existencia. Además, no soy ningún misántropo; al revés, me gustan los hombres y me repele esa imagen de ave solitaria que identifica a numerosos escritores. Se puede escribir sin necesidad de convertirse en eremita. ¿O no?

Me gusta conocer otras vidas. Por puro egoísmo, si usted quiere; pero qué tiene de malo ser egoísta. No lo sé. ¿Usted lo sabe?

Y hasta creo que la única forma de escribir que vale la pena es hacerlo sobre los hombres, sus esperanzas y fracasos (no me gustan las novelas de consumo, las novelas solo «entretenidas»). Y creo que para escribir con solvencia hay que conocerlos bien. Y, para

conocerlos bien, hay que amarlos, y es la tarea de una vida. Y yo siento que solo estoy al principio de ella.

Ah, y nunca he viajado solo. Qué horror no poder compartir la experiencia del viaje. No crea que he viajado tanto, sin embargo. No quisiera darle una falsa imagen de mí, solo he estado en países de Europa. No me pregunte por qué.

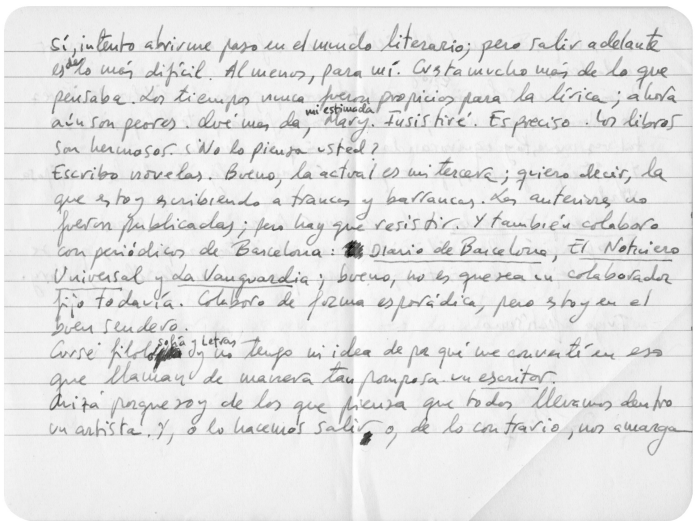
Tampoco soy de los que se desengañan con facilidad. Lo cual no tiene ningún mérito: en mi etapa de estudiante fui muy afortunado, pues la posición desahogada de mis padres nos procuró, a los cinco hermanos, unos privilegios que nunca les agradeceré bastante.

Creo que esta carta me ha salido un tanto errática. Y como temo aburrirla con tanta palabrería, aquí lo dejo hasta una próxima ocasión, ojalá.

Suyo afectísimo

Su devoto admirador

Señor Negro


Sí, intento abrirme paso en el mundo literario; pero salir adelante es lo más difícil. Al menos, para mí. Cuesta mucho más de lo que pensaba. Los tiempos nunca fueron propicios para la lírica; ahora aún son peores. Dice usted, Mary, que insistiré. Es preciso. Los libros son hermosos. ¿No lo piensa usted?
Escribo novelas. Bueno, la actual es mi tercera; quiero decir, la que estoy escribiendo a trancas y barrancas. Las anteriores no fueron publicadas; pero hay que resistir. También colaboro con periódicos de Barcelona: Diario de Barcelona, El Noticiero Universal y La Vanguardia; bueno, no es que sea un colaborador fijo todavía. Colaboro de forma esporádica, pero estoy en el buen sendero.
Cursé filología y letras y no tengo mi idea de para qué me convertí en esa que llaman de manera tan pomposa un escritor.
Anita porque soy de los que piensa que todos llevamos dentro un artista. Y, o lo hacemos salir o, de lo contrario, nos amarga

UN VIAJE DECISIVO

Acordamos los pormenores del plan Cosme y yo.

Todo fue meditado y discutido. El viaje, su duración, el tiempo de estancia imprescindible, la reserva en la pensión de la calle, o *carrer,* Bailén, la eventual coartada, el DNI fotocopiado en color, plastificado, con la fecha de nacimiento escrupulosamente falsificada, estrenando la mayoría de edad. Nada fue dejado al azar.

Con parte de lo que obtuve por la reventa de mis libros, compré un billete de ida a Barcelona en el expreso nocturno, llegada a la estación de Sants. Era la primera vez que montaba en tren y, de no haber mediado una causa tan grave, la mera idea de viajar de noche, un trayecto de casi veinte horas, quince años y macuto a la espalda, en fin, aquello habría tenido el carácter de epopeya.

Sin embargo, me sentía muy tenso, muy afligido.

Conste que, antes de llegar al punto en el que estaba, había ponderado la opción de hacer gestiones por teléfono; pero desistí después de darle muchas vueltas.

En una de las cartas, quedaba claro cuál era la pensión en la que se hospedaba el Señor Negro, pensión cuyo nombre no menciono, porque el establecimiento aún existe en la misma calle Bailén; pero es que, además, el Señor Negro hacía alusión a los tres periódicos en los que colaboraba de forma esporádica: *Diario de Barcelona*, *El Noticiero Universal* y *La Vanguardia.* Más no necesitaba. Removería cielo y tierra hasta encontrarlo.

Tal como estaban las cosas, ¿qué ganaba llamando? ¿Ponerlo sobre aviso? ¿Qué ganaba confirmando datos con lo mal que yo me desenvolvía por teléfono? Pero voy más lejos: ¿qué utilidad podía tener para mí contactar con aquel hombre, o incluso escuchar su voz con oído atento, cuando lo único que

necesitaba, el ser y la razón de mis desvelos, el sentido último de mi plan no era otro que ver al Señor Negro en persona y ajustarle las cuentas, cara a cara?

Admito que había algo que me inquietaba, y mucho.

Si el propio Señor Negro reconocía que su familia gozaba de una posición desahogada, ¿qué hacía viviendo en una *pensión*? Según mis anotaciones, una de sus cartas decía:

… en mi etapa de estudiante fui muy afortunado, pues la posición desahogada de mis padres nos procuró, a los cinco hermanos, unos privilegios que nunca les agradeceré bastante.

A pesar de ello, pensé: una cosa era su etapa de estudiante, y otra su etapa actual. Su familia podía haber sido próspera en algún momento del pasado; no ahora.

Más aun; aunque ese giro adverso se hubiera consumado, a todas luces el Señor Negro se refería a la posición financiera de sus padres; no a la suya. No a la de un hombre hecho y derecho, independiente, que no había publicado un solo libro, procuraba vivir de su escritura y no era colaborador fijo en ningún medio. Como él mismo escribía:

Sí, intento abrirme paso en el mundo literario; pero salir adelante es de lo más difícil. Al menos, para mí. Cuesta mucho más de lo que pensaba. Los tiempos nunca fueron propicios para la lírica; ahora aún son peores.

Muy bien, entonces, ¿de dónde sacaba el dinero para viajar?

Anochecía cuando subí al expreso nocturno Galicia-Barcelona.

Una tarde ardiente de verano, como suelen ser las tardes veraniegas en Orense. Una tarde de mis quince años. Sin mis padres, era el primer viaje de mi vida. Iba en pos de la verdad. La verdad sobre mi madre, inconciliable con ninguna clase de mentira entre una madre y un hijo.

Quería ver al Señor Negro en persona y… todo hay que decirlo, hablar con él… De ahí que hubiera desechado el teléfono. Ríos, tierras y montañas nos separaban, por poco tiempo. Iba a restablecer el orden, así fuera lo último que

hiciese.

Y es curioso: yo, que precisamente había heredado los ojos de mi madre, y de cuya herencia más adelante renegaría, lo que ansiaba a toda costa, lo que buscaba era desenmascararla. Desenmascararla con los ojos que ella misma me regaló.

BARCELONA

En aquel día de angustia partí de Orense.

Y molido y sin dormir apenas llegué al día siguiente a Barcelona.

Durante el viaje me había levantado del asiento solo por exigencias físicas; y siempre con el macuto. Ni aunque el expreso hubiera descarrilado me habría desprendido de él. Tenía los ojos de un búho que lleva una vida disoluta.

Era media tarde; una calurosa tarde de julio.

De todos modos, nunca había estado en Barcelona ni nada.

Con mis padres (antes de que mi madre decidiera hacer realidad su sueño) los viajes se limitaban a la provincia de Pontevedra. Luego ni eso. Recordé que su enamorado corresponsal, haciendo alusión a un recorte de prensa en el que aparecía ella, comentaba:

Supe que es usted una amante de la música sinfónica, le gustaría viajar y toca el armonio.

O sea; que mi madre ansiaba («le gustaría») viajar, pero los veranos se los pasaba trabajando como una esclava. ¿Por qué? ¿Quizá porque nuestra compañía no era la más apetecible? ¿Quizá porque ya gozaba de otra compañía? Mi madre amaba a otro hombre. No hacía falta ser muy perspicaz para adivinarlo.

Tal y como galopaban por mi cerebro las sospechas y las preguntas, las transcribo, pues me acribillaron durante el viaje. Y también en la estación de Sants. Mientras hacía cola esperando un taxi, revisaba los apuntes que había tomado de las cartas del canalla.

Me acomodé en el asiento de atrás y, con voz engolada, dije al taxista:

«Calle Bailén, por favor».

Mencioné el número de mi destino, y el taxista me echó tal ojeada por el retrovisor que me pregunté si no debía mostrarle el DNI falsificado.

A los quince o veinte minutos de carrera, circulábamos por la calle tratando de localizar el número. Cuando se detuvo frente al rótulo de la pensión (número y nombre comercial que, me ratifico, omitiré), mi primer sobresalto fue descubrir que se trataba de un hostal; no una pensión. Y, juzgado por su fachada, excelente.

Salí del taxi y me figuré que estaba confundido, que me había equivocado de negocio; pero no. La calle coincidía. El número coincidía. El nombre del alojamiento coincidía. Mejor para todos habría sido equivocarme.

La recepcionista era una señora de edad respetable con las cejas depiladas y pintadas y un ojo de cristal. Verificó mi reserva y, sin pedirme el DNI, me dio la espalda, tomó de un cajetín una llave y me la ofreció. Yo estaba tan impaciente que no me vino a la cabeza nada mejor que preguntar:

—¿Le importaría decirme cuál es la habitación del Señor Negro? –Ya os imagináis que el nombre y el apellido que di eran los que figuraban en las cartas.

—*Impossible. Ho sento, jove*. —Agradecí a mi abuela la indiferencia que mostró siempre por el castellano.

—Es importante para mí —dije muy poco comedido.

—*Comprengui. Raons de confidencialitat. Ho tenim prohibit*.

Fue el segundo sobresalto.

La búsqueda

Ya en la habitación me di una ducha. Luego me tumbé en la cama y me sumí en un sueño sin horas.

Cuando desperté, la luz del sol aún bañaba las paredes. Estaba ovillado y desnudo, cubierto con la colcha hasta las orejas.

Consulté el reloj: diez y veinticinco. Me asomé a la ventana. Daba a la calle, circunstancia que no había descubierto antes. Para cuando me hube despejado, reparé en que era el día siguiente, por la mañana.

Me lavé la cara y me vestí a toda velocidad. Agarré el macuto y bajé las escaleras mientras me lo echaba a la espalda. Vi a la recepcionista de las cejas depiladas, el ojo de cristal, y le solté:

—Buenos días. ¿Se acuerda usted de mí?

—*Com no. Bon dia.*

—¿Recuerda que le pregunté por el Señor Negro?

—*Recordo*. —Y sonrió. Le caía bien.

—¿Puede decirme si se hospeda en este hostal? Le estaría tan agradecido...

—*Vostè sap que no és possible, jove. Ja ho he dit.*

—¿Razones confidenciales?

No dijo nada.

A punto estaba de despedirme de ella con un gesto de conformidad.

—*Jove!* —La miré a los ojos antes incluso de que terminase la palabra—. *No* —dijo negando esta vez con la cabeza y con una mueca ambigua.

—¿No qué?

—*Que no*. —Siguió moviendo la cabeza.

—¿Quiere decir que no está?

—*Cregui'm.*

Nuevo sobresalto.

—La creo, la creo… ¿Seguro?

—*Jove*…

—Pero ha estado aquí. Lo sé.

Se encogió de hombros.

—*No el conec. Ningú el coneix*.

—¿Ni le suena el nombre?

—*Tampoc*.

—¿Y en los libros de registro? —Yo iba preparado. Los libros de registro.

—*Digui'm?*

—Quiero decir… ¿No puede comprobarlo en el libro de registro del año en curso?

—*Escolteu. És desconegut*.

Fue tajante. No insistí.

Me adentré con suavidad en las calles. Sin permitirme el desánimo, salí en busca de mi objetivo.

Compré un callejero y desayuné en una cafetería mientras pasaba revista al plan. Abrí el macuto, alcancé mi agenda. Tenía que darme prisa, aprovechar el tiempo. Era lo que más me preocupaba: el tiempo.

Localicé las tres calles en el plano. Perfilé los itinerarios de las tres sedes. Como estaban cerca de Bailén todas ellas, en pleno centro, resolví que iría andando.

En la Biblioteca de Orense había hecho las indagaciones. Conocía, pues, la ubicación exacta de los periódicos en los que colaboraba el cerdo enamorado: *Diario de Barcelona, El Noticiero Universal* y *la Vanguardia*.

Salí de la cafetería y me encaminé a la sede más próxima. La de *El Noticiero Universal*, en el *carrer* Roger de Lluria, 35.

Tardé quince minutos en llegar. Pregunté por el Señor Negro en Admisión.

A su vez, me formularon varias preguntas. Qué clase de colaborador era el Señor Negro. En qué departamento trabajaba o había trabajado. Cuál era su nombre completo y apellidos; pero yo solo conocía el nombre de pila y un apellido, pues así era como se identificaba en las misivas. Que se tratase de un pseudónimo era, en aquel momento, lo último que

habría sospechado.

Se hicieron llamadas por teléfono.

Primero a Administración; más tarde a Redacción. Les dije que era urgente. Les dije que necesitaba encontrar a ese hombre para darle un recado familiar impostergable. No sé cuántas más cosas dije. Me trastornaba la idea de haber hecho un viaje inútil. ¿Habrían descubierto ya mis padres que no estaba en Allariz, con mi amigo Cosme?

Nada. El Señor Negro era una incógnita. El Señor Negro no figuraba entre los colaboradores de *El Noticiero Universal*.

Insistí en que había sido colaborador del diario. Insistieron en que, cuando menos hoy por hoy, no trabajaba para *El Noticiero*. Les pregunté si constaba en su base de datos. No constaba, o no sabían; o no era fácil confirmarlo. Era imposible.

De allí me orienté hacia *La Vanguardia*, en el *carrer* Pelayo, 28. Media hora más tarde estaba en la sede. Y la misma historia.

Insistí en la urgencia del tema. Me miraron con la expresión de jugadores de mus.

Con menos amabilidad que en *El Noticiero*; pero hicieron gestiones y llamadas. Alguien subió y alguien bajó. Al cabo de un rato, una señorita con expresión de alerta y melena oxigenada me garantizó que el Señor Negro no colaboraba allí. No había nada que hacer.

—Colabora esporádicamente —contesté.

—Con *La Vanguardia,* no. *Ho sentim*. Y elevó los ojos en un gesto de falsa consternación.

Me quedaba una última bala. El *Diario de Barcelona,* también conocido como *El Brusi*. Uno de los periódicos más antiguos del país y que, según mis investigaciones, pasaba por un bache. Los empleados habían constituido una cooperativa de autogestión para editarlo en formato bilingüe; pero ni aun así remontaba.

Me fui derecho al *carrer* de la Mercè, 24, en donde me explicaron que aquella era la sede de los talleres y que, para solventar mis dudas, tenía que dirigirme al *carrer* Consell de Cent.

Lo que no sospechaba, lo que no podía sospechar que sucediera empezaba a pasar. De las cuatro pistas notorias, incuestionables, tres me habían fallado. Me preguntaba qué recurso me quedaría si la última me fallaba.

Tardaría poco en averiguarlo.

El impostor

Me presenté en Administración de *El Brusi* con mi mejor sonrisa.

Un hombre joven y amable me salió al paso. Le comenté mis inquietudes con un realismo que tenía mucho de *thriller*, pues mi tono era, desgraciadamente, un reflejo de la ansiedad que me corroía.

A continuación, el protocolo de costumbre; pero con el mismo resultado: allí nadie conocía al Señor Negro.

Era algo inexplicable. ¿Cómo era posible? ¿Qué estaba ocurriendo?

Entonces, y solo entonces, comprendí la amarga verdad.

El depravado, el tipo odioso que escribía cartas de amor a mi madre y (temible palabra) la *seducía*, ese hombre estaba mintiendo. Era un embustero. Un farsante. Un impostor. Si hasta ahora lo despreciaba, el Señor Negro en adelante gravitó sobre ese concepto: la mentira.

La mentira, que me resultaba atroz, juego sucio. Y cuya órbita había atrapado también a mi madre.

¿Por qué no lo había comprendido antes?

Ahora bien, cómo podía seguir la pista de un mentiroso en una gran ciudad si no disponía de más indicios que sus patrañas y supercherías.

Salí de allí tan cabizbajo que una Harley-Davidson describió una curva temeraria para no atropellarme.

Quién sabe cómo logré oír una serie de gritos a mi espalda.

—*Noi! Noi! Noi! Eh, noi!*

Creo que me di la vuelta, no porque entendiera que iban dirigidos a mí, sino porque la gente de alrededor se volvía.

—*Noi! Eh, noi!*

Avisté al hombre joven y amable de *El Brusi* corriendo hacia mí. Blandía un papel en alto.

—Casualidades. Esto te interesará. —Jadeó cuando ya estaba a mi altura y me hizo entrega de aquello—. Me lo ha pasado un redactor. A quien tú buscas es a Fulano de tal.

Le eché una ojeada.

—Pero… —dije—, yo busco al Señor Negro; no a Fulano de tal. —Pues Fulano de tal era el nombre y apellidos que acababa de leer.

—*Noi!* —Y me apretó el hombro—. Señor Negro era el pseudónimo que utilizó por un tiempo la persona que buscas. Eso me ha dicho el redactor, que lo conoce mucho. Tengo que irme. ¡Suerte!

Nada de papel; era una tarjeta. Una invitación que, por si alguien desconfía de las casualidades, y omitiendo ciertos nombres propios, transcribo más o menos literalmente:

La librería Documenta y la editorial X
(para mí desconocida entonces)
se complacen en invitarles a la presentación y firma
de ejemplares de la primera novela
de FULANO DE TAL:

Z

*Fecha: (*Ese mismo día, por la tarde*) de julio de 1981, a las 19 horas.*

El acto contará con la presencia del autor,
que conversará con el periodista:

Y

Le esperamos

Lugar: Librería Documenta.
Carrer Cardenal Casañas, 4-Ciutat Vella.
Barcelona.

Estimada Mary:

Yo creo que todos llevamos un artista dentro.

Algunos lo tienen camuflado; otros desatendido; otros se han propuesto olvidarlo con tal eficacia que no saben ni que existe; pero está ahí. Siempre estuvo. Y, a su modo, refunfuña, se lamenta y pasa la factura.

Por favor, no me diga que me pongo solemne: el don de crear y el don del amor es lo que da sentido a la vida. Así que, le pregunto: ¿No le parece que es el mismo don?

Usted, mi estimada Mary, lleva al artista en la sangre. Lleva el amor en sus venas. Lo veo, lo intuyo, lo sé por cómo se expresa y lo que dice. Por lo que ama y ambiciona. Por su valor.

Cómo me gustaría ver aunque solo fuera una de sus prendas. Me las imagino cuidadas al detalle, con esa originalidad que es adversa a toda ostentación. Clásicas pero osadas. ¿Sabe qué pienso? Que debería usted vivir y trabajar en Barcelona. Y no porque no vaya a cosechar el éxito que merece en Galicia, sino porque no es justo que allí aplaudan sus logros antes que aquí, en su tierra natal.

Justo, lo que se dice justo, tampoco es que no pueda escucharla a usted y conocer sus proyectos en persona, durante tardes enteras. Qué hizo y qué no hizo. Quién es usted y por qué. Dígame que es posible; o que no es imposible. Dígame que será pronto. Que pronto sucederá. O no diga nada. Mejor, déjeme usted la esperanza intacta.

Lo voy a soltar antes de arrepentirme: esta noche soñé con usted. Soñé que paseábamos los dos solos. Y debe disculparme porque lleve su imagen conmigo, dentro de mí.

Mary, la reconozco como alguien a quien ya hubiese adorado en otra vida. Y me figuro que así la veré siempre: eternamente joven, eternamente admirada.

El domingo salí de mi pensión por la mañana (¿le dije ya que mi pensión se llama X y que está en el carrer Bailén nº Y?), y no volví hasta la noche. Me pasé el día en Montserrat, disfrutando. Aunque no del todo.

Llevaba un libro y, de hecho, leí a ratos; pero, más que nada, estuve pensando en usted. Siempre en usted. En su rostro. En usted.

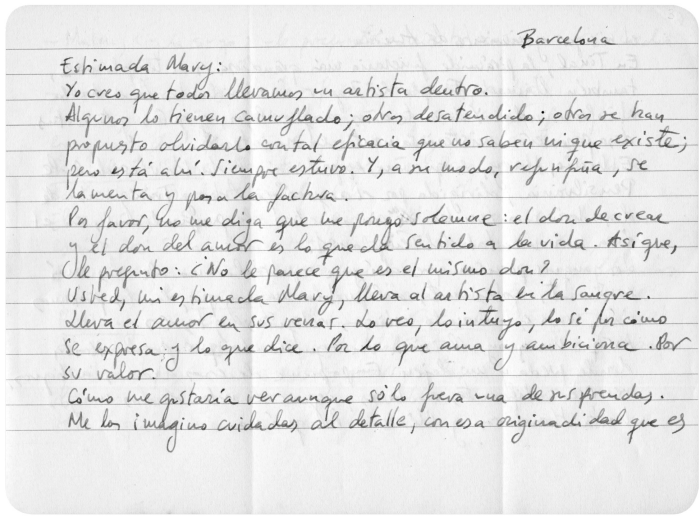
¿Le molesta que se lo confiese? ¿Dónde ha estado antes de conocerla por casualidad? ¿Sigue ahí? ¿Podré conocerla en persona? ¿Cuándo será eso?

Me pregunta usted por mi físico y me da rubor dedicarle ni media frase. Pero soy moreno y espigado, de ojos verdes y pelo con ondas. Fin. Venga y admita conmigo que, en ocasiones, las palabras son insuficientes para ir más allá.

Suyo afectísimo

Su devoto admirador

Señor Negro



Barcelona

Estimada Mary:
Yo creo que todos llevamos un artista dentro.
Algunos lo tienen camuflado; otros desatendido; otros se han propuesto olvidarlo con tal eficacia que no saben ni que existe; pero está ahí. Siempre estuvo. Y, a su modo, refunfuña, se lamenta y pasa la factura.
Por favor, no me diga que me pongo solemne: el don de crear y el don del amor es lo que da sentido a la vida. Así que, le pregunto: ¿No le parece que es el mismo don?
Usted, mi estimada Mary, lleva al artista en la sangre. Lleva el amor en sus venas. Lo veo, lo intuyo, lo sé por cómo se expresa y lo que dice. Por lo que ama y ambiciona. Por su valor.
Cómo me gustaría ver aunque sólo fuera una de sus prendas. Me las imagino cuidadas al detalle, con esa originalidad que es

La presentación

La librería Documenta estaba al ladito de las Ramblas, en la calle, o *carrer,* Cardenal Casañas.

Llegué con tiempo, a las siete menos veinte.

Me senté en la última silla de la última hilera, con el macuto a los pies. El resto de sillas estaba libre. Me trepidaban las piernas como el cabezal de la máquina de coser Singer de mi madre.

Qué pasaría si no hubiera nadie más entre el público, me preguntaba, pues conocía esa clase de actos en los que el autor se dirige a uno, por defecto. Y la situación es violenta. Yo no respondía de mí.

Pero mi zozobra tenía más causas: que el tipo no fuese quien decía, sino el embustero que demostraba ser. Me ardía la sangre viendo que mi madre volcaba sus ilusiones en alguien que la iba a escarmentar con mentiras.

Una pelirroja, con un corte de pelo a lo *garçon* y edad imprevisible, me dio las buenas tardes en catalán. Se acercó a la mesa con tres botellines de agua y tres copas, luego probó los micrófonos.

Alguna gente, menos mal, iba entrando y tomaba asiento.

A la hora fijada habría como una docena de oyentes. Y seguían llegando con cuentagotas.

Para cuando los protagonistas (tres hombres, uno de ellos bastante alto) accedieron a la mesa, habría un par de docenas de sillas ocupadas y tres o cuatro asistentes de pie.

Dos de los protagonistas, entre ellos el más alto, abrieron los botellines y se sirvieron. El otro, más viejo y bizco, se metió directamente en faena. Se presentó como el editor. Dedicó unas palabras al periodista y luego al autor de la novela, el presunto Señor Negro, y a su libro.

Yo tenía clavados los ojos en el Señor Negro. Le eché unos

cuarenta. Por un instante, me arrepentí de no haberme sentado en primera fila.

Era alto, *pero no espigado,* al revés de como se describía en una de las cartas; ni su cabello era vistoso u ondulado; más bien al revés. En todo eso había mentido.

Sus acompañantes se lucieron con obviedades hasta que él tomó la palabra, con una voz grave y profunda. Entonces adquirió protagonismo.

El periodista le tiraba de la lengua y compartían anécdotas. Poco a poco, el Señor Negro, en esos años aún desconocido para el gran público, se dejó ir y tuve el primer atisbo del personaje.

Me pareció alguien con dones singulares. No proyectaba soberbia, o la justa; ni egocentrismo, o el justo. No era Narciso mirándose al estanque, como buena parte de los escritores. Algo que lo volvía más antipático a mis ojos.

La última parte, la firma de libros, fue, para mi gusto, inacabable. La inquietud me consumía, ya que era preciso esperar, tener paciencia.

Esperar a que la gente fuera desalojando la librería. Esperar a que no hubiera nadie en cola, aguardando turno. Esperar a que el Señor Negro estuviera acompañado por el menor número de personas. Esperar a que saliera de allí, de aquel reducto en donde estaba protegido y era el centro de atenciones.

Salí de la librería, me senté en el peldaño de un portal, con el macuto a la espalda, y esperé al pie del cañón, temblando.

Era la última hora de la tarde cuando el Señor Negro cruzaba la puerta. Se despidió del librero con un apretón de manos y, acompañado por el editor y el periodista, se fue alejando en dirección contraria a la mía.

Me levanté y eché a andar tras ellos. Me fui acercando poco a poco. Estábamos en las Ramblas. El sol de la tarde declinaba.

—¡Señor Negro! —dije a su espalda, utilizando el pseudónimo de las cartas—. ¡Señor Negro! —El tipo se frenó y se volvió en redondo. Con él, sus dos escoltas—. ¿Es usted el Señor Negro? —Me acerqué muerto de miedo. Me arrojé delante de sus ojos con una sorpresa recíproca. Nos separaba

una distancia convencional entre dos interlocutores; solo que el tipo me llevaba una cabeza y su pecho estaba a la altura de mi frente. El estirón de la adolescencia, en mi caso, se demoraba.

—Bueno… —dijo, y sonrió—. Así me hacía llamar hace media vida.

—Mi nombre es Edmundo. Soy el hijo de Mary Conde Mir. —Ladeó ligeramente la cabeza, como hacen los perros cuando intentan sacar algo en limpio. Más grave fue ver cómo se le declaraba un tic en un párpado—. Deje en paz a mi madre —dije haciendo un gallo—. Déjela tranquila.

—*Coneixes aquest noi?* —preguntó el de mirada torva, que pasaba por ser el editor.

—No tengo el gusto; pero…

—¡No mienta! —dije con la voz estrangulada de angustia, y volví a temblar—. Usted sabe quién soy. Y sabe quién es Mary, la modista. ¡Mentiroso!

—Chaval… Chaval… —dijo el periodista, el único de ellos que no tenía acento catalán.

—No. Tranquilo. Déjamelo a mí —se interpuso el Señor Negro—. ¿Por qué no vienes a tomarte un refresco con nosotros y te relajas y hablamos?

—Se lo pido por Dios.

—Me reconocerás, al menos, que este no es modo de tratar a un desconocido. ¿O qué? —dijo el Señor Negro.

—*Truquem a un municipal* —comentó el editor.

—Para nada —habló el Señor Negro, más insoportable ahora que en la presentación de su novela.

—Vámonos. No hagas caso —le urgió el periodista.

—Míreme bien —salté como un energúmeno—. ¡Soy su hijo!

—Cálmate, anda —contestó.

Quizá sin esa réplica, que me llegó a lo más hondo, no habría reaccionado como lo hice.

—¿No le avergüenza romper un matrimonio? —pregunté.

—Andas mal informado, *noi* —repuso el Señor Negro. Y sacó a relucir la sonrisa. No era momento de discutir.

—Tú has perdido totalmente la chaveta —me advirtió el periodista. Por mi parte, le dije que se fuera a la mierda.

—¿Sabe tu madre que estás aquí? —inquirió el Señor Negro —. ¿Has venido con ella?

Me dolió que no mentase a mi padre. ¿Tanto lo menospreciaba?

—Le pido que la deje tranquila. —Me ahogaban las lágrimas por dentro—. Es lo único que le pido.

—Bueno. A ver, *noi.* —Y me cogió por los hombros. Fue el detonante. Ya no podía más—. Eres muy joven...

Perdí los papeles. Me libré de sus garras, di un alarido terrible y, abalanzándome sobre él y llorando, ciego de frustración, histérico, empecé a darle puñadas en el pecho, a la altura de mis ojos. Golpeaba y golpeaba mientras, atropelladamente, hablaba y escupía al hablar:

—¡¡Basta, basta!! ¡¡Déjela!! ¡¡Márchese, por favor!! ¡¡Por favor!! ¡¡Déjela! ¡¡Mentiroso!! ¡¡Deje que se vaya!! ¡¡Déjela marchar!!

Lo siguiente que recuerdo es a un municipal a mi lado, cogiéndome por el codo, mientras ordenaba a la gente que circulase y preguntaba al Señor Negro:

—*Voleu posar una denúncia?*

Y aún puedo verlo mientras decía que no, y mientras sus dos acompañantes se lo llevaban casi a la fuerza de las Ramblas.

Sus ojos. No habría podido decir si eran claros; o también había mentido en eso. Y me invadió una inmensa lástima de mí.

SEGUNDA PARTE

El ataque

—Ramón, *sentidiño!*, Ramón —dijo ella.

Estábamos en el último día de la mudanza.

Nos mudamos por etapas, al ralentí, pues, aunque la intención de mi madre era contratar una empresa, mi padre, al mando de las operaciones, se opuso a tal gasto.

Él no cedía; ella se negaba a menoscabar su autoridad. La abuela sonreía un poco y resoplaba.

¡Un piso en la calle del Paseo! El corazón de mi padre sangraba pensando en el derroche.

Ya tenía que adorar a su mujer para ir contra su naturaleza, pasiva y ahorradora. Habría hecho él solo la mudanza (él, a quien los cambios, cualquier cambio, enfermaba). Como no podía, se agenció gratis la ayuda de un par de compañeros del Cuerpo, y listo. Mi abuela juzgaba criminales aquellas injerencias del Subsector de Tráfico.

La calle del Paseo era la calle principal, en el cogollo de Orense.

Allí donde se ubicaban los negocios más lucrativos. Galerías comerciales y tiendas de marca, consultorios de médicos y abogados, el cine más célebre. Una locura. Había sido una calle peatonal, cuando mis padres eran jóvenes y bailaban; ya no. Una calle con mucha historia y más futuro. Como el piso.

¡Ay, aquel piso! Prefiguraba los éxitos venideros.

Antiguo. Más que espacioso, imponente. Corredores interminables, techos altos. Nacido para que se extraviara en él una familia del Opus. Una ganga, según mi madre, y un cebo para las amantes de la alta costura más pudientes. Recién rehabilitado gracias al último dinero de la abuela y a la generosidad de la Caja de Ahorros Provincial de Orense. De lo bueno, lo mejor en suelos de parqué, espejos y apliques, luces indirectas, empapelado elegante en las paredes. Confortable.

En el medio y medio, como quería mi madre.

Todo hacía suponer que habíamos entrado en una época de gran prosperidad.

—Ramón. A ver… ¿Te parece que eres un chico joven?

Mi padre rondaba los cuarenta y cinco. Tampoco era tan viejo, ¿no?

Él y yo cargábamos los últimos bultos para meterlos en el Supermirafiori. Mi madre se desesperaba viéndolo bregar.

Hoy en día sé lo que buscaba ella con el cambio; entonces no. Daba por sentado que deseaba hacerse un hueco entre los diseñadores gallegos. No olvidéis que estábamos en el 83. Tened presente el tirón de la moda gallega entre los jóvenes.

Sin embargo, el propósito de mi madre era otro. Proyectaba hacerse un nombre como modista clásica, sencillamente.

Quería abarcar el producto desde sus primeras hasta sus últimas etapas. Había sido educada en esa escuela. No le importaba tanto la fama como el trabajo bien rematado; y en menor medida el éxito que la posibilidad de hacer pura magia. No quería montar ningún taller de modistas ya formadas; sino ampliar, a lo sumo, el número de aprendizas a las que transmitir conocimientos y que la ayudaran en la factura de las prendas.

No obstante, creo que su visión romántica le hacía pensar que el éxito siempre era consecuencia de un buen trabajo.

Es decir; seguiría siendo una modista autónoma y, con el paso del tiempo, se convertiría en una marca reconocible, más distinguida. Un tiempo que, para mi gusto, discurría lentísimo. Faltaba algo más de un año todavía para que ingresara en la Facultad de Derecho.

Por cierto que yo pensaba estudiar leyes para formarme; no para ejercer la profesión. Como un niño rico, como un rentista, como un escritor aventurero. En la solapa de mis futuros libros rezaría: «Derecho, carrera que, por convicción, no llegó a ejercer jamás». Lo peor es que lo proclamaba.

Se había despertado en mí un espíritu de revuelta. Me ufanaba de mi rechazo a los valores burgueses, de mi desafío a la hipocresía social y al matrimonio, de mi adhesión a la rebeldía. Mi madre miraba en silencio, largamente, al hijo

insumiso. Emociones contrapuestas hervían en ella; pero sus ojos… sus ojos de mujer que no desesperaba, ni se rendía, me susurraban que luchase por mis sueños.

No quise volver a las odiosas cartas ni al tema. Me las arreglé para no pensar en el viaje a Barcelona en busca del Señor Negro. Las chicas, los libros y los estudios ya me ocupaban bastante. Al trastero es que ni subía. Y aunque mi madre seguía viajando a Barcelona, la frecuencia de los periplos se redujo.

Por mí, podía hacer lo que quisiera. No la perdonaría.

Se había ido corriendo un telón entre nosotros y discutíamos de memoria. Siempre discutíamos. Descargaba en ella mi inquina y todo iba de mal en peor.

—¡Ramón! ¡Ramón! ¿Qué te pasa, Ramón? —Mi padre se movía, más que nunca, como un buzo bajo el agua. De repente, fijó la vista en algo y se derrumbó como partido por la cintura —. ¡Edmundo, llama a una ambulancia! ¡Corre! Ramón, ¿qué te pasa? ¡Ramón! ¡Dime algo! ¡Ramón!

Mi abuela, veloz como nadie, ya estaba hablando por teléfono. Volví corriendo junto a mis padres.

Entonces no sabíamos mucho de reanimación cardiopulmonar; así que no me extrañó ver a mi madre tumbada a su lado, en el pasillo, con las manos entrelazadas a las suyas, como si quisiera insuflarle calor al cuerpo de su esposo.

Se quedó abrazada a él hasta que llegó la ambulancia, sin pronunciar ni una frase.

Querida Mary:

Dices que te fastidia huir del miedo. Y estoy contigo.

«No voy a huir», dices, «ni voy a quedarme petrificada. Voy a abrazarme a él, voy a entregarme hasta que el miedo acepte que no soy ninguna víctima a la que se puede espantar así como así».

Me gusta leer en tus cartas lo mismo que vi en tus ojos la primera vez, cuando nos conocimos por la fotografía del periódico.

Me gusta que no te enamore la gente que se está quieta. Porque yo no hago más que viajar, de un modo u otro.

Me gusta lo que dices sobre los cambios y cómo te seducen, lo

viva que te hacen sentir.

Y lo fea que te parece la nostalgia cuando se convierte en un vicio.

Me gusta que desprecies a los hombres que mienten y traicionan. Por las verdades yo conecté con eso que llaman literatura. Por las verdades como puños. Y porque quería saber lo que piensan las mujeres y los hombres; y no solo lo que dicen.

Me gusta cuando te refieres a ellos como al sexo débil.

Y que, en cierto modo, los protejas porque son el sexo débil.

Me gustan muchísimo estas palabras tuyas: «Había que comprenderla porque se había enamorado».

Y no sé si me gusta que digas que los libros te infunden el máximo respeto.

Dices que echas en falta más formación; pero sé bien, por experiencia, que los libros enseñan poco. Si te paras a pensarlo, no enseñan ni la verdadera sabiduría, ni la verdadera amabilidad. Suministran conocimientos o placer. Todo lo más, inspiran la falsa idea de que esos conocimientos, o ese placer, ayudan a vivir mejor.

Me gusta haber descubierto que, antes de ti, no había nada por lo que yo quisiera volver a Galicia, y que, después de ti, no habrá nada por lo que yo desearía alejarme de ella.

Y no digas que dejarás de escribirme. No digas eso; o seré como… no sé, pon aquí la comparación que se te ocurra, pero dramática.

Tuyo afectísimo

Señor Negro

la falsa idea de que esos conocimientos, o ese placer, ayudan a vivir mejor.
Me gusta haber descubierto que, antes de ti, no había nada por lo que yo quisiera volver a Galicia, y que, después de ti, no habrá nada por lo que yo debiera alejarme de ella.
Y no digas que dejarás de escribirme. No digas eso; o seré como... no sé, pon aquí la comparación que te duela, pero dramática.

Tuyo afectísimo.

Clienta de Mary

—¿Tú eres el niño de Mary, la modista? —Una señora me agarró de repente por el brazo. Era rubia y guapetona, con una dicción perfecta, sin rastro de acento gallego. De corta estatura, la estatura de mi madre (debía de ser un rasgo generacional), su edad aproximada—. ¿Lo eres? ¿El niño de Mary?

De niño tenía ya poco. Aunque con retraso, por fin llegaba el estirón. En lo físico, y en el transcurso de un verano, se operó en mí una transformación endiablada. Era el verano que daba entrada al COU.

—Sí —convine—. El hijo de Mary.

—¡Qué suerte! —No entendí a qué se refería. Hizo una breve y violenta pausa—. Tu madre estará muy ocupada.

Ya he dicho que, de pequeño, en mi escala de valores, las clientas de mi madre salían muy favorecidas. Naturalmente, ya no era como en la infancia; pero, desde mi punto de vista, ser clienta o potencial clienta de Mary confería a las mujeres una especie de superpoder. Un superpoder que me deslumbraba y me intimidaba. Me ponía incómodo encontrármelas por la calle. Y si me paraban, no sabía qué decirles; o me volvía impertinente.

—Ni idea. —Qué lejos quedaban los años en que, orgulloso, entregaba sus vestidos, sus trajes, sus chaquetones… todo doblado sobre mi antebrazo, con la protección de un lienzo y un plástico, qué lejos. Ahora, ni aunque me lo hubiera rogado habría accedido a ayudarla. Bien es verdad que tampoco tenía necesidad de mi ayuda, pues una aprendiza estaba consagrada a ello en cuerpo y alma, entre más quehaceres.

—Claro que sí. Imperdonable. Disculpa mis modos. Es que llevo tanto tiempo deseando hablar con tu madre… Y no hay manera, oye. Lástima.

—Insista —dije yo, el intimidado, el cretino.

—Qué razón tienes. Discúlpame. Y adiós. —Retrocedió un paso y dio media vuelta. Empezaba a alejarse.

—¡Señora! —Se volvió hacia mí—. ¿Quiere usted que le diga algo?

Nos acercamos el uno al otro.

—¿Lo harías? —preguntó con los ojos chispeando. Afirmé con un ligero cabeceo—. ¡Vaya! No está bien por mi parte. Lo sé. Está feísimo.

Me gustaba esa señora. Sus buenas maneras, su estilo espontáneo, su risa. Esa mezcla de seguridad e indecisión. Su compostura educada. La fragancia dulzona que emanaba de ella. El modo en que le afectaba la figura de mi madre.

—No, mujer, no. Dígame, y yo le traslado sus palabras.

«¡Le traslado sus palabras!». ¡¡Estúpido!!

—Ah, pues… Me vas a permitir… —rebuscó en su bolso, abrió una billetera—. No tendré por aquí ninguna tarjetita… Soy un desastre.

—En serio. No hay prisa.

La señora se echó a reír. Una risa suave, segura de sí misma, ajena a toda clase de estrecheces. Me tenía de su lado.

—Por lo menos, aquí está la de mi esposo. —Me alargó una tarjeta—. ¿Te importaría dársela a tu madre? Dile que me gustaría hablar con ella. Dile que he llamado por teléfono; pero que nadie me coge.

—Están muy ocupadas.

—Vivimos allí mismo, junto al parque de San Lázaro.

El parque de San Lázaro quedaba al final de la calle del Paseo, a cinco o diez minutos de nuestra majestuosa vivienda, de techos altos.

—Y mi esposo tiene la clínica en vuestra antigua calle, Doctor Marañón.

—Le diré a mi madre que la llame. Si usted quiere.

—¡Y tanto! Ya no se hace ropa como la suya, ¿sabes? Tú entregabas la ropa a las clientas. Me lo ha dicho un pajarito. ¿Me estoy equivocando?

Me puse al acecho. ¿Un pajarito?

—Sí —repuse alterado—. Hace mucho.

—¿Cómo te llamas?

Le dije mi nombre. Ella me dijo el suyo.

—Tengo una hija de tu edad, María José. Quiere ser médico; pero le encanta el arte, y también la moda. A ver si os conocéis. ¿Te acordarás de decirle a tu madre que llame a Ángeles Abad?

—Se lo prometo, Ángeles.

Seguí mi camino mientras leía la tarjeta:

Dr. Juan Manuel Perotti García
MÉDICO ESTOMATÓLOGO
G. Marañón 23, 1.º ida
Tfno: XXXXXX 32005-Orense

Por supuesto, me sonaba muchísimo. Era nuestra antigua calle.

El armonio

Mi madre tenía un armonio antiguo que olía a barniz de madera.

Un armonio francés del XIX que había pertenecido a dos ingleses metodistas, de manera consecutiva.

Adoraba tocar su armonio, aunque apenas tenía tiempo. Pasaba por el recibidor del piso viejo (o por la *quinta habitación* del piso nuevo, al que nos habíamos mudado) y lo miraba con ternura. Con esa ternura había acariciado sus teclas a menudo. Hablaba de él con mucha estima.

Su amado armonio J. Richard & Cie Etrépagny, un magnífico ejemplar de madera de roble, con pedales de fuelle. Una joya restaurada hasta en sus más pequeños detalles. Tan profundo era su cariño por él que, para escandalizarla, un día le sugerí que lo vendiera.

—Mamá, vende esa reliquia que solo ocupa espacio.

Me hizo notar que antes lo reventaba a martillazos. Yo estaba seguro de que lo haría. Estaba seguro de tantas cosas…

Había sido un obsequio de su hermano, mi tío Mir, el excéntrico, el solitario. El mismo tío letrista, el que escribía himnos y se atracaba de películas y novelas románticas. El mismo que no se hablaba con su madre y cuya relación definió la nuestra para siempre.

Aquel armonio J. Richard & Cie Etrépagny, mucho más que un mero instrumento. Suaves sus teclas, su corazón sabio.

Decía mi madre que estaba vivo y envejecía, guardaba secretos y había contado su historia a unos pocos afortunados: ella y los dos propietarios anteriores. Los dos ingleses metodistas.

Era digna de ser escuchada cuando hablaba del armonio.

Le recordaba algo que tenía que ver con sus apetitos, con los colores de su corazón en forma de paleta. Algo que fermentaba

en su interior y a lo que solo daba salida cuando diseñaba una prenda, o cuando se sentaba al teclado de su J. Richard & Cie Etrépagny. Esto pensaba yo hasta que descubrí las cartas.

Lo trataba como al niño de sus ojos. Lo mimaba. Le hablaba con suavidad, como a una planta. Le sacaba el polvo diariamente.

Un instante crítico en su relación con el armonio fue cuando lo llevamos al más célebre afinador de armonios de Galicia, y este se demoró más de la cuenta. Buen profesional, pero calmoso. La vimos sufrir durante meses hasta que lo tuvo de regreso, y lo abrazó, creyendo que nadie la miraba.

Tocaba música devocional y villancicos; pero también a los grandes nombres de la música *culta*.

La recuerdo sentada, las manos en el teclado. No era una virtuosa, pero tocaba con sentimiento. Se arreglaba para tocarlo; al igual que los sábados para irse a dormir, con menos frecuencia cada vez.

En las Navidades siempre se acordaba de otras Navidades y tocaba un rato, antes de cenar. En la casa nueva lo tocaba en la quinta habitación. Así llamábamos a la estancia reservada para el armonio, y en la que yo entraba poquísimo, fuera de los días señalados.

Recuerdo a mi padre, que se ponía sentimental y tocaba la armónica de oído. Quería acompañarla y enredaba. La seguía con regocijo achispado hasta que yo, mediante un gesto, le sugería que parase, porque mi madre tocaba con tal poder de evocación que sus dedos parecían inspirados.

Entonces, él y yo nos deslizábamos fuera y la dejábamos a solas.

Y una música de ensueño recorría hasta los últimos rincones del piso. Perturbadora. Maravillosa.

El padrino

—Benigno, ¿y qué tal en Panamá? —preguntaba la abuela.

La cuestión, por lo pronto, tenía miga. Activaba todas las alarmas.

Mi padre rechinaba. Aguzaba el oído, con la mano en forma de pabellón. Estimaba la pregunta obscena, se veía. Mi madre, la abuela y yo. Los cinco sentados a la mesa gigante del comedor, frente a una merienda de campeonato.

Benigno era mi padrino, el panameño.

—Qué cosas de decir, esta mujer… —se desahogó mi padre.

Cierto. La abuela preguntaba con malicia, pues Benigno tenía fama de audaz, emprendedor y putero; no obstante, a ella le causaba una gran impresión.

Mi padrino tenía una piel escamosa, como de corteza de ficus. Un rostro siempre afable y un poco corrupto, con olor a savia, y maneras de hombre mundano. Se expandía bajo el traje. Solía vestir de blanco diáfano, con un aire tropical. Era coqueto y guasón. Le costaba montar una pierna sobre otra, se ayudaba cogiéndose del tobillo. Yo intuía que usaba bisoñé.

Era más que un buen hombre: tenía metas. Quizá turbias; el que ignore las turbiedades que levante el dedo. Un hombre gentil. Un hombre capaz. Un hombre con resolución; ya solo por tal motivo lo respetaba la abuela.

Además, tenía mano para tratar a la gente, un poso de sabiduría. Era como un peregrino que vuelve de los Santos Lugares. Como el anciano marino de los cuentos, que no acaba nunca de llegar. Como Ulises volviendo a Ítaca, harto de peripecias. Un viajero con tesoros de experiencia acumulados. La sonrisa del destino se le pintaba en el rostro: en parte cínica, en parte cándida, en parte animosa, en parte agotada.

Un día de agosto, en la playa de Lapamán, Pontevedra, me enseñó a hacer el muerto, a flotar sobre las olas como un alga.

Toda una lección de paciencia y ternura. Mi padre pasaba.

La abuela reía y reía cuando hablaba Benigno. Se puede ser putero y un buen padre, sospecho que pensaba ella. Que lo cortés no quita lo valiente. Por otro lado, estaba en las antípodas de Pegerto Mártir. Y ni era sordo, ni picoleto.

La abuela hablaba con él en confianza, como con Jehová. Y lo estimaba por razones parecidas: porque no titubeaba; porque no se acobardaba. Cada verano, lo miraba con una simpatía rayana en el culto.

—Bueno, Benigno, ¿y qué tal por Panamá?

—Bien, mi doña, bien. Peleando. Día a día —contestaba divertido—. Está usted más joven cada vez.

Lo invitaban a merendar en casa anualmente. En agosto, cuando festejaban su regreso por vacaciones. Mi abuela aparcaba el andador cuando él venía.

De una pequeña aldea próxima a Los Peares, había emigrado siendo muy joven a Panamá. Primero, se casó, y luego emigró. La mujer se quedó. A caballo entre Panamá y Orense, después de años se hizo una pequeña fortuna con negocios que seguían rindiendo.

Mi padre y él se conocían ya de solteros. Se comprendían. Benigno hablaba mucho y con guasa; mi padre poco y sin ella. Uno era espléndido y sentimental; el otro, sentimental y agarrado.

Manejaba su Mercedes como no osaría conducirlo un kamikaze. Infringía el código de circulación como por derecho propio, con garbo irresistible. «Este *stop* no pinta nada aquí… El semáforo debería estar allá… Abusan de los pasos de cebra…».

Debido a las multas de Tráfico se conocieron mi padre y él.

Ese verano no solo lo agasajaban con la merienda de rigor, celebrábamos que yo había aprobado la selectividad y mi padre estaba en franca recuperación de su primer infarto.

—Cuando estás allá, echas de menos acá. Y cuando estás acá, echas de menos allá. No hay modo —dejó claro Benigno meneando la cabeza.

—Pero usted tiene mucho mérito, Benigno —contestó mi madre.

—¡Muchísimo! —alzó la voz mi abuela—. *Un home, una línia recta i una meta.*

¿Sabría la abuela que estaba citando a Nietzsche?

Me fijé en las dos botellas que mi padre y Benigno se habían liquidado. Los abstemios comíamos y mirábamos.

—Mérito vosotros, que salís adelante. Que aguantáis aquí.

—Vamos a ir parando, Benigno —dijo mi padre cuando vio que se abalanzaba sobre otra botella de ribeiro—. Hay que conducir.

—Estamos de celebración —dijo la abuela, que se extasiaba mirando al padrino.

—La familia —manifestó Benigno—. ¡Ahí va! Lo único que cuenta.

—Y con lo lejos que está usted… —dijo la abuela.

—Mamá… —Era mi madre.

—La última, Benigno —dijo mi padre escanciando a los dos.

—Hay que protegerla. Ser sinceros. —Benigno vaciló. Yo nunca lo había visto tan sentimental, ni un pelo de guasa—. No sé hacerme entender —pensó en voz alta Benigno.

Era como algo que no se pudiera contar, que solo pudiera decirnos a nosotros. Un privilegio.

—Sí que se explica. No se torture. —Mi madre puso una mano sobre la suya—. Lo entendemos. No necesita decir más. Y lo apreciamos. Usted lo sabe.

—*Deixa. Deixa que parli, si vol.*

—Te esperan en casa, Benigno —dijo mi padre apurando su copa.

—*Que pesat és aquest home.*

—A lo que voy es… Verán… el primer beso. Pensaba que lo recordaría siempre. Pensaba que lo guardaría bien guardado aquí. ¿Comprenden? Aquí, en un lugarcito. —Se tocó el lugar del corazón—. Me animaría en mis horas bajas… en la vejez. Dirán ustedes: qué disparate. Pues sí. Pensaba que sería como una plegaria.

—¿Y no? —preguntó la abuela. Estaba desenfrenada. Mi madre ya había desistido de reprenderla. Mi padre le hubiera metido un milhojas en la boca.

—Sí… pero no. Porque hubo más recuerdos… Vas

olvidando. Se superponen; es decir. A ese primer beso, se superpuso otro primer beso. A un amor, otro amor. A un hijo, otro hijo. A una familia, otra. Entonces, ¿cuál va primero? ¿Cuál amor, cuál hijo, cuál familia…?

»*Oh, my God!* Tantos años y tan lejos…

»Accidentes de la vida.

Lo había dicho todo.

Se guardó un silencio aplastante. Nadie sabía cuántas familias eran, si tenía o no agallas para protegerlas a todas, si había algo deshonesto y por qué.

La atmósfera se volvió densa. Preguntas que no se hicieron saturaban el aire.

Quién podía estar seguro de nada.

HACIA EL INFINITO Y MÁS ALLÁ

—Carles, es usted un zalamero —dijo Mari Nieves, sentada a la gran mesa camilla junto a mi abuela. Ahora, en el cuarto-probador del nuevo piso había una camilla nueva.

—Se lo digo como lo siento: la mujer orensana no tiene parangón —sostuvo Carles.

—*Que exagerat!* —dictaminó la abuela.

—*Millorant la present* —dijo Carles.

—Mejorando lo que se puede mejorar… —tradujo libremente la abuela, en consideración a Mari Nieves, que se comía con los ojos a Carles.

Carles, el viajante de la textil Gratacós. Un pelota inconmensurable.

Yo lo conocía por el sentido del olfato, no me hacía falta ningún otro; pero mi madre se empeñó en presentármelo.

De modo que allí estábamos. Mi madre, Carles y yo de pie. La abuela y Mari Nieves hojeaban el nuevo muestrario de Gratacós; en realidad, solo mi abuela lo hacía.

El viajante llevaba un traje de raya diplomática y el pelo negro cortado a cepillo. Tenía la apostura de un recién ascendido a director de planta del Corte Inglés. Despedía un tufo a Rabanne (decía mi madre: a Rabanne) que intoxicaba el aire durante horas. Yo sabía cuándo llegaba solo por el perfume.

Carles me preguntó qué carrera pensaba estudiar en Santiago. «Derecho», repuse sin ninguna euforia. Faltaba una semana para que ingresase en un colegio mayor.

—Volviendo al tema —dijo Carles grandiosamente—, Mary tendría un éxito arrollador en Barcelona. Sus creaciones son diferentes.

—¿Y aquí no, Carles? —preguntó Mari Nieves—. ¿Qué tiene de malo la clientela orensana? Ahí está la moda gallega.

—Oh, por supuesto, Neus —concedió Carles—; pero hablamos de alta costura.

Mari Nieves se reía de todo con la boca abierta. Dejaba caer la mandíbula primero; después reía y reía. Una mujer curvilínea, con hechuras que no merecían ningún reproche. Clienta de mi madre desde el Cuaternario, sus gratificaciones fueron, en lo que a mí respecta, poderosos incentivos laborales.

—La diferencia —siguió Carles— es que en Barcelona tendría un nicho de mercado mayor. Los diseñadores se la disputarían. Y en caso de seguir trabajando como autónoma, estaría tan ocupada y le entrarían tantos pedidos que su cotización subiría como la espuma. *La llei de l'oferta i la demanda*.

—¡Oferta! —tradujo la abuela sin levantar los ojos del muestrario—. ¡Y demanda!

—Qué listo —dijo Mari Nieves—. A mí me encantaría que se me disputasen entre las dos.

—*M'estranyaria que no ho fessin, estimada senyora* —dijo Carles.

—Qué ha dicho? —preguntó Mari Nieves; pero la abuela, con las gafas en la punta de la nariz, y la nariz metida en el muestrario, sacudió la mano con aire indulgente, como si espantase una mosca.

—Tengo confianza en la inversión que hemos hecho, Carles —dijo mi madre—. Es arriesgada; pero tengo mucha ilusión.

—*Més ens val* —soltó la abuela sin dejar de hojear el muestrario—. *Ens estem quedant pelats.*

—Mamá, por favor… La verdad es que tenemos más aprendizas y más clientas que nunca.

—Oh, Mary —habló Mari Nieves—, yo no paro de recomendarte. Y, por cierto, este piso es una cucada. Y su emplazamiento, un amor. Todo saldrá bien. Ten confianza.

—Cuando una clienta —empezó el pesado de Carles— tiene la fortuna de encontrar una modista de clase, como usted, sabe que vestirá como si hubiera comprado una prenda en Chanel, o en Dior, o en Balenciaga, o en Cardin; o mejor, porque le harán la prenda a medida. Con ciertas modistas, y no es el caso de Mary —se apresuró a enfatizar—, los acabados, se comprende,

no serán los mismos que los de las *petites mains* en los talleres de esas grandes firmas; pero en el caso de Mary… sí. Todo casa a la perfección. El diseño y el acabado.

—¡Jesús! No exagere, Carles —dijo mi madre.

—No exagero. Lo que acabo de decir distingue a las buenas modistas de las excepcionales. Usted lo único que necesita es hacerse más célebre. El éxito de su firma es algo que vendrá rodado. En mi humilde opinión, ha hecho usted lo que debía. Hay que arriesgarse e invertir.

Mari Nieves se pellizcaba los brazos de la blusa. De buenas a primeras, se levantó y llenó el aire del cuarto.

—Cuando yo aún estaba soltera —dijo—, lo que se llevaba era tener dos o tres conjuntos para poder variar e ir siempre impecable. ¿Te acuerdas, Mary? Parece que fue ayer.

—Ya lo creo.

—Y no solían ser más porque había que combinarlo todo —prosiguió—. Desde el sombrero a los zapatos, pasando por el bolso o los guantes.

—*Ah, de quin temps parla vostè, Neus!* —Se tambaleó Carles. Mari Nieves miró a la abuela, que pasó página del muestrario y, en versión libre, tradujo:

—De eso hace un porrón de tiempo.

—Confío en que no me esté llamando vieja, Carles —se abalanzó Mari Nieves.

—Al contrario, al contrario. Esos tiempos le resultan familiares porque son demasiado recientes —rectificó a su traductora. Y siguió—: Hoy día lo que más se valora es la capacidad de innovación. Y tratar de conferirle a la ropa un sentido práctico, sin perder la elegancia ni la distinción. Por ejemplo, Neus, ¿a usted qué es lo que más le gusta?

—¿En general, me pregunta usted?

—*Quina senyora aquesta* —dijo Carles mientras miraba a la abuela con expresión de zozobra. Y, acertadamente, la abuela, como para darle la razón, tradujo:

—Ay, Mari Nieves, ay.

—Me refería a Mary, como modista —matizó Carles, que estaba pasando un suplicio con la abuela.

—El primer encuentro —dijo Mari Nieves—. Ese llevar a

una de la mano. Mary aconseja como nadie. Y escucha. Es una psicóloga. Tejidos, colores, tendencias. Y, ya que me pregunta, Carles… El segundo y el tercer encuentro también son mágicos. Dos sesiones de prueba. ¡Ni una más! Con dos pruebas, encaja ella el patrón, retoca lo necesario y remata en un plis plas.

—Mary, tiene usted un grado justo de clasicismo y, a la vez, de excentricidad que no he visto en ninguna modista —dijo Carles—. Si me permite la franqueza.

—Líneas rectas, duras. Diseños personales —dijo Mari Nieves.

—*Quant parleu* —soltó la abuela.

—¿Y sus faldas hasta los tobillos? —Mari Nieves se volvió sobre sí misma exhibiendo una de las prendas distintivas de mi madre—. ¿No son para morirse?

—*El que importa és tenir sort. Bona sort!*

—¿Qué ha dicho usted, señora Concha? —preguntó Mari Nieves.

Entonces el pelota, que vio su oportunidad en más de un sentido, se volvió hacia la clienta y amiga de mi madre para decir:

—Que está usted en plena forma. ¡En plena forma!

—Suerte, sí —dijo mi madre—. Y que el Señor nos ayude.

UN CORAZÓN CANSADO

Mi padre no volvió a ser el mismo.

Todo lo hacía con más lentitud. No era cosa de preocupar a mi madre; pero yo solía pillarlo tomándose el pulso a escondidas. Paseaba como si temiera despertar a las criaturas del subsuelo.

Era el pavor a un segundo infarto, pensaba yo.

Luchaba del único modo que sabía, sin pedir ayuda, sobrecogido. Con una humildad acomplejada, con una pasividad estremecida.

Luchaba para que no se le notase. Para no concentrar en él atenciones y no inquietar a mi madre en un momento profesional tan peliagudo.

En casa, al volver del trabajo, dormía largas siestas. Apretaba los párpados, se aplicaba a fondo para convocar el sueño. Para desentenderse. Yo lo sé, yo lo veía. Me daba cuenta. Se estaba desvaneciendo.

Horneaba algún que otro brazo de gitano. Quizá menos apetitoso que antes. «Mary», seguía diciendo la nata montada de la superficie.

En sus ojos había más horrores que nada. Sus ojos de un verde Duralex. Era un pescador en tierra.

La abuela no volvió a llamarle Pegerto Mártir.

Se le hinchaban un poco las piernas. Seis pastillas diarias: su dosis.

Y tampoco contribuía a su bienestar la ubicación del piso nuevo.

Antes, en el piso viejo de Doctor Marañón, había podido deambular por el casco antiguo, o por la Alameda, o por el parque del Posío sin tropezar cada poco con alguien que se interesara por su estado. Ahora, en la calle del Paseo, sal y pimienta de la ciudad, gozaba de menos autonomía. Los

tropiezos, la clase de personas... Se encontraba con oficiales. «Sus órdenes», decía. Y se cuadraba.

Hablaba en primera persona de plural, y en futuro: «Haremos». «Tenemos». «Iremos»; pero las ganas se le quedaban en suspenso.

Me habría gustado decirle: Papá, vamos a dar una vuelta. Papá esto; papá lo otro. Pero no me salía. Como hijo, defraudaba. Mi mente estaba lejos. En las chicas, en las lecturas, en la universidad, a punto de abrirme sus puertas.

Y, encima, yo tenía un sueño. Germinaba en el fondo de mis entrañas. Al igual que mi madre, un sueño. Habían hecho mella en mí sus lecciones.

Un corazón cansado, creo que lo define. En ocasiones, yo me preguntaba: ¿Cuál había sido el sueño de mi padre? ¿O era, en efecto, el hombre que no soñaba?

Querida Mary:

Le he dado vueltas y más vueltas a lo que hablamos. Y supongo que tienes razón.

Debes salir un poco, me dije, no pensar tanto en Mary. Vas a perder el poco juicio que te queda. No te encierres, sal, disfruta como solías hacer antes. Y eso.

Bien, pues me obligué a salir. Ya sabes que mis amigos me llaman; en especial, los fines de semana. Unos emparejados; otros no.

Fuimos a cenar.

Como si cenar con ellos tuviera algún encanto para mí. Como si beber, o bailar, o las bromas, o las charlas o las confidencias con ellos todavía me divirtiesen. Les hablé de ti, y fue el mejor momento de la noche. Ahora es como si te conocieran.

Acabamos en una sala de baile. Yo, en un rincón, con cara de estar donde no debo. Por último, me dormí encima de una montaña de abrigos. ¿Es una grosería esta clase de franqueza?

Me acosté tarde y me desperté tarde. Bajé corriendo al portal. Abrí el buzón y vi tu carta. ¡Hosanna!

Rasgué el sobre, empecé a leerla in situ. *Una vecina pasó por delante con el carrito de la compra y me vio en chancletas y pijama. Y esto es vergonzosamente cierto. Leí no, devoré tus*

palabras antes de que la vecina cerrase el ascensor por dentro.

Ya en casa, más reposado, la leí diecisiete veces más.

Y, aun así, qué se le va a hacer, me siento incapaz de dar consejos; ni de recibirlos. Pero tengo la siguiente convicción: que tú no eres culpable. No te sientas como no tienes derecho a sentirte.

Pasan las cosas y a menudo nos decimos: si hubiera hecho esto, si hubiera hecho aquello... Si hubiera… Pero la verdad es que somos hojas a merced del viento. Y no es fácil encontrar el amor verdadero.

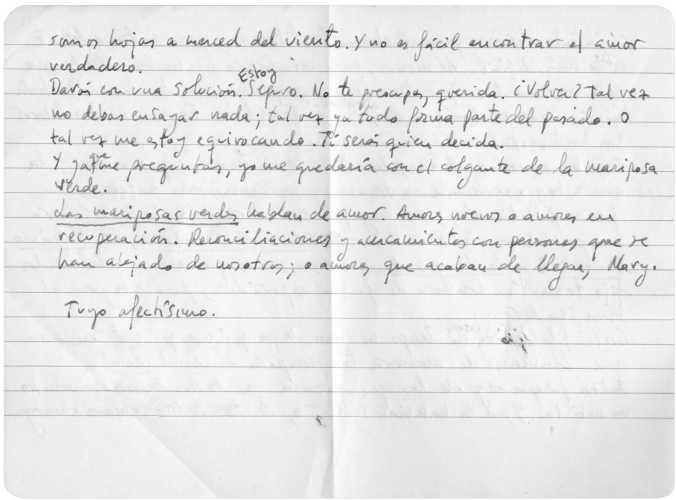
Darás con una solución. Estoy seguro. No te preocupes, querida. ¿Volver? Tal vez no debas ensayar nada; tal vez ya todo forma parte del pasado. O tal vez me estoy equivocando. Tú serás quien decida.

Y ya que me preguntas, yo me quedaría con el colgante de la mariposa verde.

LAS MARIPOSAS VERDES hablan de amor. Amores nuevos o amores en recuperación. Reconciliaciones y acercamientos con personas que se han alejado de nosotros; o amores que acaban de llegar, Mary.

Tuyo afectísimo

Señor Negro



Un dandy en Compostela

Yo quería ser escritor profesional.

Hacer de la escritura un oficio. No un oficio; una religión, un compromiso.

He aquí el sueño de mi vida, por fin a la luz.

Durante años, ese sueño había madurado dentro de mí. En la oscuridad, a la sombra.

Leía y corría sin parar. A todas horas, leía; como desahogo, corría y sudaba. No hablaba con nadie de mi sueño; no me atrevía.

¿Por qué debía uno consagrarse a una carrera práctica?, me preguntaba. ¿Por qué había que inmolarse en los altares del absurdo? ¿Por qué debía uno entregarse a nada que no fuera el arte y la ficción si la realidad era tediosa, opresiva y corta? Yo no quería ser mártir, sino artista; alguien que cabalga a lomos de los sueños.

Nada me interesaba, lejos de la escritura. No había un solo oficio, fuera del arte, que se ajustara a mis intenciones y no me pareciese propio de insensatos que se inmolan. ¿La pasta? Qué queréis que os diga, pues claro que tenía su valor; pero la juzgaba una forma de comprar la cordura.

Como siempre, mi propósito era vencer el aburrimiento. Ahí se cifraba todo. ¿Por qué me aburría tanto?

Creía en la literatura como pócima para todos los tedios; he aquí la falaz idea que me hacía de la palabra escrita. Creía en su belleza, en su capacidad de consuelo. Había nacido con un siglo de demora, pero circulaba por mis venas la fe de mi madre, su carácter excesivo, su carácter obstinado, esa especie de furia. Éramos corazones problemáticos. «Serás un talento, serás un genio».

Como mi madre, quería darle forma a lo informe, hacer de mi vida una obra de ficción para conferirle sentido, convertir

el ruido en silencio, el silencio en música de armonio, en destino las líneas de la palma de mi mano. No amaba la vida; amaba soñar. Suspiraba por ver cómo crecían los sueños a mi alrededor. Y en mi deseo de hacer soñar a los otros, buscaba compartir con ellos mentiras hermosas.

Concebí este ideal de película: que el tiempo se detuviera para mis lectores. Que dejasen de envejecer mientras leían mis palabras.

Como mi madre, me entregaría a mi sueño y triunfaría. Escribiría páginas emocionantes. Sería un titán de las letras, vaya. Quería aventurarme sin saber el coste real de los logros; pero ¿lo sabía ella, con casi treinta años más de aventura que yo?

Había apartado de mí sus mentiras. No pensaba ya en el asunto que había enturbiado nuestras relaciones y echado a perder la confianza entre nosotros, y solo después de años advertí el papel que iban a desempeñar aquellas cartas y aquel hombre en nuestra vida y en mi entusiasmo por convertirme en escritor.

Y otra confidencia. No será la última.

Mirad mis manos.

En señal de que iba en serio y seguiría mi propio camino, un día cogí una pequeña navaja de mi padre, la desinfecté con alcohol y me herí profundamente en las dos palmas, de manera transversal, prolongando de una vez y para siempre la línea que más me importaba de todas: la línea del corazón.

No veáis el tiempo que pasó hasta que cicatrizaron las heridas.

Me matriculé en Derecho, Universidad de Santiago de Compostela. Un disparate.

Se decía que era una carrera polivalente. A mí lo mismo me daba la polivalencia. Mi memoria era fotográfica. Tenía el don de retener mucho y olvidar poco. ¿Y no decían los escritores que para ser uno de ellos era aconsejable vivir, rememorar y saber?

Me dije que, al acabar Derecho, me entregaría a mi vocación como un apóstol.

Ingresé en un colegio mayor universitario. CMU San Clemente. En aquel tiempo, una residencia masculina con aires de *college* británico, de rancio espíritu, destinada a niñatos de familias acomodadas. Años después, se democratizó con la entrada de las chicas, los Erasmus y las becas.

La inversión de mis padres en mis estudios, unida a la inversión que precisaba la firma y el negocio de mi madre, supuso un esfuerzo que yo estuve muy lejos de entender.

Durante los dos primeros años las cosas funcionaron de este modo: preparaba los exámenes la víspera y los superaba con nota. El resto del tiempo, me limitaba a descubrir la vida con ojos como hostias eucarísticas.

Yo pasaba por un *dandy* con dinero, un tipo desahogado que vestía como Dios, gracias a las prendas de mi madre. Y, en efecto, cultivaba el amor a la estética de los dandis del XIX, su *spleen,* su amargura ensimismada. Mi vanidad resplandecía como fuego fatuo. No es que renegase de mis orígenes; es que me desvivía por mezclarme con orígenes distintos.

La ropa, su ropa. Siempre su ropa.

Quería que vistiera bien. Quería que me relacionase.

Que salvase obstáculos que para su generación habían sido insalvables. Y lo haría deslumbrando, bien uniformado. Qué poco, en apariencia, tenía ya que ver con el niño de los jerséis de cuello pico que calcetaba la abuela.

No olvidaré nunca las prendas que confeccionó para mí. Creo que todas simbolizaban una celebración de la libertad. Y creo que escondían en su seno un impulso individualista.

Eran todas singulares, de una sensualidad que saturaba los sentidos, con un toque andrógino. Y como ella volcaba parte de su instinto creador, no en la hija que hubiera deseado, sino en el único hijo que tenía, sus prendas y yo habíamos nacido el uno para el otro.

Ella me vestía entre lo elegante y lo extravagante.

Experimentaba después de pedirme opinión, averiguar mis propios gustos y espolearme a decidir, poderosamente influida por los trajes de época, la moda gallega y el dandismo teatral del XIX, con materiales lujosos como el satén, la seda y el terciopelo.

Conmigo, mamá ya solo fue libre cosiendo.

Todavía recuerdo una blusa de encaje fruncido y manga ondulada.

Todavía recuerdo un esmoquin que me hizo para una cena de Fin de Año. Alargó un poco la chaqueta clásica y la combinó con camisa de organza y lazada al cuello. Causó furor.

Le gustaban las chaquetas holgadas, cruzadas, desestructuradas. Tipo Armani. Con solapas de terciopelo.

Recuerdo una chaqueta *blazer* de color malva, doble botonadura, cintura ceñida y hombreras hiperbólicas.

Y un traje a rayas (con pantalón de pinzas) que me invitó a combinar con camisa, corbata y tirantes.

Y un abrigo de lana negra con cinturón y ribetes de piel.

Y una falda pantalón en tonos tostados, mitad plisada, mitad lisa, con largo por encima del tobillo, que era el no va más en audacia. Cuando quería llevar al límite mi insumisión hacia el universo, me la enfundaba. Miguel Bosé a mi lado era de un clasicismo falangista.

Mi madre conmigo daba rienda suelta a su vertiente más juvenil, más juguetona. Probaba con colores fuertes, saturados. Los colores neón, que ella decía, me sentaban la mar de bien.

Cazadoras de mangas japonesas, cuellos altos, hombros bien armados.

Recuerdo un abrigo de polipiel, color verde alga, largo hasta el tobillo, años antes de *Matrix* y de *Blade,* que suscitaba la admiración de ellas, y sumía a los hombres en una perplejidad sin límites.

Los fines de semana que me quedaba en Santiago, mi madre contactaba con algún compañero del colegio mayor, también de Orense, y me hacía llegar postres variopintos.

Filloas, o galletas, o bombones, o tartas de fresa, o brazos de gitano con mi nombre arriba, en lugar del suyo, perfilado con nata montada. O porciones de quesitos La vaca que ríe. ¿Existe aún esa marca?

También me escribía notas y cartas con su letra de niña aplicada y frases muy sentidas.

En ellas me deseaba suerte para el próximo examen, me

animaba diciéndome que confiaba en mí, que era un titán, que no me olvidara de mis sueños.

Yo leía sus cartas con ojos brillantes y las rompía en pedazos.

Y, mientras, buscaba y buscaba, pues Santiago era la alfombra de mis deseos.

Hasta que apareció ELLA, como en las películas o en los sueños. Para salvarme de mí mismo.

¡IMBÉCIL, ES EL AMOR!

Mi madre supo que andaba enamorado, y me lo hizo notar sin titubeos, con el propósito de informarse. Pero no obtuvo información ninguna.

Eso, mi táctica evasiva, nos distanció aún más. La clave es que yo me negaba a ceder. Me negaba a compartir con ella lo único sagrado que tenía, lo único que me hacía del todo independiente.

No satisfecha; escarbaba, me interpelaba, persistía, se obstinaba, era tenaz, destructiva.

De modo que la dejaba con la palabra en la boca. Ahora mismo podría sacar a relucir veinte ejemplos.

Entreabría la puerta de la habitación desde donde yo hablaba por el supletorio y asomaba la cabeza y no se iba. ¿A quién se le ocurre? Yo me distanciaba del auricular y, con aire de haber perdido el juicio, la miraba con reproche y rencor. Y en este plan.

No demostraba ninguna contención y me amargaba el día.

¿Es que no le bastaba con lo que le había hecho a mi padre, o seguía haciéndole? Con la ficción que estaba tejiendo, las fechorías, ¿no le bastaba? Porque ella continuaba viajando a Barcelona; poco, pero viajaba. Decía que sus contactos la ayudarían a triunfar. ¿No podía ser más respetuosa o precavida después de haberme callado tanto?

Qué divina palabra: *enamorado.* ¡Uf!

Me la digo en voz baja, como degustándola con mimosa ternura: *enamorado*. Y aún hoy, con cincuenta y cinco inviernos, hoy, que tantas cosas han pasado, la oigo y me agarra la misma impresión de quien envuelve a un cachorro en sus brazos.

Ella, mi amor, también estudiaba en Santiago. ¿Qué puedo decir aquí que no banalice la significación de aquellos días,

días que un fuego sagrado alumbraba? ¿Que amanecía y que, junto a ella, el mundo se inauguraba y relucía como una conflagración? ¿Que, lejos de ella, yo solo presentía negrura y desconsuelo?

Vivía en un colegio mayor contiguo al mío. Fonseca se llamaba. Largos besos, suaves. Cerrados los ojos. Para que nuestros sueños se fundieran juntos. Paseábamos bajo los árboles del campus cogidos de la mano. Me hubiera paseado por los mismos senderos toda la eternidad.

Nunca había presentido yo esas delicias; ni terrores como los que pronto serían mi tortura.

Porque, cómo explicarlo, tenía yo la conciencia de haber llegado.

Con ella me sentía al borde de una tierra plana, donde van a morir los caminos; frente al mar, donde se acaban todos los dolores. Las piernas colgando, las manos entrelazadas, hijos de la brisa, dueños de una fresca plenitud. Ya no habría más búsquedas, pues. Soñar solo: mi único anhelo.

Tenía sus contras, qué queréis que os diga; aquel año, segundo de carrera, no leí ni un solo libro. Era un amor como de sueño.

Nuestros días eran agitados; en especial, eran agitadas nuestras noches. Hacíamos el amor sin cuartel, enfermos de deseo. En el campus, donde fuese. A la intemperie, en hotelitos baratos. De manera acuciante, llenos de susurros. Cada rincón, sacralizado.

Y cómo temblaba ella bajo mis besos. Y con qué avidez la escuchaba yo, transportados en un tsunami de gloria. Quién me lo iba a decir.

Me había propuesto no incurrir en clichés, y ya estáis viendo qué pasa con los buenos propósitos.

Quiero añadir que los celos son sabios, lo saben todo. Quién puede estar a gusto con semejante sabiduría. Cuando maduramos, el conocimiento que nos brindan ya no es relevante. Ya no es necesario. El acierto para descubrir una mirada abrasadora; o un coqueteo espontáneo; o un piropo en los labios de un amigo… En otras palabras, todo cuanto es un

tormento para un enamorado joven, ya no nos afecta ni concierne con la edad. No lo vemos siquiera. Hemos perdido la gracia. No sufrimos tanto.

Una noche, ELLA, que acababa de examinarse con éxito de un parcial de Botánica, salió con sus amigas mientras yo me quedaba estudiando. He dicho que no mentiré: me quedaba sufriendo y pensando en ella; no estudiando. A medianoche desplegué desde la terraza del colegio, a donde se abría mi cuarto, un rollo entero de papel higiénico con un poema que había escrito en el tramo final del rollo, para que cuando pasase por allí, como irremediablemente pasaba de regreso a Fonseca, lo leyese.

En la noche oscura, el rollo blanquísimo y desplegado tenía la visibilidad de una sábana y ondeaba como un estandarte fosforescente. Y lo leyó. Vaya que sí. Y, con ella, todas las amigas y amigos que la acompañaron de copas.

Un día contacté con una estudiante de Bellas Artes. Me la habían recomendado porque era buena gente y vivía cerca del campus. Le pregunté si pintaría un encargo para mí y aceptó. A menudo me acuerdo. ¿Cuál era su nombre? ¿Qué habrá sido de aquel carácter fecundo y generoso? Ojalá lea estas páginas.

Apenas me cobró por un trabajo minucioso de semanas.

Le gustaba la idea, el encargo, y así me lo hizo saber desde un principio. Creo que también le hacía gracia la inquietud de un chico que pasaba el rato desviviéndose de amor por una chica.

Yo la visitaba en su piso e inspeccionaba la evolución de un dibujo pintado con una técnica básica pero trabajosa, a base de tizas pastel sobre una gran cartulina. Dos personajes principales en el cuadro, dos amantes: ELLA y yo.

Ella y yo recorriendo la historia humana en viñetas. Siempre las viñetas.

En plena Revolución francesa, a la cabeza de una muchedumbre. En el lejano Oeste, como dos colonos más. En plena época victoriana, paseando por las calles de Jack el Destripador. En la escuela peripatética de Aristóteles, entre el resto de alumnos.

Franqueando la historia y los siglos, surcábamos las edades

de la cultura. Como dos amantes que permanecen, dos inmortales. ¿Debo decir ahora que *solo podía quedar uno*?

¿Había mirado mi madre así al Piernaslargas, como yo la miraba a ELLA? ¿Miraba así al Señor Negro cuando se citaban en Barcelona?

Cierta noche le juré que escalaría hasta la terraza de su colegio, como Romeo. Lo hice solo para besarla después de haberla abrazado la tarde entera. Besos breves, sagrados, a través de una puertaventana enrejada.

Muchos años más tarde, una vez que visité Santiago por causa de un coloquio de novelistas del que hablaré, por su trascendencia, luego, me acerqué hasta aquel sitio. En pleno campus (el ahora denominado campus sur, para diferenciarlo del campus norte). Cómo pude trepar hasta ahí arriba, seis metros de altura, me pregunté.

Y me senté a mirar vencido por una oleada de emociones.

Aquella terraza. Aquella puertaventana con rejas. Me pasé horas sentado en un banco de la plaza Rodríguez Cadarso, entre su colegio y el mío. Lo hice como si aguardara una revelación mística, un mensaje que arrojase algo de luz sobre las sombras de la tierra. Cómo podía algo estar tan muerto estando tan vivo en la memoria.

Y añoré la juventud. Añoré la sal de sus lágrimas; aunque nunca me hayan faltado hasta la fecha lágrimas que llorar.

«Si te quedas el tiempo suficiente», pensé allí sentado, «se te revelará el sentido oculto».

No podía prever que la revelación tendría lugar después del coloquio de novelistas, la noche de ese mismo día; pero de esto hablaré más tarde. Desde entonces, visito el lugar regularmente.

Me siento en el banco de la plaza y miro arriba. Miro al tiempo a los ojos.

La misma fachada, los mismos árboles que juntos contemplábamos. Y es como rezar a un Dios en quien no creo. Y me vuelve a la memoria la imagen de Benigno aludiendo a las plegarias paganas, los primeros besos y la fuerza del olvido.

Sí, me he sentado en el mismo banco de entonces muchas veces. Y cada una de esas veces he descubierto un matiz, una

perspectiva nueva, algo distinto.

Se llamaba Mercedes.

Era alegre. Era la fuente de mi alegría. Un sendero para mis huellas. La razón de mis sinrazones. Su piel como la piel de las uvas.

Creo que me iban las fascinantes y hermosas; y que a ella le iban los melancólicos.

Pelo negro, ojos de color azul horizonte, en la línea de los más sagrados ojos que haya tenido ocasión de admirar en un rostro de mujer (y he tenido la ocasión de admirar unos cuantos pares de buenos ojos a lo largo de los años). Una risa como el aroma de la dama de noche. La risa y el color (deploro mi falta de originalidad), la risa y el color de la primavera. De esto hace treinta y cinco años.

Hubiera necesitado varios corazones para amarla como quería. Por las noches, me cantaba tangos.

Cómo no iba a quedarme a vivir en sus ojos, si hasta su voz brotaba de lo más profundo de ellos.

Yo era Edmundo Dantés, el que vive en el pasado. Dumas lo dijo. Si ella era Mercedes, faltaba el dolor, faltaba la injusticia. Faltaba la venganza.

Mi madre, en su calidad de espectadora y oráculo, veía la tragedia rodar sobre nosotros. Como en *El conde de Montecristo*, claro. Ciertos comentarios suyos la delataban: «¿Crees que te conviene esta chica? No quiero que sufras» (le faltaba añadir: *como sufrí yo*). «No estás estudiando». «Tienes que hacerte un hombre». «Qué tonto; pero qué tonto eres».

Ignoro qué había destapado; pero algo, a buen seguro, sí. Que la de Mercedes era una familia de recursos, en La Coruña. Tal vez más. Que aquel amor era una fuente de desgracias. Y esas cosas que ella sabía, las indagaciones que hizo, o que yo sospechaba que había hecho, su curiosidad entrometida, hacían que nos costase cada vez más comprendernos.

Un sábado Mercedes vino a Orense, a nuestra casa, por sorpresa. Fui al baño a arreglarme mientras ella me esperaba en el dormitorio. Mi madre flipó viéndola abrazarse a mi almohada, haciendo tiempo. Quizá se preguntó si el oráculo se había atrofiado en ella. Quizá a partir de entonces empezó a

ver lo nuestro de otro modo, un modo ilusionante, o se convencía de ello.

Siempre había querido tener una hija que no tuvo.

—La vestiría como una princesa —decía.

Sí, para ir al castillo encantado, pensaba yo con la crueldad que le reservaba en aquel tiempo de hallazgos y rencores.

—¿Cuándo volverá Mercedes? —preguntaba mi madre con una voz dulce como la lluvia que cae sobre los árboles—. ¿Cuándo volverá Mercedes? —preguntaba, pobre de ella, para animarse. Mamá, que presentía el futuro con la fuerza irresistible de la tragedia.

Los años buenos

En lo profesional, fue su mejor etapa. Coincidió en parte con mi idilio.

Las perspectivas anunciaban que el negocio se expandiría, que su éxito desbordaría las fronteras domésticas. Y no solo a mí, que no estaba al tanto y vivía en un universo paralelo, me parecía muy natural que ocurriese.

Me llegaban comentarios. Mucha gente era de la misma opinión. Oía a las clientas. A las aprendizas. A los superiores de mi padre, que tenían esposas y madres, amigas de esas esposas y esas madres. Hablaban de ella con sorpresa y admiración. Hablaban con respeto. Triunfaba el boca a boca.

Diría que durante esos dos o tres años, algo homérico estuvo a punto de suceder. Su nombre se abría paso en el centro del debate sobre la alta costura en Orense, y su marca, como siempre había anhelado, empezaba a difundirse por obra de su talento y temeridad.

«Me dejaré los ojos en las telas», decía. A eso llamo yo unos ojos sin opciones, una persona sin opciones.

Alta Costura

MARY

La llamaban de todas partes de Galicia, incluso de fuera, de muy lejos. Ahora las clientas se la disputaban.

Me consta porque, siempre que yo volvía de Santiago y descolgaba el teléfono, pensando que era Mercedes, escuchaba una voz femenina. Una voz titubeante. Alguien que *tenía mucho interés en contratar los servicios de la señora Mary*, y me descubría desde dónde llamaba. Y siempre eran voces nuevas, con acentos nuevos. Siempre.

Por ese entonces, la rodeaban seis aprendizas en el pisazo

del Paseo. Llevaba una bata blanca, como una ginecóloga; solo que, en lugar de fonendoscopio, una cinta métrica le caía por ambos lados del cuello.

Para inspirarse y buscar ideas coleccionaba el *Especial Moda* que editaba la revista *¡Hola!* Estudiaba con sentido crítico, en voz alta, los resúmenes de los modelos que se veían en los desfiles de París y Milán. Yo la oía desde otras habitaciones entablar conversación con las fotos y las páginas.

Conservaba todos los números. Y los exponía bien a la vista, en mesitas de centro y revisteros que había en el amplio vestíbulo del piso. Para que las clientas los hojearan a sus anchas. Entre sillones de terciopelo negro, apliques de luces indirectas y un empapelado rojo vivo que evocaba el del restaurante Ernie's en la película *Vértigo*. Allí donde James Stewart se prendaba de Kim Novak.

Pero la mejor publicidad para mi madre eran sus obras.

Diseñaba, cortaba, montaba y cosía un vestido de ensueño de principio a fin, tal y como se había propuesto.

Las líneas fluidas, los cortes simples, pero impecables, y las mangas bien confeccionadas de sus prendas garantizaban una libertad de movimientos, una comodidad que deslumbraba a quienes seguían su evolución. Y en la audaz combinación de colores, más que en otras parcelas del oficio, era allí donde mi madre mostraba su carácter.

Sus chaquetas con mangas ovaladas y costuras a la vista; o semientalladas, con el frente ajustado a la cintura, pinzas y un cuello vuelto, sencillo.

Sus trajes de tres piezas: cuerpo, falda y capa compuestos con tejido cheviot.

Sus gabardinas confeccionadas con tejidos de guipur, inspiradas en abrigos de los años cincuenta.

Sus faldas largas y plisadas.

Sus bordados exquisitos.

Sus abrigos elegantemente austeros, con cinturas marcadas, o siluetas trapezoidales, o lineales y acabados tan perfectos como los de una sastrería.

Sus túnicas sofisticadas, con lazos de seda rodeando la cintura.

Sus vestidos de crepé, en colores aún más audaces de lo que en ella era habitual.

Sus vestidos de fiesta en tafetán de seda, con escotes redondos; o con siluetas tulipanes y escotes barco, adaptándose al cuerpo, para realzar las formas femeninas.

O sus trajes de noche, aún más suntuosos. Algunos con leves colas en la espalda y pliegues que arrancaban desde su centro; otros con capelinas, para cubrir la cabeza y redondear las formas ampulosas, envolventes, teatrales. O con escotes palabra de honor y lazo delantero. O con estilos holgados, que realzaban una silueta tubular, mangas de tres cuartos y faldas de estilos juveniles. O adornados con motivos florales, con elegantes combinaciones de azul y negro.

Le gustaba desplazar la línea de la cintura hasta la cadera. Así daba lugar a un contraste con el volumen de la falda. O el contraste lo buscaba entre la simplicidad clásica del frente y la complejidad barroca de la espalda.

Y siempre su ropa tenía ese aire ingenuo que la acompañaba y que, para mi escandalizado estupor, no había perdido a pesar de todas sus mentiras. Mentiras que, por azar, su hijo había descubierto.

No obstante, el primer indicio de que algo no iba, de que las cosas no eran tan fáciles como pudiera pensarse me lo dio inadvertidamente la abuela. Aunque eso lo comprendí después. Una tarde se abrió paso hasta mi dormitorio con el andador:

—¿Te queda mucho para acabar? —me preguntó.

—¿Acabar qué, abuela?

—Derecho.

Yo estaba escribiendo una carta a mi novia. Lo último que hacía en este mundo ruin era estudiar leyes.

—Más de tres años, abuela. No estoy ni en el ecuador.

—Ganan mucho los picapleitos, ¿a que sí?

—Mucho.

—¡No aflojes!

En ocasiones a la abuela se le iba la olla y hablaba como un tabernero. Eran pequeños accidentes cerebrovasculares, propios de la edad. O se quedaba en blanco temporalmente, perdía la memoria. A eso mi padre lo llamaba «pájaras»; nunca

accidentes cerebrovasculares.

Me pregunté si era una de esas pájaras. No parecía escuchar mis respuestas; escuchaba solo sus preguntas.

—Ayudarás a la familia, ¿verdad que sí? —dijo.

Y me quedé callado, pues cómo iba a decirle que en mi futura biografía, que en la solapa de mis libros aún por escribir rezaría: «Derecho, carrera que, por convicción, no llegó a ejercer jamás».

Y, sobre todo, cómo hacerle entender que mi vida no era el derecho, ni siquiera los libros, sino ELLA.

Cómo hacerle entender que ELLA y yo habíamos tomado la resolución de casarnos.

UNA NOVIA SINGULAR

Sí, íbamos a casarnos en agosto. Nuestro tercer año de carrera.

Mercedes cursaba Farmacia. Estudiábamos en la biblioteca de su facultad, las manos cogidas. Pasábamos las hojas con la mano libre, al pie del cielo.

En mi caso, no podía estudiar de otro modo. Ni siquiera así estudiaba mucho; pero ¿a quién le importaban los parciales?: ¿A ella? Bueno. ¿A mí, que había llegado al borde del mundo, podía importarme el derecho, la economía, la política?

Me hubiese precipitado al abismo con ella, ya que no había modo de elevarme a mayor altura.

No leía mucho; escribía poco; no estudiaba nada. Me consumía el éxtasis del amor total, absoluto, el logro de la obra maestra, el soberano abandono de mí mismo. El mero hecho de amar como la amaba tenía que ser la demostración de una especie de grandeza artística, pensaba. Ahora pienso: ¿Qué clase de imbécil se niega a hacerse la foto de la orla «porque no pertenezco al mundo del derecho, y sería una inconsecuencia»? De nuevo, fue un golpe para mi madre.

Insistí hasta convencer a mi chica de que debíamos casarnos. Para perpetuar lo nuestro, para infringir las leyes que dictaba el sentido común de los adultos. ¿Infringir qué? Y me lanzaba a otra perorata. Era lo que se dice un exaltado.

Yo creo que me caló pronto y que mi oratoria empezaba a aburrirla. Escuchándome, hasta yo me aburría de manera soberana: solo vehemencia, solo desmesura. Tenía algo de salvaje en taparrabos. Algo de bárbaro que se resiste al poder civilizador.

—Creí que odiabas el matrimonio —decía.

—Ahí está la gracia —respondía yo—. ¿Cuántos universitarios se casan y siguen con la misma vida de

estudiantes?

—No conozco a nadie.

—Más a mi favor.

Era lo que se dice un coñazo.

Coqueteamos con la inspiración de casarnos en secreto; pero estaba el riesgo y el coste de que nuestros padres cayeran fulminados. Y eso y solo eso nos detuvo.

Hasta el último instante, mostró ella sus cartas. Y, mientras íbamos venciendo resistencias, tomaba nota en su corazón:

Que si éramos muy jóvenes, decía. Que solo llevábamos un año juntos. Que yo era demasiado impetuoso para mi propio bien, demasiado remiso a esperar. Que teníamos que acabar la carrera. Que luego habría que buscar empleo y tal y cual. Y un empleo con salida, con futuro. Cuántos deberes me ponía.

«Yo puedo escribir en cualquier parte», contestaba. Y me quedaba tan ancho mientras a ella se le grababa una expresión descompuesta.

Mi punto flaco era mi punto fuerte: la intensidad. Pero toda intensidad es invasora y yo nunca he sido tibio.

Qué agotador. Qué insoportable podía llegar a resultar la encarnación misma de Dantés. Eso no lo vio Dumas; ni lo dijo. Yo era tan cargante que habría convencido a un muerto de que haría mejor papel resucitando.

Por ello nuestras citas eran todas de una densidad sobrehumana. No vivíamos el romance con levedad, con regocijo.

La había metido en un mundo cuya atmósfera parecía salida de *Los juegos del hambre*. Y, con tanta espesura sentimental, a ver quién era el guapo que iba a tomarse el amor con ligereza.

Con ELLA buscaba el éxtasis. No me valía otra cosa. Escapar del tiempo, que ELLA me arrancara a su influjo y colmara de sentido mis días. Por eso, de pura gratitud por haberme salvado de mí, del tedio, de Orense, de los vínculos terrestres supongo, de la tentación de los relojes, la caducidad de las cosas, de los placeres y las dulzuras ordinarios, de pura gratitud por haberme hecho inmortal, yo, que tan mortal había sido, me pasaba horas estudiando cómo satisfacerla, imaginando el próximo regalo que le haría.

Y para ello me privaba de todo.

¿Cómo pudo vivir aquello Mercedes?

Creo que, hacia el final, acusaba tal desgaste que me amaba casi por educación.

Y se comprende. Como a mi madre, y a todo el que se tropezó conmigo fiándose de mis ingenuidades y lirismos, no la supe amar porque nunca he sido amable, nunca apacible, nunca contenido, nunca solidario, nunca realista; sino impaciente, dado a las urgencias, de una sensibilidad exasperante.

Dicho de otra forma: nuestros amores eran el colmo del exceso. Con ella, todo me lo gasté en la ida.

Aun así, unimos nuestras fuerzas; y mientras mi novia tuvo el valor de decírselo a sus padres, yo pasé el mal trago de decírselo a los míos. Que nos casábamos en agosto. Le garanticé que me haría cargo de los preparativos. Fue una noticia bomba en los dos frentes y nos temimos lo peor. Quedaban menos de cien días. Un desenlace a la altura de Bonaparte.

Invertimos más tiempo en tranquilizar a su familia que en los preparativos de la boda. Hasta creo que me sentí veladamente amenazado; o quizá me estoy confundiendo. La susceptibilidad me traicionaba.

Un día mi madre se dejó ir. Era ella, en su versión más desencadenada y químicamente pura:

—¿Te quiere? —me preguntó—. ¿Te quiere?

Me demoré en contestar.

—Por supuesto que me quiere.

—Sé bueno con ella —me dijo.

—Claro, mamá.

—¿La tratarás bien?

—La trataré bien.

—Prométeme que serás bueno con ella. —Se lo prometí. Y lo que, tal vez, es peor, lo cumplí de cabo a rabo—. No la dejarás.

—No la dejaré.

—Júramelo.

—Te lo juro.

—No seas impaciente. Sé noble. Acaba Derecho. Lábrate un porvenir. Te querrá siempre.

—No te preocupes, mamá.

—Eres un artista. Llegarás. Serás un genio. Pero sitúate. Primero, una posición.

—Todo saldrá bien.

—Te querrá siempre.

—No me pasará nada, mamá.

Entonces, conmovida hasta las lágrimas, mi madre dijo que nos haría un único regalo: el vestido de novia.

Y que pondría el alma en el vestido.

Con esa declaración de intenciones, con ese ofrecimiento empezó un período de consecuencias que habrían avasallado a la novia más vocacional.

En plena época de exámenes, mi chica viajó a Orense diez o doce veces para reunirse con mi madre, elegir, dejarse asesorar y todo el resto.

Mi madre pensaba en un vestido atemporal, y así lo dijo; aunque no con esas palabras. Comentó, más o menos, que un vestido no sujeto a la tiranía de la moda era el más conveniente para ella.

Quería algo que *durase*. Y se refería a un vestido alejado de los recursos efectistas de los ochenta, ahora lo sé. Algo más próximo a sus maestros, como Balenciaga o Pertegaz, que a los gustos sobrecargados de la década, con aquella ornamentación de volantes, faldas voluminosas, pasamanerías, lentejuelas imposibles y mangas tipo farol.

Algo clásico, pero romántico a toda prueba. Nada cursi, pues sentía repugnancia por la cursilería. Algo principesco.

«Un vestido tiene que hablar de ti, no dar señales equivocadas», decía.

Y bien, ahora me pregunto si aquel vestido no era una cárcel para una joven de veinte años, todo frescura, si no fue una proclamación muda de lo que mi madre sentía crecer en su interior al mirarnos. Quiero decir; si, contra sus propios deseos, mi madre no reflejó lo que su mirada de artista vio en la novia. Si, en el fondo, no proyectó la íntima verdad de una chica que me quería, pero estaba sobrepasada, que no sabía cómo

manejar mis excesos, me amó, le daba lástima, no deseaba casarse y, por último, hacía frente a la decisión más peliaguda de su vida.

Durante un tiempo guardé una foto de aquel vestido. Ahora no me queda nada.

Era de un blanco roto, inspirado en la línea princesa. El corte prolongado, desde los hombros al suelo, y con una parte superior ceñida al torso. Amplio escote en pico y mangas largas y acampanadas en el puño. El cuello en forma de corola, con bordados por las dos caras en hilatura de oro y plata que le daba un tono platino. Bordados que se extendían hasta la cola.

Al velo de organza, que coronaba el vestido sujeto con una diadema, le incorporó los mismos bordados. Una serie de guirnaldas cuyo sentido oculto no llegó a desvelarnos, pues quería hacerlo a las puertas de la iglesia, en el último instante, cuando dar marcha atrás fuera imposible. Cosas de ella.

Hago memoria y vuelvo a tenerla delante de los ojos, a mi madre. Y el hombre que ahora soy la ve como no supo verla entonces: enternecida, con una euforia indomable, como si dijera: «Por mí no ha de quedar». Como si estuviera convenciéndose de que a fuerza de horas, de perseverancia, podría conjurar sus intuiciones. Como si de la perfección de su trabajo dependiera el éxito de la boda, el éxito del amor.

No consigo olvidar la imagen: mi madre en el espacioso probador del piso nuevo, alfiler entre los labios, rodilla en tierra. Se prosternaba a los pies de mi chica como una creyente, alguien que rogase un milagro. Como una conversa que hace los gestos y tiene la voluntad de creer.

Imploraba a su futura nuera. Y, honrando su papel de madre, solo decía:

—Vuelta… —Giraba la cabeza hacia un lado—. Muy guapa… Vuelta… Muy guapa.

Arrodillada, dedicó más horas a aquel traje que a ningún otro que recuerde.

Una labor de excelencia artesanal. Al menos, para Mari Nieves o para Ángeles Abad (la esposa de Perotti, el dentista), que se habían ganado el privilegio de verlo terminado.

A diez días de la ceremonia, Mercedes se marchó para

siempre. Me explicó que no podía seguir, que abandonaba. No tenía fuerzas para estar casada conmigo. Que me quería. Que me dejaba. Que valía más no volver a vernos. «Lo siento muchísimo», decía.

Me estaba dando un pésame en toda regla. Si hasta guardó un minuto de silencio en mi memoria.

No me lo dijo así; pero lo supe: mi intensidad la mataba y, lo que es mucho peor, la aburría. Un enamorado sabe muchísimo de su amada; así que procuré mentirme con todas mis fuerzas.

Me negué a creer que era un amor acabado. Me negué a creer que me estrellaba. Hasta en esto, seamos claros, fui cobarde. La verdad muere joven; a la madurez la acompañan las mentiras.

Mercedes no volvió al colegio mayor Fonseca. En adelante, para asistir a clases, haría el trayecto Santiago-La Coruña diariamente.

Mi madre llevó el vestido al trastero húmedo. Lo colgó de una percha que, a su vez, colgaba de una viga. Al aire. Sin plástico, ni protección de ningún tipo. Esa noche lloró abrazada a mí.

Yo no subía al trastero casi nunca; pero supe, por frases cazadas al vuelo, que pendió durante meses de la viga como el cadáver de un reo ahorcado. Así hasta que el moho se tomó la justicia por su cuenta.

Y un buen día, el vestido desapareció. Con mis propios ojos lo averigüé.

Tiempo después, una noche, antes de que mi madre y yo rompiéramos toda relación, tuve el impulso de preguntarle qué significaban los bordados que había mantenido tan en secreto. La vi dispuesta a decírmelo.

—Tres palabras… —la oí cuando, sin más ni más, se levantó del sillón y, tosiendo, con un nudo en la garganta, se fue y me dejó solo frente a la tele. No volvimos a hablar de aquello.

«Tres palabras», pensé. Tres palabras juiciosas. Viejas conocidas de mi madre.

Lo supe sin necesidad de que nadie me lo dijera: SUERTE, RESPETO Y AMOR.

Querida Mary:

Ya sé cuál será mi próximo viaje. Y escribirte es hacerme la ilusión de que iremos juntos.

Me pasa cada cierto tiempo: me aburro de Barcelona. Entonces tengo que elegir un destino y salir zumbando, respirar nuevos aires. De regreso, todo me sabe de otra forma. Viajar (no hacer turismo), qué tónico maravilloso.

Me voy, quizá, por un mes; quizá dos meses, quizá tres. Sin un plan riguroso, a la deriva; pero con un pretexto. Siempre hace falta un pretexto, supongo.

¿Te lo he dicho?: me gusta la civilización maya.

Sus templos piramidales, su muerte y su silencio, sus entornos selváticos en Centroamérica y México, su decadencia, su colapso rodeado de misterio, el abandono de esas ciudades-estado, en otro tiempo poderosas. Cómo sus habitantes huyeron, cómo se lo dejaron todo a la selva, Mary. Porque fue la selva quien venció a los mayas, cuya civilización se me antoja una de las más grandes de la historia.

Bien, pues resulta que Tikal era una de esas ciudades-estado; la más importante. Fue descubierta a mediados del siglo xix, en el corazón de un bosque tropical, al noreste de Guatemala. Su complejo de acrópolis y templos-pirámide se remontan a la época precolombina. Es el mayor yacimiento de América.

En Tikal, la pirámide funeraria más grandiosa es el Templo n.º 1, también llamado Templo del Jaguar. Se consideraba la entrada al inframundo. Y durante años, arqueólogos, guías y turistas desaparecieron misteriosamente en su interior.

El hecho, Mary, es que una expedición de la Universidad de Pensilvania, dirigida por el arqueólogo Aubrey Trik, acaba de descubrir una tumba a cinco metros de profundidad, en el área monumental del Templo n.º 1.

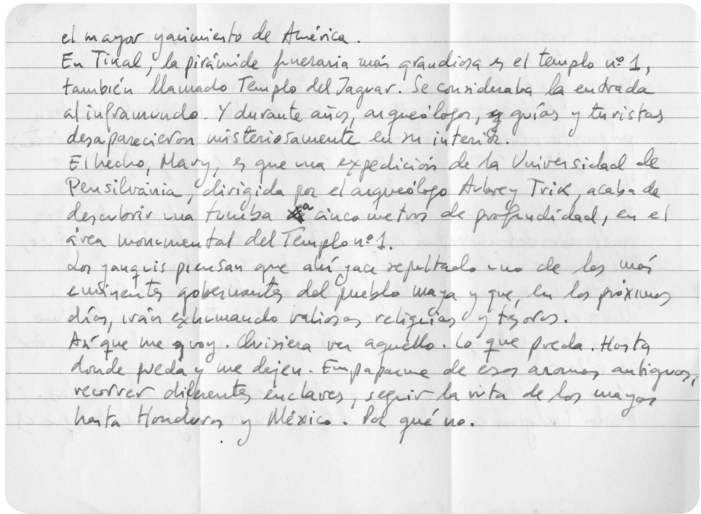
Los yanquis piensan que ahí yace sepultado uno de los más eminentes gobernantes del pueblo maya y que, en los próximos días, irán exhumando valiosas reliquias y tesoros.

Así que me voy. Quisiera ver aquello. Lo que pueda. Hasta donde pueda y me dejen. Empaparme de esos aromas antiguos, recorrer diferentes enclaves, seguir la ruta de los mayas hasta Honduras y México. Por qué no.

Me voy incompleto, porque solo de una manera imaginaria y novelesca habremos compartido el viaje. Volveré esperanzado, porque el futuro está de nuestra parte.

Tuyo afectísimo

Señor Negro


el mayor yacimiento de América.
En Tikal, la pirámide funeraria más grandiosa es el templo nº 1, también llamado Templo del Jaguar. Se consideraba la entrada al inframundo. Y durante años, arqueólogos, guías y turistas desaparecieron misteriosamente en su interior.
El hecho, Mary, es que una expedición de la Universidad de Pensilvania, dirigida por el arqueólogo Aubrey Trik, acaba de descubrir una tumba a cinco metros de profundidad, en el área monumental del Templo nº 1.
Los yanquis piensan que allí yace sepultado uno de los más eminentes gobernantes del pueblo maya y que, en los próximos días, irán exhumando valiosas reliquias y tesoros.
Aríque me voy. Quisiera ver aquello. Lo que pueda. Hasta donde pueda y me dejen. Empaparme de esos aromas ambiguos, recorrer diferentes enclaves, seguir la ruta de los mayas hasta Honduras y México. Por qué no.

INESPERADO

Pocos meses después a mi padre le dio un segundo infarto.

Su presencia se había vuelto más difusa en los últimos tiempos. Ni el despegue profesional de mi madre, ni las ilusiones que hacía concebir su trabajo, ni mi boda… nada le sorprendía o embelesaba. Como si ya no fueran con él los sinsabores ni los sueños.

Había empezado el nuevo curso. Estábamos en otoño. Yo no había asimilado mi descalabro sentimental, seguía en plan negacionista.

La abuela me filtraba que mi padre, entre semana, se dormía frente a la tele mientras mi madre remataba su labor. Y así debía de ser, porque los viernes que yo volvía, y los sábados, si me levantaba de la cama adormilado, para beber un vaso agua o ir al baño, en ocasiones escuchaba a mi madre decirle:

—Ramón, ¿aún estás aquí? ¿No tienes que madrugar?

—¿Y tú? —contestaba él, gallego hasta el fin.

Andaba con parsimonia, creo haberlo dicho, y tomaba seis píldoras diarias. Se escondía cada vez con más arte y aguantaba. Me refiero a que era una presencia, aunque difusa, inamovible. Ni malas caras, ni disputas. La pasividad en persona llevada a la excelencia. Sordo como una tapia, cociéndose en su propio jugo, ni ganas tenía de putear a la abuela con el merengue del milhojas.

Habría deseado que se ocupasen más de él, me parece; pero se negaba a decirlo. Necesitaba hacer dejación de cuerpo y alma, tan incomprensibles para él, tan pesados. La tierra nunca había sido su elemento.

Él, que solo horneaba tartas de fresa y brazos de gitano, en los últimos tiempos se preparaba sopas de pan. Las mismas sopas que, de niño, la difunta abuela de Los Peares le

preparaba.

Un día, ese día, mi madre había madrugado como de costumbre; o tal vez más. Delante de mí no había vuelto a hacer alusión a la boda ni al vestido. De esa época proceden algunas de sus prendas más celebradas.

Dormía cuatro o cinco horas diarias y su cerebro estaba en ebullición durante las diecinueve o veinte restantes. La entrevistaron para el diario más importante de la tierra, *La Voz de Galicia*. Estaban por llegar sus mayores triunfos, decía la gente. Además, volcarse como lo hacía era, quién lo duda, una forma de sobreponerse al desengaño de mi boda.

Por lo visto, mi madre se levantó temprano. Sobre las seis de la mañana estaba en pie. Bebió un café, se lavó, se vistió y se metió en la habitación de la costura. Mi abuela solía ser la última en levantarse.

Hacia las ocho y media, desconcertada mi madre porque mi padre no se hubiera despedido de ella antes de irse al cuartel, entró en el dormitorio.

Subió la persiana, encendió una lamparita de noche. Mi padre estaba encogido como un niño (diría ella más tarde), tapado con la manta, cabeza y todo.

Lo llamó por el nombre que ella había adoptado como suyo. Tomó asiento a su lado, en la cama, y lo sacudió. Le pasó la mano por la frente. Le pasó la mano por los hombros.

Tardaron horas en localizarme.

Yo había dormido fuera del colegio esa noche. Abrazado a mi resaca, al negacionismo y a una joven desconocida, procurando sofocar las llamas de mis recuerdos en balde, porque no había rincón en Santiago que no me recordase a Mercedes.

Cuando regresé al colegio, a la hora de comer, Suso, el recepcionista, me dijo que llamase a mis padres, y que era urgente.

Cerca de ti, Señor

Velamos a mi padre en el tanatorio. Después, lo que perpetró mi madre me dejó sin aliento.

Visto desde hoy, supongo que ese alarde de coraje no estaba al alcance de cualquiera; pero a mí me abochornó. La desfachatez que demostraba, la mezcla de sangre fría y temperamento arrebatado. Todo eso junto.

Nunca pensé que iba a ser capaz de llegar tan lejos. Y si alguna vez he odiado a alguien por algún motivo, por lo que voy a contar odié a mi madre con un rencor que no he vuelto a experimentar.

Más aún porque mi padre entró en la muerte como había vivido: escondiéndose, confidencialmente.

Y también porque mi madre ni siquiera me comunicó sus intenciones, pues me enteré sobre la marcha.

Eso unido al enojo que le había causado por negarme a vestir de luto, y a su presunción más que justificada de que, en parte, yo la culpase de la muerte de él, nos complicó la vida.

Ahora, por fin, pensaba lo que hasta el momento no me había permitido adivinar: que hay una elegancia conciliable con las uñas del meñique largas y los colmillos de oro relucientes. Una suerte de pudor, de timidez enfermiza, que habla del respeto a los otros y se revela en los más nimios detalles: el modo de escuchar y saludar, la dosificación de las opiniones, el estilo, la forma de acicalarse… Me refiero a una amabilidad secreta y disfrazada. Y pensaba que, en tal sentido, mi padre había sido un modelo de elegancia.

Pero bueno, por de pronto, tras velar el cadáver y para mi profundo estupor, mi madre se dirigió a mí diciendo:

—Vámonos. —Y me señaló el coche de un vecino.

A causa de su frágil salud y edad, la abuela no se había desplazado al tanatorio; o esto es lo que yo suponía.

—¿A dónde vamos, mamá?

—A la capilla.

—Mamá, la capilla del tanatorio está en la última planta —repuse con paciencia.

—Vamos a la capilla evangélica. Tu abuela ha ido por su propio pie. Nos espera allí.

Si hubiese dicho: «Tu padre resucitó y nos ha preparado el desayuno», no me habría dejado con menos capacidad de respuesta.

Para empezar, semejante desinformación, ¿era un escarmiento por no haberme vestido de luto? ¿O es que mi madre se había vuelto majara?

Además, la iglesia evangélica de Orense no era un tema como cualquier otro. De hecho, mi madre no había vuelto a pisarla desde su juventud. Y hasta para mí era un tema sensible. Un capítulo aparte, alrededor del cual la familia cerraba filas.

El noviazgo de mi madre, la infamia perpetrada, su salida de la congregación: vagamente yo conocía las etapas del cataclismo familiar. De pequeño, me disgustaba acompañar a la abuela a su templo. Me aburría y los niños me llamaban «católico».

Y ahora, por añadidura, solo yo parecía ignorar el curso de los acontecimientos, pues, cuando llegamos, la iglesia estaba abarrotada.

Nos internamos por el pasillo central. Nos sentamos en el primer banco.

El féretro de mi padre presidiéndolo todo.

La abuela, hasta que mi madre se erigió en protagonista, permaneció sentada con el bastón, el velo echado por la cara y el himnario contra el pecho. Las palabras del pastor se afirmaron para siempre en mi memoria:

—Una buena esposa es un bien más preciado que los rubíes —leyó—. Proverbios, 31:10. Y Mary ha sido la mejor esposa que nuestro hermano en Cristo pudo tener.

A continuación, el presbítero hizo una escueta semblanza del muerto de admirable versatilidad. Luego sostuvo que católicos y evangélicos eran hermanos e hijos del mismo Padre,

y que la esposa y la suegra del difunto eran y habían sido miembros notables de la comunidad.

Más hablaba el maestro de ceremonias y más versículos leía, más humillado estaba yo. ¿Una buena esposa mi madre? ¿Un rubí mi madre? ¿Podía una esposa tener menos dignidad y vergüenza que mi madre?

Qué ejercicio de hipocresía y desfachatez.

En espíritu, yo estaba fuera del templo cuando sucedió lo que sigue:

Mi madre se levantó del banco muy derecha y, sin el menor titubeo (una mujer tan menuda y parecía haber crecido varios centímetros), se dirigió hacia un costado del altar en medio de un silencio absoluto.

Una vez allí, tomó asiento de espaldas al pastor. Yo apenas la veía de perfil, pues desde mi posición, la pared y las columnas me restaban visibilidad.

El presbítero se quedó en pie mirando los vitrales y, en un santiamén, se apoderó de los oyentes una música de película.

Era la música que arrancaría, valga la comparación, el fantasma de la Ópera de las entrañas del subsuelo; pero que, en este caso, brotaba del viejo y fiel armonio J. Richard & Cie Etrépagny, que yo habría reconocido en cualquier parte.

El amado armonio de mi madre, traído singularmente para la ocasión.

El mismo en el que ella había tocado los himnos de la liturgia en esta misma iglesia, muchos años antes, más o menos frente al mismo público, enamorada y con la vida entera a sus pies. El armonio testigo del agravio y que ahora volvía por sus fueros, con orgullo.

Puede que mi madre y su armonio quisieran demostrar algo a esa gente. Testimoniar lo que fuese, poner de manifiesto alguna verdad. Pero ¿delante de mí, que sabía tanto? Y, en especial, ¿delante de ese Dios, que lo sabía todo?

Me desplacé a la derecha para ver mejor a mi madre.

Y, entonces, tras unas escalas de calentamiento (tuvo la sangre fría de hacer escalas. Había algo directamente mefistofélico en aquello), mi madre empezó a tocar.

Se detuvo.

Volvió a empezar ante la expectación de los fieles; ahora, con más firmeza, con más ímpetu, decidida. Mi madre contra el mundo era aquello.

Se trataba del himno más hermoso que yo hubiera escuchado. Y lo conocía, por desgracia; en breve me daría cuenta de ello. No su música; conocía su letra. La letra que, en pocos segundos, se dejaría oír por todo el templo. Y conocía su historia.

Y lo grave no era eso; lo grave era por qué conocía su letra y su historia. La gravedad residía en la fuente de mi conocimiento; o, de otro modo, conocía el himno por una de las malditas cartas del amante de mi madre, el Señor Negro, carta que yo había repasado mil veces.

Me habría gustado borrar ese himno de la memoria de los hombres. ¿Cómo se le ocurría a mi madre tocarlo?

Sabía que *Cerca de ti, Señor* había sido compuesto a mediados del XIX; y sabía que era el himno que, según se contaba, había tocado la orquesta del Titanic mientras el barco se iba pique. Y conocía su letra, pues en su momento la había leído y releído. Lo que no podía saber es que, años más tarde, lo haría célebre en todo el mundo la película de James Cameron, e ignoraba que era el predilecto de los metodistas ingleses, como los primeros propietarios del armonio J. Richard & Cie Etrépagny.

Yo sudaba cuando mi madre, con toda su potencia trágica, con la voz de sus intervenciones estelares en la Coral de Ruada, empezó a cantar mientras tocaba el armonio:

Cerca de ti, Señor,
quiero morar;
tu grande y tierno amor
quiero gozar.
Llena mi pobre ser,
limpia mi corazón;
hazme tu rostro ver
en la aflicción.

La escuchaba estremecido mientras, en el pecho de mi abuela, vibraron cuerdas olvidadas y se oyó su voz frágil y aguda. Mi

abuela, que se había puesto en pie y levantado el velo para acompañar a su hija mientras todos los demás quedaban mudos.

Solo dos voces de mujer se hacían sentir en el templo evangélico:

Mi pobre corazón
inquieto está,
por esta vida voy
buscando paz.
Mas solo tú, Señor,
la paz me puedes dar,
cerca de ti, Señor,
yo quiero estar.

Pasos inciertos doy,
el sol se va;
mas, si contigo estoy,
no temo ya.
Himnos de gratitud
alegre cantaré,
y fiel a ti, Señor,
siempre seré.

Día feliz veré
creyendo en ti,
en que yo habitaré
cerca de ti.
Mi voz alabará
tu santo nombre allí,
y mi alma gozará
cerca de ti.

Incapaz de comprender el cómo y el porqué, asqueado y herido por lo que estimaba una desconsideración vergonzosa hacia mi padre y su féretro, nada más cesar la música y las voces de mi madre y de mi abuela, me levanté del banco y, a la vista de los presentes, me dirigí a la salida por el pasillo central y abandoné la iglesia.

Querida Mary:

Ayer murió uno de mis más entrañables amigos. Nos llevábamos cuarenta y tres años. Odio darte malas noticias.

Mary, ¿dónde estás ahora? ¿Por qué no puedes venir?

Dicen que los hombres no lloran, pero es una ridícula sentencia y mañana estará mal visto que no lloren. Llorarán en todas partes. Te lo digo yo, que pertenezco a mi tiempo, y que para no llorar más, te escribo.

Mateu Camarasa era el propietario de la librería Llegiu, Maleïts, Llegiu. Una cueva de Alí Babá en la Barceloneta. Un lugar sin prisas en la calle de la Sal. Allí donde los chicos de mi generación leíamos gratis, con su permiso. El permiso de Mateu.

También comprábamos; pero, en mi caso, más que por libros, iba allí por Mateu. Era un hombre sobre todo amable. Sabía escuchar, se interesaba por los otros. Con él podías ser tú sin reservas.

Nunca se casó. Decía que la media naranja era un hecho tan incontrovertible como que el sol sale por el este. Pero había que estar atentos, pasaba solo una vez. No había un carro de medias naranjas por cabeza.

—Mateu, ¿y la suya? —le pregunté en cierta ocasión—. ¿Su media naranja?

—No estaba atento. No lo suficiente —me respondió.

Un día, hace años, me reveló cómo le gustaría que fueran sus exequias. Que alguien, mejor un amigo, tocase al piano Cerca de ti, Señor. *Eso le gustaría. Y ahí lo dejó. No he podido olvidarlo.*

Él sabía que yo estudiaba piano. Mateu conocía el himno escrito por Sarah Flower Adams a mediados del xix, y al que su hermana había puesto melodía. Incluso conocía las dos versiones, la Propior Deo*, y la más conocida, la versión de Bethany. Y me había dicho que* Cerca de ti, Señor *era el himno que tocaba la orquesta del Titanic mientras el barco se iba pique. ¿Te estoy aburriendo?*

Pasaron muchos años de*sde aquella conversación.*

Hoy toqué el himno en la iglesia.

Cerca de ti, Señor.

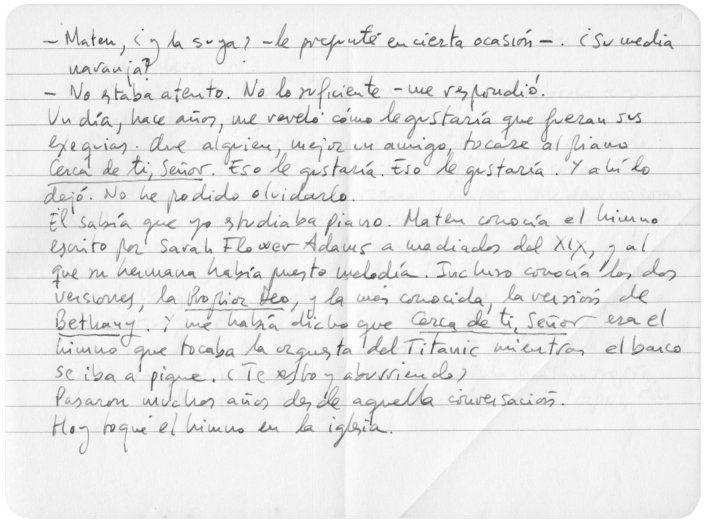
Para Mateu. En su honor.

Lo siento, Mary. Te estoy entristeciendo.

¿Querrás vivir para siempre conmigo?

Tuyo afectísimo

Señor Negro



– Maten, ¿y la suya? –le pregunté en cierta ocasión–. ¿Su media naranja?
– No estaba atento. No lo suficiente –me respondió.
Un día, hace años, me reveló cómo le gustaría que fueran sus exequias. Que alguien, mejor un amigo, tocase al piano Cerca de ti, Señor. Eso le gustaría. Eso le gustaría. Y así lo dejó. No he podido olvidarlo.
Él sabía que yo estudiaba piano. Maten conocía el himno escrito por Sarah Flower Adams a mediados del XIX, y al que su hermana había puesto melodía. Incluso conocía las dos versiones, la Propior Deo, y la más conocida, la versión de Bethany. Y me habrá oído decir que Cerca de ti, Señor era el himno que tocaba la orquesta del Titanic mientras el barco se iba a pique. (Te estoy aburriendo.)
Pasaron muchos años desde aquella conversación.
Hoy toqué el himno en la iglesia.

El disfraz

Volví a Santiago después del funeral; aunque no en seguida.

Era noviembre. Y ese noviembre de mi cuarto año, una amarga metamorfosis se puso en marcha dentro de mí.

Ahora ya no estudiaba ni mucho ni poco. Mi pobre voluntad quería, pero el derecho me descorazonaba. El mío era un comportamiento aberrante; y yo un hombre sin ley, sin orden, al margen de cualquier jurisdicción.

En serio, ¿quién demonios me creía? ¿Un bohemio, un imbécil, Edgar Allan Poe? ¿Iba ese hombre a erigirse en campeón del derecho? Me sorprendí evaluándome en tercera persona.

Podía, debí haber interrumpido los estudios y abandonado la carrera; pero, en medio del naufragio, se me hacía cuesta arriba volver a Orense, bajo la férula de mi madre, y me fastidiaba haber perdido tres años. ¿Y si ELLA regresaba a Santiago, al colegio mayor, a Fonseca?

Porque, si aún existía alguna posibilidad de recuperar a Mercedes, de impedir que lo mío se convirtiera en un amor platónico y todo eso, en Orense la posibilidad quedaba definitivamente descartada.

Y yo no quería despedirme. No estaba preparado para decirle adiós a ELLA. Prefería sucumbir al más puro estilo de la tradición romántica.

Por el día, leía y no cesaba de escuchar piezas de Rachmaninoff y tangos en casetes.

De lunes a viernes, me despertaba a las siete y esprintaba hasta la plaza de Galicia para verla pasar en su autobús a las ocho menos cuarto. En función del costado del vehículo y de la butaca elegidos por Mercedes, también de la acera por la que yo hubiera optado, cada mañana gozaba del privilegio de verla o no.

Viéndola, mi esperanza se debatía entre la vida y la muerte, y yo pensaba: «Volverá. Fijo que vuelve». Por el antiguo afecto, por el antiguo amor. La veía volver a mis brazos mientras la oía con claridad decirme: "Eres mi luz y mis huellas. Cuánto he echado en falta tus besos". Entonces iba a espiarla un poco por el campus. Y cuando, *por casualidad,* nos encontrábamos, si ella no volvía la cara, o desviaba los ojos, o bajaba la cabeza, durante unas horas dejaba de ser un muerto en vida.

Pero la cosa no marchaba como era debido. Y más a menudo, invadido por los más oscuros presagios, me decía para mí: «No volverá. Seguro que no vuelve».

Para abreviar, confesemos que no volvió, que pronto dejé de peregrinar por las inmediaciones de Farmacia y que languidecí con una voluntad siniestra y salvaje.

Yo, lo sospecho, amé mi infeliz destino como antes había amado a Mercedes. Me limité a cambiar una enfermedad por la otra.

Ay, el desamor. Me hubiera gustado plantarle cara y hacerme el duro; pero...

Con diferencia, lo peor eran las noches.

Al caer la tarde, vagaba por ahí como un alma en pena, con el corazón embotado. Me volví tan errante que aprendí de memoria los tangos que ella me cantaba.

Me confundía con las sombras y, consumido de nostalgia, vivía sin verdaderas intenciones.

En mi azaroso deambular, visitaba los lugares que habíamos sacralizado juntos, aquellos en los que nos besábamos, por fuera los hostales en donde habíamos dormido. Como un sereno, a la luz de la luna, paseaba mis tribulaciones por las calles del casco antiguo.

Mi única fuente de energía era la culpa. Pensaba: «Me lo merezco». Y vagaba y vagaba y seguía vagando.

Hacía un alto frente al escaparate de la sombrerería Iglesias, en la *rúa do* Vilar, donde ella me había comprado un sombrero de fieltro negro. Bajaba por la *travesía do* Franco y, con los párpados apretados, recordaba el sabor de sus besos perdidos y las lágrimas me llegaban a la barbilla.

Solía instalarme en los rincones de las tascas más

mugrientas. Me refugiaba para beber y escribir desmoronado. Mi único bálsamo era arruinar hermosos tangos junto a la primera chica que se dejase abrazar con ternura.

¿He dicho tangos? Precisamente una de esas noches de infelicidades, en O Galo D'Ouro, el único *pub* de la zona antigua que despachaba absenta (si bien, de manera clandestina), allí, como siempre en un rincón, en una mano un cigarro, en la otra papel y lápiz, se me cayó la copa al suelo.

El vino se derramó y la copa se fracturó en el filo. Los murmullos se acallaron mientras , a duras penas, me agaché y la cogí por el tallo como si eligiese una camelia. Me levanté y, antes de que el camarero volara en mi auxilio, me puse a cantar, con una voz más despedazada que la copa, una letra que no era mía, sino de un tango que ELLA, solo ELLA, me cantaba:

Mozo... sírvame la copa rota,
sírvame que me destroza
esta fiebre de obsesión.
Mozo... sírvame la copa rota,
quiero sangrar gota a gota
el veneno de su amor...

Al compás de estos lirismos me arrastraba. Celoso del pasado, celoso del futuro.

Odiaba la vida con el abandono de un místico, y, en plena veta rememorativa, llevado por el ansia de conferirle a nuestro amor nuevas y colosales virtudes que nunca había tenido, no paraba de rendirle un homenaje tras otro.

Miraba las parejas de enamorados con ternura y sin envidia. Lo juro por la sangre de los míos. Como estaba hueco, como por dentro estaba vacío, me resultaba fácil ponerme en su piel. Les auguraba la paciencia de las flores, que no incurrieran en mis descuidos, que no exigieran del amor lo inconcebible, que el de ellos se eternizase más que el nuestro. Y así. Me negaba a reducir la eternidad a proporciones humanas.

No comprendía la calidad de lo efímero. Me la sudaba. Lo efímero.

«Otros son razonables; yo soy intenso». Se lo decía a quien

se dignara escucharme o me preguntase por mi estado. Abría los ojos y decía: «Es que soy intenso». Lo cuento tal y como pasó, con desvergüenza. Pero algo debo admitir: el dolor obraba el milagro de que la tuviese a mi lado, siempre conmigo, hora tras hora. A ELLA.

Las muchachas me pintaban la línea de los ojos con estética ochentera. Mira que era difícil, pero para sentirme aún más patético, o tal vez acompañado, me compré un bastón de baquelita del que no me separaba ni a tiros; y cuando digo ni a tiros, insinúo situaciones tan comprometidas como es dado imaginar.

Triste era la noche en que no despertaba en una cama nueva, el bastón a los pies y leal como el perro cuya cabeza adornaba la empuñadura, corrido el delineado, ebrio y guapo del modo en que la juventud siempre es hermosa y está ebria, buscando en otros labios inflamados los besos de ELLA.

Despojado de todo, empecé a disfrazarme con humildad, de manera litúrgica. Como un creyente o un esclavo se arrodilla. Como mi madre durante las sesiones de prueba del traje de novia se arrodillaba.

En la línea de la mejor nobleza gaucha, aunque esclavo de un sincretismo y un gusto que mi madre jamás hubiese aprobado, me enfundaba un guardapolvos hasta el empeine, usaba botas camperas de caña, pantalones bombachos que remetía en las botas, blusas de nuevo romántico, fulares de seda blancos, guantes del mismo tono impoluto, broches de plata y bisutería fina cerrando la blusa hasta el cuello, toreras con estampados de cachemir… Todo valía. Había que verme. No me parecía a nada conocido. De lejos a un príncipe godo, a un ilusionista de Las Vegas, al conde-duque de Olivares.

¿Os hacéis una idea del cuadro?

Algunas eran ropas deliciosas de mi madre, confeccionadas por ella; otras eran pingos que me agenciaba por mi lado. Arrastraba un aura de malditismo tan, digamos, visible, un aire de infortunio y una desolación en cuerpo y alma tan palpable que solo verme estremecía. Era como tropezarse con un espectro por la calle. Y ellas, a quienes toda la vida he preferido, confundían el descorazonamiento con la buena

poesía.

Me convertí en un verdadero excéntrico. Sembraba el terror de los elegantes. Y hubo quien me atribuyó una sucia fama de forajido sexual. A mí todo me entraba por un oído y me salía por el otro.

Sí, volví a la escritura; volví a la lectura. Y empecé a fumar porque empezaba a no estar de moda.

Otras veces, las menos, salía con amigos y amigas recientes. Solíamos ir de madrugada al piso de alguno de ellos. Llegábamos tan cocidos que leíamos *Rayuela* a coro, en voz alta, como quien recita una lección.

Recordar a Berta es añorarlos, uno por uno, a todos ellos.

Les cantaba, siempre con acento porteño, los mismos tangos de Mercedes. Sobre todo, y junto a *La copa rota*, *La mariposa* y *La cumparsita*.

Desafinaba como un desaforado; pero yo seguía y seguía, viniera o no a cuento que cantase aquello de…

No es que esté arrepentido
de haberte querido tanto,
lo que me apena es tu olvido
y tu traición
me sume en amargo llanto;
si vieras, estoy tan triste
que canto por no llorar;
si para tu bien te fuiste,
para tu bien
te tengo que perdonar.

A falta de algo mejor, terminaba cada noche haciendo un *striptease* para ellos. Roxy Music de fondo. *Avalon,* por ejemplo, *Slave to love*, *More than this*. ¿Por qué me quedaba en pelotas noche tras noche? ¿Era quizá un modo de ofrecerme, ya que mi amor del alma, y con él la vida entera, los dos me habían rechazado? Creo, no obstante, que tal desbarajuste le ponía interés a la noche.

Zanjábamos el enredo muy democráticamente, de forma indiscriminada. Acostándonos los unos con los otros, al calor de las sinrazones, trémulos de juventud: de nuevo el éxtasis. Yo

había declarado la guerra al tiempo y la orgía era un arma tan eficaz como la gloria.

Una tarde, cuando salía del colegio para hacer una de mis peregrinaciones nocturnas, alguien me hizo saber que José Luis Aranguren daba una conferencia al día siguiente, en nuestro colegio mayor.

Esa noche, entre copa y copa, me vino la idea. La comenté con mis amigos. Les pareció emocionante. La retocamos. Le agregamos ciertos detalles. Yo tenía en mi haber una ingente cantidad de poemas en prosa, dedicados a ella. Siempre a ella. Solo a ella. Poemas densos, de una cursilería desgarrada. Deprimentes.

Como genio, nunca he sido más depredador.

Al día siguiente no me anduve con chiquitas y abordé a Aranguren, bastón en ristre. Era un hombre de edad y salud precaria. Puso cara de miedo.

Le hablé de mis inclinaciones literarias, y el filósofo ya estaba encajando el golpe cuando me explayé sobre el proyecto de publicar mis poemas. Le dije que la editora (así dije, en femenino, «la editora», no sabría deciros por qué) mataría por el privilegio de que él, Aranguren, me prologase. Le oí gemir un poco. También yo gemí, pues no tenía ni editora en femenino, ni editor en masculino. El verbo *matar* le dio la puntilla a Aranguren.

Con aspecto contrariado; pero aceptó leerme. Y confieso que no le ahorré crueldades de ningún tipo porque, en mis actos, en mi ceguera, yo solo veía buenas intenciones que reinaban de forma inapelable sobre mi idiotez.

Como se alojó durante unos días en el San Clemente y me cruzaba con él a todas horas y no paraba de atosigarlo, también aceptó prologármelo. Aquellos textos poético-filosóficos, y es lo más suave que puedo decir, eran una abominación, no había quien los tragase, abundaban en naderías. Para hablar con sinceridad, eran de un barroquismo que los volvía ilegibles; pero el Aranguren que yo conocí tenía tanto de estoico como de caballero. Y una palabra es una palabra.

Después, ya por pura curiosidad, me pregunté cómo haría

para lograr que me publicasen. No tenía excusa para no remover cielo y tierra.

Sordo como un topo al dolor ajeno, falto de pudor y estúpido sin igual, muchacho imposible, sin la menor conciencia o sintonía con las emociones del prójimo, ¿quién podía esperarse que me apiadara de los lectores en mi ascenso hacia la gloria, si no me había apiadado tan siquiera de Aranguren?

La cumbre y el declive

Dicen que la cúspide y el inicio del declive coinciden siempre. En ese caso, me pasaron inadvertidos los dos; pero yo lo expresaría de otra forma: todo fin tiene su momento.

Y aún hubo otra coincidencia.

Llamaron a mi madre de la TVG, o Televisión de Galicia. Querían entrevistarla para un magazine de sobremesa, en directo. La TVG estaba casi recién nacida y tenía un tirón considerable. Mi madre dijo sí y hasta puso una condición: que no hablaría en gallego, se veía incapaz. Le anunciaron que el sociólogo con quien compartiría mesa se encontraba en el mismo apuro.

Fue emplazada para el viernes siguiente, en los estudios centrales, a las afueras de Santiago.

Lo normal es que yo la hubiese acompañado. Para mi madre era importante y yo residía allí, en un colegio mayor de prestigio, gracias a ella.

Además, su primera entrevista en la tele conllevaba un estímulo a su labor, y la directora de programa quería tratar con *Mary,* «una modista autónoma», y con un profesor de Sociología, el nuevo protagonismo de la alta costura en los ochenta basado en la buena marcha de la economía, la aparición de una clientela de nuevos ricos y el redescubrimiento del concepto de belleza y su repercusión en la vida de la gente.

Habría podido acusarse a mi madre de embustera total; pero no de tener pocas agallas.

Ahora bien, ese mismo viernes, también a primera hora de la tarde, tenía yo una cita paralela.

Victorino Núñez, el todopoderoso presidente de la Diputación Provincial de Orense, había consentido en recibirme. No podía faltar a esa cita; como tampoco mi madre

podía faltar a la suya.

Yo, porque me jugaba una subvención para mi libro y, según la imprenta más económica, se estimaba la impresión de mil ejemplares de *El apátrida* en trescientas mil pesetas.

Ella, porque una entrevista para la TVG eran palabras mayores, y porque, le dijeron, querían hacer un reconocimiento a su trabajo y al de las modistas de alta costura.

Yo, porque no podía dejar en una posición tan fea a mi padrino, que en su calidad de próspero emigrante y afiliado ilustre del PP, había estimulado la magnanimidad del presidente de la Diputación.

Ella, porque su entrevista se consideraba inaplazable.

Con posterioridad, en una cinta de vídeo VHS (cortesía de la TVG), tuve ocasión de revisar un sinfín de veces la entrevista a dos bandas: mi madre y el sociólogo más polémico de Santiago.

—Les pregunto a los dos —decía la presentadora—. ¿Cómo ven ustedes la salud de la alta costura en esta década de los ochenta? ¿Se reinventa, o tiende a desaparecer en beneficio de la moda industrial?

—Yo creo, si me permite Mary —contestó el sociólogo mirando a mi madre de perfil—, que la alta costura es un laboratorio en el que hay medios ilimitados. Puedes investigar, y se investiga; pero eso dista bastante de la realidad del mercado, que está en manos de un consumidor estándar, de un hombre masa.

Las miradas se centraron en mi madre, que vaciló.

—Pues… yo… noto… que la mujer necesita de la belleza…

—¿Y el hombre no? —interrumpió el sociólogo, que desencadenó un torrente de risotadas.

—Bueno, sí… Supongo… Pero, para la mujer la ropa siempre fue un sueño en el que refugiarse… en el que refugiarse de las injusticias de los hombres; quiero decir, del mundo de los hombres… En el que refugiarse de la fealdad.

—La moda es por esencia un sueño, quizá, pero los tiempos que vivimos están empujando a los creadores a mostrar unos sueños más democráticos. Y eso no lo puede ofrecer la alta

costura, que es más aristocrática que la moda industrial o *prêt-à-porter*.

Yo habría matado a aquel sociólogo desquiciante.

—Por desgracia, no tengo mucho tiempo para dedicarte; pero dime, ¿de qué va tu libro? ¿Guarda alguna relación con Ourense, con la tierra? —preguntó Victorino Núñez subrayando el «Ourense», y me ofreció asiento del otro lado de su mesa. De un vistazo radiografió mi guardapolvos, las camperas, el broche de bisutería fina, los guantes de cabritilla y el bastón; ni una insignia, ni un solo complemento vernáculo, ya no digo una gaita.

—Tiene que ver con el amor y con el sexo. Con la emoción de la primera juventud, que nace y muere con ella —solté—. Con la poesía y los deseos de huir y ser rescatado. Con los corazones solitarios y su necesidad de reposo. Con la búsqueda del verdadero hogar.

«¡Toma!», pensé.

—Entiendo.

—El consumismo —volvió a la carga el sociólogo mirando alternativamente a la presentadora y a mi madre—, el consumismo reemplaza al trabajo como el rol central de los individuos sociales y produce una sociedad acelerada, una sociedad que disciplina la individualidad. Y la alta costura tiende más a resaltar la individualidad que a disciplinarla. Eso, en nuestros tiempos, es una extravagancia. La exclusividad cuesta demasiado. No nos la podemos permitir, como sociedad. Por eso la alta costura está herida de muerte.

—¿Diría usted, Mary, que la alta costura está herida de muerte? —preguntó la presentadora.

—Yo conozco a muchas señoras con ganas de vestir prendas de alta costura…

—Pero, Mary, ¿no son caras esas prendas? —insistió la presentadora.

«¡Miente! ¡Miente!», pensé yo. «Di que todas tienen acceso a tu ropa», me he dicho cada una las veces que he revisado la grabación. «¡MIENTE, MAMÁ!», grité. Hacía mucho que no me sentía tan cerca de ella.

—La exclusividad cuesta demasiado —intervino el sociólogo

con una sonrisa babosa.

—Sí, sí… —dijo mi madre—. Sí, son prendas exclusivas. Reconfortantes… Son un consuelo hermoso. Subrayan las diferencias de la gente… los rasgos de su personalidad, la expresión de su alma… Cuestan un poco; no demasiado.

—¿Lo ve? —se lanzó el sociólogo mirando a la presentadora —. ¡Son clasistas!

«¡¡IMBÉCIL!!» grité.

—¿Clasistas? ¿Por qué? —se preguntó mi madre, un poco a la desesperada—. ¡No, no! Qué va.

—Y, es más —prosiguió el sociólogo—, vaticino que durante los próximos años, el batacazo de la alta costura será de tal magnitud que muchos negocios del sector se verán obligados a cerrar. Así de simple, van a arruinarse.

—Pero, Edmundo —volvió a la carga Victorino—, ¿qué relación guarda tu libro con la ciudad de Ourense? Porque sin eso…

—Orense es el telón de fondo.

—¿Hablas de las Burgas?

—No.

—¿Del puente Romano?

—Tampoco.

—¿Del Santo Cristo?

—Hablo de los sueños.

Por la noche, mi madre nos refirió a la abuela y a mí cómo había ido, a grandes rasgos, la entrevista. Yo aún no conocía la existencia de la grabación.

A mi madre no se la veía eufórica; antes bien, se la veía desilusionada. Como si la hubieran suspendido en un examen; peor, como si ya no hubiera un septiembre.

Me preguntó qué tal mi cita con Victorino Núñez.

—Horrible —le dije—. Me quedo sin subvención.

—Escritor… Escritor… Escritor… —dijo meneando la cabeza y mirándose los pies, como si hubiera algo turbio en mi sueño. Y se encaminó directa al dormitorio. Fui tras ella.

—Mamá, ¿podrías ayudarme? ¿Podrías darme ese dinero? Tienes más trabajo que nunca. Te vas a hacer famosa. Te devolveré hasta la última peseta. Te lo juro.

—No jures en balde. Vives en la luna.

—Lo digo en serio. Escúchame bien, mamá. Con el prólogo de Aranguren, ese libro debe imprimirse. Es necesario. Haré que se distribuya en las librerías. Sé que puede venderse, y se venderá. Ganaremos dinero con él.

—Inocente. Más que inocente.

—¡Papá creía en ti! —alcé la voz—. ¡No se le hubiera ocurrido llamarte inocente!

—Tu padre… Tu padre era el mayor de los inocentes —se atrevió a decir. Hizo un alto y prosiguió—: Anda, estudia mientras puedas. Te lo dice tu madre. Acaba Derecho. Hazte un hombre de bien —zanjó.

—Necesito ese dinero.

—No puedo.

—Venga ya.

—No puedo, cariño.

—Mamá, quiero ser escritor —al fin salía. Con rabia y con impotencia. Quería ser escritor como ÉL. Un gran escritor y un gran mentiroso. Todo y nada. Un gran solitario, el amo de la palabra, el titán del aburrimiento que estaba llamado a ser, un vagabundo de las estrellas.

Cogió el camisón de debajo de la almohada. La almohada de mi padre (desde su muerte, dormía siempre en su lado de la cama. ¿Mi explicación?: que era el más cómodo, el más cercano a la puerta). Se me quedó mirando mientras susurraba ladeando la cabeza: «Escritor… Escritor…».

Me miró como lo hacía cuando me dejaba por imposible, reconociendo algo suyo en mí, algo a lo que temer y de lo que enorgullecerse. Al final, la oí decir con la voz de un cansancio inextinguible:

—¿Cuánto te cuesta?

La camelia

En un par de meses estaban listos los ejemplares impresos.

Como título, *El apátrida*. Sin concesiones.

El trabajo de imprenta fue una atrocidad. El lomo iba en un blanco satinado y relucía como un huevo de Pascua. Visto aquel lomo, tan pascual, tan reluciente, si no me vine abajo no me vendré abajo nunca.

Por lo que al título concierne, qué puedo decir de las letras. Cada una se quedó orientada a un punto cardinal distinto como si no pudiesen ni mirarse del asco que se tenían. ¿Y la foto de portada? A ella me referiré un poco más adelante.

En líneas generales, lo he dicho, descuidaba los estudios.

Ni el más fino de los códigos legislativos me entraba en la cabeza; pero estaba resuelto a destacar de otra forma más descabellada: pasando a la historia de la literatura.

Ya me veía metido en la posteridad, formando parte de un club exclusivo de autores: el de los amantes heroicos. No sé de nadie que diese la medida de sus miserias con tal franqueza.

A propósito de miserias. La cubierta principal del libro y su foto. ¡Ay, qué foto!¡Ay, qué birria!

Había hablado con uno de los mejores fotógrafos de Santiago. Me miró piadosamente. Generoso él, y sibilino, me habló de sus tarifas y acabó ordenándome que no me preocupase, que no pensaba cobrarme ni un céntimo.

Fuera por el club de autores en el que ya me sentía integrado, o porque solo quería impresionar a Mercedes con la cubierta del libro, con mi efímera gloria universitaria, o porque aún esperaba que volviera a mi lado y me salvase, yo le echaba a todo una franca desvergüenza que no he vuelto a echarle a nada.

Es claro que deseaba impresionarla por la vía erótica, o por la vía sentimental; igual me daba. Pero Mercedes no era una

joven que se dejase impresionar fácilmente.

Aun así, ¡qué foto de cubierta! Alarmante era poco.

El autor figuraba con el culo al aire; aunque, eso sí, impecablemente. Al cuello un largo fular blanco de seda que ocultaba lo que el artista no se había dignado a exhibir pues, a Dios gracias, aún latía en algún rincón de su cuerpo el pudor burgués indispensable. Guantes de cabritilla blancos. Con una mano se apoyaba en el bastón negro; con la otra blandía una camelia roja que había cortado de un arbusto de la Alameda.

¿Tenía fijación yo con la familia Dumas? Si antes me perseguía Dumas padre con *El conde de Montecristo*; ahora era Dumas hijo quien me perseguía con *La dama de las camelias*.

Le envié un ejemplar dedicado de *El apátrida* a Aranguren. Optó por el silencio. Tuvo que quedarse rígido de la impresión.

En suma, que ya tenía los mil ejemplares en casa de mi madre, en Orense. Y yo estaba allí. De lo cual deduzco que era fin de semana. Viernes, o igual sábado. Cuatro enormes cajas de cartón hasta arriba. Acababan de llegar de la imprenta.

Eché una ojeada al contenido y luego salí a despejarme. Como siempre, disfrazado. Respiraba. Sentía que ahí y entonces empezaba mi carrera de escritor-amante-heroico, y mi sueño.

Tomé por el Paseo hacia el parque de San Lázaro, luego por la calle de Santo Domingo. Dejé atrás la plaza del Hierro con la idea de seguir por la calle de la Paz, atravesar la plaza Mayor y enfilar Doctor Marañón, la calle de nuestro antiguo piso.

No llegué a la plaza Mayor.

En el último tramo de la calle de la Paz me detuve. Frente al escaparate de Hermanos Téllez.

Al ver lo que vi expuesto, bien iluminado, sentí una especie de mareo en la boca del estómago. Tuve que apoyarme en el cristal, para no desmayarme. Oía solo mi corazón latiendo deprisa.

Conocía bien Hermanos Téllez.

Lo conocía por mi madre, y porque yo les había vendido una parte de mis libros. Y sé, porque me conozco, que evitaba pasar por delante de su escaparate, no solo por la ubicación del nuevo piso, sino por los recuerdos que despertaba en mí la

tienda.

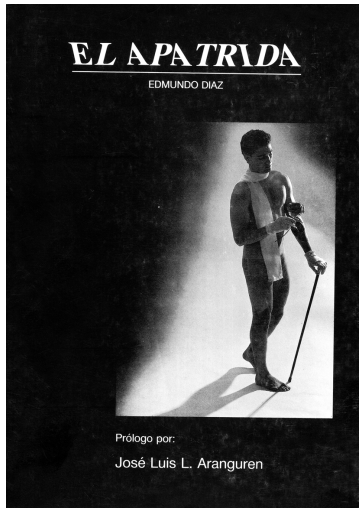
Lo que vi dentro, cerca del cristal, fue un armonio J. Richard & Cie Etrépagny.

Un armonio igualito al de mi madre. Se vendía por trescientas cincuenta mil pesetas.

Podía equivocarme, qué duda cabe. Podía ser un armonio similar. Hacía tiempo que no visitaba la quinta habitación, en donde mi madre tocaba el suyo.

Eché a correr hacia mi casa como un loco. Subí las escaleras de dos en dos, abrí con la llave y me lancé hacia el fondo del pasillo.

Bajé el picaporte, abrí la puerta de la quinta habitación y verifiqué, con horror y el ánimo transido de vergüenza, que donde había estado el armonio, no había nada.



PREPARATIVOS

Yo no quería una presentación al uso; quería algo simbólico, una ceremonia.

Sin saberlo, buscaba un rito funerario y, a ser posible, una resurrección.

Demoré el asunto un par de meses, a la espera de un clima más benigno, y hablé con el director del colegio Peleteiro para que me cediera el salón de actos. Le obsequié con un ejemplar dedicado sobre la marcha y, al ver la cubierta, el lomo y el desnudo, el hombre palideció. Se puso a hojearlo, por si las moscas; pero el fraseo recargado y el nombre del prologuista lo convencieron: había que dejarme, era un loco inofensivo.

Quedó fijada la fecha para una tarde de principios de abril. Con la ayuda de mis amigos, me metí al diseño de la cartelería. Hecho lo cual, encargamos cientos, miles de ejemplares. Hicimos un bote común para sufragar los gastos de copistería y empapelamos la ciudad como Dios manda.

Durante semanas se cernió sobre Santiago una epidemia de carteles de *El apátrida*.

Era el mismo cartel repetido. Una silueta viril, recortada contra el horizonte, sobre un peñasco de costa, abrigo con faldones, el puñetero bastón de baquelita y dando la espalda al mundo. Abajo, el lugar, día y hora de la ceremonia.

Por las calles, no había modo de evitar los carteles. Daba la sensación de que te espiaban. Tamaño DINA2, en color. Una virguería, si no fueran tantos. Parecía una epidemia, una maldición. Como la vainas en *La invasión de los ladrones de cuerpos*.

Si salías de copas, los veías. Lo mismo daba un *pub* que otro. Así fuera un *pub* alternativo, como Modus vivendi; o un *pub* pijo, como La Bolera; o vanguardista, como El número K. Allí estaban mis carteles.

Si frecuentabas la facultad (y daba igual qué facultad fuese), podías tener la razonable certeza de verlos en los tablones de anuncios. En los cafés, los camareros jóvenes se encargaban de exhibirlos. Te los encontrabas de frente, quieras que no, hasta en los lugares más reservados.

A pocos días del evento, eran para nosotros los carteles aborrecidos.

Por la calle, muchos me miraban con curiosidad. Entre los hombres, me nacían críticos por todos los rincones. Algún descolocado me aplaudía y vitoreaba. Yo empezaba a cuestionarme la significación y las consecuencias de aquel lío. Lo habría parado todo de no haber involucrado a tanta gente.

Pero había hablado con Xoan Barro, de la TVE en Galicia, y con Fidel Fernán de la TVG. Ambos periodistas populares. Y los dos se habían comprometido a entrevistarme. Y también había contactado con un representante de la comercial Grial, que ya empezaba a distribuir ejemplares de *El apátrida* por ciertas librerías.

Si el día de la ceremonia, en el salón de actos, sería aclamado; o sería diana de pim pam pum, eso nadie lo sabía; pero, por las noches, para combatir mis angustias, seguía paseándome de uniforme y cada vez más espontáneos terminaban por reconocerme.

Sabía que mi madre comparecería en el salón de actos. Vería mi perfil más íntimo. La idea no me gustaba.

Y sabía también que la presencia de Mercedes, a estas alturas, era un misterio. Y que yo no perdía la esperanza.

En el salón de actos

El tren salió de Orense a las tres en punto y mi madre llegó a Santiago a buena hora.

Le dio tiempo a dar una vuelta por la ciudad y a echarle un ojo a las *boutiques* que encontró a su paso.

Por lo que supe (me lo explicó días después), le había preguntado a la abuela si quería acompañarla; pero el robusto bastión de la fe doméstica se limitó a responderle:

—*Tu has perdut el cap*.

Lo que, traducido, vendría a significar:

—Tú has perdido la cabeza.

Y luego le preguntó a su hija:

—*T'has preguntat si li agradaria a ell?*

—¿Que si a él le gustaría? Fíjate, pues tendría muchas respuestas, mamá —le contestó—; pero la principal es que soy su madre, por si lo quieres saber.

—*Definitivament, has perdut el cap*.

La despedida fue gélida; pero mi madre, como no podía ser de otro modo, viajó segura de que la razón y ella tenían un pacto indisoluble.

¿Llegó al colegio Peleteiro antes de la siete y media, o llegó a la hora en punto? ¿Estaba sentada o de pie? Lo que vio, todo el tinglado, el escándalo de que fue testigo durante una hora larga, sin descontar los quince minutos previos de cortesía, ¿se lo esperaba?

No cabía esperarlo, supongo; aunque no falto a la verdad si digo que lo temí desde el primer minuto. También yo me habría abucheado con ganas, aunque no intuyese cómo de fea se iba a poner la cosa.

Imaginad la secuencia.

Lo que vio en el escenario fue un gran piano de cola reluciente y, al fondo, una descomunal cruz invertida que

denotaba un simbolismo intrépido; pero, a decir verdad, no era más que el decorado de un número que la víspera habían protagonizado los escolares, y se dejó como estaba.

Dudo que mi madre conociera el aforo máximo, que rondaba los ciento cincuenta espectadores; lo que debió de advertir fue que, a las siete y media, en el recinto había una pequeña multitud que doblaba o triplicaba el aforo.

Con un fuerte predominio de jóvenes. Universitarios que conocían a su hijo, o que habían oído hablar de él. Sentados o de pie, desbordaban el salón de actos y la riada fluía hasta el *hall*.

En el colegio y, de manera específica, en el salón de actos, estaba rigurosamente prohibido fumar. Un cartel lo indicaba bien clarito.

Con las luces apagadas, empezó a oírse la melodía suave de una flauta. La acústica era soberbia; el sonido excelente. Mi madre identificó en seguida el *Bolero* de Ravel.

La segunda flauta empezó a sonar, y entonces vio a su hijo materializarse en el proscenio, subirse al piano de cola, recostarse en él, encender un cigarrillo y fumar sin cortapisas, con el *Bolero in crescendo*.

Comenzó el clamor; seamos precisos: los abucheos. Por mi parte, yo seguía consumiendo mi cigarro boca arriba. Por su parte, el *Bolero* crecía y florecía. Crecía y florecía.

Como la pieza duraba dieciséis minutos, tenía que fumármelo con lentitud. Y no solo eso. Estaba en el guion que encendiera un segundo y me lo fumase entero. Ocho minutos por cigarrillo. Os invito a que hagáis la prueba.

Provocación o no, en los ochenta, los jóvenes éramos fumadores furiosos, inhalábamos y espirábamos humo como árabes *hashishins,* y allí, cuatrocientos estudiantes se apretujaban excitados.

Alrededor del minuto diez entraban, por fin, los violines y yo iba por la mitad del segundo cigarro. Evitaba dar buenas caladas, para que se consumiera lento.

—¡Que se desnude! —gritó alguien que no merecía ningún reproche. De mi trayectoria, lo menos que podía esperarse era que me quedase en pelotas.

Otro:

—¡Arráncate la lengua!

—¡¡Pero si el artista no dice ni pío!!

—¡¡Cállate , imbécil!!

Silbidos, risotadas, abucheos, gritos, argucias de apache. Aplausos como respuesta. La pelea entre los *hooligans* fue general

Peor no pudo haber sido la lucha entre románticos y clásicos la noche del estreno de *Hernani*, de Victor Hugo. Eso fue lo que pensé, tumbado en el piano de cola. «¿Qué haces aquí —me preguntaba— en vez de estar estudiando?».

El alboroto era de tal calibre que ni el *Bolero* podía con él. Y como si supiera que tenía que socorrerme, la música elevaba el tono, resonaba con épica, daba lo máximo de sí para sofocar el tumulto.

Se me hacía raro que alguien no suspendiera la ceremonia, que no se encendieran las luces principales, que no se interrumpiera la música. Yo solo caía y caía, hundiéndome. Y, claro está, fumaba y fumaba.

Hasta que (¡aleluya!), al filo del deseado, del inalcanzable minuto 16, di la última calada al segundo pitillo, con el derrumbe final del *Bolero*.

Me incorporé iluminado, muy pálido. Como Drácula en su ataúd. Era el efecto de los focos, me lo dijeron muchos después: que parecía Lázaro recién salido de la tumba.

—¡¡Un tercer pitillito!! —gritó alguien.

Una tropa se encaró con el tío. Hubo insultos, más gritos, más silbidos, más peleas. Acabaron por echar del recinto al instigador.

Tras bajar del piano, yo lo presenciaba todo desde arriba; por así decir, consumido, oteando la oscuridad como un ciego, con ansia de verla a ELLA, solo a ELLA. (¿Habría venido? ¿Estaba entre el público? ¿Era de los que lloraban, o era de los que reían?); pero nada alcancé a ver. Desde el escenario, por los focos, el patio de butacas tenía el aspecto de un paño fúnebre.

«Esto debe de ser lo que buscabas —pensé allí plantado—, que no te olviden».

Y me puse a divagar en voz alta. ¿Qué dije?

Desbarré sobre escritura y poesía, aunque no sobre versos. Sobre la poesía que respirábamos, sin saberlo, la poesía que revolotea a nuestro alrededor, por todas partes. Ahí queda eso. Y también sobre las emociones del poeta. Y sobre el amor verdadero, como os lo digo. Y sobre los estragos que provocan los amores verdaderos.

Divagué un rato envuelto en un silencio que no auguraba cosa buena.

Al final, según lo previsto, a los acordes del *Concierto para piano n.º 2*, de Rachmaninoff, mis amigos, y hasta muchos compañeros del colegio mayor, marcharon en larga comitiva hacia el proscenio, en donde todos y cada uno fueron depositando un clavel rojo como si hubieran ido a rendirme los últimos honores.

En resumen: la gilipollez más romántica que había sido capaz de concebir.

Y fue allí mismo, mientras yo permanecía en pie junto al piano, buscando a Mercedes con los ojos, las luces encendidas, dos filas de gente, una de ida, otra de vuelta, clavel va, clavel viene, estupor, Rachmaninoff, por fin silencio, toses, desfile mortuorio, fue entonces cuando vi una mariposa verde revolotear por delante de mí.

Oh, mamá, cuando pienso en aquella mariposa y en lo improbable que resultaba verla allí dentro... Mamá (me pregunté allí mismo), ¿la estás viendo? ¿No es esto extraordinario? ¿Qué posibilidades hay de que una mariposa aparezca en el salón de actos del colegio Peleteiro, un recinto sin ventanas, lejos de la puerta principal que, de paso, tiene una malla de mosquitero?

Una mariposa verde que habla del amor. De amores nuevos y en recuperación. De reconciliaciones y acercamientos con personas que se alejaron de nosotros... ¿No ves que es una señal, mamá? ¿No lo decía en una de sus malditas cartas el Señor Negro? ¿No lo recuerdas, mamá?

Me estremecí. Me quedé como en trance.

Y ya lo último que guardo en la memoria, antes de irme con mis amigos, fue a mi madre, besándome, abrazada a mí,

conmocionada.

A mí, que me moría de ganas de llorar con desconsuelo sin saber por qué, tal era la cantidad de razones que tenía y las pocas palabras que me quedaban: ¿Dónde estaba ELLA? ¿Habría venido? ¿Podría oler, una vez más, su pelo?

Sentí el impulso de huir de mi madre, emborracharme.

La dejé sola, con las manos vacías, y salí al encuentro de la noche.

Una conversación seria

Tenía motivos para interrumpir los estudios y abandonar la carrera.

Estaba la dignidad. Y estaba el orgullo.

Ese año, el de mi caída libre, no aprobé ni una sola asignatura de cuarto; en realidad, ni me había presentado a los exámenes. Me saltaba los parciales; so pretexto de jugármela en los finales, en los que tampoco hacía acto de presencia.

Ante mí se extendía un horizonte inhóspito como un yermo, una tundra, un páramo de este tipo:

Años erráticos en Orense, subempleado. Antes de empezar la jornada, o al acabar, pero siempre de noche, y adormilado, escribiría unas líneas. Voluntarioso, al cabo de unos años y más líneas, tendría algo parecido a un opúsculo. Si me tomaba el trabajo de meter ahí a las Burgas, al puente Romano o al Santo Cristo, incluso optaría a una subvención. Y con el apoyo de mi padrino, me la concederían, y yo buscaría una imprenta más decente.

En resumen; como Kafka, iría de una oscuridad a otra, y sin salir de la provincia. Como hombre, ya nunca más caminaría al sol. Como genio, un genio oscuro. Y una pregunta: ¿Acabaría siendo, como mi padre, «el hombre que no soñaba», en palabras de la abuela?

Lo que me debilitaba, lo que más me pesaba era la idea de malgastar su dinero, el dinero de mi madre, ya que su fe tenía todo el derecho a traicionarla, como ella había traicionado la mía.

Aunque debía de estar haciéndose de oro, pensaba, y su ambición gobernaba sus pensamientos, ella se había ganado el éxito a pulso, y yo tenía que responder de mi fracaso. Y eso que habíamos llegado a una entente, sino cordial, por lo menos, civilizada. Para no tensar la cuerda, sorteábamos las

cuestiones escabrosas; pero esta, que era la más escabrosa, había que abordarla como fuese.

—Mamá, tengo que dejar la carrera.

La había sorprendido viendo una película después de cenar. *Tal como éramos*, con Robert Redford y Barbra Streisand. Y sin verter una sola lágrima, pues ya no podía; me refiero a una cuestión *fisiológica*. Le resultaba imposible. Por otro lado, últimamente estaba menos atareada que de costumbre. Y yo, imbécil de mí, atribuía su tiempo libre a la labor conjunta de las seis aprendizas.

—¿Y eso? —preguntó. Me senté a su lado, en el sofá, y ella me devolvió la mirada—. ¿No vas a presentarte a los exámenes de septiembre?

—No es buena idea.

—¿Y por qué no?

—Escupo al derecho.

Mi madre encajó el golpe, mirándome como acorralada, con una especie de total desánimo que abarcaba todos los desánimos.

—Una razón poderosa.

—Lo es.

—Y, a estas alturas de la película, muy poco inteligente.

—Lo que tú digas; pero abandono.

—Sé que tu sueño no es convertirte en abogado, por más que diga la abuela. Pero hay otras salidas. Tú eso lo sabes.

Mi madre siempre me había puesto en guardia contra la inseguridad económica. Doy fe.

—No quiero seguir.

—Te falta tan poco, hijo… Sitúate primero.

—Una cosa. —Hice una pausa—. He estado pensándolo.

—Imagino.

—Bien —dije—, pues me gustaría pensar que mi opinión es la que cuenta.

—Harás lo que tú quieras.

—Estoy derrochando tu dinero. Para empezar. Y el colegio mayor no es barato, que digamos.

Mi madre bajó la cabeza y sonrió antes de volver a mirarme.

—No te preocupes por eso. Tu formación. —Tragó saliva.

Tenía la boca pastosa. Suspiramos juntos—. Piensa en tu formación. Hijo, quiero que entiendas esto: ¿Has pensado en la importancia que tiene acabar lo que se empieza? ¿Y en que solo te quedan dos cursos para licenciarte? ¿Y en las posibilidades que se te abren con la carrera? ¿Y en que estarás mejor formado para colocarte y, desde luego, para escribir que si la abandonas? La escritura, en este país, no ha hecho más que pobres de misericordia.

—Mamá… Mamá, por favor…

—Es toda mi herencia. Y la herencia que a tu padre le habría gustado dejarte.

—Qué letrada se perdió contigo.

—No tuve la ocasión; pero tú sí. Continúa en Santiago. En el colegio mayor. Sigue estudiando. Sigue creyendo. No te faltará nada. Termina y lábrate un porvenir. Quién sabe qué nos depara el futuro.

Se dirá lo que se quiera, pero mi madre era como su hermano, el tío Mir, una emotiva.

Había llorado como una Magdalena con todo. Con el cine y con la música se le caían unos lagrimones de muerte. A mi padre lo ponían violento y le soltaban la risa (una risa imperdonable, papá). Su fortaleza se desahogaba llorando.

Había llorado mucho y bien. De pena y de alegría. De cansancio y por sorpresa. Lloraba con inspiración. Como después lloraría su hijo y, más tarde, su nieto Leo.

Pero, en aquellas fechas, le fue diagnosticada una enfermedad conocida como Síndrome de Sjögren, que consiste en un déficit de secreciones y da lugar a la sequedad del ojo. Es decir; mi madre, que tanto había llorado, se estaba quedando sin lágrimas.

Vuelvo a aquella noche, y es curioso cómo la memoria engaña y deforma el relato a su conveniencia.

Si digo esto es porque la abuela entró en mi dormitorio después de llamar suave, pero con insistencia, como de costumbre. Y porque tengo la percepción de que fue la noche en que mi madre y yo disputamos a lo bestia, cuando, realmente, esa disputa tuvo lugar días o semanas más tarde.

Un episodio repetido, y que la abuela interpretó con la

espontaneidad de la primera vez:

—¿Te queda mucho para acabar? —me preguntó.

—¿Acabar qué, abuela?

—Derecho.

—Me queda poco, abuela. Me queda cada vez menos. Ya he cruzado el ecuador.

—¿Qué ecuador?

—Me quedan solo dos años. Un suspiro.

—Ganan mucho los picapleitos, ¿a que sí?

—Mucho, abuela.

—¡No aflojes! —exclamó—. Ayudarás a la familia, ¿verdad? —me preguntó de nuevo.

Sus palabras debieron haberme alertado; pero yo no podía anticipar entonces los planes de mi madre; aunque (me dije a mí mismo mucho después), si hubiera estado más atento, si hubiera sido un hijo más considerado, si hubiera sido un buen hijo, un buen hijo… quizá, entonces, me hubiese dado cuenta. Quizá me hubiera atrevido a pensar en ello. Y, en ese supuesto, ¿habría yo reaccionado de otra forma?

Redención

Los dos años siguientes no fueron para recordar. Y hasta el último mes en Santiago, cuando mi rutina experimentó un giro y conocí a Heriberto Mandovani, me los pasé entre la ley, la costumbre y los principios generales del derecho.

Y me distancié de mis buenos amigos, lo que era de esperar, pues mis salidas se redujeron a ir del colegio a las aulas. Solo me desviaba para entrar en un cine o, muy especialmente, en un teatro.

Por fin volvía a presentarme a los exámenes. Desterré de mi vida el bastón, las equipaciones de bohemio, las prendas de poeta, los tres pares de botas, los complementos. La herida y el desamor también los habría tirado de haber sido capaz; con el resto, hice lo que años después con las prendas imponentes de mi madre, y que ella manifestó que haría con su armonio, llegado el caso, y no hizo.

El viejo armonio que olía a barniz. Yo lo llevaba clavado en el alma, como se lleva un rencor.

Me dibujé un alma nueva, a medida. Un alma triste, un alma jurídica.

Esperaba mi hora. Y mientras, me conformaba.

La abuela empezó a dar señales de colapso; o, al menos, de declive. Yo apenas me lo creía: la abuela presbiteriana, de moral irreductible. Sin embargo, le suponía cada vez un esfuerzo mayor bajar a la calle. El número de *pájaras* que sufría se disparó de tal modo que conversar con ella se volvía poco menos que una yincana.

Mi madre prescindió de dos de sus aprendizas.

Al cabo de unos meses, de otras dos.

A final de curso, le quedaba solo una. Reme, la aprendiza más veterana y a quien más cariño tenía.

Fue por ahí, hacia finales de mi cuarto curso, cuando me

confesó, sin darle ninguna importancia, que estaba pensando en comprar otro piso.

Síntoma de que iba lanzada hacia la meta, pensé. La tenía a la vista. Triunfaría a lo grande.

Yo no me enteraba de nada; pero esto se explica mejor si me ratifico en que ella y yo discutíamos, en vez de conversar. La visitaba solo cada mes, o cada dos; en la práctica, para enseñarle las notas. Había aprendido que se puede amar a una madre, aunque las disputas, los rencores y los resignados malentendidos demuestren lo contrario.

Ni cuando me dijo que iba a hacer una doble operación inmobiliaria, sospeché; al contrario. Me detalló, como de pasada, que pondría a la venta el pisazo del Paseo, pues le resultaba incómodo desde la muerte de mi padre. Tenía en mente un piso en la avenida de Portugal que le convenía.

Pero la avenida de Portugal estaba en el quinto infierno. Una zona fea. Una calle a la que recurrían familias de origen humilde, o estudiantes. Casas de construcción muy barata.

Que al principio aceptara sus explicaciones, tiene un pase.

Sería una inversión, me dije. Una vez instalada, con la pasta en el bolsillo, empezaría a comprar viviendas por todo Orense. Lograría una victoria sobre cualquier pequeña adversidad.

Claro que, ¿y después, cuando pasó el principio?

¿Es que acaso ignoraba que mi madre no era codiciosa, y que, según decía siempre, la codicia ensuciaba los sueños, las cosas bonitas?

Lo había olvidado seguramente; y tampoco pensé mucho en ello. Que mi madre alcanzara su objetivo, con su talento y determinación, no lo dudé ni un segundo. Llegaría, estaba llegando. Era algo que caía por su propio peso.

No obstante, visto desde ahora, me pregunto cómo pude ser tan miope. Cómo pude mantenerme tan al margen de lo que se estaba fraguando.

Se mudó de piso; luego empezó a descartar clientas, a asumir menos encargos. Ya no viajaba a Barcelona; pero eso yo aún no lo sabía.

Repetí cuarto con buenas calificaciones; mi último curso iba por buen camino y, cuando más me necesitaba mi madre,

conocí a Heriberto Mandovani y a los miembros de su compañía, y algo, dormido durante los dos últimos cursos, algo que nunca había muerto del todo en mí, se reanimó.

COMPANHIA DE ARTE

—*Você poderia ser um ótimo ator* —me dijo Heriberto Mandovani, el portugués.

¡Y una mierda! Yo tenía las mismas dotes para actuar que para hacer equilibrismo en las cataratas del Zambeze; pero era un embustero redomado el portugués y, como actor, canela fina.

Había conocido a Heriberto en Santiago, a punto de licenciarme. Asistí a una función de su grupo de teatro independiente, Companhia de Arte, y me quedé tan pasmado con su interpretación de la Dietrich que me dirigí a su camerino. Lo felicité y me presentó a los miembros de la compañía. Fuimos a cenar juntos a esas horas intempestivas en que cenan los actores.

Durante mis últimas semanas en la ciudad, y coincidiendo con su gira por Galicia, nos hicimos amigos.

—*Por que você não se junta à companhia de teatro?* —preguntaba

—Pero, Heriberto… yo sería el peor actor que existiera.

—*Não. Escuta. Você é um artista. Você não tem que agir. Você pode escrever para nós.*

Los chicos jóvenes lo ponían a Heriberto. Era una atracción sin filtro. Ni arte, ni teatro, ni método Stanislavski: por encima estaba la juventud viril, que le inspiraba.

Había en él algo griego. Le iba el clasicismo grecorromano. Los rizos, los perfiles atléticos de efebo. Peor era que disfrazara sus gustos de principios filosóficos. Se ponía en modo predicador, adoptaba un aire proselitista y no había quien lo aguantase.

—*Como você sabe que não gosta se ainda não experimentou?*

—Heriberto, me gustan las chicas.

—*Boh. Quem sabe. Você é reprimido. Você tem que se libertar.*

No condescendía al mundo hetero. No se resignaba, el tío. Quería que me pasara al otro bando. Volviendo al tema de la represión, me explicaba que yo era francamente recuperable.

En parte por eso, y en parte por los exámenes, durante los últimos meses casi no pisé Orense. Cada poco, mi madre me enviaba un giro postal con dinero para mis gastos personales.

Solo después supe por qué había prescindido de Reme, su aprendiza más fiel, la última que le quedaba.

O por qué había vendido el inmueble del Paseo, meses antes.

O por qué había comprado un pisito húmedo y sombrío en la remota avenida de Portugal.

Por primera vez en años, bajó el ritmo de manera abrupta. Las barreras cayeron y cedió, se rindió, abandonó toda esperanza. Y mucho de lo que antes le había importado dejó de importarle.

Cuando sonaba el teléfono, ya no había nadie, salvo ella, que ese encargara de responder. Y solo en ocasiones descolgaba el auricular; así que las llamadas fueron menguando.

Renunció a aceptar clientas, no se las podía permitir. Forzada por las circunstancias, se fue quedando solo con las más fieles, entre las cuales estaba Ángeles Abad, la esposa de Perotti. Podían contarse con los dedos de una mano esas clientas, y uno o dos tal vez me sobren.

Tardé mucho en unir los cabos, puesto que yo estaba lejos, el círculo era vicioso y mi madre se metió en él con plena consciencia: a menos manos, menos labor; y a menos labor, menos clientela; y a menos clientela, menos eco y beneficio.

Después lo comprendí (ella me lo hizo notar en nuestra última discusión).

Comprendí que el golpe de gracia se lo había dado la muerte de mi padre. Y como la hipoteca del piso del Paseo estaba por encima de lo asumible, mi madre no era ningún hacha en asuntos económicos (mejor dicho, no tenía ningún sentido práctico), la pensión de viudedad era mísera y las letras vencidas y los gastos se acumulaban (entre ellos, mi estancia en el colegio mayor)… por todo ello, no podía

mantenerse a flote. Y lo que es más grave, se quedó sin soluciones.

Además, nunca había cotizado como autónoma, así que no podía esperar tampoco una pensión cuando se jubilase, y la abuela ya no estaba en disposición de ayudarla.

Si me hubiese quedado en Orense… O, incluso, si no hubiera continuado en el más selecto colegio mayor de Santiago, entonces quién sabe. Quizá ella lo habría conseguido; porque, para redondearlo todo, yo estudiaba sin beca. Como hijo único, las becas no se me concedían.

Al igual que sucede con el canto del cisne, de esa época fueron algunos de sus diseños más celebrados. Prendas trabajadas con el primor en los detalles que podía esperarse de *Mary*.

Vestidos y trajes en los que todo respiraba costura, con un sello urbano. Clásico, con un toque excéntrico, indefinible.

Como un vestido de noche blanco. Una delicia de una sencillez incomparable. Confeccionado en una tela de satén ligeramente plisada, con una fina caída y detalles en tono gris, lo adornaba un escote de pico y una capa hasta la altura de la cadera.

O como un audaz esmoquin diseñado para una cena de gala, con chaqueta corta y pantalón de talle alto.

O como un traje de vestido y chaqueta bicolor, con los bordes de la chaqueta y el cuello del vestido ribeteados en negro, y con un final cortado formando ondas.

Tenía cincuenta y cuatro años. Sus manos, en su mejor momento profesional. Su nombre, aunque ya no sonaba como antes, conocido entre los amantes de la alta costura en Galicia; y, no obstante, mi madre había renunciado a su sueño.

Y yo ni siquiera lo sospechaba.

Querida Mary:

Sí, sí, me encanta hacer muchas cosas. Supongo que es debido a que no puedo estarme quieto.

Mil inquietudes me consumen; pero eso tú ya lo sabes. Nos lo hemos dicho y te lo vuelvo a decir: siento tanta curiosidad por todo que me gustaría vivir para siempre. Me desvivo como si el mundo

fuera a acabarse mañana; y, a la vez, soy de afectos estables. Tú eres mi afecto estable, querida.

Será muy cursi; pero me gusta la vida. La música, los libros, el arte en general, desde luego; ahora bien, ¿sustituye eso a los otros, su calor?

Necesito a la gente. Necesito a los demás. Reírme, la suavidad de los lazos humanos. No entiendo bien la misantropía. Mucho ha de odiarse uno para acabar de misántropo, ¿no crees?

Y ahora voy a decirte esto otro. Y a lo mejor me contradigo:

Lo que siento ahora, desde que te conozco, es un misterio, una extraña conmoción. ¿Será que me estoy volviendo un solitario? ¿Por qué me cuesta cada vez más estar con gente? ¿A qué viene esta necesidad de estar solo, pensando en ti?

¿Te gustó la foto? De veras, ¿te gustó o lo dices solo por contentarme? Ya sabes que fue una larga cena, con viejos amigos y amigas de la facultad que años después volvimos a reunirnos.

Quiero creer que te habría gustado estar ahí, conmigo y con ellos.

Después del postre escanciamos el licor. Llené hasta el borde las nueve copitas, más otra. La décima era la tuya. Las alzamos. La tuya se quedó en el medio del mantel. Propuse un brindis:

—Por Mary. Que hoy debería estar aquí.

Y deseé que estuvieras echándome en falta. ¿Me arrepiento? No me arrepiento.

Bebimos y, como era de esperar, me acosaron. ¿Quién es Mary? ¿Conocemos a Mary? ¿Cuándo vas a presentarnos a Mary?

—No voy a decir más que esto: ella es deliciosa —dije.

Y volvería a decirlo.

Seguimos escanciando más licor y, al final, todos se incomodaron conmigo porque opté por no seguir hablando.

Me bebí tu copita.

Y me largué del restaurante pletórico, pero también desconsolado. Porque tú estabas lejos. Incluso hoy estás lejos; y la prueba es que sigo aquí, hablando solo. Y mientras, escucho el eco de tus frases.

Tuyo afectísimo

Señor Negro

Barcelona

Querida Mary:

Sí, sí, me encanta hacer muchas cosas. Supongo que es debido a que no puedo estarme quieto.

Mil inquietudes me corroen; pero eso tú ya lo sabes. No lo hemos dicho y te lo vuelvo a decir: siento tanta curiosidad por todo que me gustaría vivir para siempre. Me da vivo como si el mundo fuera a acabarse mañana; y, a la vez, soy de efectos estables. Tú eres un afecto estable, querida.

Será muy cursi; pero me gusta la vida. La música, los libros, el arte en general, desde luego; ahora bien, ¿instituye eso a los otros, su calor?

Necesito a la gente. Necesito a los demás. Reírme, la suavidad de los lazos humanos. No entiendo bien la misantropía. Mucho ha de odiarse uno para acabar de misántropo, ¿no crees?

FIONA

Pocos días antes de abandonar a mi madre conocí a Fiona.

—Nosotrros no querríamos marcharrnos de nuestrro país, Eddmundo; perro… fue necesarrio. Desgrracia. Dejarrlo toddo. Tierra. Afectos. Toddo. Familia. Desgrracia. Toddo.

—Fiona, ¿su país era la URSS?

—Romania.

—¡Ah, *Romania!* —exclamé yo.

Estábamos sentados en una cafetería de la avenida de Portugal, cerca del pequeño, sórdido y húmedo piso que mi madre había adquirido tras vender el inmueble del Paseo y saldar muchas de las deudas pendientes.

Yo acababa de licenciarme. Había vuelto a Orense. Verano del 90. Veinticuatro años.

Me había sentado en un velador para aclararme las ideas y había pedido una Coca-Cola. Me devanaba los sesos buscando el modo de enfocar el tema con mi madre, pues mi pretensión no era ejercer de abogado, ni opositar, menos aún quedarme en Orense. Cualquiera de estas ideas me resultaba opresiva.

Quería luchar por mis sueños, como había aprendido de ella, y una voz dentro de mí no cesaba de advertirme del conflicto más o menos inminente.

De modo que en ello estaba, repensando la táctica, cuando una mujer con una leve cojera, cuerpo de estibador, gafas de aumento y un sinfín de cruces colgando del cuello se me acercó y, disculpándose, me preguntó desde lo alto:

—¿Es usted el hijo de Marry?

Me levanté y nos presentamos.

Se llamaba Fiona. Un ser gentil, ceremonioso. Pidió un café con tales miramientos que me hizo sentir un bárbaro en tierra civilizada.

Me dijo que Andrei, su hijo, y ella acababan de llegar a

España. Me dijo que había conocido a mi madre, una «mujerr guapíssima», y que le había hablado de mí, el escritor, con orgullo.

Me dijo que pertenecía a la Iglesia ortodoxa, y que mi madre, según le había hecho saber, era de confesión protestante. «Herrmanos en Crristo», señaló, «nos tenemos los unos a los otrros, de alguna manerra».

Fiona parecía un ser de luz cuyo cuerpo no estaba en consonancia con su espíritu. Una mártir obsesionada con el mal y que no dudaba en plantarle cara. Juana de Arco, con su mismo peinado. Ciertamente era como si Juana de Arco se hubiera hecho lanzadora de martillo.

Me describió las cruces que le colgaban del cuello. Era como una suerte de ritual. Describía una y la besaba en memoria de su amado esposo. Así todas:

Una cruz griega, una cruz de san Pedro, ligeramente satánica, una cruz egipcia, una cruz india, una cruz latina, una bizantina, una ortodoxa, una gamada, una celta, una cruz de la Victoria, una cruz visigoda y una cruz de Santiago. Todas esas llevaba. Me acuerdo bien.

—Tenga cuidado, Eddmundo —decía. Como para no tenerlo.

—Vaya que sí.

—Mi amaddo esposo reprresaliado por rréguimen Ceaucescu. ¿Conoce Ceaucescu, Eddmundo?

—Ah, Ceaucescu… Conozco, sí.

—Cuando rréguimen desmorronó, poco después, salimos con mi hijo de Romania. Teníamos miedo. Además, mi hijo sufrre enferrmedad grrave. Y aquí, sanidad, muy muy bbuena. ¿Comprrende?

Sería unos diez años más joven que mi madre. Solo guardo recuerdos de gratitud hacia ella, una mujer en lucha permanente contra el miedo. Como los héroes.

Nos intercambiamos los números de teléfono (los únicos teléfonos de la época, los *estáticos*), por si acaso. Éramos vecinos.

Fiona vivía en el edificio de enfrente, y yo había vuelto a la ciudad de mi infancia y me sentía un auténtico huérfano. De

nuevo en casa, con mi madre. Y no solo eso: ahora tenía que enfrentarme a ella en su territorio. Me intimidaba su reacción, temía que me desarmase y, de la noche a la mañana, aparecía aquella mujer. Con su gentileza y su desgracia y sus cruces.

Quién me iba a decir a mí el papel que iba a representar en nuestras vidas tantos años después.

—Su madrre lo quierrre muchísimo. Y, en la actualidad, que está usted aquí… ella… estarrá feliz… Su abuela de usted está muy muy mayorr.

—Sí que lo está, Fiona.

—Disfrrute de ella mientrras posible. Yo perrdí a la mía y a mi amaddo esposo, perro siempre están aquí —se puso una mano sobre las cruces—, conmigo. ¿Crree usted en las fantasmas, Eddmundo?

—Me temo que no.

—No tiene imporrtancia. Las fantasmas son enerrguía que acompaña. Mi amaddo esposo y mi madrre siempre acompañan. Las fantasmas crreen en usted. No se prreocupe.

No llegó a presentarme a su hijo, aunque ella y yo volvimos a cruzarnos por la calle y a charlar, también sobre sus amadas cruces.

Y solo cuando, al cabo de media vida, la llamé por teléfono y hablamos, en unas circunstancias bien distintas, supe que Andrei había muerto cuatro años después de esa tarde en que ella y yo nos conocimos.

Despedida

Debería sobrevolar la disputa. Debería utilizar una elipsis. Debería; pero me he prometido no ser cobarde y contaros la escrupulosa verdad de los hechos.

La cosa es que al poco de conocer a Fiona, hablé con mi madre. Tenía razones para no posponer más nuestra charla.

Eran los últimos estertores del verano y Heriberto Mandovani iba a recalar en Orense (él y su *troupe*), antes de lanzarse a la conquista de Madrid.

Mi madre ya no pasaba el día entero en la habitación de la costura; dedicaba más horas a cuidar a la abuela que a su oficio.

Que yo supiera, le quedaban solo un par de clientas fieles. Apenas sonaba el teléfono. Yo había tenido ocasión de descolgarlo y se lo pasaba. Se tenía prohibido asumir más trabajo, decía, el suyo era un negocio familiar.

Esa réplica, al principio, me trastornaba. ¿Familiar? ¿Quería decir *pequeño*? La consideraba una explicación poco plausible, viniendo de ella. Hasta que comprendí. Hasta que me enteré.

Volviendo a la discusión, sucedió una noche. Antes de irnos a la cama, mientras la abuela dormía.

Y aunque para mi madre fuese un final anunciado, influida como estuvo siempre por la relación imposible entre la abuela y mi tío, yo no puedo decir lo mismo. Nunca hubiera esperado ese final; pero nunca una discusión tan breve iba a ser tan decisiva.

—Hay algo que me gustaría decirte —empecé.

Mi madre, que era una fanática de las camas bien hechas, volvió su mirada hacia mí y dobló la colcha por la mitad, hacia los pies. Remetió las puntas bajo el colchón, ahuecó la almohada de mi padre y luego la suya.

—Soy todo oídos. —Y me dedicó una leve sonrisa.

Últimamente volvía al tema de los sueños con recurrencia. «Lucha por tu sueño», decía. «Ten el valor de amarlo. No permitas que lo destruyan». Y así.

Aunque lo que más me afectó había sido escuchar su plegaria desgarrada, que vivirá siempre en mí:

Señor, tú que todo lo puedes, bendice los sueños de mi hijo, si son nobles, y haz que se cumplan. Aunque sea uno solo, el que más le importe: concédeselo, Señor. Pagaré el precio que sea; pero no me falles esta vez. Porque si no le ayudas, no podré perdonártelo y te mataré en mi corazón.

Y, por primera vez, me pregunté si es posible alcanzar nuestros sueños sin causarle dolor a los que amamos.

A estas alturas, yo empezaba a entender el significado de sus palabras. Su esfuerzo y su lucha, su sacrificio y su misteriosa ruina; pero, para comprenderlo con exactitud, para precisar el alcance de su infortunio, había necesitado volver a casa y convivir con ella unos meses.

De forma que me senté en la única butaca que había en su dormitorio, haciendo esquina. Con los brazos apoyados en los muslos y las manos entrelazadas.

Lo que yo quería decirle, para empezar, es que me perdonase. Que me perdonase por lo que estaba a punto de hacer. Porque deseaba irme y tomar distancia. Habría querido decirle que lamentaba no haber sido el hijo que ella se merecía, e incluso que, a mi vez, bueno… que también yo le perdonaba sus… sus verdades a medias.

Más o menos, así habría deseado empezar; sin embargo, le dije con una suficiencia digna de otros actores y otro escenario:

—Los sueños. ¿Recuerdas? —Mi madre, como si lo viera venir, tomó asiento en el borde de la cama. Me miró con ojos muy redondos y afirmó con la cabeza, animándome a continuar—. De un modo u otro, siempre hemos estado hablando de sueños tú y yo.

»Desde que era un crío.

»Los sueños siempre han sido importantes para nosotros.

»Porque los sueños no mentían. Eran tan reales que merecía la pena perseguirlos. ¿Eran solo palabras que se dicen por decir?

»No me lo parece, pues aún hoy me aconsejas que luche por ellos, que tenga el valor de amarlos.

»¿Me equivoco? ¿Te estoy entendiendo?

—Hijo, ¿adónde quieres ir a parar?

—Quiero escribir. Quiero convertirme en un escritor.

Suspiró.

—Sí, eso es viejo… Escritor… Escritor... La escritura… Siempre te apoyé; y te apoyaré. Espero no haber sido un obstáculo.

—Ay, no seas susceptible, joder.

—Mal empezamos.

Tomé aire. En aquel entonces, a diferencia de lo que sucede hoy, era impensable hacerte un hueco en el mundo literario si no vivías en Madrid o en Barcelona.

—Si quiero abrirme camino, tengo que irme.

—No estoy segura de entenderte.

—Irme a Madrid.

—¿Así como así?

—Así como así.

—Te arrepentirás. —Ella tenía las manos en el regazo, una sobre otra. Su mirada iba de sus manos a mis ojos—. Tienes que ser cauto. De lo que hagas ahora dependerá tu futuro.

—Te recuerdo que tú siempre me dijiste…

—Lucha por lo que quieres; pero hazlo con astucia, hazlo con inteligencia. —Se llevó el dedo índice a la sien.

—¿Podrías explicarte?

—Te ha costado lo tuyo la carrera. Sitúate. Eres afortunado. Y joven. Te lo digo para que puedas escribir algún día, tranquilamente, los fines de semana. Para que no des un paso en falso. Desde que tu padre murió… nuestra capacidad económica es muy… limitada. No soy una buena administradora.

—Los fines de semana.

—Hemos gastado mucho. Más de lo que podíamos. El piso del Paseo… La pensión de viudedad es una insignificancia. Pero tú tienes tu carrera. Ya eres licenciado. Y brillante. Eres distinto. Te conozco. Serás alguien.

—Desprecio el derecho, mamá.

Ese era yo en estado puro. Diplomático hasta el fin de mis días.

—Qué joven eres. Aun así, es duro oírtelo decir… No comprendes nada. Comprenderás cuando tengas hijos.

—Ay, mamá, no enfanguemos la discusión.

—Te dejarán. Volverán a dejarte. Ten cabeza.

Cuando dijo aquello algo se alteró en mis neuronas. Ya no hubo retorno posible.

—Estoy harto hasta decir basta de mentiras. Y de medias verdades que son como mentiras. Y de silencios que son peores que las mentiras.

—Bueno, bueno, bueno… —Entonces se levantó—. Ahora deberías tranquilizarte.

También yo me levanté. Y, además, como un tiro.

—¡Confiaba en ti, mamá!

—Por el amor de Dios. Estás…

—¡Yo confiaba en ti!

Se volvió como implorándome que parase.

—No sabes lo que dices, hijo. Algo no te funciona aquí dentro.

—Nunca me ha funcionado mejor.

—Pues haz lo que te dé la gana. No me opongo. Independízate, como tu tío. Tienes edad para ello. Siempre supe que ocurriría.

—Tu problema…

—Yo no tengo ningún problema, querido.

Era como si el aire se hubiera caldeado entre nosotros, por todo el cuarto, sobre las cosas que nos rodeaban.

Me callé con la voluntad de sosegarme. No había modo. Al revés. Se palpaba un estallido con acompañamiento de lava y ceniza. No pude más y volví a tomar la palabra. Me despaché a gusto.

—… Tu problema es que utilizas dos varas de medir. Entonces, qué valor tienen tus palabras. Creo que ninguno. Vamos a ser sinceros, mamá. ¡No tienen ninguno!

—Me estás poniendo enferma. Hazme caso. Acuéstate. —Cogió el camisón de debajo de la almohada y lo extendió sobre la colcha. Vi cómo le temblaban las manos, cómo procuraba

dominarse, vi la desorientación y el miedo asomarse a sus ojos avellana.

—¡Lucha por tus sueños!, decías. Palabras sin valor. Mentiras. Solo eran mentiras.

—Vas a despertar a la abuela —su voz mudó de tono. Tenía un sello patético. El sello de quien se hace la víctima, pensé. Y pensé: «Se va a echar a llorar sin lágrimas». Pensé: «Sabe que tengo razón». Pensé: «Engañó a mi padre, me engañó a mí».

—¡Nos engañaste! —dije, al fin.

—La abuela… —murmuró—, cállate… cállate…

—¡Sí, nos engañaste! ¡Mentiste a papá durante años!

Se quedó mirándome, con el camisón en la mano y un rostro ajeno, como desvaído, difuminado por el desconsuelo y la pena que la atormentaba.

—Señor… —la oí decir—. Por qué me haces esto ahora, Señor…

—¡Lo engañaste! ¡Lo sé todo! ¡Mentirosa! ¡Ten un poco de dignidad!

Para sus concepciones, era inadmisible que un hijo acusara a una madre en esos términos. En rigor, para sus concepciones y también para las mías. Yo estaba aterrorizado. Quería que me entendiera. Dije cosas horribles. Monté en cólera. Alcé la voz. Disparaté, golpeando la pared con el puño. Pensé: «Mi madre se va a desplomar».

Transcurrió un lapso. Se sentó al borde de la cama, dejó el camisón sobre la colcha y, de repente, cogió la almohada de mi padre, se la puso en el regazo y enterró en ella el rostro.

Poco después oí de su boca las palabras que aún vibran en mí desde entonces:

—Vete de casa. Es lo mejor. No quiero volver a verte en la vida.

Tercera parte

¿De Madrid al cielo?

Me largué a Madrid con la compañía de Heriberto Mandovani. Me fui para quedarme. Madrid se me antojaba rico en posibilidades. Rodaron los años. Siempre pasa lo mismo.

Me guarecí en mi sueño. Huía para salvarme. ¿Para salvarme de qué? ¿Para salvarme de quién?

Me llevé su ropa, las prendas que mi madre me había confeccionado. Me dejé en su casa el primer abrigo, el de color ciruela y anchos hombros, el que ya no me servía. Me ponía algo suyo y pensaba: «Olvídala. Es lo que ella quiere, que la olvides. No puede ayudarte a vivir, no puede ayudarte a escribir, ni a abrirte paso». ¿Me equivocaba?

Trabajé para la Companhia de Arte durante unos tres años, en el curso de los cuales hice un poco de todo.

Empecé como ayudante de iluminador.

Más tarde (a la vista de mi licenciatura, quién lo hubiera dicho), me adjudicaron producción, la más ingrata de las tareas en un grupo de teatro independiente y nómada.

Mi cometido, bajo la atenta supervisión de Heriberto, consistía en asegurarme de que el espectáculo saliese a escena con puntualidad. Para ello, me encargaba de la escenografía, la utilería, la búsqueda de la sala, los asuntos de prensa, los acuerdos de promociones y todos los contratos.

Elaboraba formularios para solicitud de subsidios a organismos oficiales, administraba los recursos económicos del grupo y, en particular, me hacía cargo de los hoteles y restaurantes. Las empresas, a cambio de patrocinio, o de comida y alojamiento, tenían garantizada cuñas publicitarias a modo de alocuciones que antecedían a cada representación.

Luego, cuando otros me relevaron en ese puesto, fui coautor de un par de obras con Mandovani. Incluso interpreté sin el menor garbo un papelito y, menuda ironía, acababa por

desnudarme en escena. Quizá el destino, como una suerte de escarmiento, me reservaba muy poca ropa en adelante.

Me hacía bien aquel mundo, tenía que ver con el mío; pero estaba empachado de Heriberto y sus prédicas homoeróticas, de su monomanía con la seducción y el género masculino. También yo tenía mis límites. Siempre me han gustado las mujeres. Y luego que estaba harto de no disponer de más tiempo para escribir mi primera novela.

Empecé a plantearme opciones.

Por suerte, las tareas de producción me pusieron en contacto permanente con los medios. Así que dejé al pelmazo de Heriberto y empecé a colaborar en un pequeño periódico. Después en otro. Luego en varios. Y en revistas. Hacía malabares para no renunciar a ninguna colaboración que me surgiera. Compartía piso en Aluche con estudiantes.

También asistía a cócteles culturales y a presentaciones de libros. Primero, porque en casa no me sobraba la comida; pero también para trabar relaciones.

Me acercaba a las jefas de prensa de las editoriales, que suelen ser mujeres jóvenes y encantadoras. Y a los libreros. Recuerdo con cariño a Jesús Ayuso, el propietario de la librería Fuentetaja. Y a los editores, que eran quienes más me imponían. Conversaba con unos y con otros, me hacía pasar por quien no era. Después de un puñado de presentaciones y cócteles, las mismas caras, la misma ropa soberbia de mi madre, empezaban a reconocerme.

Me acuerdo gratamente (y no tan gratamente) de algunos autores renombrados.

De las tertulias y los abordamientos espontáneos. De Paco Umbral, su capa y el Café de los Espejos (yo había leído todos sus libros, ahí es nada). De horas y horas con él, charlando. De las sugerencias que me hacía, su magisterio indudable, su lirismo, su vanidad insoportable, su piscina (a la que arrojaba los libros que le enviaban autores inéditos). De que, como autor, sus fragilidades y carencias eran su fuerza y su virtud. De que aquello era Madrid y yo un chaval de provincias con ganas de ser leído.

Y de Cela y el contraste esquizoide entre sus dos perfiles: el

castizoespañol y el anglófilo; pero a mí no me hacía gracia ni él ni su prosa ni sus libros.

Y de José Hierro y su humanidad y su acogedora casa en el Retiro, en la calle Fuenterrabía. De su eminencia y su lirismo. De su amor por la sencillez y la verdad, tanto en literatura como en la vida.

Empecé a escribir mi primera novela. Y empecé a consagrarle más horas a la escritura que a nada.

Gracias a unos y a otros, me vi colaborando como asesor para un sello editorial. *Asesor editorial* tenía empaque; pero consistía solo en redactar informes de lectura, uno por mecanoscrito. Informes que pesaban muy poco en la decisión final de los editores.

Así transcurrió esa época.

Antes de alquilar, con dos jóvenes funcionarios de la Administración de Justicia, un bajo oscuro, de renta asequible. Calle General Díaz Porlier. Muy céntrico, en pleno barrio de Salamanca.

Antes de acabar mi primera novela.

Antes de conocer a Ada, que trastocó mi mundo y cuyo padre era un adepto del gran Nabokov.

Y desde que me fui de Orense, tras siete años, no volví a saber nada de mi madre, ni de mi abuela.

Luna de miel

Conocí a mi futura esposa en Madrid, aunque era de Sevilla; el evento merece un libro aparte.

Nos casamos en 1997, al poco de conocernos, en el Registro Civil de la capital. Y lo que os contaré sucedió uno o dos meses antes de la boda, y tiene su importancia visto de manera retrospectiva. Con esto quiero dejar claro que, en ese entonces, no caí en la cuenta. No, hasta algunos años después, cuando las piezas se ordenaron.

Ada había aprobado las oposiciones de profesora de secundaria y solicitó como primer destino Madrid.

No es que estuviéramos boyantes, sino más bien cortos de pasta por culpa del alquiler del piso en Nuevos Ministerios; pero su padre (con la aquiescencia de su mujer), que, además de un gusto literario excelente, gozaba de una buena posición en Sevilla, dijo que pensaba sufragarnos la luna de miel.

«No reparéis en gastos», nos dijo. Lo cual, viniendo de un hombre hecho a sí mismo, que no pensaba ayudarnos (y lo cumplió), tuvo su mérito.

Así que empezamos a buscar viajes. Y creo que Ada y yo no discutimos tan furiosamente ni con el nacimiento de los gemelos.

Ada quería un viaje clásico y exótico. De los típicos, de los románticos, de los más demandados. Egipto, Grecia y sus islas, África y los safaris, circuitos por Tailandia o Vietnam, la Polinesia… Paquetes y combinados. *Tournées* de esa clase.

Finalmente quedó sobre la mesa la Riviera Maya. A mi futura esposa le atraía México y el Caribe perpetuo.

Y a mí todo me parecía bien; pero, un poco por disentir y otro poco por alejarme de lo meramente paradisíaco y por… qué sabe uno de las razones del corazón, profundicé con la debida seriedad en el tema de la Riviera Maya. Y luego en el

tema de los mayas. Y luego en los viajes alternativos. Y luego en el turismo cultural transoceánico. Y juro que en ningún momento fui consciente de todas, o de las principales razones, por las que me había desviado en esa dirección.

Total, que, después de investigaciones y comparativas, le presenté a mi futura esposa el siguiente itinerario de la GRAN RUTA MAYA:

1.—Llegada a Guatemala.
2.—Guatemala. Visita de la ciudad. Traslado a lago Atitlán (Panajachel).
3.—Visitas San Antonio Palopó y San Juan de la Laguna.
4.—Lago Atitlán - Chichicastenango - La Antigua. Visita de la ciudad.
5.—La Antigua - Copán (Honduras).
6.—Copán - Livingston.
7.—Livingston - río Dulce - Yaxha - área Petén.
8.—Visita Tikal.
9.—Área Peten - río Usumacinta - Yaxchilan - Palenque.
10.—Palenque - Campeche.
11.—Campeche - Uxmal - Mérida.
12.—Mérida - Chichén Itzá - Riviera Maya.
13.—Riviera Maya.
14.—Traslado aeropuerto Cancún y salida.

Ni que decir tiene que rechazó mi alternativa de viaje, por así decirlo, *cultural*.

Al final eligió; es decir, elegimos un *fly and drive* Costa Oeste USA: De Los Ángeles a San Francisco y Riviera Maya para enamorados.

Porque (rezaba el eslogan publicitario) NO HAY MEJOR ESCENARIO FINAL QUE EL CARIBE MEXICANO PARA CONSOLIDAR SU PROMESA DE AMOR.

Y todo para decir que, mientras hacía mis investigaciones mayas, mientras indagué y leí y comparé docenas de datos, uno de ellos me pasó inadvertido entonces; solo años después se engarzó en mi memoria. Tarde, demasiado tarde, encontró su sitio y arrojó luz sobre el tema.

Lo que había leído, de pasada, sin haberle prestado la

atención debida fue, en resumidas cuentas, lo que sigue:

Que el templo del Gran Jaguar, en Tikal, región de Petén (Guatemala), fue construido bajo el mandato del gobernante maya Ah Cacao, cuya tumba fue descubierta en 1962 por el arqueólogo Aubrey Trik, a la cabeza de una expedición de la Universidad de Pensilvania.

Y ahora os digo: recordad el año, 1962, porque es totalmente imprescindible.

Recordad ese año en que Aubrey Trik hace ese descubrimiento. No cometáis el mismo error que cometí yo pasándolo por alto.

El premio

Era como un espectro, mi madre.

No había posibilidades de contacto entre nosotros. Solo pesar; solo culpa; una presencia impalpable; vívidos recuerdos. ¿Existía? ¿No existía? Me acordaba de la mariposa verde y su simbolismo.

Lo siguiente que supe de ella fue en 1999.

Después de rodar por varias editoriales sin éxito, mi primera, ensimismada y mediocre novela concurrió a un certamen patrocinado por el Ayuntamiento de Badajoz.

El protocolo del fallo incluía (y conserva, creo) un ritual a tono con el espectáculo: telefoneaban en directo al ganador, sin previo aviso, y los asistentes se relamían con la espontaneidad de quien contestaba. Divertido.

Yo había, cómo no, adjuntado mis datos personales, un breve currículum y nuestra dirección a efectos de contacto. Ada y yo vivíamos de alquiler en ese entonces. Llevábamos viviendo en Sevilla un año, quizá menos. Ni teníamos teléfono, ni falta que nos hacía. En caso de urgencia acudíamos, qué tiempos, a una cabina pública.

Por otro lado, no abrigábamos ninguna esperanza de ganar un premio con la novela, pobre de mí, después de los fiascos editoriales y de la opinión que nos habíamos formado del texto.

Pero, al día siguiente del veredicto del jurado (yo no recordaba el premio, tampoco el día del fallo; tan pocas esperanzas tenía de alzarme con él), recibí un telegrama del Grupo Editorial Anaya para comunicarme la noticia.

Por supuesto, llamé al número adjunto y todo se puso en claro.

Luego viajé a Madrid por cuenta del sello editorial, conocí a quien sería mi editor y, en plena comida, me relató lo ocurrido

esa noche. En lo que había sido una gala o cena, con más políticos locales, familiares de políticos locales y amigos de políticos locales que otra cosa.

Supe que los de Badajoz rastrearon en Internet ciertos datos que aparecían en la novela, con toda la pinta de ser rigurosamente autobiográficos, y que, de una manera bastante rocambolesca, dieron con el teléfono de mi madre, en Orense.

La llamaron en los postres de la cena, para regocijo satisfecho del personal allí presente. Desde la gran sala de un gran hotel.

Descolgó mi madre. Y eso fue lo primero y casi lo último que supe. No quise saber más.

—Era tu madre —me dijo el editor que durante años sería un amigo—. No sabía, no podía saber que estaba siendo escuchada por todos los invitados, en directo.

Volví a oír la misma cantilena meses después, durante la presentación de la novela. Quisieron extenderse en relación a los comentarios de mi madre; pero les negué el disfrute. Les había hecho tal gracia, había sido una conversación tan memorable que quisieron destripármela.

Me negué a conocer los detalles, aquello que mi madre había dicho, su tono, el espíritu que impregnaba sus espontáneas frases. Les rogué que lo dejasen.

Me bastaba con haber descubierto que estaba viva. Nadie volvió a insistirme. Yo era un hijo aguafiestas y no colaboraba.

Lo único que supe, en aquel entonces, de la conversación telefónica fue que, hasta el fin, mi madre ignoró que era pública, y que sus íntimas impresiones fueron escuchadas por megafonía. Dio la mar de juego.

Desde que me había ido de casa, hasta la fecha, eso era todo lo que sabía de mi madre. Y hasta eso me quedó por saber.

Llegiu, Maleïts, Llegiu

Tuvieron que pasar otros nueve años.

Y es curioso que todo en mi vida, con pesar lo reconozco, también aquello que configuró la relación con mi madre, haya girado alrededor de los escritores y los libros.

Libros que me reorientaron en cuestiones concretas, y sin los cuales a mi alrededor los colores habrían sido más apagados; o no. Quién sabe.

Anticiparé solo que, durante esos últimos nueve años, nada supe de mi madre.

De manera que estamos en primavera de 2008. Publiqué, esta vez con Planeta, un tocho de aventuras, o de sesgo histórico, según se mire. Su título, *El veneno de Napoleón*.

Tenía la certeza de que el engendro me había quedado más o menos guapo.

No hay autor que no se engañe con lo suyo de manera sonrojante. Sus *queridas* palabras. Su *querida* obra. Su *querido* personaje. Qué ganas de vomitar.

Los autores tienen una mira telescópica calibradísima para la obra ajena; pero bizquean que da gusto para la propia.

Sobre esa novela que cito, hoy por hoy, ante la sola idea de hojearla, entraría en pánico.

Pues eso. Pau Centellas, mi agente, y el departamento de prensa de la editorial, planificaron la promoción en Barcelona. Aparte de entrevistas en emisoras de radio, se proyectó una comida de prensa en un restaurante céntrico y, a media tarde, la presentación de la novela en una librería. Pau me preguntó si tenía predilección por alguna.

Incomprensible que me viniera a los labios una sola. Y que fuera de inmediato. La librería Llegiu, Maleïts, Llegiu (en castellano «leed, malditos, leed»). Eso respondí.

Por si no habéis oído hablar de Llegiu, Maleïts, Llegiu,

estaba ubicada en la Barceloneta, en la calle de la Sal. Y os recuerdo que yo la conocía solo por carta. Una carta para mí tan maldita como el nombre que hacía honor a la librería.

Recordaba incluso el nombre del librero, Mateu Camarasa.

Mateu Camarasa, que había muerto, según la carta del corresponsal y amante de mi madre, más o menos a principios de los ochenta, pues fue entonces cuando leí todas aquellas cartas del trastero, la época en que mi madre más frecuentó Barcelona.

Lo primero que pensé fue que la librería no había sobrevivido.

Unos treinta años habían pasado desde la muerte de su carismático propietario, por hacer caso de las palabras del Señor Negro.

Pau Centellas, que era de Olot pero vivía en Barcelona desde muy joven, no tenía conocimiento de ella. Me indicó que debía reunirse con un par de editores acto seguido; pero que haría algunas búsquedas y me llamaría al día siguiente.

Di por cierto que buscaría en Internet. En esa época, yo ni siquiera estaba conectado a Internet en casa (Pau lo sabía), y ni se me pasó por la cabeza ir a un locutorio.

Era el colmo de la estupidez, por mi parte; pero tenía la impresión de que esa librería de nombre audaz y que tanto recordaba el título en castellano de la película de Sydney Pollack, era un hilo frágil pero tenso que, de algún modo, me vinculaba a mi madre. Por eso aguardé la llamada de Pau mordiéndome las uñas.

Y al día siguiente Pau me llamó al móvil.

Y su llamada hizo algo más que desconcertarme.

Me comentó que la librería Llegiu, Maleïts, Llegiu, en efecto había existido; ya no. Había estado radicada en la Barceloneta; en concreto, en la calle de la Sal. Y también era cierto que su propietario se llamaba Mateu Camarasa. Y que había fallecido. Hasta ahí mis datos eran correctos.

—Pero, Edmundo —continuó Pau—, Mateu Camarasa no falleció en los años ochenta…

—Ya. No sabría decirte el año exacto, pero a principios de los ochenta —respondí—. Te lo puedo asegurar.

—No lo asegures. Mateu Camarasa, el dueño de la Llegiu, Maleïts, Llegiu, un tipo, por lo que me han dicho, encantador y un soltero incorregible, murió en 1963. La librería murió con él.

Entonces, en ese instante, no se lo dije a Pau, pero reforcé la impresión que me había formado de aquel canalla, el Señor Negro. El amante de mi madre no solo había sido un canalla, sino un burdo falsario.

Aquel cerdo, aquel aprendiz de escritor entonces, que con los años se había consagrado como autor y convertido en uno de los más populares referentes de la novelística española.

PANAMÁ

Tenía cuarenta y dos años, y de repente tuve cuarenta y siete.

Sobre la marcha, confieso que es un espanto insufrible citar novelas propias; pero no me queda más remedio.

De jovencito, en mi primera y larga estancia en Madrid, conocí a un poetastro que era un buen profesor de Literatura, y además crítico, cuando la crítica tenía algún peso en el sector. Pues aquel hombre, cuyos versos eran reconocidamente soporíferos, decía sin empacho: «¿Defectos en mis versos? Soy crítico. Y, como crítico, reconozco su calidad».

Mejor aún la confesión de Joaquín Grau, que no se andaba por las ramas: «Estamos Shakespeare, Esquilo y yo. No hay más».

Me vienen al pensamiento las dos anécdotas cada vez que hablo de un libro mío. Qué le vamos a hacer.

En otoño de 2013, de vuelta con Anaya, publiqué *El príncipe de los piratas*. Una, digamos, genuina novela de aventuras.

Me era grato el icono romántico del pirata, la atmósfera, la época clásica de la piratería. Y me lancé. Aquí, el pirata y héroe sería español; el enemigo, el Imperio británico; y el adversario, el pirata inglés Henry Morgan. Los escenarios principales: Cádiz, la isla de la Tortuga y Panamá.

Me gustaba el proyecto; por desgracia, el resultado quedó muy lejos de lo previsto. No era una novela; era una paradoja. Parecía histórica, y no era histórica. Parecía romántica, y no era romántica. Parecía juvenil, y no lo era.

Toda una gaita. Dos años me llevó escribir esa gaita.

Meses después de publicada la novela, Auxi, una de las administrativas de la editorial, me llamó al móvil. Yo estaba en Sevilla.

—Edmundo, esta mañana telefoneó a la editorial un tal

Benigno Carreiro. Dice que es tu padrino. ¿Lo conoces? —Un cálido alud de imágenes en blanco y negro se me vino por encima—. ¿Edmundo? ¿Me escuchas?

—Auxi, es mi padrino.

—Nos dejó un teléfono de contacto.

Prefijo 988. Prefijo de Orense. ¡Dios mío! ¡Benigno! Benigno, que me enseñó a flotar como un alga en las olas de Lapamán, Pontevedra. Algo mayor que mi padre, en 2013 rondaría los ochenta.

Esa misma tarde marqué el número. Alguien descolgó. Una voz masculina.

—¿Benigno, por favor?

—Al habla.

—¡Benigno! ¡Alabados sean los dioses mayas! Soy Edmundo, tu ahijado.

Se rio con aquella risa suya de fumador o cañería averiada.

—*¡Filliño!* —Qué término tan gallego para referirse a los hijos. Puesto en los labios de un gallego emigrante tenía aún más alma, si cabe—. Llamé a tu editorial…

—Lo sé, padrino, lo sé. ¿Cómo estás?

—Tirando. No hablemos de achaques. Leí tu libro, *El príncipe de los piratas*.

—Padrino, ¿sabes algo de mi madre? ¿Sabes algo de mi abuela?

En ese punto conjeturé que mi madre no había tenido el feliz detalle de contactar con su hijo para avisarle de la muerte de la abuela (y quedaba probado que era fácil localizarme); o bien mi abuela tenía ciento ocho años, lo que parecía muy poco realista.

—¿Yo? *Meu neno*. Pero si ya no salgo de casa… ¿Por qué? ¿Se encuentran mal?

Flotaba en otro mundo. Más plácido, más sosegado.

—Qué va. Olvídalo. Leíste mi novelita.

—Mejor: la leí y me la leyeron.

—Vaya.

—Mi Panamá Viejo y su catedral. La selva y el río Chagres. El castillo de San Lorenzo y la flota de Morgan. Me gustó.

—Me acordaba de ti escribiéndola.

—Como la vista me falla, María José y Conchita se turnaban para leerme.

María José y Conchita eran sus dos hijas gallegas, de Orense, mayores que yo. Las había conocido en mi infancia. Una llamarada de emoción me atravesó.

—Dales un abrazo de mi parte, padrino. Dales un beso. Dales muchos besos.

—Sí, claro; pero… mira. Te llamaba para felicitarte por tu libro, primero. Y, a la misma vez, quería zanjar contigo una deuda. Porque te debo algo. Y viene de lejos, *meu,* de muy lejos.

—Tú no me debes nada, padrino. Faltaría.

—Pasó el tiempo y se me olvidó. Y luego, un día, pues me acordé. La busqué y, al no encontrarla, ya supuse que la había perdido. Tanto viaje y trajín. Ni me acordaba. Y la otra tarde, tal cual, me la vi archivada entre papeles viejos. Aún la conservaba, puesto que, en su momento, me la había quedado, ¿comprendes ahora? No llegó a su destinataria. Ni siquiera fue preciso que llegase. Tu papá optó por decirle en persona lo que tenía que contarle.

—Benigno, me tienes en ascuas. No entiendo nada.

Lo escuché resollar.

—Estoy hablando de la única carta que tu papá le escribió a tu mamá. Y fue antes de que se casaran. Sabes que no era muy dado a escribir tu papá. Y mira que yo lo animaba. Sobre todo cuando estuvo destinado por ahí, en el País Vasco, o en Cataluña, o Extremadura. Los motoristas de Tráfico eran muy jóvenes. Iban de acá para allá.

»La cosa es que esa única carta me la entregó en mano, y en Orense, para que yo se la diese a tu mamá en persona. Porque a él le daba mucha vergüenza. Estábamos de vacaciones. Yo a tu mamá aún no la conocía. Él me dio su dirección y no quiso explicarme nada; que ya más adelante me explicaría. Fin. Ya sabes cómo era tu papá. Pero, en el último momento, fue y se arrepintió.

—¿Se arrepintió? —pregunté.

—De la carta. Me hizo jurar que no se la entregaría a tu mamá. Lo que tenía que hacer, me dijo, prefería hacerlo

personalmente. Y no me preguntes el qué. Era muy reservado. Así que conservo la carta en su sobre, sin abrir, como él me la confió. ¿Me disculpas por no haberte avisado antes?

Yo alargué un poco la pausa, fue sin querer. Y como Auxi, la administrativa de la editorial, había hecho, también Benigno me preguntó si aún seguía ahí, en contacto, o me había dormido.

—¿Edmundo?

Pero yo tenía un nudo en la garganta, los ojos nublados y me zumbaba la sangre en los oídos.

Y, oyéndole hablar, con su deje mitad galaico, mitad centroamericano, adiviné que su voz provenía, no del otro lado de la línea, sino del otro lado de un tiempo en que él y yo flotábamos en las aguas salobres de Lapamán, y envueltos, mecidos por sus olas, nos dejábamos llevar por las suaves corrientes, cara al cielo. Un cielo sin nubes y azul, azul como la eternidad.

Carta a una desconocida

Le di mis señas en Sevilla y agendé el teléfono de Benigno. En los días que siguieron hice acopio de paciencia y esperé rodeado de inquietudes.

Al cabo de semana y media o dos, recogí en el buzón un aviso de Correos con la nota: «Ausente».

Fui a la delegación asignada, firmé el recibí y regresé al piso con mi tesoro. Era un sobre de tamaño medio; más bien grande.

Se lo entregué a mi mujer para que lo abriese y crucé los dedos. Porque yo vislumbraba que el azar movía los hilos, y el azar es algo que, a ciertas edades, impone a base de bien.

Ada me devolvió el sobre sin abrir, con delicadeza me pasó la mano por el rostro y asintió con la cabeza antes de decirme en un susurro:

—Si me necesitas, ya sabes donde estoy.

La cuestión es que yo no tenía ni idea de qué podía encontrarme ahí, dentro de ese sobre de buen tamaño, con destinatario y remitente escritos a pluma, una caligrafía no muy legible. Y, en apariencia, tampoco Benigno lo sabía.

La única carta que mi padre le había escrito a mi madre de solteros, lo que es tanto como decir: la única carta que mi padre le había escrito en su vida a mi madre. Apabullaba.

Ese hecho, fielmente documentado, para mí representaba un enigma mayor que la existencia de vida inteligente en el universo. Con esas coordenadas, cómo no presentir que algo cambiaría de manera irremediable. Sudaba frío. Me ardían los ojos. Sentía en los dedos mis propios latidos cuando rasgué el sobre.

Extraje un folio doblado por la mitad y un sobre pequeño, un sobre tamaño estándar.

La cara interna del folio contenía unas pocas frases escritas

con la misma grafía del sobre grande y, más que probablemente, con su misma pluma. Firmaba: «Benigno Carreiro. Tu padrino».

El sobre tamaño estándar era de un blanco amarillento y estaba cerrado. Nada en el reverso; en el anverso, tan solo un nombre y dos apellidos escritos con los ringorrangos propios de la letra historiada de mi padre:

Mary Conde Mir

Después de leer las efusivas frases de mi padrino en su nota, abrí el sobre tamaño estándar y me zambullí en una carta sin fechar, fuera del tiempo:

Apreciada Mary:

Usted no me conoce a mí; pero yo sí la conozco a usted, de alguna forma.

Mi nombre es Pejerto Díaz Pereira, y aunque soy de Orense, resido en Barcelona, en donde estoy destinado como motorista de la Agrupación de Tráfico.

Estos días estoy de vacaciones en Orense (mejor dicho, en Los Peares, un pueblo de donde son y en donde viven mis padres), y el caballero que le hace entrega de esta carta es mi buen amigo Benigno Carreiro.

Le agradecería una barbaridad que me concediera una cita para tomar un café, y para que así pudiéramos charlar sobre algunas cuestiones de interés mutuo. Si fuera tan amable de transmitirle su respuesta, en uno u otro sentido, a mi buen amigo, me quedaría contento y aliviado.

En estas letras, tan solo me atrevo a decirle dos cosas. Le ruego que no se irrite mucho conmigo.

Una. Que adoro las mariposas verdes. Que solo puedo lamentar que quien regala una mariposa verde no esté a la altura de lo que significa. Y también decirle, solo para que usted lo sepa, que si tuviese que regalarle a una muchacha que aprecio algo de verdadero valor, algo que me comprometiera sin vuelta atrás, sería el colgante de una mariposa verde… Y que nunca le pediría que me la devolviera. Sin ánimo de ofender se lo digo.

Dos. Conozco al Señor Negro (naturalmente, mi padre aludía al nombre y al apellido que configuraban el pseudónimo que utilizó el futuro novelista de éxito, muy al principio de su carrera como periodista, y también en las cartas de amor). *Lo conozco, sí. Y le confieso, sin temor a equivocarme, que no debe fiarse de ese hombre porque es un embustero. Si en un futuro, ojalá no sea el caso, recibiese usted cartas de ese hombre, de ese embustero, aunque esté feo que yo lo diga, arrójelas a la basura sin leer. Más todavía, si me concede la oportunidad, le daré pruebas de que el Señor Negro es una persona que no es ni será nunca merecedora de su confianza.*

Atentamente

Pejerto Díaz Pereira

Apreciada Mary:

Usted no me conoce a mí; pero yo sí la conozco a usted, de alguna forma.

Mi nombre es Peferto Díaz Pereira, y aunque soy de Orense, resido en Barcelona, en donde estoy destinado como motorista de la agrupación de Tráfico.

Estos días estoy de vacaciones en Orense (mejor dicho, en Los Peares, un pueblo de donde son y en donde viven mis padres), y el caballero, que le hace entrega de esta carta es mi buen amigo Benigno Carreiro.

Le agradecería una barbaridad que me concediera una cita, para tomar un café, y para que así pudiéramos charlar sobre algunas cuestiones de interés mutuo. Si fuera tan amable de transmitirle su respuesta, en

Un coloquio indeseable

Unos meses después me invitaron a participar en un coloquio de escritores en Santiago. De no haber sido por eso, habría dejado que la cosa se quedase como estaba: inexplicable y confusa.

Ya bastante dolor nos habían infligido las cartas del Señor Negro y su relación con mi madre. Ya bastante dolor para que una vieja misiva de mi padre viniera a liarlo más todo.

Observaréis que cuando digo «inexplicable y confusa», pienso en el hombre que yo era: un hijo resentido que, treinta años antes, había defraudado en lo más profundo a una madre, que, a su vez, no deseaba volver a verlo.

Y, por eso, me resistía. «Deja en paz el pasado. No entres en análisis. El pasado siempre es misterioso y está vivo», me decía. «No se deja atrapar. Adquiere forma de viñetas que envejecen y cambian con los años. No quieras convertir las viñetas en fotogramas. No seas peliculero. Es sabio el olvido. No te metas en camisas de once varas. Si lo haces, todo se irá a la mierda de nuevos e inimaginables modos». Y así.

Después de treinta años y una madre anciana, lo más indicado era no mover un solo dedo.

¿Que era una sacudida que mi padre hubiera conocido al Señor Negro?: Que lo fuese. Deja en paz el pasado, o te verás reformulando preguntas:

¿Qué relaciones hubo entre los dos y por qué mi padre se había formado una impresión tan calamitosa del Señor Negro?

¿Trataba de alertar mi padre a mi madre antes de casarse? ¿Alertarla sobre lo que el Señor Negro pudiera hacer (e hizo) en un futuro? Y, ¿por qué? ¿Amaba el Señor Negro a mi madre, o su jugada era solo hacerle daño a mi padre? ¿Cómo sabía mi padre que el Señor Negro era un mentiroso contumaz, algo que yo había verificado por comentarios de sus cartas,

como sus colaboraciones para diarios de Barcelona, o el asunto de la emblemática librería Llegiu, Maleïts, Llegiu, y su no menos emblemático propietario, Mateu Camarasa? ¿De qué iba el Señor Negro?

Y, por lo que respecta al colgante de la mariposa verde al que aludía el seductor en una de sus cartas, y en la que, si yo recordaba bien, se permitía aconsejar a mi madre que lo conservase, ¿no era más que posible que hubiera sido un obsequio de mi padre, antes o después de casarse con ella? Y ese colgante, de cuya existencia no había tenido yo conocimiento, ¿lo conservaría mi madre aún?

Dejé el tema en paz hasta que, unas semanas más tarde, en Toledo, invitado a una mesa redonda sobre los índices de lectura y la sobredimensión del sector editorial en España, me enteré de lo siguiente:

Fue después del acto, en la cena. Organizadores, novelistas y editores. Una cena patricia. Nos reíamos hablando del *bolo* o *bolos,* que, como sabéis, gira, o giran, en torno al concepto de actuación pública. En el caso de los escritores: conferencias, talleres, debates, encuentros con lectores, qué sé yo. Un recurso para obtener ingresos en épocas de vacas flacas.

Alguien comentó, como de pasada, que una asociación de alumnos de la Facultad de Filología de Santiago (quizá deba decir *Filoloxía,* o me decapiten) buscaba autores para una mesa redonda sobre novela negra. Aunque les deseamos suerte, nos desternillamos no sólo a causa del orujo, sino también porque el nombre elegido para la asociación era una prueba de la chispa de sus miembros. Y entonces, el colega repuso que, según le constaba, ya habían captado ni más ni menos que al Señor Negro. Todo un logro, por lo demás. Y dejó de hacerme gracia.

—¿A quién dices? —pregunté dando un respingo.

—Pues al Señor Negro —naturalmente, no dijo: *al Señor Negro*.

Al día siguiente, de vuelta en Sevilla, llamé a Pau Centellas y le comenté lo que me habían filtrado.

—Pau, ¿podrías hacer alguna gestión para que me inviten? La tarifa me importa una mierda.

—¡Ostras! ¿Y eso?

—Quiero revivir el ambiente universitario. Por unas horas.

—¿Y sabes algo de ese colectivo de estudiantes?

—Pertenece al Departamento de Lengua y Literatura españolas.

—¿Y qué más?

—Divulgación artística, cultural y crítica. Publican una pequeña revista.

—¿Cómo se llama?

—Recibe el mismo nombre de la asociación.

—Ah, fantástico. Dame el nombre.

No tenía ganas de reírme. No quería ni pensar en la trascendencia del paso que estaba a punto de dar.

—Con Prosa, pero sin Prisa.

—Prisa no tengo, te lo aseguro. Hoy estamos la mar de tranquilos, Silvia y yo.

Silvia Bastos era su socia, y quien daba nombre a la agencia literaria.

—Pau.

—Dime.

—Con Prosa, pero sin Prisa. Es la denominación del colectivo de estudiantes.

A mí no me hacía puta gracia; pero a Pau le costó lo suyo ponerse freno. Estaba retorciéndose de risa. Me lo imaginaba frotándose los ojos con los puños.

Última llamada

Unos días antes de tomar el vuelo a Santiago para intervenir en el coloquio de la facultad, cedí a la tentación.

Como los astros se alineaban y yo había optado por ir al encuentro del Señor Negro, pensé en corroborar una sospecha. Quizá fuese poco inteligente. Quizá me pondría más nervioso; pero necesitaba saber. Y era un detalle. Solo un detalle: ¿Dónde se había hospedado mi padre cuando estaba destinado en Barcelona?

De forma que cogí mi móvil y llamé al número de mi padrino, el estático con prefijo 988 de Orense.

Oí la misma y entrañable voz de pocos meses atrás.

—Benigno, ¿eres tú?

—Al habla.

—Benigno, soy Edmundo. Tu ahijado.

Por un lapso muy breve tuve la convicción de que él estaba aturdido. Y de que yo era un gran hijo de perra incordiando a un señor mayor con anécdotas de un pasado inmemorial.

—Ay, Edmundo... Muchacho. Entonces, ¿cómo vas?

¿Recordaría mi padrino la carta que me había enviado; o me había hecho enviar?

—¿Te llegó la misiva de tu padre? —Era una voz sin fuerzas la suya, como fatigada.

—Me llegó. Te lo agradezco en el alma. Precisamente, quería preguntarte, padrino... ¿Estoy siendo inoportuno?

—A mi edad, inoportunos son los achaques. Cuenta.

—Mi padre… —Y me detuve a pensar.

—Tu papá.

—Cuando estuvo destinado en Barcelona…

—No tengo memoria de que mi *compa* estuviese destinado en Barcelona. En Cataluña, sí. En el País Vasco. En Extremadura, creo que también.

Daba igual. Yo sabía que había estado destinado en Barcelona.

—¿Se alojaba en cuarteles del Cuerpo, padrino?

—¿En cuarteles?

—No sé. ¿En pabellones de la Guardia Civil?

—Que yo sepa, nunca. Tu papá era muy suyo. Independiente.

—¿Entonces?

—Por ahí fuera, tu papá siempre se hospedaba en pensiones.

Regreso al pasado

No ignoro que, de una forma u otra, todos volvemos al pasado; pero ¿esto?

Esto era volver como para quedarse. Temerario. Volver sabiendo que, pasara lo que pasara, averiguara lo que averiguase, la experiencia me trastornaría.

El avión aterrizó en el aeropuerto de Santiago sobre las ocho y media de la mañana.

Tenía libre medio día. Hasta la seis de la tarde. El coloquio, a las siete en el salón de actos de la Facultad de Filología (o *Filoloxía*). Cena con los miembros de la asociación de estudiantes, un par de profesores y los intervinientes en el coloquio, incluido el Señor Negro.

Desayuné en el Café Casino, en la *rúa do* Vilar, casco antiguo. Igual que entonces, cuando los amigos merendábamos juntos, antes de salir de copas.

Luego, como avancé por ahí atrás, me dirigí hacia el campus sur, de donde una parte de mí no se ha ido nunca. Me quedé horas sentado en un banco de la plaza Rodríguez Cadarso, entre los tres colegios mayores, abandonado a un instante de una pureza inmarchitable. ¿Qué esperaba? ¿Qué esperé durante esas horas?

Comí en cualquier parte, consumido por dentro, mareado en el alma.

Deploraba la mayor parte de mi vida.

Haber despilfarrado el amor de los míos, la fe de quienes habían depositado en mí, ya no digo su esperanza, digo su ternura, y esperaban una cierta clase de gratitud por mi parte. No veía más que equivocaciones en mis actos, huidas, mentiras, errores y más errores que desafiaban la edad de la inocencia y la edad de las experiencias. Una voluntad carente de compasión y grandeza, inspirada en una idea de gloria y

posteridad que no cabe en nuestro tiempo. Leal a qué; a cero. A nada que hubiera merecido la pena, a nadie que hubiera merecido lealtad. A caballo entre varias soledades, he sido aquella sombra que buscó en las páginas una luz, algo que no supo encontrar lejos de ellas.

Me preguntaba si me reconocería el Señor Negro.

Un escritor eminente de setenta y tantos años, ¿iba a reconocer en el hombre de cuarenta y ocho que yo era al niño de quince que lo había agredido en las Ramblas? ¿Recordaría mi nombre? Ni siquiera, en aquel momento, tenía la seguridad de habérselo revelado.

Y lo cierto es que no disipé mis dudas hasta que nos presentaron, ya en la facultad.

Llegó el último.

Lo vi acercándose con alguien por el corredor que daba acceso al salón de actos. Y porque uno de los estudiantes me lo dijo: «Ahí viene». De lejos, no lo reconocí pese a las fotos y apariciones más o menos regulares en las cadenas de televisión.

Lo acompañaba el profesor que dirigía el departamento, me explicaron. El otro docente estaba con nosotros, los tres escritores restantes y la asociación estudiantil Con Prosa, pero sin Prisa al completo (dos chicas y dos chicos).

Nos estrechamos la mano. No aparentó reconocerme. No me reconoció ni de coña.

Conservaba el encanto, la voz profunda, la sonrisa. Envejecido, degustaba, si acaso, el triunfo que anhela todo escritor, y que yo anhelaba todavía, en secreto y sin osar admitirlo. En mí no encontraría a un incondicional.

Permitidme que vaya al fondo del asunto; no sin antes agregar que el salón de actos estaba de bote en bote, que las intervenciones más celebradas fueron las suyas y que yo lo aborrecí a base de ingenio y *boutades;* lo cual es siempre un error de cálculo en tiempos en los que a nadie escandaliza el cinismo, el mal gusto y la irreverencia.

No me justifico; pero me encontraba alterado sabiendo, como sabía, lo que me esperaba después del coloquio; o por la noche, en cuanto se me presentase la oportunidad. Este

rifirrafe en público, con los micrófonos abiertos, da una idea:

—A mí no me interesa el género negro; en realidad, ningún género me interesa. La obra es lo que me llama la atención —dije, y me quedé tan tranquilo.

—¿Y qué obra llama tu atención? —preguntó el Señor Negro.

—Concreta. Una concreta.

—Que será adscribible a un género, seguramente —replicó.

—No veo por qué.

—Total, que no eres hombre de géneros. —Risas generalizadas.

—No creo en ellos.

—¿No crees en los géneros?

—Creo en los híbridos.

—Una fe muy restringida.

—Me pasa igual con los colegas de oficio.

—¿Colegas? —Me miró todo lo arriba y todo lo abajo que podía, dada la posición sedente. Rebosaba estupor por los ojos. La gente se lo pasaba bomba.

—No creo en la amistad entre escritores —afirmé—. Habrá; pero las excepciones confirman la regla.

—Y ese descreimiento, ¿es parte de tu problema con los géneros? —preguntó él.

—No veo la relación —dije.

—Yo tampoco. Pero entonces, querido mío, si no es mucho preguntar, qué haces en un coloquio que versa en torno a un género del que descrees y en el que participan colegas tuyos.

La reacción de la peña fue de las memorables. Podéis creerme.

El Señor Negro

—Me asombra tu invitación —dijo el Señor Negro, que rebosaba suficiencia por todos sus poros. Escanció su agua con gas en el vaso—. Y tu contumacia. La atmósfera del coloquio no presagiaba un encuentro como este.

¿Quién coño dice «contumacia» en una conversación normal?

¿Iba a ser esta una conversación normal? Tampoco era mala pregunta.

Pese a las tentaciones, mejor no describiré su físico. ¿Para qué? Con ello no expongo ni comprometo a nadie.

—Pongamos las cartas boca arriba —me animé.

—Adelante.

—Verás, tú y yo ya nos conocíamos. —Por una vez, aquel hombre experto en réplicas se contuvo. Yo lo había leído a lo largo de los años como el que explora una muela rota con la punta de la lengua, con sensaciones encontradas.

—Mira por dónde.

Me había resuelto a llevarlo al Café Derby, en la plaza de Galicia. Nuestro predilecto en los días de la universidad, en donde los amigos discutíamos y sentábamos cátedra. El legendario café, ahora cerrado, en donde Valle-Inclán desayunaba un cóctel *porto-flip* y dos pastas de la confitería Mora.

—Nos presentamos y todo.

Yo había pedido un oporto. Por Valle. Por la tradición. Por los tiempos idos. Para ponerme a tono con el drama que presentía inminente. Y porque un agua con gas en el Derby me parecía un agravio al dios de la poesía y demostraba, o una carencia de espíritu báquico, o una mezquindad realmente asquerosa.

De un trago me bajé la mitad de la copa.

—Nada excepcional, entre gente civilizada —comentó.

—En Barcelona. En las Ramblas.

—Pareces un narrador de novelas de suspense.

—Mierda para los géneros.

—Una cosa sé. Que eres un joven, ya no tan joven, de ideas fijas.

—Yo tenía quince años.

—Como en la canción.

—Y te agredí.

Me bajé lo que quedaba de oporto. Pedí una segunda copa. Fulguraban de inquietud sus ojos. Sus réplicas perdían agilidad, perdían ingenio. Miraba y remiraba procurando descubrir en mí al asesino oculto, que intuía.

El camarero me sirvió de nuevo. Propuse un brindis en solitario:

—Por ella. —¿Había un fulgor nuevo en su mirada?—. Mary Conde Mir. Modista. Esposa y madre. Y amante.

Dejó transcurrir un lapso.

—Mary Conde Mir… —titubeó—. Las Ramblas. El niño que me agrede. Bien, las cartas boca arriba.

Posé la copa con estrépito sobre la mesita de mármol.

De nuevo se abrió un paréntesis. Ahora un largo paréntesis durante el cual el Señor Negro, lo vi cristalino, se puso a ordenar ideas atropelladamente.

—Sedujiste a mi madre —comenté con la naturalidad con que uno se refiere a un mal clima—. Le escribías cartas.

Tosió. Se quitó las gafas, extrajo un pañuelo, con él se limpió los cristales y después se lo pasó por la frente. Se puso las gafas, guardó el pañuelo y tomó aire.

—¿Cuándo le escribí cartas, hijo?

—En los años ochenta. Mantuvisteis una relación.

—Ya veo —había bajado el tono sin perderme de vista. Supuse que si no se levantaba era lisa y llanamente por temor. Temor físico a que le agrediese. Como aquella vez—. En definitiva, sigues siendo el niño de las Ramblas. No hay otra explicación.

—Dime POR QUÉ. Solo POR QUÉ.

—¿Te importaría ser más preciso? —me interrogó.

—Por qué TODO. Por qué ella. Por qué él. He sabido, sé con certeza que mi padre y tú os conocisteis. ¿Por qué seducir a su esposa? ¿Por qué convertirla en tu amante?

Volvió a sacar el pañuelo. Volvió a secarse, también las manos. Volvió a guardarlo.

—Necesitas el diván de un psiquiatra —dijo en un susurro. Se aclaró la voz. Su respiración era casi el jadeo de un anciano. Y a mí no me cabía una gota de piedad en el pecho: tenía la sangre fría de un sicario—. Tu padre, dices. ¿Quién es tu padre? ¿Cómo se llama tu padre?

—Murió. Entre los dos lo matasteis. Pegerto Díaz Pereira.

Cerró los ojos y entrelazó las manos bajo la barbilla, con el pañuelo entre ellas, los codos apoyados en la mesa, y suspiró. Se estremecían sus párpados.

—Pegerto… Sí… Eso es… Pegerto. Un nombre de veras insólito… Un nombre que no he vuelto a escuchar.

—¿Os conocisteis en Barcelona? —pregunté.

—¿Y dices que tu padre y Mary se casaron? —Seguía con los ojos cerrados.

—¡Responde! ¿Os conocisteis en Barcelona?

Claudicó por miedo al escándalo. Algunos lo miraban desde otras mesas. Lo reconocían. Eran las once y media de la noche.

—Sí… en Barcelona. Vivíamos en la misma pensión.

—¿En Barcelona?

—Estaba allí destinado.

—¿Vivíais en la misma pensión?

—Sí… Yo era un aprendiz de novelista. Estaba en los comienzos. ¿Cuándo se casaron tus padres, hijo?

—En el 65. No veo la relevancia.

Abrió los ojos, recién salido de un sueño.

—Se había enamorado de una chica de Orense, como él. Una chica que nunca había visto, que conocía solo por las fotos de la prensa gallega. Estábamos, más o menos, a principios de los sesenta. Por encargo de tu padre, yo escribía cartas a la joven y firmaba con pseudónimo. Él estaba de acuerdo. Era muy tímido. No quería que apareciera su nombre; pero tampoco el mío, por supuesto.

—Señor Negro —dije; bueno, no dije: «Señor Negro», ya

sabéis. Mencioné el pseudónimo.

—Sí, sí… Señor Negro. Después, durante unos años utilicé ese pseudónimo para firmar artículos de prensa. Me hacía gracia. Duró poco.

—Sigue.

—El personaje de las cartas no era yo; ni era tu padre. Era, hasta donde recuerdo, un personaje imaginario. El personaje en quien de buena gana le habría gustado convertirse. Su reverso, y también su paradigma. Él me daba las ideas; yo las ponía por escrito. El contenido era suyo; la palabra mía. Acabó odiando al Señor Negro con el mismo ardor con que tú odias los géneros.

»¿En serio se casó con ella? No te estarás burlando…

Había perdido toda arrogancia. Frente al malentendido que es la vida, la arrogancia no es un buen traductor, no tiene mucho alcance, razón de ser.

—Todo mentira —reflexioné en voz alta.

—Él tenía motivos para pensar que estaba engañando a la joven. Que no podía continuar con eso, con las cartas.

—¿Mi madre y tú os conocisteis personalmente?

—Oh, nunca. Nunca. Te doy mi palabra. Yo solo fui un escribiente.

—¿Y por qué no fechabais las cartas? —Era una pregunta retórica, pues comprendí (o me figuré) la verdad, con la aversión que mi padre le tenía al paso del tiempo, a los almanaques y a los días y fechas señalados.

—¿Ah, no? Quién sabe. Hace más de cincuenta años, hijo. Y tampoco me esmeraba mucho. Tu padre me pagaba por línea. Y, por cierto, me pagaba muy bien. Era espléndido. Y yo necesitaba la pasta. —¿Espléndido?, pensé yo—. Me daba indicaciones muy precisas, tenía buenas ideas. Tu padre hacía esquemas detallados, resúmenes de cómo tenía que ser la biografía del tipo: su carácter, sus principios, sus estudios, su trabajo, sus lecturas, sus opiniones, sus *hobbies*… Todo se lo inventaba él. Yo tardaba poco en escribirlas.

»¿Comprendes? Eran malos tiempos. Yo no había publicado aún. Y él era generoso. Y estaba colado por la chica. Como funcionario militar, cobraba un salario fijo; mientras que yo

era un aventurero de las letras. ¿De veras son tus padres?

—¿Cuántas escribiste?

—¿Cartas? Oh, pues… muchas. Como tú comprenderás… No sabría decirte… Docenas. Eso seguro. Docenas.

Me pregunté por qué mi madre había conservado únicamente ocho. Había tantas razones para ello…

Supe que nunca conocería la respuesta; sin embargo, entendí por qué, según el Señor Negro, mi padre tenía la impresión de estar engañándola, tras docenas y docenas de cartas; y, es más, comprendí por qué había decidido escribir de su puño y letra una auténtica. La carta que guardó Benigno era la carta de un amante platónico que se arrepiente de haber ido demasiado lejos, la carta de alguien que no se fía de sí mismo y teme caer de nuevo en la tentación.

Me quedé mirando los ojos del Señor Negro y empecé a sentirme mal. Hasta en eso había mentido, porque claros, verdes, no eran sus ojos; ni su tez como la describiera en una carta, ni su pelo ondulado. Eran los ojos y el físico de mi padre a los que el escritor se refería.

Me levanté pesadamente con la intención de ir al baño; pero, de pronto, al pie de la mesa, en el Derby, el café de nuestra juventud perdida, de nuestra época heroica, experimenté una violenta náusea. Sentí asco, sentí alivio, las fuerzas me abandonaron y me puse a vomitar como un perro.

COSME

Y ahora que el tiempo, por su cuenta, había hecho de todo, ¿qué podía yo hacer?

Cuando una certidumbre se derrumba, aunque sea la certidumbre de un dolor, su ausencia da pie a que se tambaleen otras. Se viene abajo una: ¿Por qué no las demás?

Me pregunté si podía hacer algo, si debía hacer algo. Eran preguntas distintas. Me sentía desposeído y desorientado.

Podía llamar a mi madre y decirle: «Hola, mamá. Te llamo para decirte que un malentendido me tuvo engañado los últimos treinta años y, sin que tú lo supieses, provocó nuestras peleas, dio lugar a nuestra ruptura y, por fin, resultó que eras inocente».

Pero no se dicen ese tipo de cosas a una madre que ronda los ochenta. Y con la que no te hablas, encima, desde tu prehistórica juventud.

Me justificaba de este modo: no fue solo eso. Hubo mucho más. Era el carácter. Os amabais, os entendíais; pero no os tolerabais.

Mamá, yo pude, o tal vez, *debí* intentar acercarme sin tantas explicaciones. Abrirme camino hacia tu casa, que fue también la mía, estrecharte contra mi pecho hasta el punto en que los brazos se entumecen, sin palabras que todo lo enredan. Debí haberte rescatado y haberme redimido. Debí haberte sacado de la edad y de la miseria, de los años oscuros y las horas tristes; no obstante, después de tanto tiempo, hay que ser muy fuerte o muy loco para semejante iniciativa.

Pasaron muchos meses. No hice nada. «Mi hijo va a volver. Por eso hay que esperar». Era la frase de película que yo me figuraba en sus labios. Y las dudas me desgarraban por dentro.

No tenía tampoco la seguridad de que estuviera viva. Busqué su esquela en Internet. Respiré con alivio, con

vergüenza, con remordimiento, con asco por ser el hijo que fui, por ser el hijo que era.

Estábamos en 2015 y mi última novela obtuvo un premio.. Alguien debió de equivocarse.

Lo cierto es que se benefició de estar en el momento y lugar precisos. Cualquier triunfo, por ridículo y modesto que sea (y mira que es ridículo y modesto un triunfo literario) requiere de unos cuantos estímulos a tener en cuenta, el más digno y subrayable de los cuales os lo digo ya: la potra.

O con otras palabras: la suerte, la oportunidad, la casualidad. No busquéis por otro lado.

Era julio.

James Salter, el novelista norteamericano, el autor de *Años luz* a quien muchos admiramos había muerto hacía poco. Con el pretexto del premio, que tenía una cierta repercusión, fui invitado a dar una conferencia sobre el autor de *Años luz* en un instituto de Santiago. Siempre Santiago.

Sería a la vuelta de las vacaciones, en octubre. Hablaría de Salter, hablaría de literatura, hablaría, si se daba el caso, de mi libro. Acepté. Y llegó octubre.

El acto tuvo lugar por la mañana y fue un éxito de organización. El profesorado, los chicos, el entorno. Hablar de Salter me reconcilia con la vida y la memoria. Hablar de *Años luz* y su final me arranca lágrimas de consuelo, lágrimas de perdón. No son lágrimas sensibleras las que propicia Salter. «Leed a Salter», aconsejé a los chicos.

Cuando el protagonista de *Años luz*, al final de su vida, regresa a los alrededores de su antigua casa, aún en pie, y atraviesa el frío bosque, todo ha cambiado. Se siente ajeno a una naturaleza que no lo reconoce. Hasta que tropieza con una vieja tortuga. Era *su* tortuga, una de las mascotas de sus hijas. La recoge, la alza del suelo. Aún se leen las iniciales grabadas en su concha, y entonces sucede algo y el lector suspira, como suspiran los árboles del bosque.

Por la noche dormí en Santiago.

El departamento de prensa de mi editorial me alojó en el hotel Virxe da Cerca, pues había convocado para el día siguiente, por la mañana, a varios medios. Todo formaba parte

de la promoción de mi libro en Galicia, y ese hotel, por sus dependencias y su jardín, resulta ejemplar para entrevistas y filmaciones.

Yo sabía, cómo no, que Cosme Seixalbo, mi amigo de juventud (con quien no había vuelto a hablar desde entonces), trabajaba en la RTVE en Galicia; pero no sospechaba que viviera en Santiago, y menos aún, que él, en persona, me haría la entrevista.

Era un viernes, no teníamos mucho tiempo para charlar. Nos abrazamos.

Después de su entrevista, aún quedaban algunos medios por atender y Cosme se iba a Orense, a visitar a sus padres. Además, él me miraba como el bosque al anciano de *Años luz* antes de tropezar con la tortuga. Y tenía razón.

Me había largado un buen día y había cortado los puentes. Su mirada era un vivo reproche a mi actitud de entonces.

Hicimos un breve repaso a los últimos tiempos. No sabíamos por dónde seguir. Hablamos de su familia y de mi huida, y en el último instante me atreví, con franca desvergüenza, a pedirle un favor.

—¿Podrías averiguar si esa mujer, Fiona, aún vive allí?

Le di el número del portal de Fiona y el piso. Frente a la casa de mi madre.

—¿Quieres que visite a tu madre? —me preguntó. Lo pensé; pero yo conocía la respuesta antes de pensarla.

—No, por favor. Averigua solo si Fiona sigue viviendo allí. Pídele el teléfono.

¿Sería Fiona mi tortuga?, me pregunté.

El ángel de los Cárpatos

Unos días más tarde supe, por Cosme, que mi abuela había muerto años atrás, a principios de 2000.

Supe que mi madre vivía sola, sin asistencia de ninguna clase, en el mismo y humilde piso de la avenida de Portugal.

Supe que Fiona aún residía en el edificio de enfrente, que su hijo Andrei había fallecido y que se acordaba de mí.

Supe que no había puesto objeciones a dar su número de móvil a Cosme Seixalbo para que me lo pasara.

Y que la idea de que hablásemos le gustaba.

Agendé su número y le envié un wasap de saludo acompañado de afables emoticonos. Le pregunté, seguidamente, si podía llamarla y cuándo.

Al cabo de unas horas recibí su respuesta.

«Eddmundo. Hola. Cuando usted quierra».

En aquella mujer, con años y años de residencia en España, y en la forma que tenía de transcribir su peculiar castellano, distinguí uno de los atributos que refuerzan mi esperanza en nuestra especie: la pura y simple obstinación.

La llamé antes de cenar y charlamos alrededor de media hora.

Luego habría muchas más llamadas. A lo largo de los meses, a los largo de los años que siguieron.

Pero ya en esa primera me trasladó que su hijo, Andrei, había muerto en el 94 a consecuencia de una grave enfermedad degenerativa. Me corroboró que había asistido al sepelio de mi abuela en la iglesia protestante, y que no tuvo el valor (así dijo, «el valor») de preguntarle a mi madre por mí.

La interrogué por mi madre.

Fiona hablaba (y habla) con frases cortas, como si su pensamiento estuviera escindido entre los Cárpatos y su tierra de acogida.

Me dijo que mi madre estaba mayor; pero que quería vivir sola. Era su deseo. Quería preservar su intimidad y, en pocas y claras palabras, no remover nada. Que temía las confidencias como al diablo.

Que a menudo se la encontraba cuando mi madre volvía de la compra. Y ella, Fiona, sufría. Que mi madre empujaba un carrito de cuatro ruedas, cómodo en comparación con el de dos ruedas, que hay que arrastrar, del que hay que tirar. Y que, aun así, le costaba un mundo.

Cojeando empujaba el carrito, con inmensas dificultades.

Cada pocos metros se paraba a descansar con disimulo. Para ello, se quedaba mirando un escaparate, lo estudiaba. Escaparates, en ocasiones, tan alejados de sus verdaderos intereses, que el mero hecho no pasaba inadvertido a quien la conociera.

—Eddmundo —y exhaló un sonoro suspiro—. Se quedó mirrando escaparrate de comerrcio de caza. Arrmas de caza, Eddmundo. Arrmas de caza.

Ella misma, Fiona, la detenía para saludarla, intercambiar impresiones. Lo hacía con deliberación, para dar lugar a que descansase.

—Es mi compañero —le confió un día mi madre, dándole palmaditas al carro de la compra—. Lo llamo Wilson.

Le pregunté a Fiona (de lo cual me arrepentí en el acto) si sufriría alguna clase de deterioro cognitivo; pero nadie que sufra deterioro cognitivo, y viva aislado, bautiza a su carrito con el nombre que Tom Hanks le puso en *Náufrago* a su pelota.

Si Fiona le ofrecía ayuda, mi madre se negaba en rotundo y, en mayor o menor grado, pero siempre cojeaba.

Tenía las cervicales inflamadas y, periódicamente, era presa de vértigos, le confesó otra vez.

Y yo pensé en los largos días durante los que sus manos cosieron prendas incomparables, la mirada baja, una puntada tras otra, mientras encontraba tiempo para escribirme notas de ánimo con su letra de niña aplicada. Cartas en las que me deseaba suerte para el próximo examen, o me animaba diciéndome que el futuro era mío, que confiaba en mí, que era un titán, que no me olvidara de mis sueños.

Según Fiona, tenía las piernas siempre hinchadas, endurecidas por los edemas. Edemas derivados de problemas circulatorios. Como mi padre, pensé yo en lo que dura un latido. «Nada grave, cosas de la edad», llegó a decirle a Fiona.

Hablaba con Fiona de los alimentos, el clima, las enfermedades o la fe cristiana. Con excepción de las enfermedades (y porque Fiona se interesaba), no tocaba temas relativos a sí misma ni a nadie; ni preguntaba a la vecina por cuestiones de carácter personal. Y solo si esta sacaba a relucir algo propio, mi madre escuchaba con atención lo que quisiera contarle.

Una sola vez Fiona mostró interés por mí en voz alta. Mi madre fue dura y taxativa: ni sabía nada de mí, ni tampoco quería saber. Cambió de asunto y se despidió.

Le pregunté a Fiona si pensaba que tenía problemas económicos. Qué pregunta imbécil.

Enmudeció como si pensase en el modo más franco de salir del trance sin herirme.

—Mirre, Eddmundo. Usted sabe. Mujerres mayorres necesitamos muy poco. Sin embarrgo…

—¿Sí?

—… Debo decirrle que yo trrabajo. Tengo de trrabajarr. No tengo pensión. Su maddrre tiene pensión pequeñita de viuddedad.

—¿Usted aún trabaja, Fiona?

—Cuiddo gente mayorr.

Unos días después, naturalmente, volví a llamarla. Y los dos empezamos a urdir un plan.

Como yo deseaba estar al corriente del estado de mi madre, le ofrecí dinero, un contrato como asistenta, lo que fuese con tal de que aceptase llevar a la práctica el plan.

Un plan sencillo; pero de espinosa ejecución. Consistía en ayudar a mi madre y, a la larga, volverse imprescindible para ella sin que lo advirtiese.

Fiona se negó a aceptar dinero, por lo pronto. Dijo que empezaría por visitarla. Exploraría el terreno, las posibilidades. Averiguaría si podía serme de alguna ayuda. Me recomendó que tuviera un poco de paciencia. Mi madre era una persona

inteligente, y ella quería estar a la altura de las circunstancias. No había que precipitarse. Yo me contentaba con eso.

—No se prreocupe, Eddmundo. No se prreocupe.

Me prometió que haría todo lo posible.

Y eso hizo.

… Siempre los sueños

Nunca creí que los sueños fueran tan escurridizos.

¿Tardó en darse cuenta mi madre tanto como yo? ¿Lo supo antes o después de decirme que luchase por el mío y no permitiera que lo matasen? ¿Cómo iba a suponer yo que está en su naturaleza no dejarse atrapar? Y, sin embargo…

Mamá, allá donde estés, mira. Escúchame. Todavía no me he rendido. Junto a mí, todavía late mi sueño.Todavía estoy en pie.

Confío, sigo esperando, sigo escribiendo, sigo leyendo…

Leo cinco libros semanales, como entonces, mamá. El estúpido saldo global supera los ocho mil títulos. A eso alcanza la inutilidad de todos mis esfuerzos.

Sigo apuntando los libros leídos en la misma agenda de anillas como si en realidad sirviera de algo. Sé bien que de nada sirve, y sé que es un gesto alrededor del cual he desperdiciado mi vida; pero es también, me parece, una declaración de lealtad; yo, que no he sido leal a tantas cosas como debí. Lealtad hacia el niño que se aburría, y en el que ya no puedo ni desearía reconocerme; y lealtad hacia aquellos hombres, mis semejantes, que tienen un sentido épico de los sueños. Es, lo sé, un modo pueril y cómico de levantarme, ponerme de puntillas y proclamar: «Soy un hombre».

Mamá, sigo en pie aunque sepa que he sido vencido. Ya ves que no me engaño. Hace mucho que empecé a acostumbrarme a la idea de la derrota. Creo en ella profundamente.

Han sido años difíciles.

Durante meses, tras nuestra primera llamada, Fiona me fue contando tus progresos.

Cómo te visitó un buen día, a media tarde, de repente. Para charlar un ratito, si no te incordiaba. Tenía necesidad de hablarte, pues, ortodoxa como era, se sentía incómoda en el

seno de la comunidad católica orensana. Un buen argumento. Y veraz.

Fue tal el *shock* que le franqueaste el paso. ¿Cuánto hacía que no recibías a nadie en tu casa, mamá?

Como de algún modo Fiona tenía que ejecutar el plan, sospechó que a Mary*, la catalana, la protestante,* esa argucia, ese comentario estudiado no la incomodaría. Y acertó.

Luego, otro día, llamó al timbre del portero automático con un pretexto nuevo. Y otro se le ocurrió llevarte unos racimos de uvas. En la frutería, temiendo que se estropeasen, le habían regalado demasiadas, te dijo.

Mientras tanto me enviaba wasaps para ponerme al corriente; o me llamaba para decirme, con delicadeza y sin convicción, que tenías el piso en buenas condiciones; de lo cual yo deducía que estaba descuidado.

Ada y yo tuvimos gemelos, Leo y Sira.

Tú, que ya aspirabas a ser abuela cuando tenías la edad de una joven madre, ¿no es irónico que no hayas sabido que tenías nietos?

Han sido años difíciles, sí.

El sector del libro dio un vuelco, mamá.

Para los escritores, los anticipos y las regalías adelgazaban. Creció sin límite el pirateo en Internet y las librerías vieron reducidas sus ventas. Las redes sociales abreviaron el tiempo de lectura de libros. Las opciones de ingresos en actividades vinculadas a la escritura menguaron. Estaban al alcance solo de autores como el Señor Negro.

Me preguntaba, como tantos otros autores, qué pinta un escritor como yo en una era de pantallas, incentivos y recompensas digitales.

Una noche, meses después de nuestra primera conversación, Fiona me escribió un wasap diciéndome, toda exultante, que te había llevado una cremita de calabaza y zanahoria para que la probases. Y que la habías aceptado sin rechistar.

Luego, días o semanas más tarde, te llevó algo para comer y la cosa se aceleró.

Un día mi madre aceptó que Fiona le ayudase en la limpieza de la casa. Después en la cocina. También la acompañaba al

médico.

Yo le transfería a Fiona, puntualmente, todos los meses. O varias veces al mes, si había gastos extraordinarios; o si deseaba hacerle regalos a mi madre. Regalos que le encargaba a Fiona. Regalos que no supe obsequiarle cuando debí. De este modo adormecía mi conciencia.

El deterioro fue paulatino y no demasiado lento. La memoria de mi madre se resentía. Jamás se refirió a mí delante de Fiona.

Esto no pasa de ser una conjetura, pero, a tenor de las palabras de Fiona, me parece que, en su vejez, mi madre descreía de las aportaciones del hombre, de la cultura y la civilización, que se volvía hacia la naturaleza, en la que vislumbraba un remanso de paz para su sed. Y creo que, como Stonewall Jackson, el destacado general confederado durante la guerra civil de los Estados Unidos, habría dicho: «Crucemos el río y descansemos a la sombra de los árboles».

Reconozco que no quise volver a Orense. Y reconozco que no quise visitarla. Me justificaba diciéndome que le habría hecho más daño que bien.

Pero llegó la pandemia del COVID. Y este es uno de esos casos en los que al COVID no se le puede atribuir responsabilidades. Todo fue responsabilidad mía. Mía, en todo caso.

Cuando Fiona me escribió para decirme que habían ingresado a mi madre y se encontraba mal, esperé y esperé su wasap definitivo, el temido mensaje que, de algún modo y desde mucho antes de que el COVID-19 hiciera su trágica aparición, siempre había estado temiendo:

«Debe usted venirr, Eddmundo. Madrre suya no está bien. Interrnada. No se prreocupe. No se prreocupe, Eddmundo».

EPÍLOGO

–1–

Abrí los ojos y tardé un rato en percatarme de que estaba en Orense, en su pequeño piso de la avenida de Portugal, recostado en su viejo sofá, con sus viejas cartas, las cartas del Señor Negro, esparcidas sobre mí, en desorden, leídas y vueltas a leer hasta que me había quedado dormido a las tantas de la madrugada.

Me froté los ojos y me incorporé. Eran las ocho y veinte de la mañana. Me aseé y mudé de ropa. Volví al salón, volví a sentarme en el viejo sofá y cogí las cartas y las ordené.

La nuestra fue una trágica historia de malentendidos, me dije, desde las malditas cartas. Culpa de mis sospechas. Culpa de mis conclusiones.

Porque todo me llevó a razonar que mi madre y el Señor Negro se habían carteado a principios de los ochenta.

Todo me llevó a razonar que mi madre viajaba a Barcelona, entre otras causas, para citarse con ese tipo repugnante de las cartas, al que, en realidad, nunca llegó a conocer porque no existía; o existía, pero era como si no existiese.

Si hasta estaba seguro de que mi padre rezaba avemarías para no perder a mi madre… cuando lo cierto era que el pobre temía por su propia salud, y que la oración era un modo de paliar la amenaza de los infartos que acabaron con él.

Seleccioné una de las cartas y releí:

Querida Mary:

Dices que te fastidia huir del miedo. Y estoy contigo.

«No voy a huir», dices, «ni voy a quedarme petrificada. Voy a abrazarme a él, voy a entregarme hasta que el miedo acepte que no soy ninguna víctima a la que se puede espantar así como así».

Estudiando aquellas frases revivía mi certeza de chiquillo, cuando me las aprendí de memoria creyendo que se referían a sucesos de entonces, de la época.

Pensaba que mi madre estaba horrorizada por el primer infarto de mi padre; horrorizada y presa de amargos remordimientos, pues era culpable de su enfermedad. Para mí era tan indiscutible como un dogma. ¿Cómo iba a saber que esa carta había sido escrita veinte años antes, más o menos cuando su primer novio, el Piernaslargas, la abandonó y el desconsuelo y la vergüenza se ensañaron con ella?

Al igual que esto otro:

Me gusta leer en tus cartas lo mismo que vi en tus ojos la primera vez, cuando nos conocimos por la fotografía del periódico.

Cómo podía imaginarme, con quince años, que ni el autor material de las cartas, ni mi padre, que pagaba al Señor Negro por línea, habían visto a mi madre en persona; y que una cosa era lo que el niño elucubraba, y otra muy distinta lo que en realidad había ocurrido.

Elegí una segunda carta y leí:

… En Tikal, la pirámide funeraria más grandiosa es el Templo n.º 1, también llamado Templo del Jaguar. Se consideraba la entrada al inframundo. Y durante años, arqueólogos, guías y turistas desaparecieron misteriosamente en su interior.

El hecho, Mary, es que una expedición de la Universidad de Pensilvania, dirigida por el arqueólogo Aubrey Trik, acaba de descubrir una tumba a cinco metros de profundidad, en el área monumental del Templo nº 1.

Bueno, ¿recordáis el año del descubrimiento, como os sugerí? ¿Recordáis que fue en 1962? En caso contrario, ¿sois tan culpables de pasarlo por alto, como lo fui yo? ¿Culpables de no saber que el Templo del Gran Jaguar se había erigido bajo el mandato del gobernante maya Ah Cacao, cuya tumba fue descubierta en 1962 por el arqueólogo Aubrey Trik, no en los años ochenta como erróneamente había creído cuando leí las

cartas malditas? ¿Culpable de no advertirlo ni siquiera cuando preparaba nuestro viaje de boda, y expuse a mi futura mujer el itinerario de la GRAN RUTA MAYA?

Y una tercera:

… Mateu Camarasa era el propietario de la librería Llegiu, Maleïts, Llegiu. Una cueva de Alí Babá en la Barceloneta. Un lugar sin prisas en la calle de la Sal. Allí donde los chicos de mi generación leíamos gratis, con su permiso. El permiso de Mateu.

Y un poco más abajo:

… Él sabía que yo estudiaba piano. Mateu conocía el himno escrito por Sarah Flower Adams a mediados del xix, y al que su hermana había puesto melodía. Incluso conocía las dos versiones, la Propior Deo*, y la más conocida, la versión de Bethany. Y me había dicho que* Cerca de ti, Señor *era el himno que tocaba la orquesta del Titanic mientras el barco se iba pique. ¿Te estoy aburriendo?*

Pasaron muchos años desde aquella conversación.

Hoy toqué el himno en la iglesia.

Cerca de ti, Señor.

Para Mateu. En su honor.

¿Cómo podía saber yo que ese librero había fallecido en 1963, no en los años ochenta, si hasta mi propio agente, Pau Centellas, no estaba seguro de la existencia de su librería, una librería que se había cerrado tras la muerte de su dueño?

Y otra más:

Sí, sí, me encanta hacer muchas cosas. Supongo que es debido a que no puedo estarme quieto.

Mil inquietudes me consumen; pero eso tú ya lo sabes. Nos lo hemos dicho y te lo vuelvo a decir: siento tanta curiosidad por todo que me gustaría vivir para siempre.

Naturalmente, yo solo podía pensar que habían hablado e intimado en persona; no que SOLO habían hablado por carta;

aunque, sin duda, el hecho de que las misivas que guardó mi madre fuesen una pequeña parte de las misivas totales, el hecho de que yo hubiera tenido acceso a tan poca información, no me ayudó nada. (¿Tal vez mi madre hizo una selección, o las extravió, o las rompió, o fue descuidada con ellas cuando se enteró de la verdad y supo que el corresponsal era un mercenario que cobraba por línea?).

Naturalmente, yo pensaba que se habían conocido e intimado en Barcelona.

Y, naturalmente, pensé que mi madre iba a Barcelona, no solo por razones profesionales (y hasta eso llegué a dudarlo), sino por razones que no contaba. Por verlo a él, por abrazarse a él, para amarlo a él.

Seleccioné una carta más y volví a los fragmentos que más me interesaban:

… Y, aun así, qué se le va a hacer, me siento incapaz de dar consejos; ni de recibirlos. Pero tengo la siguiente convicción: que tú no eres culpable. No te sientas como no tienes derecho a sentirte.

Pasan las cosas y a menudo nos decimos: si hubiera hecho esto, si hubiera hecho aquello… Si hubiera… Pero la verdad es que somos hojas a merced del viento. Y no es fácil encontrar el amor verdadero.

Darás con una solución. Estoy seguro. No te preocupes, querida. ¿Volver? Tal vez no debas ensayar nada; tal vez ya todo forma parte del pasado. O tal vez me estoy equivocando. Tú serás quien decida.

Volví a esas viejas frases del Señor Negro con la ventaja de saber que se habían escrito a principios de los sesenta. Y, bien, por supuesto ahora resultaba obvio que mi madre no temía por la salud de mi padre (a quien aún no había conocido), ni estaba pensando en abandonarlo; sino que todo, todo se refería seguramente (las fechas coincidían), a su primer desamor, su traumático desengaño.

Es posible que yo fuera demasiado lejos; pero, en el transcurso de la noche había llegado a esa conclusión, también debido al último párrafo de la carta, seguidamente:

Ya que me preguntas, yo me quedaría con el colgante de la mariposa verde.

LAS MARIPOSAS VERDES hablan de amor. Amores nuevos o amores en recuperación. Reconciliaciones y acercamientos con personas que se han alejado de nosotros; o amores que acaban de llegar, Mary.

No solo leyendo estas líneas me reafirmaba en la conclusión, sino al cotejarlas mentalmente con la carta de mi padre que me había hecho llegar Benigno, y que más o menos me sabía de memoria:

… *Adoro las mariposas verdes* (venía a decir). *Me molesta que quien regala una mariposa verde no esté a la altura de lo que significa. Y quiero también decirle que si tuviera que regalarle a una muchacha que aprecio algo de verdadero valor, algo que me comprometiera sin vuelta atrás, sería el colgante de una mariposa verde… y que nunca le pediría que me la devolviera.*

Cuánto había soñado yo con ese colgante. El colgante de la mariposa verde.

Durante años había pensado en él y dudado que mi madre lo conservase.

Durante años, desde que Benigno me había hecho llegar la carta que obraba en su poder, me había preguntado si la mariposa había sido un obsequio de mi padre, como apuntaban los indicios. Pero, entonces, ¿cómo en la carta del Señor Negro, escrita a principios de los años sesenta, se leía: «Y ya que me preguntas, yo me quedaría con el colgante de la mariposa verde?».

Nada iba a cambiar el fatídico encadenamiento de los hechos; pero, con todo, me levanté y, cumpliendo con el rito tantas veces soñado antes de recibir el wasap de Fiona, me puse a buscar el colgante con la esperanza de que mi madre no se hubiera desprendido de él. Si guardaba las cartas, ¿cómo iba a desprenderse del colgante?

Y, mientras buscaba, me poseyó la idea de haberme pasado la vida buscando alguna cosa en sus pisos (fueran llaves, o tesoros en cofres arrinconados, o cartas, o recuerdos, o

amantes ilusorios, o colgantes de mariposas verdes), cuando no había necesidad de buscar nada, porque todo estaba a la vista.

Se me ocurrió que siempre había buscado astucias, fórmulas, códigos, misterios en clave con la exclusiva finalidad de no aburrirme, pues no podía vivir sin misterio ni éxtasis.

El éxtasis en el amor, y el secretismo y la intriga en las demás relaciones. Se me ocurrió que el tedio era la raíz última de todos mis males, la negación del milagro que siempre resulta ser la vida, el equívoco y la causa de los grandes malentendidos. Y, mientras buscaba el colgante, supe también que, en ese punto, habiéndola pifiado de tantos modos, tenía que acabar lo comenzado como fuera, buscar lo último que me faltaba para cerrar el vicioso círculo de las búsquedas.

Así que, al igual que en mi adolescencia, busqué y busqué.

En el saloncito, en su minúsculo dormitorio, en los dos pequeños cuartos restantes, el que había sido de mi abuela y el mío.

Encendí todas las luces, subí todas las persianas (vislumbré el balcón y la ventana de Fiona justo enfrente, también con las persianas arriba), registré todos los cajones y armarios, todos los joyeros y estuches.

Era llamativo la escasa, la escasísima ropa suya que había en los armarios, y que, sin embargo, las prendas de mi padre fuesen legión y hubieran sobrevivido guardadas por ella. Incluso, en el armario de mi antiguo dormitorio, descubrí el abrigo verde ciruela de mi juventud, resguardado por una funda de plástico, y, podéis creerme, sentí que algo se me derrumbaba en lo más hondo.

Por último, tras varias inspecciones, en una esquina de una balda de su ropero, reparé en un paquetito envuelto en papel de estraza.

Lo abrí con delicadeza y allí estaba, aguardándome.

Una mariposa de jade, verde esmeralda, con su collar de cuentas de malaquita.

Me senté al borde de su cama, tambaleándome. Le di la vuelta a la mariposa. En el reverso figuraban tres palabras y un año, porque tenía que ser un año:

SUERTE, RESPETO Y AMOR

Cuatro años antes de que se casara con mi padre.

Y comprendí. Claro que comprendí.

Aquellas tres palabras juiciosas, viejas conocidas de mi madre.

Las mismas que su primer novio subrayaba en las tarjetas que acompañaban a cada uno de sus regalos, como la mariposa de jade, verde esmeralda, el único obsequio que mi madre nunca devolvió al Piernaslargas.

Las mismas que traducían el sentido oculto de las guirnaldas bordadas en el traje de novia de Mercedes.

Las tres palabras que mi madre llevó consigo a su matrimonio, y que honró siempre como esposa.

La SUERTE, el RESPETO, el AMOR que me faltaron con ella.

Y, de repente, escuché el timbre del portero automático.

–2–

—Eddmundo, buenos ddías. ¿Molessto?

—¡¡Fiona!! Suba usted. Por favor, suba. —Pulsé el botón y me ajusté la mascarilla.

Aun sin la FPP2, que llevaba puesta, no la habría identificado.

Era otra Fiona; no la que había conocido antes de marcharme de Orense. Delgada, no la mujer corpulenta que recordaba, encogida, el pelo blanco, lentes de cristal grueso… Pero cojeaba como siempre, y su sonrisa permanecía intacta, y sus cruces. Aquellas cruces que colgaban de su cuello y la protegían, y que volvió a describir mientras besaba cada una. Treinta años habían transcurrido desde la última vez que las besó ante mis ojos.

También ella parecía asombrarse mientras me escrutaba sin moverse. Ante sí tenía a un cincuentón que apenas se miraba al espejo para no sufrir sobresaltos, no al chico de quien se había despedido.

Me entró tal ataque de ternura que me contuve para no abrazarla, mascarillas de por medio.

—Pase… pase, amiga mía. Tenemos tiempo.

—Son más de las once, Eddmundo. Madrre suya no está bien.

Eché una ojeada al reloj de pulsera mientras la acompañaba al saloncito y la obligaba a sentarse en el imperecedero sofá de piel negra. Tenía razón: eran las once pasadas. Era tarde. Mi madre se estaba muriendo.

¿Postergaba yo, de manera inconsciente, el momento de verla, de enfrentarme a su mirada, a mi propia ignominia?

—A las ddiez y ddiez subió usted las perrsianas. No querría molestarrle. Perrdón.

Llevaba encima un anorak de plástico fucsia. La invité a ponerse cómoda. Se resistió. Era un poco tarde, dijo. Reconocí la deferencia y la quisquillosa responsabilidad que en Fiona eran marcas de la casa. Me interesé por su propia salud; pero hablaba lo justo. Parecía hecha polvo. Sonreía, a todo sonreía.

—Fiona, ¿y si me reconoce?

—No se prreocupe. Su madrre está malita.

—De acuerdo; pero ¿y si al verme…?

—Eddmundo. No le verrá.

—Me dijo usted que veía poco.

—Su madrre está ciega. Perrdone… perrdone. —Me quedé aturdido. Como si me hubieran golpeado. Creo que me habría dolido menos enterarme de que acababa de morirse. «Me dejaré los ojos en las telas», decía con una mezcla de resignación fatalista y orgullo. Afirmaba que el negro era el color más ingrato para los ojos de una modista—. Yo leo parra su madrre. Y siemprre leo lo mismo. Se olvida de un día parra otro. Gusta mucho. Oye bien. Oye muy bien.

—¿Desde cuándo está ciega? —le pregunté. Fiona suspiró lento.

—Estos días. En hospital. Perro fue poco a poco.

Guardamos silencio. Seguíamos con las mascarillas puestas. La oí decir algo. Repitió lo dicho:

—Eddmundo… En hospital, en habitación, su madrre habla con alguien.

—Ajá.

—A veces, habla sola. A veces, yo estoy con ella; perro no

sabe que estoy. Entonces habla con alguien. ¿Me entiende, Eddmundo?

—Entiendo.

—No se prreocupe.

—Póngase cómoda. Déme su anorak.

—Grracias; perro es tarrde. —Se abrigó un poco más. Cierto que el piso estaba frío.

Se sacó las gafas y puso los dedos índice y anular sobre los párpados. Ella conocía más a mi madre que su único hijo; y, sin duda, demostraba quererla más. Le apreté con suavidad un hombro.

—No se preocupe —se me escapó, y sentí una gota de sudor escurrirse por mi espalda.

—A veces llama a esa perrsona para que venga; otrras veces habla con ella como si estuvierra a su lado.

—Comprendo.

—Parra su madrre, siempre estamos en abrril. ¿En qué mes estamos, doña Marry?, le prregunto. Abrril. Siempre dice abrril. ¿Sabe usted por qué?

—Ni idea —repuse. Me pilló desprevenido. Como también su réplica siguiente:

—La casa está un poco deterriorrada, ¿verdad? Lo siento. Lo siento.

—Hace usted más de lo que puede.

—Pude poco, Eddmundo. Había que pintarr… No querría. Había que cambiarr neverra… No querría. Yo guarrdo alimentos suyos en mi neverra. La suya hace mucha, cómo se dice… ¿escarrcha?

—Escarcha.

—Tenía poco dinerro, decía, desde que dejó de alquilarr habitaciones…

Pensé que había oído mal. Producto del cansancio, de la tensión.

—¿Alquilar habitaciones?

—Solo durrante unos años. Después que murrió su abuela, Eddmundo. Y hasta que empezó a sentirrse mayorr. Cuando yo empecé a cuidarrla dejó de alquilarr habitaciones.

—¿Por qué no me lo dijo, Fiona?

—Su madrre, muy discrreta, Eddmundo. No querría que nadie lo supierra. Fue antes de que yo trrabajase parra usted. Porr eso.

—Tan celosa de su intimidad… y alquilaba habitaciones…

—Solo durrante unos años. No se prreocupe. No se prreocupe. ¿Nos vamos?

Respiré hondo y también yo me levanté del sofá de piel negra.

–3–

Mi madre estaba ingresada en la clínica Santa Teresa, más conocida en Orense como el hospital de CO.SA.G.A, junto al colegio de los Salesianos. El hospital en donde había fallecido mi padre en 1987.

Fiona tenía intención de acompañarme. De común acuerdo, fuimos andando. A pesar de que cojeaba, se la veía muy ágil para su edad. Unos setenta, ¿lo he dicho?

Calle Progreso abajo. Quince minutos hasta mi antiguo colegio. Y luego calle Sáenz Díez arriba, sin hablar, porque las palabras habían huido lejos de nosotros.

Cuando llegamos a la puerta de CO.SA.GA y la abrí con intención de franquearle el paso, dijo:

—Habitación 311.

—¿No piensa subir?

Se limitó a negar con la cabeza y, con un gesto que fue como una fractura en la coraza de su cortesía, me arregló el cuello del gabán diciendo:

—Rrecuerrde una cosa. ¿La va a rrecorrdarr?

—La recordaré, Fiona.

—Su madrre siemprre, siemprre decía que los hijos no tienen la culpa. Solo madrres tienen siemprre la culpa, tienen la rresponsabilidad. Y yo estoy de acuerrdo con ella.

Se equivocaba, pero no abrí la boca. Y se marchó diciéndome adiós con la mano.

Pregunté en recepción. Alegué que era el hijo de una paciente. Habitación 311. Me acompañó una auxiliar protegida con gafas de plástico, mascarilla y guantes de goma. Subimos a

pie. Una vez arriba, nos dirigimos al final del corredor, la auxiliar abrió la puerta con sigilo y la cerró a mi espalda.

Había un pequeño *hall*. Al fondo, un ventanal con la persiana a medias y el estore eléctrico bajado. Junto al ventanal, un sofacito de tela azul añil. Paredes pintadas de celeste.

Enfrente del sofacito estaba la cama. Me acerqué muy despacio, rodeándola.

Mi madre descansaba boca arriba, con el embozo hasta el cuello y los ojos semiabiertos. La mirada muerta; aquellos ojos, antes color avellana, ahora nublados por las enfermedades y la edad.

Se le habían estrechado los labios; pero la piel de su rostro era la misma de su juventud.

Respiraba con un suave ronquido; en apariencia, con dificultades. Yo estaba de pie. Ella despegó los labios, abrió un tanto los ojos, volvió la cabeza hacia mí; pero sin fijar la vista en nada.

Tuve la seguridad de que no dormía. Me quedé mirando su pobre rostro con una brusca contracción en el pecho.

De un vistazo, advertí que sobre la mesilla reposaba un libro con las cubiertas de piel negra. Lo reconocí en el acto y, mientras me apoderaba de él, me senté en el borde de la cama. Mi madre respiraba con la boca abierta.

Del libro sobresalía un separador de cartulina. Abrí el libro por la página exacta y, como si tuviera vida propia, se sacudió con mis temblores. Trasladé el separador a otra página y, echando mano de la poca serenidad que me quedaba, sin quitarme la mascarilla, empecé a leer en voz más o menos alta, más o menos firme, aquello que siempre me había negado a leer para ella:

El Señor es mi pastor; nada me faltará. Él me hace descansar en verdes praderas, me conduce a las aguas tranquilas y repara mis fuerzas; me guía por el recto sendero, por amor de su nombre. Aunque cruce por oscuras quebradas, no temeré ningún mal, porque tú estás conmigo: tu vara y tu bastón me infunden confianza. Tú preparas ante mí una mesa, frente a mis enemigos; unges con óleo mi cabeza y mi copa rebosa. Tu bondad y tu gracia

me acompañan a lo largo de mi vida; y habitaré en la casa del Señor, para siempre.

—Hermoso… Hermoso… —dijo con un hilo de voz, la voz de la fragilidad—. ¿Qué es?

—El salmo número 23. ¿Le gusta?

—Muchísimo.

Retiró el embozo y asomaron sus viejas manos.

Yo dejé la Biblia de mi madre en su lugar, en la mesilla, y me apresuré a cogérselas. Me apresuré a acariciárselas. Aquellas manos que habían vivido logros y derrotas, sacrificios y esperanzas. Las acaricié y ella acarició las mías diciéndome:

—Le deseo todo lo mejor a usted.

—Ah… —dije con la voz quebrada, a punto de echarme a llorar—, yo a usted también le deseo todo lo mejor, doña Mary.

—¿Cómo se llama? —me preguntó.

Y, de pronto, dudé si decirle lo que en seguida se me escapó:

—Edmundo. Me llamo Edmundo.

Me pareció que ella se quedaba muy seria, o con aspecto muy contrariado o muy confundido. Cómo intentar describir lo que reflejaba el rostro de mi anciana madre.

Pero vi que una de sus manos se liberó de las mías y se alzó, como en un gesto de defensa, o como si quisiera tantear el aire en la oscuridad. Y que entonces su mano tropezó con mi cara; o debiera decir que la buscó, y empezó a acariciarme.

Me acarició una vez y otra, desde la frente hasta el borde de la mascarilla, diciéndome en cada una de las ocasiones:

—Es usted bueno… Es usted bueno… Muy bueno…

Besé su mano. En mis labios todavía la noto.

La besé en la frente. Me zafé de la mascarilla y la besé en el pelo. La besé por toda la cara. Sin reparar en el COVID, sin dejar de apretar su mano contra mi corazón roto. Y, súbitamente, como un rayo que nos ciega, recordé que mi padre era el único de nosotros que había nacido en abril.

No volvió a decir una sola palabra.

Murió ocho días después. Un viernes, a las tres de la tarde.

Cerró los ojos. Se fue apagando. Cayó en un letargo decisivo, quiero pensar que indoloro.

Dormí en el hospital cada una de esas noches. Leí para ella cada uno de esos ocho días interminables, en voz alta. Especialmente, el salmo 23; pero también muchos otros. Siempre el Libro de los Salmos, su predilecto. Leía por ella, y por mí, con la esperanza de que saliese de su estado, aun sabiendo que su estado era irreversible y no había milagros que esperar, según los médicos de CO.SA.GA.

La llamaba como la he llamado en la distancia, para mis adentros, y la llamaré cada vez que suba al piso de la avenida de Portugal.

«Mamá», susurraba sentado en su cama durante esos ocho días, tocándola. «Mamá, soy yo. Perdóname. Perdóname, aunque no merezca tu perdón». Pero su tiempo se había cumplido.

La de cosas no dichas que habría deseado preguntarle, la de besos y palabras que nos faltaron y lo mal que supe entenderla… Ojalá hubiese podido hablarle de nosotros con claridad. De la admiración que sentía por ella. Pero todo, todo se lo llevó el tiempo; no el olvido.

Y todo me seguirá persiguiendo mientras viva.

El día del sepelio sucedió algo que no me resisto a contaros.

Ada había llegado la víspera y estábamos en el tanatorio.

Recibíamos y saludábamos a la poca gente que se daba cita en la sala de vela, tomando las precauciones adecuadas por el COVID. Los tiempos de estrechez, los años de las ruinas y las derrotas, los achaques y la inmensa y abrumadora soledad de mi madre no habían discurrido en vano. Se había aislado hasta tal punto que la gente se olvidó de ella, se olvidó de que existía.

Pienso que se convirtió en algo así como un personaje, un ser de cuento, alejado de la mujer que había sido. Uno de esos personajes que las anécdotas hacen rodar de boca en boca. Anécdotas que se tergiversan y sobreviven hasta que se

apolillan, o sus personajes se convierten en arquetipos.

Tal vez escasamente se parecía la anciana de los últimos años a la mujer extraordinaria y valerosa que me había educado; aunque lo dudo. Pero a lo mejor esto explica que, pese a la esquela publicada en prensa, muy pocos acudieran a darle una última despedida; incluso teniendo en cuenta el COVID.

Unos cuantos familiares lejanos, Ángeles Abad y Mari Nieves, entre sus clientas, dos o tres vecinos del bloque y Fiona. No hacía falta tomar demasiadas precauciones, además de las mascarillas.

Ángeles Abad, la mujer de Perotti, el dentista, su última y más fiel clienta, nos estaba diciendo cómo le habría gustado asistir a su hija, María José; pero, dado que trabajaba en Bélgica (era dermatóloga), le había resultado imposible.

María José y yo nos habíamos conocido de muy jóvenes. Cuando acompañaba a su madre a nuestra casa para alguna prueba. No la había vuelto a ver desde mi temprano exilio, y, claro, supuse que no pasaba de ser una observación gentil la de su madre. Error. Como siempre, me equivoqué.

Intercambiábamos nuestros respectivos números de móvil cuando alguien me cogió por el codo y una voz desgastada me dijo:

—Tú no sabes quién soy, ¿verdad?

Me volví y, bueno, de hecho no, ni mucho menos sabía quién era aquella viejecita de cabello como el merengue. Con una mano, se apoyaba en el antebrazo de una mujer de mi edad y, con la otra, me agarraba con inesperada fuerza el codo.

—Le ruego que me disculpe —dije.

—Yo era amiga de tu madre. —Me incliné hacia ella, fue una especie de acto reflejo. La mujer que la acompañaba nos miró por turnos con una sonrisa de complacencia—. Me llamo Milagros.

—Fueron amigas de muy jóvenes —agregó su acompañante —. Cuando estaban solteras.

—Tu madre era hermosa como sus vestidos —dijo Milagros —. Qué guapa… tenía un cutis de marfil.

—Nunca me habló de usted —repuse como el impertinente

que soy.

—Han pasado más de sesenta años —siguió diciendo—; pero lo recuerdo como si fuera ayer. Creíamos que tu madre ya no se casaba. —Y es cierto que mi madre subió al altar bastante mayor para las edades de las novias de entonces, tenía veintinueve años.

—Milagros… —dijo la señora que la acompañaba.

—¿También conoció usted a mi padre, Milagros?

—Muy apuesto. Motorista de Tráfico. Buen chico. «Cásate con él, Mary», le decíamos. «¿No ves que está loco por ti?». La pena es que siempre estaba cosiendo. Y que ya no le importaba el amor, decía. ¡Cándida! «¿Qué ganas tengo yo de atarme a un hombre, Milagros?», decía la cándida.

Le apreté un hombro más por mí que por ella. Para aguantar. Ella siguió diciendo:

—Sí, sí. No tenía ganas, decía. Pero…

—Milagrooos —le advirtió su acompañante.

—Déjame, mujer —y dirigiéndose a mí—: No conozco a nadie que no tenga ganas de un poquito de amor. Así que tu padre la pudo. ¡Y bien que hizo! Se les veía tan unidos siempre… Has tenido muy buenos padres, hijo.

—Se quisieron —suscribí—. Lo sé muy bien.

—Cuánto se notaba —convino ella—. Y, ¿quieres saber algo?

—Es lo último que le hace saber, Milagros —le advirtió su acompañante.

—Tienes que estar contento, hijo.

—¿Por qué, Milagros?

—Porque, al fin, los dos vuelven a estar juntos. Quédate tranquilo. Ahora sabes dónde están, y sabes que están bien. Mejor que nunca. Ya no volverán a echarse de menos.

Agarré con ambas manos la suya y me contuve, para no dar mal ejemplo en plena pandemia.

–5–

Al día siguiente publiqué en el periódico principal de Orense un pequeño obituario suyo, en la sección Cartas al Director:

OBITUARIO: Mary Conde Mir

Querida mía:

Llegué tarde para que me reconocieras. Últimamente ya no me hablabas. Yo te leía el salmo 23, tu predilecto, y otros muchos. No estoy seguro de que me oyeses. Si te preguntaba algo, ya no me contestabas. Por si acaso, seguí leyéndote y, en una de mis últimas visitas, te dije, casi enojado: «No vuelvo a visitarte, en adelante te escribo con la condición de que me contestes…».

Pues allá va mi primera carta.

Te gustaban los cuentos de hadas, la música clásica, ensayar con el coro los sábados por la tarde, tocar tu viejo armonio con olor a barniz… Te gustaba, más que nada, hablar de los sueños y las cosas bonitas; pero renunciaste a los tuyos por amor.

Te recuerdo trabajando día y noche para sacar a tu familia adelante. El resto son trágicos malentendidos.

Cuando era chico pensaba que por las noches te ponías tan guapa solo para soñar.

Fuiste la mujer hermosa de los cuentos, y la mujer justa, y la mujer valerosa.

Hiciste frente tanto al éxito como al fracaso; tanto a la ilusión como a la desesperanza.

Tuviste el hijo que deseabas; y ese hijo no supo estar a la altura debida. Lo defendiste contra las evidencias y los murmullos. Pusiste pretextos para justificar su ingratitud y mentiste para salvarlo. Lo defendías pese a toda su probada indelicadeza.

Te oigo. Mamá… ¿estás llorando por mí? No lo merezco. Te necesito. Lo siento tanto, tanto…

Perdóname por todo: quisiera gritar.

Espero tu contestación.

Y, a saber la causa, firmé con pseudónimo.

Doné a la caridad las pocas prendas de mi madre y todas las de mi padre.

Con la ayuda de Fiona, limpié y vacié el piso de pertenencias. Lo *despersonalicé,* como inhumanamente se dice. Y debo consignar aquí lo siguiente: son las pequeñas cosas, los detalles, aquello de lo que más nos cuesta desprendernos. Lo creáis o no, dejé el colgante de la mariposa verde en su sitio, y solo me reservé la única fotografía de su rostro que conservo.

Alquilé el piso a Fiona por una renta asequible. Lo hice por Fiona y por mi madre (le habría gustado tanto que se lo alquilase a ella); y también por mí. Porque no tuve coraje para venderlo y porque, si hubiera entrado en su piso vacío, sé que la habría llamado por su nombre.

Le habría gritado: «¡¡Mamá!! ¡Soy yo! ¡Estoy aquí! ¡Ya estoy en casa! ¡¡Mamá!! ¡¡He vuelto!! ¿¿Dónde estás, mamá??»

Regresé a Sevilla y, antes de empezar a escribir este libro, antes incluso de hacer lo que me había resuelto a llevar a cabo mientras leía el Libro de Salmos a mi madre, recibí un wasap por sorpresa.

Un wasap de María José Perotti. Su madre le había pasado mi móvil.

Fue al segundo o tercer día de mi regreso.

Se disculpaba por no haber podido asistir al tanatorio y, después de expresarme sus condolencias, me pedía mi correo electrónico.

Le agradecí su detalle. Por descontado, le di el correo y me olvidé.

Ese mismo día, por la noche, encontré en la bandeja de entrada el siguiente obsequio:

Querido Edmundo:

Tu madre era en su trabajo la perfección.

Del artista perdura su obra, y los vestidos que ella diseñaba y cosía eran obras de arte que hicieron felices a muchas mujeres, entre ellas a mi madre y a mí, y que levantaron la admiración de muchas otras.

Desde la ropa de calle, que tenía una clase exquisita, un gusto educado por la experiencia a la hora de escoger los colores y las

texturas de las telas, hasta los vestidos de fiesta que nos brindaban tanta belleza y seguridad. Edmundo, tenía ese chic, ese je ne sais quoi *que dejaba ver claramente la esencia más íntima de la creadora que nunca dejó de ser.*

Vestidos que te atraían de manera mágica. Vestidos que te hacían soñar.

Recuerdo cuando era pequeña, y me veo corriendo hacia la habitación de mis padres para examinar lo que había traído Mary, lo que habías traído tú.

La asistenta se lo dejaba a mi madre extendido encima de la cama, con su plástico y todo.

Yo crecí, y un día esos vestidos y algún chaquetón que aún conservo me los pude poner.

Mi madre los llevó a los actos a los que acudió, y también los usó en su vida diaria pues iba a todas partes vestida de Mary *con aquellos espectaculares trajes que parecían salidos de la mejor casa de modas parisina.*

Los vestidos de fiesta de mi madre yo los llevé a la ópera, a bodas, a cenas de gala de congresos, a fiestas del club de tenis y del club de golf, a fiestas caseras de Navidad y también por la calle.

La alegría de mi madre al verme con esos vestidos era doble, pues le encantaba que vistiera algo suyo y, por otro lado, recién acabada la carrera, en un año me habían invitado (te lo digo en serio) a ¡catorce bodas! Y eso no hay presupuesto familiar que lo resista.

Esos mismos vestidos de fiesta volvieron a usarse después en otros países, con otra gente, en otras fiestas y aún están guardados esperando la próxima ocasión.

Solo puedo enviarte estas fotos porque son las que hizo y me pasó mi madre; no tengo otras.

Ya sabrás, por ella, que trabajo en Bélgica. Vivo en Bruselas.

Hoy día, el hospital apenas me deja tiempo libre; pero, como siempre me ha chiflado la moda, hace muchos años me apunté a un curso de patronaje que impartían aquí, en la ciudad, profesores acreditados.

Y recuerdo, por esa época, unas largas vacaciones de verano que pasé en Orense. Me encontré con tu madre en un autobús y se lo dije. Le dije lo del curso, Edmundo. ¡Se puso tan contenta!

Me contó cosas de cuando ella estudiaba en Barcelona. Del altísimo nivel de exigencia al que estaban sometidas.

Aquí era igual; o parecido. Y el tiempo estaba a mi disposición; no como ahora.

Hablando de todo eso, la cara de Mary, que tenía una piel preciosa y cuidadísima, resplandecía aún más. Cuánto me acuerdo.

Me exhortó a disfrutar de la carrera y, también, de la costura, si me gustaba. Le dije que, para mí, era un modo maravilloso de relajarme y que, ya solo por eso, le estaba muy agradecida a su profesión.

Tuve el pálpito de haber conectado con ella en un plano diferente.

En cada ocasión que me la encontré a partir de entonces, siempre en vacaciones, se interesaba por mi hobby*, como ella decía.*

Llegué a enseñarle unas fotos de unas prendas que tuve la osadía de hacer.

Gracias a los cielos, en la foto los fallos de novata no se aprecian y le parecieron preciosas.

Y se interesaba por mis progresos, Edmundo.

Todavía no he conseguido que mi madre se ponga ni una de las tres camisas que me atreví a diseñar. Se niega en redondo, sonríe y me dice:

«Pero tú te crees que yo, toda la vida acostumbrada a vestirme de Mary ¿y ahora voy a ponerme esto?».

Bendita costura que me ayudó tanto en aquellos lejanos días, a veces extrañamente apasionados.

En esta época de consumismo, la gente tira la ropa que se ha puesto dos veces por aquello de aparentar; pero, a mí, al igual que a tu madre, me enloquece la moda y, si quieres saber mi opinión, creo que sé valorar las calidades, el trabajo, los detalles y el tiempo dedicado.

Dice mi madre que era Mary la que escogía todo: las telas, los colores, el ancho de las mangas y el estilo de la prenda. Aconsejaba también sobre los complementos, y puedo decirte, al igual que si estuviera escribiendo en Elle *o en* Vogue*, que esos vestidos son objetos de culto, y como tales están guardados, o custodiados, como diría aquel anuncio, hasta la siguiente generación.*

Te mando un abrazo enorme.

Con todo mi cariño.

María José Perotti

–7–

Solo me quedaba una cosa por hacer.

Lo que había decidido en Orense, mientras leía el Libro de los Salmos a mi madre, ya inconsciente.

Llamé por teléfono al gabinete de prensa del Ayuntamiento de Badajoz y hablé con el responsable. Se llamaba José Ángel Guimaraens.

Me identifiqué como uno de los primeros ganadores del certamen de novela que patrocinaba el Consistorio, le di el título y mi nombre. Ambos le sonaban.

—Fue en 1999. Tercera edición del premio —le dije.

Le expliqué lo ocurrido en su momento. La anécdota de mi madre, consecuencia del protocolo que, según los vídeos de Youtube, aún respetaban: telefonear al premiado durante la gala, en directo y sin previo aviso. Me confirmó con orgullo que aún observaban el ritual. Me abstuve de decirle lo que pensaba.

—¿Y qué puedo hacer por usted, Edmundo?

—Mi madre respondió aquella noche. Estaba al aparato.

—Sí, eso me acaba de decir.

—No yo. Era el teléfono de mi madre.

—De acuerdo.

—Me preguntaba… Verá, mi madre acaba de fallecer.

—Mis condolencias, Edmundo. Mis condolencias.

—Se lo agradezco. Me preguntaba si la conversación pudo llegar a grabarse. ¿Tal vez ustedes guardan en sus archivos las intervenciones de esa época? ¿Tal vez alguna emisora de radio o televisión local pudo grabarla? ¿Hay alguna posibilidad de averiguarlo? Me gustaría conservar esa grabación.

Su tono de voz había mudado de registro. Era más amable.

En resumidas cuentas, me dijo que no sabía; pero que

ordenaría las averiguaciones pertinentes. Me aconsejó que le enviase un correo, a modo de recordatorio y para que le constase mi dirección, en caso de que las pesquisas fructificasen.

Pasaron días; pasaron semanas. Di por zanjada la gestión con el Ayuntamiento.

Empecé a escribir este libro. Lo hice del siguiente modo, sin rectificaciones, casi al dictado:

El 3 de noviembre de 2020, en plena ofensiva del COVID-19, recibí el wasap que siempre había estado temiendo:

(…)

Era Fiona, la vecina rumana. La misma que yo había contratado años antes, cuando me hizo saber que mi madre requería asistencia pero rechazaba cualquier intromisión.

Y seguí escribiendo día tras día; más bien, noche tras noche.

Ada era consciente de que había comenzado un nuevo libro y conocía su tema. No volvió a mencionar nada sobre nuestras disputas; pero yo recordaba bien sus argumentos. Tenían más peso que los míos. La razón estaba de su lado. Mis menguantes rentas literarias, los apuros de una familia con dos niños, un solo salario y una hipoteca exigente, un suegro que miraba los toros desde la barrera, la conveniencia de que yo aportase más ingresos, etcétera, etcétera, etcétera.

Mi oficio estaba de capa caída y necesitábamos dinero. La ecuación era sencilla.

Entretanto, el libro avanzaba a paso firme. Tenía hasta el título, algo insólito en mí: *MAMÁ*.

Escribía, contraviniendo mis hábitos, sin bosquejos ni apuntes. La novela había nacido y crecía por impulso propio. Había madurado en mí, en silencio. Bien pensado, ahora no tenía más que recoger los frutos.

Iba, exactamente, en este parte de la historia:

Mi madre tenía un armonio antiguo que olía a barniz de madera.

Un armonio francés del xix que había pertenecido a dos ingleses metodistas, de manera consecutiva.

EN ESTE PUNTO IBA CUANDO RECIBÍ el siguiente *e-mail* de José Ángel Guimaraens, el responsable del gabinete de prensa del Ayuntamiento de Badajoz.

Apreciado Edmundo:

No ha sido fácil, debo decirle; pero su emotiva petición merecía un esfuerzo, por nuestro lado, que estuviera a la altura. Al final, encontramos lo que usted solicita en los archivos de una emisora de radio local.

Le reitero mi más sentido pésame y un saludo cordial de todo el equipo de prensa.

José Ángel Guimaraens

Y me adjuntaba un archivo de audio que valía su peso en oro.

–8–

Cuatro minutos y cuarenta y tres segundos. Eso duraba el corte de la grabación.

La mayor parte del tiempo se correspondía con la llamada telefónica: el saludo y las preguntas de la presentadora y las respuestas de mi madre.

Es inútil trasladar la conversación íntegra; como inútil es decir que la escuché en un estado de consternación.

Primero, porque era la voz todavía pujante, o si no pujante, reconocible de mi madre. La voz de sus sesenta y pocos años.

Pero, además, (y esto sí fue un golpe, una conmoción, y ahonda en el radical desconocimiento que un hijo puede llegar a tener de su madre), porque las réplicas que dio (estábamos en 1999, nueve años después de consumada nuestra ruptura, de mi exilio de Orense) era lo último que habría esperado de ella en ese entonces. E incluso meses más tarde, cuando se presentó la novela en Badajoz y quisieron hablarme de la *performance* telefónica, estaba lejos de figurarme esas palabras en su boca. No, después de lo sucedido entre nosotros.

(…)

Presentadora: Doña Mary, ¿sabía usted que su hijo presentó una novela al III Premio Ciudad de Badajoz?

Madre: No… No lo sabía, no…

Presentadora: Pues le diré que la novela, Jonás el estilita*, escrita por Edmundo Díaz Conde, acaba de ganarlo.*

Madre: Qué me está diciendo.

(Suaves murmullos y risas de fondo.)

Presentadora: Como lo oye, doña Mary. ¿Qué le parece?

Madre: ¡Ay, Señor!... Gracias por atender mis plegarias.

(Silencio. La presentadora titubea y sale, a trancas y barrancas, del trance.)

Presentadora: Entonces, ¿está usted contenta, doña Mary?

Madre: ¡Y tanto! Era su sueño. Hijo mío… Había luchado por él…

(A la madre se le quiebra la voz.)

Presentadora: El protagonista de la novela, Jonás, se sube a una columna para huir de todo y se convierte en un fenómeno mediático. ¿Qué opina?

Madre: No sé… Me parece bien. Perdóneme… Estoy muy emocionada. Lo ha conseguido… ¿Verdad? Lo ha conseguido…

Presentadora: ¿Conseguido…? Sí, doña Mary. Lo ha conseguido. Y ahora, díganos, ¿cómo es él?

Madre: ¿Quién?¿Edmundo?

Presentadora: Sí. El autor de Jonás el estilita*.*

(Transcurre un lapso.)

Madre: Es bueno... Es bueno… Es una buena persona.

(De nuevo, silencio.)

Presentadora: Doña Mary, estamos en directo, en la gala del III Premio de Novela Ciudad de Badajoz, desde el hotel X. Sus palabras están siendo escuchadas por más de doscientos invitados, entre los cuales está el excelentísimo alcalde de Badajoz y el jurado en pleno del certamen. ¿Qué le parece?

(Pero ya solo se escucha el llanto suave de la madre, como una corriente de agua pura y cristalina.)

CÓMO PUDE NO CONCEBIR ESA CLASE de respuestas en mi madre, pienso ahora. Respuestas de las que estaba ausente, al fin y al

cabo, cualquier indicio de rencor.

–9–

Me traje de Orense el abrigo color ciruela y el único retrato de mi madre que conservo.

Sirven a mi mala conciencia. Dan prueba de mi ineptitud como hijo, y de su amor.

En la mesa, garabateo estas líneas y el retrato me acompaña. Sé bien dónde guardo el abrigo.

No quiero volver a Orense. Si vuelvo, no ignoro lo que me espera.

Me conozco y, si voy, sé con amarga seguridad que me encaminaré al hospital de CO.SA.GA., saludaré a Olga, la recepcionista de ojos azules, subiré a la planta tercera y, sin apenas resuello, las manos temblorosas, me detendré frente a la puerta número 311, el cuarto en donde mi madre se despidió para siempre.

Al igual que sé, no tengo la menor duda, que me dirigiré al mercado, la vieja plaza de abastos, ahora (y sabe Dios por cuánto tiempo) en obras. Un mercado feo, de otro siglo, incomodísimo, con unos desniveles y un empedrado infames y, sin embargo, para mí conmovedor.

Y, a mis ojos, el mercado volverá a estar lleno de gente y de flores, como entonces.

Sé que buscaré en él a mi madre, su rastro, porque está plagado de recuerdos suyos, de mínimos detalles que me susurran al oído. Como el día en que me ayudó a escoger un ramo de rosas para Mercedes, o como ciertas mañanas de invierno en que comprábamos queso mantecoso de la tierra y membrillo, o patatas en el puesto de doña Engracia.

Sé, lo sé muy bien, que pasearé arriba y abajo por el sector de puestos, a la intemperie, allí donde en otro tiempo se concentraban fruterías y verdulerías, ahora semiderruido; sin embargo, para mí será el mismo mercado de entonces. Y solo tendré que cerrar los ojos para verla una vez más, a ella. Podré oler su fragancia (un agua de colonia, Gotas Frescas, se llamaba), y podré oírla en voz muy baja, pero rotunda: «Lucha

por tus sueños».

No quiero volver jamás.

Desde que murió me observo con más indulgencia, como al resto de nosotros; no es algo deliberado. Y creo que sus lágrimas han pasado a mí, porque lloro con más frecuencia que antes.

A veces, me descubro pensando que regresa.

Regresa y, por supuesto, me perdona.

Y ahora que toca a su fin la peripecia y sé, con seguridad, que no volveré a Orense y que este será el último libro que yo escriba, ¿por qué habría de ocultar ningún pensamiento?

Prisionero del pasado, padezco la vergüenza y no merezco el perdón. Merezco solo el desprecio. Merezco sólo el silencio. Merezco sólo el olvido. No permitiré que nadie me convenza de lo contrario.

Los años pasan, las caricias palidecen, viejas lealtades perecieron, algunas imágenes se esfuman; pero da igual, sigo viéndola tan a menudo como un hijo, cualquier hijo, suele recordar a su madre. Y, lágrimas aparte, me gusta pensar que algo de ella ha de quedarse en mí hasta el fin. Que si algo he hecho y algo he sido, lo que hice y lo que soy, cuanto haya de noble en mí le pertenece. Que no dejará de responder a mis desánimos y perplejidades, pues la voz de mi sangre es la voz de la suya.

Y aunque no debería decir esto, pues hace mucho que las divinidades y la trascendencia personal me son ajenas, creo saber que ella me contempla desde algún lugar discreto y que, a pesar de su pudor (no quería que airease nada suyo en mis futuros libros), me dice: «Acuérdate de mí y cuéntalo, si quieres. Hazlos reír, y llorar y soñar. Por eso eres escritor. Para ese has nacido».

Pero veo que acabo como empecé: JUSTIFICÁNDOME. No he aprendido nada.

Me había prometido escribir este libro *con el corazón,* y, sin duda, peor, mucho peor de lo que habría deseado y de lo que mi madre merecía, pero con el corazón se ha escrito.

Hay algo que aún hoy me sorprende, y luego me escandaliza hasta que, por fin, me hace sonreír. Como esas leyendas que

nos acompañan desde críos, y en cuyos hechos, por un instante fugaz, seguimos creyendo. Así también, por brevísimos instantes, aún hoy, me digo: «Tienes el genio que ella te profetizó». Acto seguido me escandalizo de haberlo pensado tan siquiera, y me sonrío.

Veo que se hace tarde. La hora se acerca. La hora en que las clientas de mi madre, según mis cálculos de entonces, salían del castillo encantado luciendo su ropa mágica. Rodeadas de príncipes y duquesas. Rodeadas de velas y flores y risas.

Se acabó. No queda mucho más que decir.

Excepto que si abandono este oficio es por elección. Una elección íntima y necesaria. Y porque Ada estaba en lo cierto.

Qué curioso; me pregunto si no me estará pasando lo mismo que les sucedió a mis padres.

Mi padre, que era un soñador (ahora lo sé, lo sabía cuando empecé a escribir esta historia, cómo no iba a saberlo). Un hombre que dedicó sus mejores años a soñar con una joven modista, que la sedujo con cartas escritas por un escritor y que, al final, renunció a su impostura, sacrificó las ventajas del personaje, su *alter ego* inventado y la poesía del Señor Negro, por amor a ella y porque, avergonzado, quiso decirle la verdad.

Mi madre, que soñaba con ser una modista única, que entregó la salud para lograrlo y que, al final, sacrificó todos sus sueños, renunció a sus ambiciones más puras por su hijo, para que se formara del mejor modo y tuviera su oportunidad.

Y, no obstante, me pregunto si el sacrificio de mi padre no obtuvo su recompensa. ¿Acaso, después de todo, no logró hacer realidad el único sueño que lo mantuvo en pie: que la mujer de su vida lo amase?

¿Y mi madre? ¿No es cierto que, en realidad, alcanzó lo que perseguía? ¿O acaso no fue una modista única para quienes vistieron sus prendas únicas?

¿Y a mí? ¿Me pasará con este último libro algo de eso? Ahora que no soy un joven soñador y que ya no me obsesionan estos sueños que se perderán muy pronto, como cenizas aventadas, ¿será un bálsamo para el corazón de los lectores por una vez un libro mío?

Y se me ocurre una réplica que no es, por supuesto, de mi

cosecha. Solo una. Quiero tener el valor de recordarla. Quiero tener el valor de merecerla. Quiero tener el valor de escribirla aquí, en estas páginas. Aquí, como una oración.

Es la que tuvo, ignoro si en sus labios, pero sí en su corazón, mi madre; y también mi padre.

No conozco otra más épica ni más humana cuando el fin (cualquier fin, cualquier punto y aparte en el que se os ocurra pensar) se aproxima:

Pase lo que pase, estoy listo. Estoy preparado. Pase lo que pase, estoy dispuesto.

Agradecimientos

Estaré siempre agradecido a María José Perotti y a su madre, Ángeles Abad, sin cuya cortesía y entusiasmo esta historia nunca habría sido la misma.

Como también a mi agente, Pau Centellas, por sus consejos y por adentrarse conmigo en la aventura.

A Manuel García, por su generosidad.

A Charo Cuevas, por su inmensa paciencia, su encanto y sabiduría editorial.

Y, naturalmente, a Miguel Ángel Matellanes, editor y amigo, hermano de fatigas, que un día supo y quiso abrirme camino, y que conoció a mi madre.

Edición en formato digital: 2023

© Edmundo Díaz Conde, 2023
© Algaida Editores, 2023
Avda. San Francisco Javier, 22
41018 Sevilla
www.literaria.algaida.es

ISBN ebook: 978-84-9189-821-4

Está prohibida la reproducción total o parcial de este libro electrónico, su transmisión, su descarga, su descompilación, su tratamiento informático, su almacenamiento o introducción en cualquier sistema de repositorio y recuperación, en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, conocido o por inventar, sin el permiso expreso escrito de los titulares del Copyright.